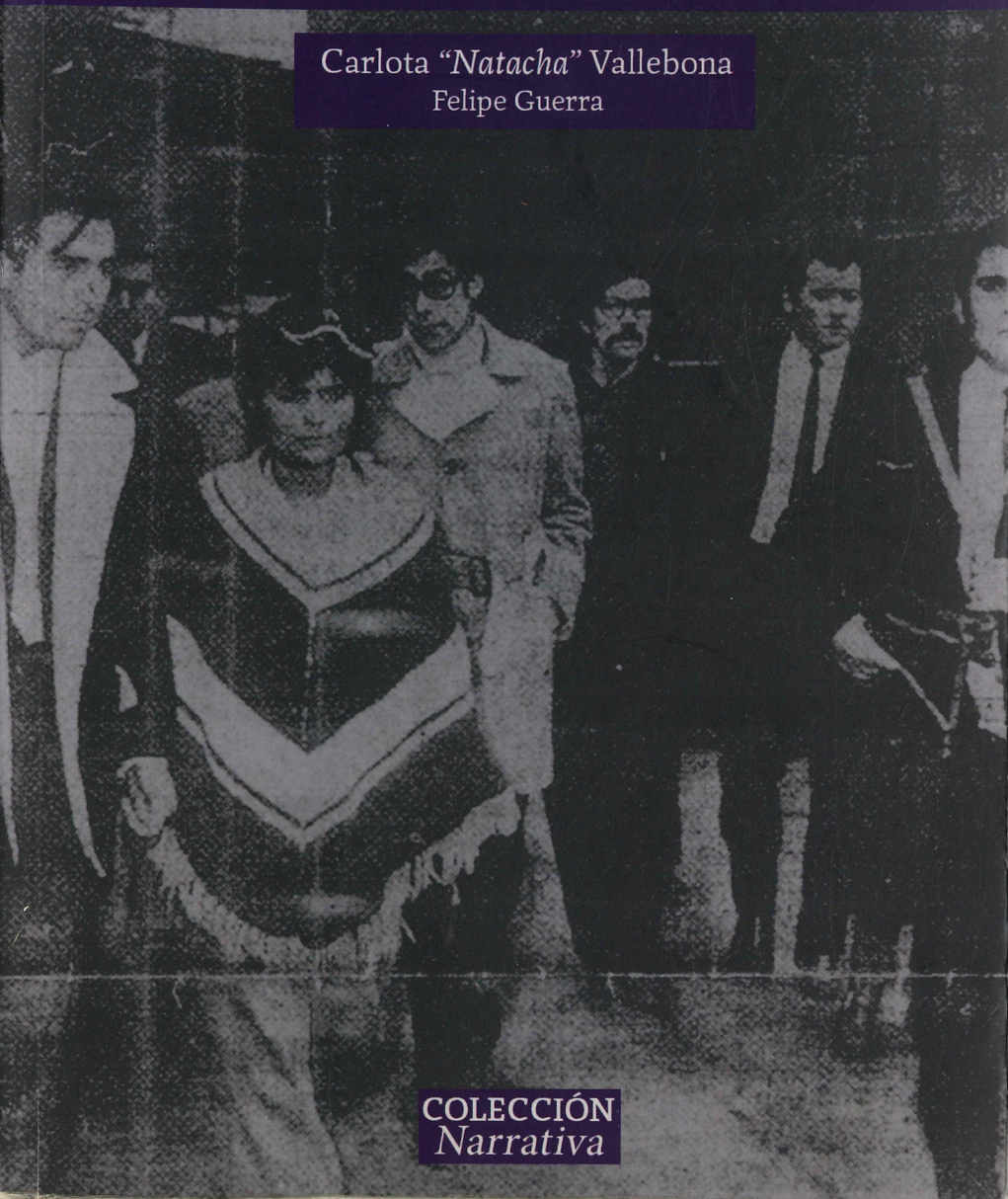
SI NO APRENDEMOS A LUCHAR JUNTOS, NOS MATARÁN POR SEPARADO

Mi vivencia en la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP)

Carlota *"Natacha"* Vallebona
Felipe Guerra



COLECCIÓN
Narrativa

Carlota "Natacha" Vallebona

Nacida en Arica en 1951. Tras una infancia y adolescencia en el norte se traslada a Santiago donde es protagonista de la irrupción de la VOP en el escenario político nacional durante principios de la década de los 70. Actualmente reside en Noruega tras obtener el grado de refugiada política, en dicho país se ha desempeñado como asistente de biblioteca, además de contar con varios proyectos literarios en curso. Hoy *Natacha* continúa aportando a distintas causas políticas, sociales y solidarias.

Felipe Guerra Guajardo

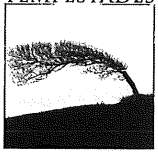
Nacido en 1988 Licenciado en Historia (UAHC), Técnico en Bibliotecología (IPLA), Magister en Historia (USACH).

Carlota *"Natacha"* Vallebona
Felipe Guerra Guajardo

SI NO APRENDEMOS A LUCHAR JUNTOS, NOS MATARÁN POR SEPARADO

Mi vivencia en la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP)

TEMPESTADES



COLECCIÓN
Narrativa

Título: SI NO APRENDEMOS A LUCHAR JUNTOS, NO MATARÁN POR SEPARADO. Mi vivencia en la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP)

Autor: Carlota "Natacha" Vallebona
Coautor: Felipe Guerra Guajardo

Primera Edición, 2019
ISBN: 978-956-09180-2-4

LICENCIA CREATIVE COMMONS
CC-BY-NC-ND

Attribution Non-Commercial No Derivatives / Atribución-NoComercial-NoDerivadas

Requiere la referencia al autor original, la obra no puede ser utilizada con fines comerciales ni se permite su modificación.

Editorial Tempestades
editorialtempestades@gmail.com
www.tempestades.cl

Portada: 350 grs. Couche opaco termolaminado
Cuerpo: Papel Bond 80 grs. Ahuesado
Tipografía: *Minion Pro*
Dimensiones: 13,5cms x 21cms.
Numero de Paginas: 412
Diseño y diagramación: *Tempestades-Asesinatu3gö*
Impreso en DIMACOFI, Santiago de Chile.

IMÁGEN DE LA PORTADA Y CONTRAPORTADA

1971. Carlota Vallebona, la temida Natacha sale del Cuartel de Investigaciones fuertemente custodiada por detectives armados con metralletas, tras ser detenida y fuertemente incomunicada. El Mercurio 18 de junio de 1971, Portada.

1971. Curiosos y policías rodean la casa de seguridad ubicada en calle Coronel Alvarado, donde los vopistas resistieron y se enfrentaron a policías detectives y al ejército.

En memoria a la consecuencia revolucionaria de Ismael Villegas Pacheco, Arturo Rivera Calderón, Heriberto Salazar Bello y Ronald Rivera Calderón.

A la inquebrantable y solidaria Herminia Concha

Con respeto a tres mujeres que dieron una lección de fuerza, coraje, dignidad y amor incondicional. Alicia Calderón (Q.E.P.D), Nilda Rivera Calderón y Gladys Rivera Calderón... Va por ustedes.

CANCIÓN DEL ELEGIDO (1975)

Siempre que se hace una historia
se habla de un viejo, de un niño, o de sí...
Pero mi historia es difícil.
No voy a hablarles de un hombre común,
haré la historia de un ser de otro mundo,
de un animal, de galaxias;
es una historia que tiene que ver
con el curso de la vía láctea,
es una historia enterrada,
es sobre un ser de la nada...

Nació de una tormenta
en el sol de una noche del penúltimo mes,
fue de planeta en planeta
buscando agua potable,
quizás buscando la vida,
buscando la muerte eso nunca se sabe,
quizás buscando siluetas o algo semejante
que fuera adorable
o por lo menos querible, besable, amable

Él descubrió que las minas del Rey Salomón
se hallaban en el cielo
y no en el África ardiente
como pensaba la gente
pero las piedras son frías
y le interesaba calor y alegría
las joyas no tenían alma,
sólo eran espejos, colores brillantes;
y al fin bajo hacia la guerra,
perdón, quise decir a la tierra.
Supo la historia de un golpe
sintió en su cabeza cristales molidos
y comprendió que la guerra era la paz del futuro,
lo más terrible se aprende enseguida
y lo hermoso nos cuesta la vida.
La última vez lo vi irse entre humo y metralla
contento y desnudo,
iba matando canallas con su cañón de futuro,
iba matando canallas con su cañón de futuro...

Silvio Rodríguez

ÍNDICE

Palabras de Tempestades	17
Prólogo Felipe Guerra	19
PRIMERA PARTE: *Cronología de una Traición*	29
Capítulo I	31
Capítulo II	35
Capítulo III	39
Capítulo IV	47
Capítulo V	51
Capítulo VI	59
Capítulo VII	63
Capítulo VIII	69
Capítulo IX	75
Capítulo X	81
Capítulo XI	91
Capítulo XII	101
Capítulo XIII	107
Capítulo XIV	113
Capítulo XV	119
Capítulo XVI	123
Capítulo XVII	129

Capítulo XVIII 133

Capítulo XIX 143

Capítulo XX 149

Capítulo XXI 159

Capítulo XXII 163

Capítulo XXIII 171

Capítulo XXIV 175

Capítulo XXV 185

Capítulo XXVI 191

Capítulo XXVII 195

Capítulo XXVIII 203

Capítulo XXIX 207

Capítulo XXX 211

Capítulo XXXI 217

Capítulo XXXII 223

Capítulo XXXIII 229

Capítulo XXXIV 233

Capítulo XXXV 241

Capítulo XXXVI 249

Capítulo XXXVII 253

Capítulo XXXVIII 257

Capítulo XXXIX 259

Capítulo XL 263

Capítulo XLI 273

Capítulo XLII 281

Capítulo XLIII 287

Capítulo XLIV 295

Capítulo XLV 299

Capítulo XLVI 307

SEGUNDA PARTE: La *lucha continúa* 319

Capítulo I 321

Capítulo II 329

Capítulo III 335

Capítulo IV 347

Capítulo V 353

Capítulo VI 363

Capítulo VII 369

Capítulo VIII 375

Capítulo IX 379

Capítulo X 383

Capítulo XI 389

Un epílogo repleto de memoria pero también de presente 395

Palabras de Tempestades

Desvelar procesos acallados por la hegemonía política; sacar del olvido experiencias de lucha reprimidas a sangre y fuego por algún gobierno de turno, y dar a conocer voluntades que intentaron, por diversos medios, generar rupturas en lo establecido, constituyen parte de los propósitos de la Editorial Tempestades. Por medio de un emotivo relato, *Si no aprendemos a luchar juntos, nos matarán por separado* reivindica a cada instante una opción de enfrentamiento y de vida que se distanció de los tiempos de espera y decidió ser protagonista de un momento particular de la historia de este país, como fueron los primeros años de la década del 70.

La intensidad de una relación amorosa, forjada en los vaivenes de un combate revolucionario marcado inevitablemente por situaciones de clandestinidad, muerte, tortura y prisión, es el hilo conductor del relato de *Natacha* Vallebona, que junto a una necesaria y pertinente contextualización sociopolítica, nos invita a sumergirnos en la compleja cotidianeidad de quienes empuñaron las armas como estrategia política durante el gobierno de la Unidad Popular.

Los proyectos, argumentos y anhelos de una mujer que vivió en carne propia los avatares de un período único en nuestra historia son plasmados en esta obra de tal manera que permite realizar un acercamiento más acabado a los grupos armados que operaron entonces. Su testimonio echa por tierra las especulaciones y estereotipos que recaían –y en algunos casos aún recaen– sobre ellos y que buscaban deslegitimar cualquier opción de lucha que se saliera o se ubicara en los márgenes de la institucionalidad. La calumnia, al parecer, también se instaló como una herramienta represiva.

Una historia silenciada, marcada por la intriga, la traición y la convicción, donde se entrecruzan el amor de una pareja de jóvenes, los deseos de querer cambiar el mundo y algunos aspectos propios de la guerra fría que situaron a Chile

como un escenario atractivo a los ojos imperialistas, dan como resultado una novela versátil que transita por distintos momentos y utiliza diversos recursos para tratar un tema específico en un contexto determinado, posibilitando, a la vez, conocer hechos y situaciones que la izquierda tradicional y partidista ha intentado mantener en las sombras.

Como Editorial Tempestades consideramos de suma relevancia y al mismo tiempo nos sentimos afortunados de poder sacar a la luz esta parte de la historia. Sin duda, este trabajo complementa y ayuda a entender mejor los sucesos políticos y sociales acaecidos hace menos de cincuenta años, como también permite nutrir de nueva savia a las luchas en curso.

Saludamos fraternal y afectuosamente a *Natacha* Vallebona y a su hermosa y valiente iniciativa que busca revindicar a quienes dieron lo mejor de sí para acabar con la opresión.

EDITORIAL TEMPESTADES
Invierno 2019

Prólogo

El fuerte vozarrón de un hombre se hacía escuchar con potencia en una habitación adaptada improvisadamente como sala de reuniones al interior de la población Nueva La Habana. El poblador solicitaba a una joven *Natacha* que dejara testimonio escrito de lo ocurrido durante los últimos años, que contara su experiencia. La muchacha había acaparado innumerables portadas de prensa y artículos noticiosos tras pertenecer a la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), uno de los pocos grupos que desarrollaron un desenfrenado camino en la lucha armada, recibiendo como respuesta una brutal represión en pleno gobierno de la Unidad Popular. La prensa llamó a aquel desenlace y agudización de la lucha simplemente como "El Odio Armado".

Para la joven de ese entonces simplemente resultaría casi imposible poder sentarse a escribir o poner orden a aquel torbellino de lucha, clandestinidad, traición, muerte y prisión del que no lograba salir por completo. Era 1972 y aún faltaba un año para que se instaurara una de las dictaduras más largas y sangrientas de Latinoamérica.

Estas páginas son el resultado del cruce entre la tinta, la memoria y el presente. Una mezcla tan precisa como azarosa en cuanto al porcentaje de sus componentes. ¿Cuánta memoria y cuanto presente contiene el relato? O, si buscamos ser más exactos, ¿de qué tipo de relato estamos hablando? ¿Cuál es su categoría? ¿Se trata de una historia de amor o de un relato pormenorizado de militancia política? ¿Es quizás la autobiografía de una mujer durante la convulsionada década de los 70? Se podría señalar con cierta certeza que efectivamente esta narración descansa sobre una biografía y es, al mismo tiempo, una novela. Si quisiéramos podríamos extender esta discusión hacia la disciplina a la cual debiera pertenecer: ¿es Historia o literatura?

El libro que tienes en tus manos contiene un poco de todo esto. *Si no aprendemos a luchar juntos, nos matarán por separado* nos permite revisitar una época referenciada continuamente,

pero de la cual, para sorpresa nuestra, desconocemos muchos rincones. Da cuenta de los acontecimientos de una época cuyas consecuencias no podemos desoír y que afectan directamente nuestro presente.

No es un misterio que las décadas de los 60 y 70 han sido documentadas profusamente, ya sea con relatos históricos, documentales, novelas, filmografía o testimonios. No estamos hablando de un período específico en Chile o Latinoamérica, sino a nivel mundial, en que se expandió como un reguero de pólvora la necesidad de una transformación radical de la vida y sus condiciones. Por todo el planeta estallaron revueltas, algunas de las cuales tuvieron una mayor atención mediática. Ejemplo de esto son los disturbios negros en Detroit durante 1967; las impresionantes movilizaciones realizadas en el mayo francés de 1968; las protestas de estudiantes mexicanos que culminaron con la masacre de Tlatelolco en 1968; las combativas marchas contra la guerra de Vietnam, entre otros. En Europa, Estados Unidos, Japón y, por supuesto, Latinoamérica estas barricadas incendiarias no se encontraban solas. Los fuegos encendidos se unían con otros por medio de un hilo invisible que conectaba realidades bajo un mismo pulso, que veía en la revolución no una consigna o utopía, sino una urgencia para toda una generación. La transformación radical parecía estar tan solo a la vuelta de la esquina, solo había que empujar un poco más para ver la caída de un sistema basado en la explotación y dominación.

Durante una década, en todos los continentes y casi al unísono, distintos sujetos, en su mayoría jóvenes, dijeron "no más" a la represión y a un sistema que solo "ofrecía morir de hambre o aburrimiento" y apostaron por la construcción de organizaciones clandestinas para enfrentarse mediante la toma de las armas al Estado. Vale la pena señalar que estos levantamientos no surgieron necesariamente desde los bolsones de miseria o los sujetos más marginados de la sociedad, sino que de sectores estudiantiles o grupos descontentos al interior de las grandes ciudades, y que desarrollaron una afilada critica al capitalismo no solo por las enormes desigualdades producidas, sino también por la implementación de un sistema de vida donde era imposible la emancipación humana.

La opción por la lucha armada no obedeció a un impulso juvenil adrenalínico sin mayor conciencia ni costos, sino que significó una renuncia a lugares de comodidad y privilegio por parte de hombres y mujeres que, en muchos casos, podrían haber desempeñado "prósperas" trayectorias al interior de esa sociedad.

Respondiendo a sus distintos contextos, necesidades y características, las organizaciones se multiplicaron rápidamente. Solo por mencionar algunos, podemos encontrar en Estados Unidos a la Weather Underground Organization, el Ejército Negro de Liberación, el Ejército Simbiótico de Liberación y el Partido de los Panteras Negras. En Alemania, a la Fracción del Ejército Rojo, la Rote Zora, las Células Revolucionarias y el Movimiento 2 de Junio. En España, resistiendo a la dictadura de Franco nos encontramos con los distintos Comandos Autónomos Anticapitalistas o el Movimiento Ibérico de Liberación. En Francia, Acción Directa o los Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista. En Inglaterra, la Angry Brigade. En Italia una infinidad de grupos autónomos inundaban el escenario revolucionario, destacándose las Brigadas Rojas, la Primera Línea, los Núcleos Armados Proletarios y la Acción Revolucionaria. Por último, en Japón surgió el Ejército Rojo Japonés.

Un verdadero enjambre de grupos era la forma en que se expresaba la lucha sin cuartel por un mundo distinto, buscando al unísono sacudirse aquellos grandes metarrelatos y manuales de revoluciones del siglo XIX. Las nuevas formas de confrontación que comenzaban a construirse buscaban ser también embriones de la nueva sociedad.

Latinoamérica no solo no fue la excepción, sino que muchas veces se posicionó como un verdadero norte en el que los distintos movimientos revolucionarios ponían su atenta mirada. El impulso de la Revolución Cubana y las imágenes de los jóvenes barbudos entrando con fusiles a las principales ciudades de la isla mientras el dictador arrancaba quedaron grabados en la retina de varios jóvenes de la época. Se ha intentado ponderar la influencia del ejemplo cubano en su justa medida, a veces atribuyéndole una ascendencia directa en otras experiencias y otras señalándola como un ícono de

la voluntad y entrega a una lucha decidida que trascendió las fronteras.

En este resurgir del movimiento revolucionario no fueron pocos los que intentaron marcar una distancia crítica con respecto a algunas versiones de los llamados "socialismos reales", que rápidamente mostraron sus propios límites al transformarse en capitalismos de Estado. No hubo una admiración ciega al otro lado de la supuesta cortina de hierro en la guerra fría, sino un nuevo movimiento que con vitalidad desarrolló una fuerte crítica –por ejemplo cuando la Unión Soviética invadió Checoslovaquia– a las distintas políticas de los Partidos Comunistas, sin abandonar la necesidad de una salida revolucionaria al sistema imperante.

La muerte del icónico Che Guevara en octubre de 1967 mostró el arrojo de hombres y mujeres y volvió a poner la atención mundial en aquel puñado de guerrilleros que, no conformes con expulsar a un dictador, se lanzaron a liberar a otros pueblos de América Latina. No fueron pocos quienes decidieron seguir el ejemplo del foco rural de Ernesto, insertándose en la selva o el campo para desde ahí combatir y apostar por un levantamiento generalizado. Asimismo, dentro de los cambios tácticos que emplearon numerosos movimientos latinoamericanos fue que se decidió incluir una lógica urbana en el ejercicio guerrillero, incorporando a otros sectores de la población. Algunos ejemplos de incursión guerrillera en la urbe son la Acción Liberadora Nacional (Brasil), el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (Uruguay), los Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (Argentina), el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (Perú) y el Ejército de Liberación Nacional (Bolivia).

Este período suele ser visto en el presente a través de un enfoque etario, como si hubiese sido una suerte de sueño de juventud disconforme o una incapacidad del sistema para incorporar las inquietudes de una generación. Dicho enfoque ofrece una explicación simple con aspiraciones pediátricas, mostrando una relación causa-efecto que nace de lo pulsional, de lo casi hormonal, sin considerar demasiado las condiciones materiales. Sin embargo, lo cierto es que ante

los cambios en el sistema de dominación a nivel internacional e interno, surgieron nuevas formas de enfrentarlo. Esta oleada de carácter mundial, repleta de discusiones y apoyos internacionales, consiguió crear un ambiente de efervescencia y de retroalimentación en que los distintos contextos con sus particularidades se potenciaron unos a otros en pos de un horizonte revolucionario.

Para la comprensión del nuevo empuje en los movimientos revolucionarios de la época en Chile es necesario observar la conjugación entre las causas internas, expresadas en el agotamiento del régimen político, la radicalización al interior de algunos partidos de izquierda y la formación de distintas organizaciones revolucionarias, como también en la participación e integración activa de los estudiantes y pobladores como actores relevantes en el plano político.

El escenario político nacional comprendía a los partidos más clásicos de la izquierda –el Partido Socialista y el Partido Comunista–, pero también la confluencia de distintos grupos que dieron forma al Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Con pronta posterioridad una serie de grupos más pequeños comenzaron a surgir y expandirse de forma relativamente autónoma, tanto al interior como fuera de los grandes partidos. La Vanguardia Organizada del Pueblo fue quizás el grupo más característico de aquellas expresiones que irrumpieron en el contexto nacional.

Forjada desde distintos grupos de izquierda a fines de la década de 1960, la VOP desarrolló una línea revolucionaria autónoma que apostó por la vía armada para enfrentar al capitalismo y, a diferencia del MIR, se constituyó como una organización exclusivamente proletaria. Contrariamente a lo que se ha planteado, su labor no fue exclusivamente la confrontación armada. Además de los asaltos y enfrentamientos con la policía, sus miembros participaron activamente en trabajos dentro de las poblaciones y en tomas de terreno. Uno de sus objetivos principales fue aportar a la multiplicación y coordinación de las distintas organizaciones con pretensiones armadas que comenzaban sutilmente a surgir en el territorio nacional.

La década de 1970 comenzó con la amplia adhesión que tuvo Salvador Allende, candidato del conglomerado de partidos de izquierda llamado Unidad Popular. Para sorpresa de muchos, Allende apostó por una vía socialista institucional y consiguió el triunfo electoral. Un breve silencio se generó a nivel mundial y los movimientos revolucionarios volvieron a posar su mirada en este país perdido al final del mapa y en su experimento institucional de socialismo a la chilena, "con sabor a vino tinto y empanada", como tantas veces se dijo. Este inédito escenario hizo que una gran parte de los grupos de izquierda decidiera abandonar sus incipientes incursiones en la lucha armada y apostara por el fortalecimiento del poder popular y por la defensa de los triunfos que se fueran consiguiendo con la Unidad Popular en el gobierno. Como verdaderos salmones, la VOP se mostró inconforme con las reformas y el sentido de la institucionalidad, y decidió continuar y agudizar la lucha, a contracorriente de la tendencia general. ¿Cuál fue el resultado de esta decisión? La respuesta puede ser pesquisada en las visiones de sus propios protagonistas, plasmados en este libro como un refresco vital de memoria.

Con la manía propia del oficio de historiar hemos revisado, leído, catastrado y arrasado con la mayoría de los escritos relacionados con la VOP. Hemos comprobado, por una parte, la poca profundidad que hay en las investigaciones realizadas y, por otra, la abundancia de tapujos, mentiras e infamias que ha trascendido hasta nuestros días sobre este grupo. En resumen, la historia oficial se encuentra plagada de versiones sobre un grupo de infiltrados por la ultraderecha, de lumpen o agentes de la CIA que "solo querían causarle problemas al gobierno de Allende".

Esta autobiografía con tintes literarios o, mejor dicho, esta novela basada en una autobiografía camina sin miedo por esos acantilados, revisitando con honestidad los orígenes del grupo, sus miembros y trayectorias. La VOP toma vida, sentimiento, sueños, intereses, divagaciones y rostros en la voz de una de sus militantes. Es, sin lugar a dudas, una de las mejores formas en que podemos adentrarnos para comprender lo ocurrido. Estamos hablando de un relato testimonial nada fácil a la hora de su construcción, en el cual se recorren algunos

de los aspectos más olvidados del gobierno de la Unidad Popular: la apuesta de un puñado de jóvenes y pobladores por continuar el combate armado, la búsqueda desde afuera de la institucionalidad y la feroz represión.

Al estar basado en una historia de vida, el relato aflora y se enriquece. Nos muestra la realidad de una mujer que, desechando las pautas sociales y los roles asignados, decide transitar una vida más intensa, abriendo su corazón y emociones con ímpetu y ardor. ¿Será posible medir el tiempo exacto en que transcurre este libro? ¿Será principalmente desde finales de 1960 hasta los primeros años de 1970? Este corto período de meses o años no puede ser medido por las rectangulares líneas de algún calendario o las nociones temporales que acostumbramos utilizar para considerar nuestro quehacer cotidiano. Una vida vivida intensamente simplemente no tiene tiempo, lo desborda, y este relato es claro a la hora de entregar la frescura y la memoria de todo lo transcurrido. Su lectura nos obliga a dejar atrás nuestro presente de grandes edificios, anuncios comerciales, pantallas y luces encendidas para visitar los pasajes de tierra en los campamentos de Santiago, recorrer las calles de Arica, viajar por la agreste geografía norteña o conocer la atmósfera de una comunidad revolucionaria.

La gestación, desarrollo y nacimiento de este proyecto de libro nos habla también de la comunicación entre un pasado y un presente, entre quienes lo vivieron y quienes deciden hurgar en él, entre quienes lo recuerdan y quienes lo viven. Por mi parte, el encuentro con la principal autora de este libro, Carlota Vallebona, *Natacha*, coincide justamente en ese punto: la lucha contra la maquinaria de la amnesia.

La posibilidad de materializar un relato tan íntimo nace desde la combinación de las disciplinas y herramientas a nuestra disposición. Desde el oficio del historiador me he remitido básicamente a la revisión de algunas fuentes, a corroborar algunos datos y a situar temporalmente algunos acontecimientos. También he logrado profundizar en temáticas y aspectos específicos gracias a extensas conversaciones, a veces distantes geográficamente, otras veces más cercanas, pero siempre afectuosas y cariñosas. A petición e insistencia de

la autora, *Natacha*, me halaga muy gratamente su ofrecimiento de ser incorporado como coautor de esta obra.

Una afortunada intersección entre la historia, el relato vivencial y la novela hacen que esta obra se transforme en una espectacular fuente para los historiadores, un apasionante relato para los lectores y una oportunidad de conocer la hermosa experiencia de una mujer que vivió con intensidad no solamente una época, sino también su vida personal y sus amores. No estamos hablando de una fotografía amarillenta y quebradiza, tampoco de un relato mítico repleto de héroes, sino de un arsenal para la memoria del pasado reciente y para las futuras generaciones que decidan arrojarse al cambio por la transformación de esta realidad.

La vida de *Natacha* plasmada en este libro es un aporte inmenso a la construcción de la historia de la VOP, una historia que se configura a partir de memorias militantes por un lado y de incipientes estudios históricos por otro, pero que se encuentra recién comenzando y esperando nuevas miradas y relatos. Es sin duda un gran paso para contar aquellos acontecimientos que han sido borrados por la historia oficial o transformados en tabú por gran parte de la izquierda. Es un período repleto de documentales, historias y testimonios de muchos pero, a la vez, vacío de aportes sobre quienes decidieron seguir en la lucha y conocieron la represión y las cárceles de la Unidad Popular.

Esta obra no solo contribuye a la incipiente historia de la VOP, sino también a la de la militancia de izquierda y a la de la UP en general. Estamos frente a un documento que nos permite contrastar las versiones de la prensa y de los partidos oficiales, pero también conocer los debates internos de los grupos, lo que nos lleva a hacernos nuevas interrogantes, demostrándonos que la historia nunca está completamente escrita o agotada.

Casi 50 años ha tardado en salir este libro. No por desidia, falta de interés o tiempo, sino porque es una batalla, una batalla por la memoria y desde los recuerdos. *Natacha* ha dado esta batalla y yo he tenido la oportunidad de acompañarla en el último trayecto para modular la voz y eliminar los fantasmas que alguna vez la rondaron, creyendo que era una

historia solitaria, aislada, individual y de poca importancia. No escucharemos una voz derrotada en un mundo sin posibilidad de cambio, sin historia posible, sino un grito de experiencia y vida.

Hoy podemos responderle con calma a aquel poblador de Nueva La Habana, rebautizada por la dictadura cívico-militar como Población Nuevo Amanecer:

—Acá está el libro que esperó, compañero, se demoró un poco, pero acá está... y usted también es parte de él.

Solo queda mencionar como advertencia al lector que, a la hora de interiorizarse en esta obra, se encontrará con un sendero de amor y revolución, lo que nos recuerda una vez más que si no aprendemos a luchar juntos, si no observamos otras experiencias e historias, simplemente nos matarán por separado.

Este relato nos permite conocer a mujeres y hombres que se presentan por sus chapas o apodos políticos y nos invita a recorrer los paisajes desérticos o un horizonte repleto de casas bajas en alguna población. Podremos escuchar con atención el ruido en la cárcel de mujeres, las persecuciones sobre los techos de zinc o las reuniones clandestinas. Percibiremos los olores al interior del Cuartel de Investigaciones o el aire inundando por la pólvora una madrugada en Santiago, y nos hará participar como uno más en las intensas reflexiones y debates estratégicos sobre aquel experimento único en el mundo que representó la vía chilena al socialismo. Pero, sobre todo, en la tinta vertida a lo largo de estas páginas seremos testigos del relato de quienes, envueltos en amor, decidieron dar un salto al vacío.

Deseo finalizar este prólogo agradeciendo profundamente a *Natacha* por confiar y permitirnos cruzar nuestros caminos, que han dado y seguirán dando frutos. Este libro es solo uno de ellos...

Felipe Guerra
Historiador
Santiago de Chile, 2019

PRIMERA PARTE:
Cronología de una Traición

Capítulo I

Desde su ventana, Luciano observa la lluvia incesante que cae sobre la capital. Ha usado toda la mañana en escribir un informe; está preocupado porque sabe que tienen a la policía política siguiéndolos de cerca y busca soluciones para eludirla.

Mientras bebe su café, la idea que había estado desarrollando empezó a tomar forma en su cabeza. Comprendió que ahora las piezas del rompecabezas irían cayendo una a una en el lugar correcto. Se levantó de su asiento y buscó el mapa, que abrió y desplegó sobre la mesa. Lo examinó detenidamente durante largos minutos, comparando distancias y otras informaciones extraídas de un viejo almanaque. Cuando se dio por satisfecho, recogió su grueso chaquetón y salió a la calle. Recorrió a grandes pasos las dos cuadras que lo separan del teléfono público más cercano. Lo descolgó, introdujo las monedas y marcó un número que se sabe de memoria.

> —Hola, soy yo. Necesito verte, juntémonos donde siempre. La hora ya la sabes.

Su interlocutor no necesita responder que está de acuerdo, entiende que es una emergencia. Miró su reloj, dejó pasar unos minutos y salió a la calle, a pesar de que odia hacerlo en los días lluviosos como hoy.

Una hora después se reunieron en el Parque Almagro, allí donde la mayoría de los buses al sur tienen su terminal. Buscaron un lugar tranquilo en uno de los tantos cafés donde los viajantes se protegen de la lluvia mientras esperan su horario de salida.

—Compadre, ya conoces la situación que estamos atravesando —dijo Luciano en voz baja, haciendo una breve pausa para luego proseguir—. Por eso, para sacudirnos un poco la represión que nos pisa los talones necesitamos poner en práctica dos operaciones urgentes. Para la primera te hemos escogido a ti, pues sabemos que eres el mejor para desempeñar la tarea que tenemos en mente. Tienes gran experiencia en trabajo poblacional y de fábricas, y nos gusta tu estilo porque vas siempre al grano. Sabemos que tienes agallas y un espíritu de compromiso al cien por cien.

Mirando con atención a su compañero, Luciano observó sutilmente a quienes estaban sentados alrededor sin que nadie pudiera notarlo, y solo entonces continuó.

—Se trata de crear una zona limpia en el norte de país —observó a su interlocutor buscando adivinar alguna reacción—. La idea es organizar una red de apoyo de absoluta confianza y dispuesta a albergar, en el momento que sea necesario, a los compañeros que tengamos que sacar de las regiones en peligro. Esta zona debe permanecer cerrada a toda actividad revolucionaria. Poco alboroto sindicalista y mucho menos acciones directas. La idea es hacer que los policías se aburran sin hacer nada. Siendo así pueden ser desplegados a otros sectores o se les oxidará la cabeza con la poca actividad —se le dibujó una sonrisa en la cara.

Manuel había permanecido en silencio escuchando su jefe político. Moviendo afirmativamente la cabeza, decidió incorporarse a la conversación.

—Interesante idea. Me imagino que ya tienes pensado el lugar.

—Sí —respondió Luciano con entusiasmo.

—Pues soy todo oídos —señaló inquieto *Manuel.*

—Estamos pensando en Arica, a solo 20 kilómetros de la frontera con Perú y con accesos fáciles a Bolivia. Será necesario investigar y abrir algunos pasos clandestinos y seguros. El norte ha estado históricamente comprometido con la clase obrera y la militancia que allí predomina es la del Partido Comunista, tu especialidad —Luciano sonrió con ironía—. Si aceptas, la tarea es tuya.

Con una sonrisa que se transformó en carcajada *Manuel* dio una palmada de camaradería a su jefe político, al tiempo que le respondió:

—He tenido una buena bronca con mi encargado del PC, Carlos Toro, ya lo conoces. Creo que huele mi doble militancia y mis contactos con el MIR. Finalmente parece que el trabajo en la fábrica es lo único que me va quedando.

Luciano lo escuchó con interés. Está al tanto de la situación y teme por su seguridad, pero lo más importante es que *Manuel* es un líder innato. A pesar de su juventud es bastante experimentado: desde los 16 años ha hecho trabajo de agitador para el PC y últimamente, en el medio sindicalista, ha participado en huelgas y combates callejeros.

—A mi juicio, creo que ha llegado la hora de cancelar tu contrato ideológico con el PC y con tu doble militancia. Así, si tomas el trabajo lo harás sin tantas ataduras, solo como miembro del MIR.

Manuel no lo dejó continuar.

—Compañero, sin pensarlo dos veces acepto.

Luciano sonrió satisfecho y le dio unas palmaditas en el hombro. Luego, sacó un sobre de su bolsillo y le dijo:

—Ahí encontrarás dinero para el pasaje y el nombre de un contacto que tenemos en Arica. Es un dirigente de los estudiantes universitarios y un compañero en el que puedes confiar a ojos cerrados. Cuando te aprendas el número de teléfono quema el papel. Seguramente necesitarás una nueva identidad, acude a *Roberto* para que te la haga, le dices que apura.

—Todo claro, como siempre.

—Si es necesario comunicarnos, utilizaremos el mismo método usado hasta ahora, si no, que tengas buen viaje. Ya tendrás noticias nuestras cuando estés instalado en el norte.

Antes de despedirse, *Manuel* sonrió y preguntó:

—Y tú que piensas en todo, ¿tienes alguna receta milagrosa para pasar las armas por el puesto de control en Cuya?

Ahora era Luciano quien reía socarronamente.

—Esta vez seré generoso, dejaré la solución en tus manos.

Tras un silencioso abrazo, *Manuel* miró a Luciano y se despidió:

—Hasta la próxima.

Capítulo II

El día que Luciano Cruz recibió la confirmación de su ingreso en la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción, recién había cumplido los 19 años. Con la carta en la mano fue raudo a contárselo a sus abuelos.

Fue la abuela quien salió a recibirlo a la puerta. Al escuchar tan grata noticia lo abrazó con ternura y lo felicitó efusivamente. Sin embargo, por encima del hombro de su nieto observó una sombra de tristeza en el rostro de su marido. Ambos comprenden que esta noticia echa por tierra sus esperanzas y las posibilidades de que su único nieto asuma la responsabilidad del fundo Buena Vista cuando ellos ya no puedan administrarlo. Pese a ello, saben que deben darle todo su apoyo.

Muy pronto Luciano partió rumbo a Concepción, recorriendo los 521 kilómetros que separan a Santiago de la capital regional con su cabeza cargada de ilusiones y nuevas ideas, que habían comenzado a fraguarse poco a poco.

Todo había comenzado en 1965, cuando junto a algunos camaradas se dieron a la tarea de reunir información acerca de las tendencias de avanzada al interior de los partidos tradicionales y discutir las posibilidades de generar una corriente revolucionaria en su seno o fuera de él. Luego fueron tomando contacto con militantes de vanguardia, sobre todo comunistas o socialistas, pero también con miembros de grupos revolucionarios incipientes y con trotskistas y anarcosindicalistas. En otras palabras, con miembros de toda la izquierda tradicional, pero especialmente de los sectores revolucionarios emergentes.

Con los que les inspiraban más confianza acordaron una reunión en Santiago. El lugar de encuentro fue la sede de un local anarquista en la calle San Francisco. La idea era crear una corriente de izquierda que buscara la revolución

como objetivo principal y posible, rechazando como simples excusas los argumentos que señalaban que en Chile no estaban las condiciones para enfrentar a la burguesía. La propuesta fue muy bien acogida entre algunos viejos y aquellos jóvenes asistentes al pleno. Como Luciano, ellos también creían que era necesario cambiar la estrategia que hasta ese momento seguían los partidos de la llamada vieja izquierda y, de esta forma, buscaron unificar a los distintos grupos en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Lo que perseguían era crear una organización política de nuevo cuño que representara a los trabajadores, pobladores y campesinos y que abriera el camino a la lucha armada, único posible para derrotar al Estado burgués y la oligarquía criolla.

La Revolución Cubana había demostrado a los jóvenes de América Latina y otros rincones del mundo que vencer al gran Goliat norteamericano era una posibilidad real. A la luz de dicha experiencia estos jóvenes de vanguardia, cansados de observar pasivos la arrogancia de un sistema que los condena a vivir en una sociedad injusta y de quienes se contentan con la conquista de pequeñas reivindicaciones, tomaron en sus manos una responsabilidad histórica, decididos a combatir a la autoridad establecida.

Como una primera manifestación de esta nueva propuesta revolucionaria, el 18 de octubre de 1967 un grupo de jóvenes, integrantes del MIR y comandados por Luciano, arriaron siete banderas chilenas de varios edificios de la ciudad universitaria en Concepción y en su lugar izaron el pabellón cubano. A este hecho le siguieron muchas y muy diversas acciones: huelgas estudiantiles, paros nacionales, tomas de terrenos y agitación callejera. Pero también las denominadas acciones directas y de propaganda armada, que buscaban enfrentar con las armas en la mano al capitalismo y sus representantes.

El año 1968 marcó el inicio de las acciones obrero-estudiantiles con huelgas organizadas en conjunto, principalmente en la zona del carbón y en áreas industriales de Concepción. El clima se fue calentando por medio de los enfrentamientos y choques con la policía uniformada y su reconocido Grupo Móvil, conocido por reprimir de manera brutal las manifestaciones callejeras.

Fue también el período de sucesivas expropiaciones a bancos y camionetas pagadoras, realizadas por los nacientes grupos revolucionarios. La consigna era quitar el dinero a los ricos para devolvérselo al pueblo, o como se solía decir entre quienes transitaban los senderos de la lucha armada, "que los ricos financien las armas que el pueblo necesita para derrocarles".

Pronto los grupos revolucionarios alcanzaron una experiencia notable en esta materia. La práctica fue haciendo de ellos verdaderos profesionales, que a la hora de ingresar a sucursales bancarias actuaron disfrazados de carabineros, bomberos o militares. La prensa de la época no daba crédito al crecimiento explosivo y la capacidad operativa con que las expropiaciones sacudían y limpiaban las bóvedas del capital financiero. Por lo mismo, comenzaron a realizar un especial seguimiento a este tipo de acontecimientos. Pero no solo los periodistas prestaban atención a las expropiaciones. La policía y el gobierno democratacristiano de Frei Montalva las veían como un peligro y desataron una fuerte represión. La mayoría de los dirigentes de estos grupos, sabiendo que se encontraban entre los más buscados por la policía política, decidieron pasar a la clandestinidad. Asumieron nombres políticos y abrazaron una doble militancia en partidos tradicionales para despistar a las fuerzas represivas, ampliando de paso las redes al interior de la izquierda.

Tanto la policía civil como la uniformada se vieron sobrepasadas ante esta nueva situación. Desde principios del año 1968 hasta la década de los 70 se habían formado varios grupos revolucionarios, destacándose el MIR, el Ejército de Liberación Nacional, el Movimiento Revolución Manuel Rodríguez (MR-2), la Vanguardia Revolucionaria Marxista (VRM), la Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), el Partido Comunista Revolucionario (PCR) y grupos trotskistas y anarquistas. Cual más o cual menos, con militantes provenientes de las distintas clases sociales y económicas, buscaban asentarse a lo largo del territorio nacional. El país se vio bombardeado por la información de estos nuevos grupos: panfletos, paredes pintadas con consignas revolucionarias y las siglas de cada uno fueron inundando las calles a finales de la década de 1960.

En el plano internacional, en Argentina y Uruguay empezaron a aparecer las acciones de los Tupamaros, quienes mediante sus secuestros y canjes por presos políticos provocaban una enorme expectación en todo el continente. En Bolivia, el Ejército de Liberación Nacional, heredero de la guerrilla de Ernesto Che Guevara, buscaba resurgir pese a la gran derrota sufrida. También en Perú algunos grupos pequeños comenzaron a cobrar vida. La revolución parecía encontrarse a la vuelta de la esquina, solo era cosa de decidirse y correr a buscarla.

Capítulo III

Amanecía cuando Ronald Rivera Calderón, a quien sus compañeros conocían como *Manuel Campillay* o *Antonio,* extrajo del doble fondo de su mesa de escritorio los documentos con su nueva identidad y el sobre con el dinero. Se disponía a abandonar la habitación cuando se encontró casi a bocajarro con su madre que sollozaba en silencio. La abrazó y consoló tiernamente.

—Mamá, no hagas más difícil esta despedida. Tú sabes que tengo que cambiar de aires, estoy agobiado por mis problemas y la represión cada día se pone peor. Necesito salir un tiempo de la capital, las cosas se están poniendo complicadas y en lo personal el asunto no mejora. Te voy a extrañar inmensamente, no lo dudes, pero mi alejamiento es necesario. Y no te preocupes, seguiré cada uno de tus consejos.

Sus hermanas habían entrado también en la habitación y Ronald les pidió ayuda con la mirada. No quería prolongar la despedida, por lo que se acercó a ellas y las abrazó con ternura mientras murmuraba:

—Cuiden de la mami... Mantendremos el contacto.

Tomó su maleta y salió apresuradamente a la calle sin volver la vista atrás. No quería arrepentirse de su decisión, sabía que, pese a estar con el corazón algo apretado por las despedidas, estaba haciendo lo correcto.

A las siete de la mañana llegó a la estación de buses. Se acercó a la ventanilla y compró un pasaje con destino a Arica. Luego salió del recinto y se dispuso a echar un último vistazo por los alrededores de Santiago antes de abordar el autobús.

Mientras salía de la capital a toda marcha por la carretera Panamericana Norte y las parcelas de hortalizas iban pasando rápidamente ante sus ojos, Ronald se inquietó por el futuro de sus próximos pasos. Nervioso por la incertidumbre que conlleva la construcción de los próximos caminos revolucionarios, se acomodó en el asiento y se preparó para el largo viaje. Tiene por delante un recorrido de 2.053 kilómetros y deberá permanecer mucho tiempo en aquel vehículo. Miró ensimismado a través de la ventana y observó el majestuoso espectáculo que le brindaba aquella larga travesía. La carretera corría paralela a la costa y le muestra un mar rabiosamente azul, contrastando con el paisaje que cambia paulatinamente, de un verde exuberante y frondoso a una vegetación más variada con predominio de pequeños arbustos, para luego dar paso al desierto, donde místicos colores van mezclándose en una alegoría cromática. Sus ojos no terminaban de sorprenderse ante tanta belleza, distinguiendo nuevos colores entre montañas y desierto. Sin embargo, a medida que la distancia hacia su objetivo se acortaba sintió que el tiempo pasaba cada vez más lento y que el viaje se convertía en un agobio, producto del calor seco del desierto. El tiempo parecía no avanzar y las ventanas, pasillos, pasajeros y asientos del bus comenzaban a transformarse en objetos eternos.

En Antofagasta aprovechó una parada obligada del bus para lavarse y cambiar su indumentaria por ropa más ligera. Cerca de Pozo Almonte los pasajeros recibieron del ayudante del chofer la orden de rellenar unos formularios para ser presentados en el control policial y de aduanas en Cuya. Cuando abandonaron la Pampa del Tamarugal y se adentraron en la zona de las grandes quebradas, Ronald se dirigió al baño. Al volver a su asiento llevaba puesta su chaqueta de verano, pero nadie se percató de aquel cambio.

Una hora más tarde el vehículo se detuvo en el lecho seco de la quebrada de Chiza. Allí todos los pasajeros abandonaron el bus para el correspondiente control. Mientras esperaba su turno, Ronald observó y grabó todos los detalles en su memoria. En las oficinas de la estación principal localizó al personal de aduanas y en dos de ellas a los controladores de la policía civil. Por los alrededores, varios efectivos de

la policía uniformada patrullaban el sector. Enumeró a las personas presentes mientras observaba atentamente el tipo de armamento que portaban, buscando absorber todos los datos que la situación le presentaba. Con un gesto de agradecimiento, aceptó el cigarrillo que le ofreció un compañero de viaje. Fumó pausadamente para disfrutar su sabor mentolado, expulsando el humo como si fuese un suspiro.

El empleado de Aduanas le ordenó amable que depositara su maletín sobre la mesa y comenzó de inmediato a revisar su contenido, en lo que parecía un registro minucioso que busca algo anormal. Cuando estuvo satisfecho miró otra vez a Ronald.

—Puede cerrar su equipaje y regresar a su asiento. Que tenga un buen viaje, señor.

—Gracias, muy amable —contestó Ronald, recogiendo su maletín y dirigiéndose lentamente al vehículo.

Después de este episodio lo único que deseaba era llegar pronto a su destino. El calor, el cansancio y las dos armas que había escondido en la espalda le molestaban muchísimo. Lentamente, el vehículo continuó su recorrido por el angosto y peligroso camino de las quebradas. Sembrado de cruces, este tramo recuerda a los conductores la necesidad de ser prudentes si no quieren pasar a engrosar las negras estadísticas de la ruta, donde muchos han dejado la vida.

Desde sus asientos los pasajeros fueron descubriendo poco a poco, entre cerros arenosos, la ciudad que se recortaba a lo lejos, como sumergida en el profundo valle o huyendo del mar que la persigue hacia el interior. Minutos más tarde la pudieron ver con más claridad: hacia el sur está el famoso Morro y la costanera festoneada de palmas; hacia el oeste, La Lisera y las otras playas. Todo bañado por el Océano Pacífico que, sin hacerle honor a su nombre, se presenta como unos de los mares más violentos que se conocen.

Cuando finalmente el bus se aproximó a su destino, Ronald pudo observar los mismos contrastes sociales que ya había visto en el centro del país. El vehículo circuló primero

por las poblaciones que concentran a los sectores desplazados, donde las casas muy juntas están construidas con tablas, barro y planchas de zinc y donde, a todas luces, reina la pobreza. Luego se adentró en los barrios privilegiados, de lindas casitas con jardín, segundos pisos, terrazas y, en su mayoría, de cara hacia el mar. Sus divagaciones fueron interrumpidas por su vecino de asiento.

—Esta ciudad es la más hermosa del norte, aquí nunca llueve y tenemos sol los doce meses del año.

Ronald movió afirmativamente la cabeza y respondió con una leve sonrisa en el rostro.

—Estupendo, eso es lo que yo ando buscando, sol a raudales.

Al llegar al centro de Arica, Ronald pudo por fin hacer abandono del bus y terminar aquel extenuante viaje. Mientras disfrutaba de la brisa suave y refrescante con que el mar le daba la bienvenida, estiró sus piernas adormecidas, cansadas de permanecer inmóviles durante tanto tiempo.

—Desde ahora serás *Antonio,* recuérdalo —se dijo en voz muy baja.

Minutos después, camino de la estación de buses locales, sonrió al recordar las recomendaciones de su hermana "bruja", que tras leerle las cartas del Tarot le presagió en este viaje el encuentro con una joven morena que le daría un hijo.

—Tranquila, hermana mía —se dijo a sí mismo en un diálogo ficticio—. Tu hermano ya tiene demasiados problemas como para buscarse gratuitamente otros nuevos. Mis planes en esta tierra no tienen nada que ver con líos amorosos.

El bus al que se subió lo dejó cerca de una modesta pensión ubicada en las afueras de la ciudad, la misma que le

había recomendado su hermano Arturo. Una vez instalado, salió a recorrer a pie la ciudad que sería su hogar a partir de ese momento.

A pesar de su juventud, 20 años recién cumplidos, Ronald ha realizado todo tipo de trabajos. Sobre todo en el sector de la industria textil, donde su rol como dirigente sindical y agitador en la constitución de sindicatos ha dejado un recuerdo imborrable entre los trabajadores y en los patrones, quienes lo recuerdan como una plaga nociva para sus intereses. Aunque siempre fue un operario intachable que nunca dejó de cumplir sus tareas, cuando finalizaba su contrato simplemente no le extendían otro nuevo. Sin embargo, nunca se negaron a proporcionarle buenas recomendaciones, al menos en lo que a trabajo se refiere.

Ronald es un muchacho alto, de contextura delgada, pelo castaño claro y ojos café, grandes e intensos. Él se sabe atractivo y que no pasa desapercibido ante los ojos femeninos, pero siente que no ha tenido mucha suerte en ese plano.

Después de pasarse un mes golpeando puertas en el mercado laboral, y también varios días sin probar alimento porque ya no tenía dinero ni siquiera para comprar pan, consiguió por fin un trabajo municipal cavando zanjas para el alcantarillado. Esto le permitiría algo de estabilidad para realizar el verdadero objetivo de su viaje: el trabajo de frontera que el MIR le había encargado.

Al concluir su primer día laboral, sus manos estaban llenas de ampollas y heridas. También su piel sufrió las inclemencias del clima, al pasarse todo el día a la intemperie, pero al finalizar la semana ya sus manos se habían acostumbrado y endurecido, y el trabajo de sol a sol le fue proporcionado un bronceado saludable.

Sintió que sus compañeros de trabajo lo habían integrado al grupo de forma inmediata a pesar de ser un afuerino. Para corresponderles, participaba de sus encuentros después de la jornada laboral, compartiendo con ellos una tabla de damas o dominó en el local de la esquina. En estos encuentros informales se fueron creando lazos de amistad que le permitieron establecer contacto con dirigentes y activos participantes en el sindicato. Estos escuchaban sus opiniones

con interés y posteriormente lo invitaron a participar en reuniones propias o en coordinaciones entre trabajadores de distintos rubros que empezaban a organizarse.

Transcurridos tres meses desde su llegada a la ciudad, Ronald pensó que lo dificultoso del nuevo comienzo se iba suavizando poco a poco. Ya estaba establecido y había logrado entender el ritmo de la ciudad. En muchos aspectos su nueva vida le aportaba una tranquilidad que no había conocido con anterioridad. "Ha llegado el momento de poner en marcha la misión, dedicarme realmente al objetivo de este viaje", pensó para sus adentros y comenzó a enumerar los pasos a seguir.

Eligió un domingo para tomar contacto con el dirigente universitario cuyas señas le había entregado Luciano. Ese día se levantó tarde y, tras comer algo liviano, se dirigió a un teléfono público para realizar la correspondiente llamada. Como sabe que es un teléfono "buzón", utilizable solo para recados, dejó uno breve y conciso. Las señales estaban acordadas de antemano y hacían posible que ambos entendieran el mensaje sin que se dijera nada explícito.

Poco antes de las ocho de la noche se dirigió a la Plaza de Armas. En la puerta de la iglesia de San Marcos divisó a un joven moreno de estatura corriente que llevaba en la mano un ejemplar arrugado del diario *La Tercera*. Era la señal de que todo estaba en orden y que era el contacto indicado, pero era necesario cerciorarse siguiendo el protocolo y las normas de conspiración. Ronald se acercó y le hizo una pregunta al desconocido sujeto, si era él sabría qué responder. Nunca se habían visto, así que todas las precauciones eran necesarias.

—Disculpe, ¿podría decirme a qué hora comienza la misa?

—¿La misa? No. La misa es normalmente a las siete. Tendrá que volver mañana —respondió su interlocutor con toda normalidad.

Al escuchar la contraseña Ronald le estrechó la mano. Su interlocutor, por su parte, comenzó señalándole animadamente:

—Me llamo *Vicente* —evidentemente se trataba de un nombre político, por lo que no entró en detalles de apellidos u otros datos. Pero al instante agregó—. Me notificaron de tu llegada... ¿*Manuel*, verdad?

—No, *Antonio* —respondió rápidamente el recién llegado, aclarando la situación en el acto—. Aquí me llamo *Antonio*, pero como sabes allá por el sur me conocen como *Manuel Campillay*. Los nombres pasan, pero descuida que soy la misma persona —señaló con una sonrisa ante la pequeña confusión—, y ahora será mejor que caminemos y nos pongamos al día.

—Perfecto, pues vamos —dijo *Vicente* con entusiasmo.

Para conversar con más tranquilidad, *Vicente* lo llevó a una casa de seguridad ubicada en un sector habitado en su mayoría por pescadores y trabajadores portuarios. Este inmueble no era conocido ni por la policía ni por mucha gente y reunía las características que permiten elaborar tareas conspirativas con calma. Una vez allí, *Vicente* lo invitó a pasar a la cocina. Mientras preparaba té lo informó sobre el nivel en que se encuentra su trabajo estudiantil y la gente con que se cuenta. Para sorpresa de Ronald, varios profesores universitarios integraban también el grupo.

—Sabía que te encontrabas en la ciudad desde hace tres meses. No entiendo por qué has tardado tanto en tomar contacto. En todo caso, preferí esperar y respetar las reglas —le dijo *Vicente* con extrañeza y curiosidad.

—Tenía problemas para conseguir trabajo y la pasé bastante mal tratando de solucionarlo. Ahora por fin cuento con uno que es fijo, pero me falta una vivienda segura.

—Tú dirás cómo podemos apoyarte.

—Necesito que me ayudes a encontrar algo barato y discreto. Ahora vivo en una pensión y eso me crea un problema serio de seguridad, porque no sé cuándo se le pueda ocurrir a la dueña revisar mis cosas y encontrarse con sorpresas.

—Déjamelo a mí, yo resolveré eso, no te preocupes. ¿Cómo nos contactaremos?

—No quiero usar el teléfono de la pensión, así que en dos días te llamo al teléfono *buzón* y nos juntamos como hoy.

—Pues que así sea —dijo *Vicente* en tono festivo, celebrando que los primeros pasos del plan de Luciano comenzaban a concretarse.

Al salir de la casa de seguridad, Ronald caminó lentamente, sintiendo en su rostro el aire fresco de la noche. Aspiró profundo para llenarse los pulmones con la brisa marina y se sintió inmensamente libre.

Capítulo IV

A partir de ese momento, *Vicente* concentró todos sus esfuerzos en la búsqueda de una vivienda para el nuevo compañero. Para no romper con las medidas de seguridad asumió personalmente la tarea.

Vicente, cuyo nombre verdadero es José Vallebona, se había destacado como dirigente estudiantil ya desde los años de la secundaria. Ahora estudiaba matemáticas en la universidad y su popularidad se había acrecentado todavía más, sobre todo entre sus compañeros de cátedra y los sectores más politizados de los estudiantes. Entre las jóvenes del sexo opuesto su popularidad era arrolladora, tanto por sus dotes de líder y la aureola que esto conlleva como por su postura y la galantería que lo caracteriza. También tiene fama de ser un líder inteligente y honesto, con ideas avanzadas, revolucionarias, como dirían algunos, aunque públicamente no se le conoce una militancia activa en ningún partido. Se presenta a sí mismo como independiente, aunque siempre precisa "de izquierda, por supuesto", a la hora de desempeñarse como dirigente público. Ahora, cuando los estudiantes buscaban estrechar lazos con los trabajadores, su base de contactos se había ensanchado todavía más, convirtiéndose en un personaje conocido en diversos sectores del puerto y de la zona industrial. Pero su verdadera militancia y labores organizativas se centraban en el trabajo político que desarrollaba de forma clandestina el MIR en la zona.

Sus padres y hermanos poco saben de sus actividades, ya que su casa es visitada por un reducido número de amigos, y eso sucede muy de cuando en cuando. En su familia suponen que su continua asistencia a reuniones está relacionada con su cargo en el Centro de Estudiantes y no sospechan su estrecho vínculo con la política contingente.

Para la tarea en la que ahora está volcado buscó retomar algunos de sus antiguos contactos, sabiendo que por esta vía podía solucionar el problema de su compañero. Varias personas le proporcionaron datos y pudo visitar algunas casas en barrios populares, pero ninguna reunía las condiciones que él andaba buscando. La solución vino finalmente desde adentro. Una compañera del MIR le dijo que podía poner una casa a disposición totalmente gratis. El inmueble se encontraba a un costado del río San José, que atraviesa Arica de este a oeste. Rápidamente, *Vicente* acordó con ella una visita a la casa para conocer las condiciones reales antes de aceptarla y ofrecérsela a *Antonio.*

La vivienda estaba ubicada en una esquina. Mientras miraba las ventanas y las calles aledañas, *Vicente* pensó para sí: "ante una redada, esto nos permitiría escapar fácilmente".

El exterior estaba construido con material prefabricado y en su interior tenía una sala-comedor que da lugar a una pequeña cocina en uno de los rincones. Al otro extremo, un dormitorio grande y un baño pequeño con instalación de agua potable.

—Como ves, no tiene ducha, pero eso se puede solucionar improvisando una con una manguera —señaló la compañera, ofreciendo soluciones ante las dificultades.

El patio era amplio y contenía un hermoso jardín de rosales y algunos árboles frutales. Pero lo que más le gustó a *Vicente* era una pieza anexa, también prefabricada, que podría servir de "oficina".

—¡Esto me parece perfecto! —*Vicente* agradeció a la solidaria compañera. Por lo visto, ella había conseguido el inmueble sin costo alguno, presumiblemente de algún familiar.

Esa misma tarde *Antonio* recibió la buena noticia. Tres días después, el domingo, trasladaron sus pocas pertenencias desde la residencial hasta la nueva casa. A llegar, descubrió

con satisfacción que el lugar era muy adecuado para el uso que quería darle, de hecho era excelente.

Aunque iba contra las normas de seguridad, desde aquel día la vivienda se convirtió en lugar obligado de reunión. Las otras dos casas de las que disponía la incipiente red del MIR en el norte serían usadas solo en casos de emergencia, para evitar que se supiera de su existencia.

La mayoría de los integrantes del grupo eran estudiantes universitarios, con la excepción de tres profesores. Se discutía mucha teoría, a veces demasiado, por lo que de vez en cuando *Antonio* tenía que "aterrizarlos". Desde su punto de vista, era frecuente que cayeran en concepciones pequeñoburguesas centradas en la poesía, literatura o debates estériles, y trataba de guiarlos a través de la lectura y las discusiones políticas. Les exigía estar al día en actualidad nacional e internacional y que participaran en la realización de pequeñas tareas de propaganda para buscar apoyo logístico y captar nuevos miembros. Así, en el transcurso de pocas semanas se fueron convirtiendo en un grupo compacto y comprometido con la lucha revolucionaria en el ámbito nacional y continental.

A pesar de que entre *Antonio* y *Vicente* surgió una gran amistad, este último protegía celosamente su vida privada, su seguridad personal dependía de ello. Su familia, en especial Berta, su madre, nunca debía enterarse de sus ideas y actividades revolucionarias, mal que mal en Arica todos se conocen. *Antonio* pensaba que esas reservas eran exageradas y lo hicieron sospechar. Un día, aprovechando la infidencia de un compañero que se confundió e hizo referencia a *Vicente* como José Vallebona, creyó llegada la hora de averiguar la verdad, considerando que ahora sabía su nombre legal. Sin detenerse a reflexionar sobre el alcance de sus actos, trató de localizar su dirección en una guía telefónica. Al no encontrarla, imaginó que los Vallebona que salían en aquella lista debían ser familiares cercanos. "Tendré que hacer un trabajo detectivesco", señaló en voz alta en la soledad de su cuarto mientras revisaba documentación de la organización.

Antonio cavilaba para sus adentros: "Tendré que recorrer todas estas direcciones para averiguar cuál de ellas pertenece a José o *Vicente*. Su actitud está siendo muy extraña.

Quizás esconde algo serio que puede afectar nuestra seguridad –una mezcla de curiosidad, sospecha e intuición le decía que algo no andaba bien con ese tal *Vicente*–. Si mi objetivo es conseguir una zona de seguridad y abrir pasos, mejor será que sea suspicaz".

Capítulo V

No tuvo dificultad para localizar la primera dirección. Se detuvo unos segundos para observar la puerta desde la acera de enfrente, pobremente iluminada por las últimas luces de la tarde. Estaba tranquilo. Sabía que aquel día *Vicente* tenía una reunión, lo que garantizaba que no sería él personalmente quien abriera la puerta.

Llamó varias veces, pero al no tener respuesta decidió volver más tarde. Dio algunas vueltas por el sector para ver si ubicaba alguna de las otras direcciones o algún elemento que le llamara la atención. No tuvo suerte y, como anochecía, encaminó sus pasos de vuelta al primer objetivo. Eran las nueve de la noche y Carlota se preparaba para ir a la cama. Iba camino al dormitorio cuando escuchó que llamaban suavemente en la puerta de calle. Al abrir encontró a un joven vestido modestamente, que con voz tímida le preguntó por su hermano José.

—José aún no llega, está en la universidad —contestó amablemente la joven—. ¿Quieres dejarle un recado?

—No, creo que no —se apresuró a responder—. Solamente dile que un amigo vino a visitarlo.

—Descuida, lo haré —prometió ella mientras enviaba una sonrisa cálida al desconocido, que desapareció en la oscuridad.

Algo preocupada, Carlota cerró suavemente la puerta. Al quedar a solas, decidió no contarle nada a su hermano para evitar una reprimenda, ya que si se encuentra sola no debería abrir la puerta a esas horas de la noche, y menos a personas extrañas. Pero cuando se quedó dormida, aquel episodio ya estaba olvidado.

Carlota Vallebona tiene 17 años, es menuda y tiene una cabellera furiosamente negra. Es la hermana menor de *Vicente*. Son cuatro hermanos y pertenecen a una familia de clase media. Su padre es contador jefe de la Compañía de Teléfonos y Berta, su madre, es una dueña de casa que nunca está en casa, ya que su tiempo lo divide entre una vida social muy activa y las múltiples actividades del Partido Demócrata Cristiano. Ella se ha convertido en una fuerza movilizadora dentro de la DC para incorporar a las mujeres de clase media.

Carlota cursa sus estudios de secundaria en el único liceo que existe en la ciudad y ha logrado organizar su día de tal forma que le permite permanecer poco tiempo en casa, ya que allí casi nunca hay nadie.

Días después de la visita, casi al regresar a casa Carlota se encontró nuevamente a bocajarro con el desconocido que preguntara por su hermano. Él la saludó, le dijo que era amigo de José y se ofreció a acompañarla. La muchacha se mostró sorprendida pero pronto recordó su cara y accedió, ya que el joven irradiaba ternura. Mientras caminaban él le dijo que se llamaba *Antonio* y que desde la noche en que golpeó la puerta de su casa se había quedado impresionado con su belleza. Por eso, había estado tratando de encontrarse con ella en distintos lugares.

—Me gustaría que me aceptaras como tu amigo —le dijo sonriendo, con cierta torpeza.

—Está bien —contestó Carlota, como quien acepta cualquier invitación, pero decidió aclarar sus propias intenciones—. Seremos amigos pero debes saber que participo en la iglesia y que recorro algunas poblaciones junto a unas monjitas obreras. Esa es mi única prioridad, es mi preparación, ya que ingresaré a un convento al finalizar la enseñanza media. Por lo tanto, tienes que pensar en mí solo como una amiga —subrayó de forma enfática.

Durante un momento *Antonio* se quedó aturdido, sin saber qué decir. La joven lo había sorprendido completamente,

rompiéndole todos los esquemas. Hizo un esfuerzo para retomar el hilo de la conversación.

—De acuerdo, seremos amigos, pero debes aceptar que podamos hablar de política y otros temas. También debes explicarme eso de hacerte monja y el porqué de tan drástica decisión —dijo sin ocultar su curiosidad por el camino religioso que la joven decía haber elegido.

Ella asintió en silencio y pensó: "¿Este tipo está loco o se hace? ¿No me estará tomando el pelo?". Con toda esa extraña conversación, Carlota y *Antonio* ya habían llegado a la casa de los Vallebona, por lo que se despidieron y quedaron de encontrarse al día siguiente.

Desde aquel día se vieron casi a diario y, poco a poco, nació entre ellos una sólida amistad, que se desarrollaba sin considerar la diferencia de edad entre ambos. Las noches que compartían eran todavía más hermosas bajo aquel cielo estrellado, y la temperatura eternamente primaveral de la ciudad la transformaba en un lugar perfecto para conversar extensamente. Juntos recorrieron sus playas, la larga costanera azotada por las olas del Pacífico y los senderos de sus parques y plazas, disfrutando del aire libre, limpio y salino. Para *Antonio*, Santiago y sus problemas parecían haber quedado completamente atrás.

Las conversaciones parecían interminables. Hablaban sin parar de distintos temas. Con sorpresa, Carlota advirtió que su amigo poseía una inteligencia poco común. "Parece una verdadera enciclopedia", se decía a sí misma. Poco a poco, él comenzó a hablar sobre las desigualdades sociales, cuestionando la propiedad y la pobreza como elementos permanentes dentro de las sociedades. De forma gradual comenzó a utilizar ejemplos sencillos e incluso los relacionaba con algunas doctrinas de la iglesia que Carlota comprendía con facilidad. Su nuevo amigo utilizaba la filosofía marxista para explicarle la realidad, desde ejemplos cotidianos hasta asuntos nacionales o internacionales. *Antonio* la provocaba ideológicamente, quería enfrentarla a sus convicciones,

arrinconarla para que no buscara una salida fácil. No le interesaba que repitiera consignas –sea cuales fuesen–, sino que pensara, reflexionara y sacara conclusiones propias. El tema religioso era, sin lugar a dudas, una de las aristas preferentes para provocarla.

—En la iglesia no encontrarás las respuestas reales a tus inquietudes, la religión es el opio del pueblo. Si lo que quieres es ayudar a los pobres, has buscado un camino cómodo y egoísta. Si bien haciendo caridad puedes ayudar solo a unos pocos, tú tendrás siempre techo y comida asegurados. Pero, ¿y tu pueblo? Siempre habrá pobres, por más caridad que se haga, por más visitas con las monjitas. ¿No crees que sería mejor cambiar el asunto de fondo? ¿O crees que la aberrante desigualdad es normal? ¿Es natural? —la increpaba con ironía, deseando escuchar sus respuestas y defensas.

Pero Carlota no se quedaba atrás. Sin tener tantos argumentos le rebatía continuamente con lo que había aprendido de las religiosas. Aun cuando la fe religiosa en ella era muy fuerte, lo escuchaba con atención y sentía cómo la obligaba a sacar conclusiones propias. Las ideas que él le aportaba eran algo totalmente nuevo para ella, cuestionadoras de su mundo, una provocación completa, y eso le encantaba ya que en el fondo era una demostración de cómo él la valoraba profundamente.

Una noche, entre las muchas que compartían, Carlota se dio cuenta de que su nuevo amigo estaba triste, muy distinto del joven conversador con que se había relacionado durante el último tiempo.

—¿Qué pasa, *Antonio*? ¿Tienes problemas? Recuerda que somos amigos y si puedo ayudar...

—No es nada, solo estoy un poco agobiado por el trabajo —respondió sin dar mucho espacio a la conversación.

Tras seguir cruzando algunas palabras sobre nada en particular, al volver a casa Carlota le pidió que esperase un momento. Extrañado, esperó a cierta distancia de la puerta, con una curiosidad que se reflejaba en su rostro. De pronto la joven Carlota regresó corriendo con algo en sus manos. Era un pequeño oso de peluche que dejó perplejo a *Antonio*. Ante su sorpresa, la joven dijo con solemnidad:

—Te lo regalo para que duermas con él y no te sientas tan solo. Es un muñeco que me ha acompañado durante mucho tiempo y ahora quiero compartirlo contigo, es muy especial e importante para mí —y puso en sus manos el peluche, como quien hace entrega de un preciado tesoro.

Emocionado y sorprendido ante aquella ingenuidad y sincera inocencia, *Antonio* la abrazó fuertemente.

—Eres maravillosa, eres maravillosa, pequeña — comprendía lo valioso del gesto y se consideró afortunado de conocerla.

Ambos permanecieron fundidos en un abrazo silencioso donde los sentimientos comenzaban a fluir y crecer de forma lenta pero segura. Carlota sentía cómo su corazón latía apresuradamente. A pesar de sus esfuerzos por controlar esas sensaciones desconocidas, el contacto físico con *Antonio* le agradaba más de lo que ella hubiera deseado. Él, por su parte, inspiraba con fuerza para sentir intensamente el perfume de aquella pequeña, mientras mantenía el peluche en las manos que rodeaban el cuerpo de Carlota. Asustada, la joven levantó los ojos y se encontró con los de él, que la miraban con amor y ternura. Comenzaba a perder importancia la ciudad, la noche, las casas, la calle y todo lo que estaba alrededor.

—¿Sabes que terminarás por corresponder mi amor y que tendremos un hijo? —dijo él en un susurro y con un tono burlón.

Carlota se separó violentamente. Sin poder evitarlo, una ola de rubor le subió por las mejillas.

—¡*Antonio*! De eso nada, ni lo sueñes. Voy a ser religiosa, no lo olvides, no te confundas conmigo —buscaba reafirmar sus decisiones religiosas y reprimir aquella sensación que comenzó a tomar forma con ese hermoso abrazo.

Entró a la casa sin despedirse, prometiéndose no verlo nunca más. "Este tipo es un arrogante", dijo para sí, buscando cerrar para siempre ese capítulo en su vida. Mientras rezaba antes de dormir, volvió a reafirmar su camino religioso. Era un proyecto seguro que le prometía una vida tranquila y donde, además, podía ayudar al prójimo.

Habían pasado un par de días desde la última vez que vio a *Antonio*, cuando al despedirse de sus compañeros en la puerta del liceo Carlota observó a lo lejos su inesperada presencia. Se acercó con sigilo y lo notó triste y pensativo.

—¿Qué haces aquí, *Antonio*? ¿No deberías estar trabajando?

—Me dieron permiso. Es que hoy me han anunciado la muerte de mi padre —dijo con palabras lentas y voz baja, sin mucho preámbulo.

Carlota no pudo reflexionar mucho y se dejó llevar por sus emociones. Lo abrazó y consoló con ternura.

—Lo lamento. Seguro tendrás que viajar a Santiago. ¿Vienes a despedirte? —Carlota no quería ni pensar en lo que significaría la pérdida de su propio padre.

—No. No viajaré a la capital. Vengo porque necesito estar contigo. Tú me haces bien —*Antonio* buscó en la mirada de la joven un lugar para mitigar el dolor de su corazón.

Tomados de la mano se fueron caminando a la plaza más cercana. Ella sentía que en estos momentos difíciles *Antonio* la necesitaba. Caminaron en silencio durante un largo rato. Ella no sabía cómo hacerlo sentir mejor, cómo decirle algo que le quitara la pena. Finalmente buscaron un banco donde sentarse.

—Estaba en el trabajo cuando me comunicaron que había muerto. Mi viejo había estado un tiempo enfermo pero... —*Antonio* hizo una pausa, su respiración era difícil y sus ojos se llenaron de lágrimas.

La joven buscó sus manos y, con ellas entre las suyas, permaneció en silencio, deseando que aquel contacto le infundiera un poco de consuelo, un apoyo para no derrumbarse. De pronto *Antonio* miró su reloj y le preguntó intempestivamente:

—¿Cuáles son tus planes para hoy?

—Ninguno, no tengo ningún plan —dijo ella—. ¿Quieres que compremos un poco de fruta y nos vayamos a la playa el resto de día?

Antonio aceptó gustoso la propuesta, era lo que necesitaba para apaciguar la pérdida de su progenitor. Camino a la playa Chinchorro, Carlota pasó por su casa para cambiar el uniforme por ropa más cómoda y luego continuaron hacia el mar. El día estaba magnífico. Permanecieron sentados muy juntos uno al lado del otro, charlando sin parar sobre la vida, el mar y los animales marinos. El tiempo pasó deprisa y, al acompañarla a su casa, Carlota volvió a sacar el tema.

—¿Quieres que le pida al padre Lamas que diga una misa por el descanso del alma de tu padre? Es un curita amigo de la familia, un muy buen hombre.

—Gracias, pequeña, pero no hace falta. Mi padre era un comunista consecuente. Un materialista dialéctico, lo mismo que yo. Y hay que respetar a los muertos.

Carlota abrió los ojos sorprendida. No sabía muy bien cómo tomar esa respuesta pero aquella noche aprendió algo más sobre consecuencia. *Antonio* le dio un suave beso en la mejilla mientras se acariciaban las manos. Le susurró al oído:

—Te veré mañana, pequeña.

Tras despedirse, Carlota meditó sobre el mundo nuevo que *Antonio* le iba descubriendo: injusticias, marxismo, lucha social, ateísmo, pero también ternura a raudales, respeto y consideración. Se encontraba viajando en un torbellino de emociones y pensamientos, sentía que le hacía bien a su espíritu tenerlo cerca y presentía que podía confiar plenamente en él, le otorgaba seguridad y confianza. Al mismo tiempo, temía la ira de su madre si llegaba a enterarse de que salía con un muchacho marxista. Al abrir la puerta se encontró con que su padre ya estaba en casa.

—¡Hija, qué bueno! Has regresado temprano, así hoy no cenaré solo —sorprendida, la muchacha se quedó mirándolo sin decir nada—. Sí, hija. En el último tiempo no has estado en casa a la hora de cenar y te he visto llegar acompañada de un muchacho muy mayor. Estoy preocupado. No veo nada bueno en esas salidas.

—Pero papá, ese muchacho es solo un amigo, no es nada serio. Creo que tiene 20 años, no es tanta la diferencia de edad para salir con él —trató de explicarle.

—Que no se entere tu madre, ella sí que no lo verá bien. Ya sabes que sueña con verte convertida en religiosa y es capaz de acusar al muchacho de corruptor de menores —su advertencia tenía cierto tono de complicidad con su hija.

Rápidamente el padre decidió cambiar de tema. Minutos más tarde se sentaron a la mesa y cenaron en silencio.

Capítulo VI

En esos meses la actividad y lucha sindical comenzaban a multiplicarse a lo largo del país y los conflictos estallaban por todas partes. Buscando integrar y potenciar las inquietudes de Carlota, *Antonio* comenzó a llevarla a reuniones de sindicatos y a recorrer con ella los barrios industriales de Arica. Ella intentaba no interrumpir las tareas de *Antonio* pero le encantaba observarlo cuando, junto a trabajadores de distintas áreas, se inclinaba sobre la mesa abarrotada de papeles y contaba sus experiencias en otras huelgas. Las discusiones abarcaban desde los detalles de una movilización que estaban programando hasta los temas fondo. Se planificaban huelgas, confrontaciones con el patrón y pliegos de peticiones. Carlota observaba cómo los ojos de *Antonio* brillaban de manera especial en aquellos momentos, concentrándose completamente en la planificación. Al ver la energía vital y el carisma de su compañero, comprendió que esa era la vida que él había elegido y por la cual realmente vibraba. Cuando cruzaban miradas, sus ojos claros sonreían llenos de esperanza, emoción y alegría rebelde.

En una ocasión en particular Carlota escuchó testimonios de miseria y explotación, según los cuales, producto de la avaricia del patrón, miles de personas no lograban terminar el mes con los sueldos que recibían. Cada una de las historias la conmovía profundamente pero lo que más le sorprendió fue el ánimo y la decisión para movilizarse y luchar. No era una lamentación, sino el motivo que los impulsaba a juntarse a escondidas en aquel local.

Una vez finalizada la reunión y tras despedirse de todos los compañeros, la pareja de amigos dio un grato paseo por las calles que los llevaban de vuelta a la casa de Carlota.

—¿Sabes, *Antonio*? Cuando asistes a estas reuniones, cuando conspiras con tus compañeros, tú te transformas.

Antonio se detuvo de golpe y la miró con sorpresa. Después de un momento, la instó a que siguiera desarrollando la idea.

—Hoy fue la primera vez que he escuchado la Internacional. Me impresionó muchísimo ver a todos los presentes cantando con el puño en alto, emocionados, unidos —Carlota comenzó a tararear la canción mientras sonreía—. Todos conversando, planificando, discutiendo.

—Esto es la vida, pequeña, y quiero mostrarte todas sus caras. La lucha y la rebeldía tienen algo hermoso que enamora, la posibilidad de construir mundos sin miseria, mundos libres. Si tú decides continuar con tus planes y elegir la vida religiosa no hay problema, tú sabes que yo no pretendo imponerte nada, pero ahora lo harás sabiendo que existen otras formas de cambiar la miseria del pueblo.

Siguieron caminando hasta llegar cerca de la casa. Se tomaron las manos para despedirse luego de una intensa jornada para Carlota. De pronto, él se acercó y con voz melosa le rogó, mirándola a los ojos:

—¿Puedo besarte? Aunque sea una sola vez.

—Pero si ya me has besado —contestó con soltura y simpleza, desentendiéndose de las reales intenciones de aquella petición.

—Es que hoy, pequeña, quiero sentir tus labios —la mirada de *Antonio* comenzaba a perderse en los ojos de Carlota mientras tímidamente se dibujaba una sonrisa en su rostro.

Carlota se vio invadida por un nuevo sentimiento, una enorme felicidad que inundaba todo su cuerpo. Sin poder ni querer oponer resistencia, cerró los ojos para amplificar aquellas emociones que brotaban y la rebalsaban. Sintió cómo los brazos de *Antonio* la rodeaban y él se inclinaba buscando sus labios. A Carlota le parecía que estaba viviendo un sueño y que despertaría en cualquier momento. Pero no era así y sus labios se abrieron para recibir las caricias de un prolongado e intenso beso, mientras se abrazaban con fuerza. Como náufragos colgando de una tabla, no querían soltarse sino hacer de aquel beso un instante infinito en que ellos fueran lo único real.

Antonio quería que no hubiese confusión posible. Su sentimiento era tan profundo que necesitaba dejarlo explícito. A pesar del temor de que aquel beso no se repitiera nunca más, mientras aún la estrechaba entre sus brazos le declaró:

> —Te amo, pequeña, te amo. En serio, no lo olvides nunca. Amo aquella mezcla de niña y mujer que hay en ti, esa ternura, generosidad e inquietud. Eres lo que he andado buscando toda la vida —acariciaba sus mejillas y la miraba con enorme cariño en sus ojos—. ¿Crees que puedas llegar a quererme? —dijo con torpeza y ternura.

Con un hilo de voz e inundada por aquel hermoso sentimiento, Carlota solo atinó a responder:

> —En este momento siento que soy inmensamente feliz y que no existe nada más importante que tu persona. Si eso es amor puedes estar seguro de que te amo.

Antonio la atrajo nuevamente a sus brazos y le acarició los cabellos, feliz por sentirse correspondido. Luego se despidió con un "¡Hasta mañana, pequeña mía!" y se marchó entre las sombras de la noche, dejando perturbada e inquieta a la joven Carlota.

Al entrar a su casa aún se encontraba en un torbellino de emociones. Había asistido a locales sindicales y participado en reuniones conspirativas para planificar huelgas, había escuchado a *Antonio* hablar con elocuencia sobre política y había terminado el día con aquel beso y esa explosión en el centro de su pecho. De pronto, fijó su mirada en la imagen de Jesucristo, que la miraba desde la pared de la sala. No se pudo desentender y le confesó en voz baja:

—Ahora sí que la he hecho grande, Señor... Pero tú entiendes, ¿verdad? Claro que sí. No me olvido de que tú, Señor, eres todo amor y... Bueno, yo sé que tú entiendes —dijo, señalándolo con una sonrisa cómplice.

Capítulo VII

Carlota es muy aficionada a la lectura. Pese a su juventud, ya ha leído buena parte de las novelas y libros de cultura general que hay en la biblioteca del colegio y la ciudad, aparte de los que ella misma compra con el dinero que le da su padre para golosinas u otros gastos menores. Siente que en cada libro se puede aprender algo nuevo, que se pueden adquirir nuevos conocimientos que ayuden en la vida presente y futura.

La relación con *Antonio* seguía de maravillas. Se veían casi todos los días, aunque fuera por poco tiempo, y sellaban su amor con besos y abrazos inolvidables. En uno de esos encuentros *Antonio* le regaló dos libros que escapaban de la variada literatura a la que Carlota había tenido acceso. Estos libros eran *El Diario del Che en Bolivia* y un recopilatorio de sus escritos.

Para ella el nombre del autor no era desconocido, por un lado, porque que *Antonio* en más de una ocasión le había hablado sobre el guerrillero Ernesto Guevara, y por otro, por las continuas referencias de la prensa de la época. Sin embargo, era la primera vez que tenía en sus manos los pensamientos y escritos de aquel hombre, listos para ser descubiertos por ella. Los leyó detenidamente y más de una vez sintió que los postulados del Che explicaban aquel cúmulo de sensaciones que ella experimentaba sobre las injusticias en el mundo. La idea del "hombre nuevo" y el papel que este debía representar en una sociedad más justa hacían referencia a un cambio personal, cotidiano y radical, lejos de un llamado a esperar o delegar estos cambios para el futuro. Carlota comprendió que era un llamado a actuar en el presente frente a las injusticias, partiendo por las actitudes más cotidianas. Era consciente de que la Iglesia pregonaba ideas semejantes, como el amor al prójimo o la necesidad de hacer el bien en todos los actos, pero

las experiencias vividas en el último tiempo le sugerían que en la labor eclesiástica no encontraría las respuestas definitivas, sino solamente paliativos.

Cuando finalmente se acabaron las clases, las vacaciones fueron días inolvidables para ambos. El buen tiempo y los paseos por la ciudad, por sus parques y plazas, hacían que cada encuentro fuese esperado con ansias. Con más confianza, un día de aquel verano *Antonio* decidió contarle a Carlota un poco más de su vida antes de llegar a Arica.

—Pequeña, es hora de que sepas algunas cosas mías. Tomará algo de tiempo, así que te iré explicando de a poco. Si tienes alguna duda solo dímela, no hay problema —le dijo mientras la acariciaba con ternura—. ¿Recuerdas que te había contado algo de mi familia? Pues bueno, provengo de una familia de militancia comunista. Tengo tres hermanas mayores y un hermano menor que tiene tu misma edad. Para todos nosotros la vida no ha sido muy fácil, toda mi familia vivió en carne propia la brutal represión del presidente Gabriel Gonzáles Videla. Aquel dictador allanó locales, clausuró periódicos y también persiguió a mucha gente de izquierda, entre ellos a mi familia. —al decir esas palabras, *Antonio* recordaba su infancia y las propias historias que le contaban su madre y sus hermanas. Hizo una pausa para observar a Carlota y notó que lo miraba impresionada—. A los quince años me hice militante del Partido Comunista, de la Juventud, claro está, pero ya a los diecisiete era un militante profesional. Gracias a mi capacidad para hablar y generar vínculos, el partido decidió pagarme para que me dedicara a tiempo completo a realizar tareas de agitación en el sector industrial y las nacientes poblaciones.

—A eso se debe entonces tu habilidad para comunicarte con los trabajadores y que acepten tus propuestas — interrumpió Carlota.

—Puede que sea como tú dices, yo no lo sé. Este trabajo me dio mucha experiencia sindicalista pero también me creó problemas prácticos, pues debía cambiar de trabajo según las necesidades del partido. En otras palabras, mi vida estaba siempre al servicio de la causa.

—Pero *Antonio*, la política es una basura —afirmó Carlota convencida—. Hace poco he leído unas entrevistas a ese tal Luciano Cruz y la verdad es que no entiendo que en tiempos de democracia este joven haga un llamado a la lucha armada y todo eso. Perdóname, *Antonio*, pero finalmente tenemos un gobierno elegido por el pueblo y no una dictadura como Cuba, donde por cualquier cosa te fusilan.

—Pero pequeña, pequeña, vamos por partes —aunque *Antonio* sabía que Carlota tenía menos experiencia que él, no la subestimaba—. Tú misma has observado las injusticias en las visitas a poblaciones y hospitales con tus monjitas, ¿no es así? Pues eso es el capitalismo, esa es la democracia. ¿Recuerdas lo que contaban los viejos del sindicato? Tú sabes que finalmente la economía capitalista busca hacer de los pobres más pobres y de los ricos más ricos para obtener mano de obra barata, tanto a nivel mundial como local — Carlota miraba fijamente a *Antonio*, no era nada nuevo lo que escuchaba, ya lo habían conversado en varias ocasiones, pero esta vez contrastaba fuertemente con la opinión que ella misma había expresado recién—. A los poderosos no les conviene que el pueblo se instruya y lea, porque así pueden comprender la opresión. Un pueblo que piensa es un peligro porque ya no se lo puede engañar. Te daré un ejemplo: la ley dice que todos debemos asistir a la escuela e instruirnos. Pero, como te he mostrado en la práctica, hay muchos niños que no alcanzan los 12 o 13 años y tienen que ir a trabajar a la fábrica... y luego se dice que la democracia funciona perfectamente, ¿no es así?

Carlota reflexionó sobre lo que *Antonio* le decía con tanta elocuencia y pensó en cómo ella veía las cosas desde su experiencia, tanto en su actividad religiosa como en lo compartido en los últimos meses. Las cosas comenzaban a adquirir un nuevo sentido.

—La izquierda tradicional busca solucionar todos esos problemas luchando por unos cuantos escaños en el parlamento y solo consigue estancarse y confundirse, porque esa no es una solución. Debido a eso, algunos militantes de avanzada de distintos grupos comenzaron a plantearse nuevas alternativas revolucionarias, pero el asunto pronto se puso difícil. El gobierno puso por delante a la temida policía política, que con prácticas brutales de represión combate a esos jóvenes revolucionarios. Créeme, Carlota, esos tipos tienen una crueldad sin límites para cuidar los intereses de la burguesía y del Estado. Se hizo necesario desarrollar un trabajo clandestino, que no fuera tan abierto ni tan legal. Por eso muchos tienen doble militancia, para que, si las cosas se vuelven a poner difíciles y se hace necesario, se puedan sumergir en la clandestinidad.

Carlota sentía que empezaba a comprender mejor las cosas. Se sentía inquieta por la información recibida pero sabía que era una muestra de extrema confianza por parte de su amado. Ante eso, decidió preguntar directamente, sin rodeos:

—¿Y tú, eres de ellos?

—Sí. La verdad es que al comienzo hacíamos puro gamberrismo —*Antonio* prosiguió con su relato—. Solíamos bombardear a la opinión pública con panfletos y consignas revolucionarias escritas, sobre todo en los muros de los bancos más exclusivos, el banco de los Edwards y los norteamericanos como el Citibank o el Bank of América. Son los más custodiados por la policía y lo más difícil representaba

para nosotros una hermosa osadía contra los intereses capitalistas. Luego pasamos a cosas mayores.

—¿Sí? Pero eso, aunque puede ser justo o legítimo, es muy peligroso, *Antonio.*

—Bueno, por lo mismo todos hemos adoptado distintas medidas de seguridad, compartimentación y cuidado. Por ejemplo, solemos usar nombres políticos para resguardar la integridad y libertad de los compañeros. No es por desconfianza, sino que mientras menos cosas innecesarias uno sepa, mejor.

—¿Algo así como el nombre *Antonio*?

—Exactamente, pequeña.

La conversación fue extensa y recorrió todas las dudas y preguntas que Carlota le hizo, desde las más inocentes hasta las más incómodas. *Antonio* le explicó la importancia de guardar silencio y la compartimentación en los temas delicados, que la policía siempre está atenta y que es mejor saber poco. Carlota no lo sabía entonces pero los consejos de aquella tarde serían de vital importancia para que pudiera sobrevivir en los años venideros, ya lejos de su querida Arica.

Esa noche al volver a su casa, Carlota se sentía exhausta por toda la información recibida. Antes de quedarse dormida, sintió que ahora estaban mucho más cerca el uno del otro.

Capítulo VIII

Eran las siete de la mañana del domingo 9 de marzo de 1969. Un grupo de 250 policías armados, al mando del gobernador en funciones de la provincia de Llanquihue Jorge Pérez Sánchez, cercó a 91 familias campesinas que habían ocupado unos terrenos baldíos en Pampa Irigoin, a unos tres kilómetros del centro de la lluviosa ciudad de Puerto Montt.

Nueve años antes, un poderoso terremoto con epicentro en Valdivia y un posterior maremoto dañaron gran parte del sur de Chile. En el caso de Puerto Montt, la destrucción de hogares alcanzó un 80%, por lo que el tema de la vivienda se transformó a partir de entonces en un problema urgente para los pobladores. El paso de los años no trajo todas las soluciones esperadas y este grupo de familias, cansado de recurrir a las autoridades y no obtener ninguna respuesta concreta a sus demandas, había decidido ocupar ese descampado inerte, propiedad de la familia Irigoin. Allí comenzaron a levantar improvisadas chozas con trozos de madera, frazadas y otros materiales ligeros, y en lo más alto de cada una de ellas instalaron una bandera chilena, creyendo que las autoridades no se atreverían a mancillar el pabellón patrio.

La mayoría de los ocupantes fueron despertados por los gritos de los que estaban de guardia y por el estruendo provocado por las latas con piedrecillas que se habían puesto estratégicamente en el perímetro. Estaban pensadas como alarmas rudimentarias ante posibles desalojos o visitas extrañas. Aunque el ruido del metal y los gritos eran muy intensos, no todos alcanzaron a despertarse. Muchos de ellos fueron sorprendidos durmiendo y solo tuvieron noción de lo que pasaba cuando fueron violentamente sacados del lugar a través de gritos, puntapiés y culatazos.

Después de las múltiples formas de violencia física por parte de la policía, se pasó al lanzamiento de bombas lacrimógenas hacia las pequeñas construcciones. Al asfixiante gas de las granadas policiales se sumaron las densas columnas de negro humo provenientes de las chozas incendiadas. Cuando los pobladores buscaron defenderse del desalojo con gritos y piedras, los uniformados contestaron con ráfagas de balas.

Al amanecer, el balance de la acción policial daba cuenta de nueve pobladores acribillados por el plomo de carabineros, además de un pequeño bebe de nueve meses muerto tras ser asfixiado por los gases lacrimógenos. Setenta personas resultaron heridas a balas y golpes.

La brutal represión no fue espontánea, sino que había recibido el visto bueno del Ministro del Interior de la época, Edmundo Pérez Zújovic, quien autorizó el desalojo. Pérez Zujovic pertenecía al ala más conservadora del Partido Demócrata Cristiano y era conocido como un hombre "duro", fama que aumentó después de los hechos del 9 de marzo. Desde su cargo se destacó por el uso de la represión contra todo tipo de organizaciones: huelgas obreras, manifestaciones contra la bajada de los salarios, tomas de terreno y movilizaciones estudiantiles. Para esto hacía uso de los grupos represivos de ambas policías, el Grupo Móvil de Carabineros y la policía política de Investigaciones. Su rol dirigente en la matanza de Pampa Irigoin hizo que se convirtiera en una de las figuras políticas más impopulares y odiadas de la época.

El clima de tensión en el país se agudizó. En muchos lugares de Chile comenzaban a multiplicarse las manifestaciones contra el gobierno y sus políticas, al tiempo que volantes y panfletos llenaban casi a diario las calles, donde las pintadas rechazaban la represión democratacristiana. Adonis Sepúlveda, senador socialista sin pelos en la lengua, señaló en un discurso que dio en el teatro Portugal: "La única responsabilidad que reconocemos los socialistas es la de no haber sido capaces de crear aún los mecanismos necesarios para responder, bala por bala y muerto por muerto, a estas masacres". Al día siguiente estas palabras fueron reproducidas en extenso por los periódicos *El Siglo* y el vespertino Última

Hora, mientras que distintas organizaciones populares de trabajadores y estudiantes escribieron declaraciones rechazando públicamente el actuar del gobierno de Eduardo Frei Montalva y señalando en particular la responsabilidad del Ministro del Interior en ese baño de sangre. Se realizaron manifestaciones en muchas ciudades y casi todas culminaron en violentos enfrentamientos con la policía.

Al poco tiempo, el reconocido cantautor Víctor Jara compuso la canción "Preguntas por Puerto Montt", que comenzó a sonar una y otra vez como señal de protesta ante la represión:

"Usted debe responder,
Señor Pérez Zujovic,
¿Por qué al pueblo indefenso
Contestaron con fusil?
Señor Pérez, su conciencia
La enterró en un ataúd
Y no limpiarán sus manos
Ni toda la lluvia del sur".

En el otro extremo del país, a más de tres mil kilómetros de aquella matanza, Arica no se encontraba ajena a los hechos de Pampa Irigoin. Trabajadores y estudiantes salían a la calle a manifestar su rechazo por los asesinatos en Puerto Montt, al tiempo que exigían mejores condiciones de trabajo y el fin del alza de precios.

Antonio se encontraba en una reunión con su sindicato cuando se enteró de las noticias provenientes del sur. Estaba indignado, durante su vida política como militante comunista siempre había tenido que rendir homenaje a los caídos: a mineros del norte, a trabajadores muertos por la avaricia patronal, a pobladores masacrados por el gobierno de turno, y siempre con los responsables permaneciendo en la impunidad. Esta vez no era diferente. Sus compañeros estaban tan consternados como él, sobre todo por la edad de los fallecidos, entre quienes había niños de pocos años. Tras asimilar la noticia, *Antonio* se levantó y habló con voz firme.

—¡Compañeros, yo les juro que esta vez las muertes sí serán cobradas!

Tras un momento en que tuvo que callar debido a la emoción, propuso guardar un minuto de silencio por los caídos. Acto seguido, comenzaron a planificar las manifestaciones que vendrían.

Al otro extremo de la ciudad, Carlota y otros estudiantes respondieron al llamado a movilizarse y manifestarse ante la masacre. Con varias de sus compañeras salieron a la calle, se cogieron de los brazos y formaron cadenas humanas hasta llegar al centro de la ciudad, exigiendo el fin de la represión y las alzas. Ocuparon todas las calles que pudieron y se dirigieron a la Plaza de Armas para reunirse con otros estudiantes y trabajadores de Arica. Gritos, consignas y estandartes, referencias a Pampa Irigoin y Vietnam, banderas y colores, todo se mezclaba y convergía en la calle. En un momento y casi sin darse cuenta, Carlota observó cómo las fuerzas policiales comenzaron a rodear la plaza y a cargar contra ellos para tratar de disolver la manifestación.

Durante esos días el ambiente familiar de Carlota era tenso. Su madre discutía casi a diario con su hermano mayor, José. La política era indudablemente el motivo pero también se hacía evidente una diferencia generacional entre quienes quieren mantener el mundo como está y quienes sueñan con otras posibilidades que están al alcance de las manos.

—No entiendo qué es lo que persiguen los jóvenes de ahora —señalaba la señora con una indignación que no podía esconder—. ¿Viste los desórdenes de hoy? ¿Los daños en la plaza? ¿La falta de respeto a carabineros? Lo que pasa es que ustedes protestan por todo, incluso por asuntos que pasan al otro lado del mundo. ¿Me puedes explicar qué tenemos que ver con Vietnam? —Berta comenzó a subir el tono, casi fuera de sí—. Lo único que hacen es crearle problemas a mi presidente, aprovechándose de Puerto Montt y tantas cosas más. En esta casa no quiero subversivos —miró fijamente a José y Carlota—. Ustedes tienen de todo,

no pasan hambre ni les falta nada. Si no les gusta, pues pueden ir buscando otra parte donde crean estar mejor... ¡A Cuba, por ejemplo!

José y Carlota se miraron con complicidad. Durante la manifestación se habían visto a la distancia, aunque ninguno había dicho ni una sola palabra a sus familiares. Siempre han tenido una relación especial de hermanos, se quieren mucho y se cuidan, aunque en el último tiempo no habían podido compartir demasiado ya que coincidían poco en la casa. Entre ellos dos, a veces, las palabras sobran.

Capítulo IX

El 9 de mayo de 1969 *Antonio* salió de su casa pasadas las 21:30. Sumergido en la oscuridad caminó por calles poco transitadas durante media hora. Su objetivo era la Ganadera Portales.

Al llegar vio con satisfacción que los otros seis integrantes del grupo operativo ya estaban en sus puestos. Ante la pregunta sobre el estado de la situación, el compañero *Rubén* confirmó que dentro del local todo estaba como se había previsto. Tras controlar los relojes, *Antonio* se quitó la chaqueta que llevaba puesta y quedó igual al resto del grupo, vestido de riguroso negro. Todos se colocaron un pasamontaña del mismo color que les dejaba solamente los ojos al descubierto. Mientras les entregaba las armas, en voz muy baja *Antonio* les recordó el número y el papel que a cada uno le correspondía en la operación. Los pocos revólveres fueron entregados a quienes tendrían los roles principales. Los demás no llevarían armas de fuego. Ya decididos, tomaron un último respiro y se pusieron en marcha.

Instantes después, entraron violentamente en la oficina del gerente, donde sabían que estaba ubicada la caja de caudales. La habitación estaba pobremente iluminada, solo por la lámpara del escritorio, y mientras algunos compañeros se quedaron en la puerta a modo de contención, otros ingresaron decididos hasta el fondo. Al verlos entrar, el gerente, que en esos momentos se encontraba solo, se asustó terriblemente y levantó las manos.

> —Por favor no me hagan daño, les entregaré el dinero y todo lo que quieran, pero no me hagan daño, tengo familia.

Fue *Antonio* quien le respondió con voz firme.

—Quédate tranquilo, no te haremos daño. Esta es una expropiación en nombre del proletariado. Ahora abre la caja de caudales.

El gerente obedeció sin oponer resistencia y sin dilación se puso a abrir la cerradura. Muy pronto la pesada puerta de la caja fuerte estuvo abierta. Con rapidez, procedieron a llenar las dos bolsas de lona que habían llevado consigo y, al terminar, la caja de caudales quedó completamente vacía. Mientras tanto, otros dos integrantes del grupo procedían a amordazar al gerente y amarrarlo a una silla.

—Lo sentimos, amigo, pero no queremos correr riesgos —dijo uno de ellos.

Una vez reducido el único testigo de la expropiación, los asaltantes se perdieron en la noche sin dejar ningún rastro. Dos horas más tarde, llegando por distintas rutas y después de haberse cambiado de ropas, se reunieron en casa de *Antonio*.

Él estaba conforme con el trabajo del grupo. La acción había sido limpia y se había desarrollado tal como había sido planificada, sin ningún herido, ningún detenido y ningún testigo. Cuando todos hubieron llegado, *Antonio* pidió que se abrieran las dos bolsas para contar el dinero. *Rubén* puso el contenido sobre la mesa y la desilusión fue casi total. Era mucho bulto pero poco dinero: había talonarios de cheques, facturas sin pagar y muchos billetes de poco valor.

—¿Cuánto es el total, compañero? —preguntó *Antonio* después de unos minutos.

—Solo cincuenta y siete mil escudos —contestó *Rubén* sin ocultar su irritación.

Se quedaron en silencio. La persona que había dado la información sobre la Ganadera Portales había hablado de millones de escudos que podían ser expropiados pero ahora solo había papeles y unos cuantos billetes sobre la mesa.

Aparte de eso, el resto del botín era un par de revólveres descargados.

Rubén fue designado por el MIR como encargado de las finanzas del incipiente grupo. Tras guardar el dinero en un bolso y terminar de evaluar la primera expropiación en Arica, se retiraron escalonadamente, no sin antes acordar reunirse otra vez durante esa semana.

Al quedar solo, *Antonio* sintió la necesidad de respirar aire puro y salió al patio, que a esa hora se estaba iluminado por las estrellas. Solo en medio de la hermosa noche, sintiendo cómo el viento tibio acariciaba su cara, poco a poco se fue desprendiendo de la tensión y el nerviosismo que habían implicado la planificación y ejecución de la acción ese día. En el silencio que a esa hora inundaba la ciudad podía incluso escuchar el canto de los grillos. Pronto se vio invadido por una sensación reconfortante y se dibujó una sonrisa en su cara al recordar a su pequeña amada. Cerró los ojos y mandó un beso a la boca de Carlota, mientras sentía cómo el pecho se hinchaba de emoción al pensar en ella. Se despidió de la ciudad con la mirada y entró al dormitorio, donde se sacó la ropa, apagó las luces y se metió a la cama. Quedaba poca noche para descansar y recuperar fuerzas. En unas horas le esperaba una larga jornada de trabajo y continuar con su rutina normal.

Al día siguiente, al dirigirse al trabajo pasó por un quiosco de diarios y quedó doblemente sorprendido. La expropiación se había convertido en titular de todos los periódicos y se señalaba la cantidad que habían logrado llevarse los asaltantes, que sospechosamente coincidía con la suma que el informante había dicho. Compró el diario local, se lo puso debajo del brazo y siguió camino a su puesto de trabajo. Iba molesto, por lo visto los habían utilizado para tapar un desfalco.

Aquel día, sus compañeros de trabajo no tuvieron otro tema de conversación que el asalto de la noche anterior. Estaban consternados, era primera vez que la ciudad era despertada con este tipo de sucesos. Uno de los colegas de *Antonio* comentó con soltura al grupo:

—Seguro que los ladrones no son de la ciudad. Aquí todos nos conocemos y ninguno de nosotros se atrevería a hacer algo así porque nos descubrirían rápidamente. Si finalmente Arica es casi un pueblo, aunque déjenme decirles que robarle al patrón siempre suena bastante tentador.

Desde la zanja que estaba cavando, *Antonio* les respondió con tono burlón.

—Gracias, compadre, seguro yo soy el culpable solo por ser afuerino. Robo millones de noche y cavo zanjas como esclavo de día.

Todos estallaron en una enorme risotada que distendió el arduo trabajo que realizaban. Lejos de menguar, los chistes continuaron.

—¡El santiaguino se nos enojó! Tranquilo, amigo, esta noche usted invita a unas cervezas con el botín del día.

Otro obrero, desde la zanja contigua, le respondió a viva voz:

—¿No recuerdas que el amigo también es medio santurrón? Ni una gota de alcohol.

Al escuchar tantas rizas, el capataz de la obra se aproximó.

—Mucha risa, muchachos. La conversa para la hora de almuerzo, que acá venimos a trabajar.

Dieron por finalizado el tema de conversación entre varias risas y siguieron trabajando duro con la picota y la pala, a pleno sol, para terminar las labores del alcantarillado de la ciudad. Al verlos, era imposible no notar el parecido de aquella imagen con la de los obreros salitreros de unas décadas atrás.

Al salir del trabajo, *Antonio* llamó a Carlota para acordar verse durante la noche en un pequeño parque ubicado cerca de su casa. Tras bañarse y sacarse la tierra, caminó hacia una nueva reunión con su amada, disfrutando del paseo nocturno por una ciudad que sentía conocer cada vez más.

Cuando llegó al lugar vio que Carlota ya estaba esperándolo. Nada más verse, ambos corrieron para fundirse en un fuerte abrazo que deseaban no terminara nunca. Se dieron un largo beso y caminaron de la mano hasta encontrar un banco donde sentarse y conversar tranquilamente. *Antonio* permanecía sin soltar su mano y la miraba con profundo amor.

—¿Has leído los diarios de hoy? —Carlota inició la conversación—. ¿Viste lo del asalto? Todos hablan de ello. Mi madre está indignada, dice que es obra de los extremistas del MIR que se han infiltrado en nuestra ciudad, está muy enojada. Bueno, ya te he contado cómo se pone con todo eso.

—¿Ah, sí? —la voz de *Antonio* expresaba curiosidad—. En el trabajo todos han hablado de lo mismo. Parece que las expropiaciones se expanden por todo el país, ¿no? Pero ahora, pequeña, cuéntame cómo te fue en el día, no te he visto mucho y te extraño enormemente.

Hablaron durante horas, mientras se besaban y acariciaban con ternura. Compartieron las anécdotas del día pero sobre todo permanecieron muy juntos, entremezclando sus fuertes emociones. Cuando se hizo tarde, *Antonio* la abrazó por la cintura y se despidieron con un largo beso y la promesa de verse luego.

—Cuídate, *Antonio*, solo cuídate —nada había de ingenuo en las palabras de Carlota.

Los días que siguieron al asalto de la ganadera, la represión se extendió por todos los rincones de la ciudad. El jefe de la policía civil realizó una reunión especial con sus subalternos para advertirlos.

—Nos enfrentamos a una nueva situación en nuestra trayectoria como institución policial. Los extremistas de izquierda, los que están detrás de estos delitos, actúan de una manera distinta a la que estamos acostumbrados. Eso hace que sea más difícil su localización y su captura. A diferencia de los delincuentes comunes, a ellos se les puede encontrar en todos los estratos sociales y el botín no es para uso propio. Acá nadie ostentará ni se irá de putas, tampoco fanfarronearán de sus delitos o buscarán el lujo. Nuestra tarea es detenerlos lo más pronto posible para que sirva de escarmiento y que nadie tenga ganas de repetir sus fechorías. Su captura es primera prioridad —dijo preocupado pero firme.

Por su parte, el director del diario local *La Concordia* comenzó a sugerir, a través de la página editorial, que el asalto era un subterfugio para tapar un desfalco. Cada día iba entregando una nueva pista a sus lectores hasta que terminó señalando a los culpables con nombre y apellido. Las personas aludidas, el gerente de la empresa y su supuesta amiga sentimental, fueron investigadas exhaustivamente por la Policía de Investigaciones, pero nada pudo probarse. Cuando por fin fueron declarados inocentes, elevaron una querella en contra del referido director. Este, a pesar de ser advertido por los dueños del periódico de cesar en sus ataques contra estas personas, hizo caso omiso y prosiguió con su campaña de denuncia. Como era de esperar, cuatro semanas más tarde el director fue despedido.

Paralelamente, las diligencias policiales no lograron esclarecer el delito y la ciudad, al no escuchar nada nuevo, empezó a olvidar el caso. La primera expropiación realizada en Arica no consiguió los grandes montos con que soñaba el MIR, pero fue una prueba de que era posible concretar operaciones de forma autónoma. Sin lugar a dudas, era un buen comienzo de lo que vendría luego.

Capítulo X

La represión se extendía a lo largo del país. El hostigamiento de las fuerzas policiales hacía muy difícil la supervivencia de compañeros en la capital y otras ciudades grandes. Por ese motivo, José tuvo que acoger en la casa familiar a una pareja que había llegado clandestinamente a Arica, escapando de la policía política. Aquel día, a su regreso a casa, Carlota encontró a su hermano con una pareja de visita. Al verla llegar, José los presentó.

—Negrita, te presento a mis amigos, ella se llama *Clara* y él se llama *Roberto*. Se quedarán unos días a vivir con nosotros —Carlota los saludó con amabilidad.

—¿Les has ofrecido algo de cenar a tus amigos? Dicen que el viaje de Santiago es larguísimo y deben tener hambre.

—Precisamente ahora estaba pensando ir a la cocina para prepararles algo, ¿me ayudas, Negrita? —respondió José mientras se levantaba de su asiento.

Al quedar a solas en la cocina y mientras buscaban qué podían preparar, Carlota le preguntó a su hermano en voz baja:

—¿Sabe la mamá que trajiste visitas?

—No, para nada. Llegaron de urgencia y voy a necesitar tu ayuda para que no haga ningún drama ni corramos el riesgo de que los eche a la calle. Negrita, ellos son compañeros, ya sabes a lo que me refiero.

—No te preocupes hermano, te echaré una mano.

Justo habían terminado de cenar cuando llegaron sus padres. En seguida, José salió al paso y les explicó que sus amigos venían de Santiago e iban rumbo a Perú por asuntos de la universidad, por lo que pidió permiso para alojarlos unos días en la casa. Para sorpresa de todos, la madre no tuvo ningún inconveniente y accedió de inmediato. Conversó fluidamente con los jóvenes durante la sobremesa, pero a la hora de dormir aparecieron los primeros e inesperados problemas. De guardia en la puerta del patio interior donde se ubicaban los dormitorios, observó cómo *Clara* salía de la ducha con rumbo fijo al dormitorio designado a *Roberto*. Sin dudar, la frenó en plena marcha.

—A ver, jovencita. ¿Está usted casada con ese muchacho?

—No, señora, creo que no —titubeó *Clara*, muy sorprendida.

—Perfecto, entonces usted dormirá con Carlota en la otra habitación, en mi casa no acepto que un hombre y una mujer duerman juntos sin estar casados. Yo no sé cómo viven ustedes o cómo están las cosas en la capital pero acá la cosa es distinta y somos una familia de bien.

Clara, sin poner mayor problema pero algo acongojada, accedió. Lo que menos quería era complicar el asunto. La madre por su parte llamó a José, lo llevó a su dormitorio y lo espetó con seriedad.

—A ver, explícame. ¿De dónde has sacado a estos amiguitos tuyos con tan poca moral?

—Pero, mamá, tú vives todavía en el tiempo de las cavernas, ahora chicos y chicas duermen juntos sin estar casados. No debes ser tan severa para juzgar a los demás ni ser prejuiciosa.

—Sea como sea, en mi casa ellos dormirán en piezas separadas y no se hable más del asunto —sentenció Berta con tono resolutivo e inapelable.

José abandonó el dormitorio de su madre tomándose la cabeza con ambas manos, sin comprender su reacción. Por suerte, luego de este ordenamiento interno en la casa de los Vallebona no hubo ningún problema ni sospecha respecto de los momentáneos invitados de José.

Días después, *Clara* y *Roberto* se despidieron amistosamente de la familia y agradecieron su hospitalidad. Se suponía que su viaje continuaba rumbo a Perú, pero no tomaron ningún bus hacia la frontera, sino que fueron a una de las casas de seguridad que el grupo mantenía en Arica. Allí los esperaba *Antonio* y, poco después, llegó *Vicente*.

En la casa de seguridad fueron apareciendo poco a poco los integrantes de un grupo compuesto por seis personas. El objetivo era organizar un viaje que no tenía nada de turístico ni de rutinario. Mientras cuatro de ellos preparaban las mochilas y verificaban que todo estuviera en orden, *Antonio* y *Vicente* se arrodillaron en el suelo y estudiaron detenidamente un mapa de la zona, calculando una y otra vez las distancias y direcciones con la ayuda de una brújula, una regla y un compás.

De acuerdo al plan, tendrán que recorrer una distancia mayor a los 54 kilómetros que existen desde Arica hasta Tacna, ya que el viaje será por el interior, alejados de la costa y apegados a los cerros, para evitar cualquier control por parte de la policía o militares peruanos o chilenos. Saben que el viaje va a ser duro y arriesgado. El desierto, con su paisaje monótono y seco, es un enemigo implacable que no ofrece ningún cobijo, hiela los huesos por la noche y calcina el cerebro durante el día. Cualquier error que se cometa, cualquier desorientación que los desvíe de la ruta, por pequeña que sea, puede hacer que sea un viaje sin retorno.

Las intenciones del grupo eran claras: como parte de una célula del MIR necesitan abrir rutas hacia el norte, explorar pasos fronterizos ilegales para, en caso de ser necesario, sacar a compañeros que tengan problemas con la justicia. Pero no

solo eso, también es posible que sean ocupados para el ingreso de armas o compañeros con problemas en otros países, como parte de las labores internacionalistas. Este era el objetivo principal y la razón por las cual estas células comenzaron a instalarse en Arica.

Con las mochilas cargadas, solo faltaba limpiar y engrasar las armas que llevarían en caso de un encuentro no deseado con los guardias de frontera. El ambiente en la casa era de ansiedad, a la espera de que se pusiera el sol para emprender el viaje.

Comenzaron la travesía bajo un cielo oscuro e inundado de estrellas, siguiendo una ruta normalmente usada por traficantes y contrabandistas. Caminaron durante toda la noche y cuando amanecía *Vicente* sacó el mapa y la brújula para comprobar que el itinerario era el correcto. El sendero avanzaba paralelo a la frontera y hacia adelante solo podían ver desierto y tierra reseca. Apenas visible, transitaban por una huella que parecía nunca llegar a su fin.

Continuaron la marcha a paso firme. Horas más tarde divisaron a lo lejos el Aeropuerto Militar que la Fuerza Aérea peruana mantiene casi en la frontera misma, con sus característicos hangares y sus barracas subterráneas. A pesar del cansancio, todos se abrazaron contentos, eran las diez de la mañana y habían conseguido sortear todas las barreras. Estaban en el Perú, felices de cumplir con la misión encomendada: abrir una ruta para ellos y otros revolucionarios.

Antes de entrar a Tacna se lavaron con el agua que les quedaba. No era conveniente que los vieran así, se veía a la legua que traían en sus ropas y en sus caras todo el polvo de un desierto atravesado ilegalmente. Sabían muy bien que debían ser cuidadosos y no despertar sospechas ni alertar a la policía. Esa noche se alojaron en la pensión de una amiga de la mamá de *Vicente* para recuperar fuerzas, con la satisfacción de haber realizado la mitad de la operación sin mayores problemas.

El viaje de regreso fue doblemente duro. Ya conocían la rudeza del viaje y solo pensarlo les bajaba la moral, pero *Antonio* los empujaba a realizar la tarea con profesionalismo.

—Esta ruta es muy importante —les dijo—, ya que en el futuro podría salvarnos la vida a nosotros y a otros compañeros. Abrir un paso clandestino en el norte es de vital importancia para cualquier organización revolucionaria.

Aquel día anocheció temprano y calcularon que la luna no saldría hasta la madrugada. La marcha se desarrolló según los planes hasta pasada la medianoche, cuando de repente se percataron de que dos patrullas motorizadas se dirigían hacia ellos. Las luces y el sonido de los vehículos se acercaban cada vez más y se iban mezclando con el acelerado latido que amenazaba con salirse del pecho de los viajeros ilegales. Ante la nueva situación, *Antonio* ordenó dividirse en dos grupos y desplegarse por el terreno. Uno de ellos se movió hacia la izquierda y el otro, comandado por él mismo, hacia la derecha, en un intento por eludir a los soldados. Ignoraban si eran chilenos o peruanos y esperaban no llegar a saberlo. Antes de separarse sincronizaron sus relojes y definieron un lugar para el reencuentro, que fijaron para dos horas después, y se despidieron con un "buena suerte", susurrado en medio de la oscuridad de la noche.

Desde el lugar en que estaba tumbado, *Antonio*, con sus ojos ya acostumbrados a la penumbra, observó la silueta del otro grupo que iba perdiéndose en las dunas, alejándose poco a poco de las patrullas. Al igual que él, los demás compañeros de su equipo permanecieron con el cuerpo hundido en la arena, en tensión y con las armas listas para disparar.

El silencio de la noche se vio invadido por el ruido de los poderosos vehículos militares, que avanzaban con dificultad por aquel terreno cubierto de arena y piedra calcinadas. Los soldados realizaron varios giros por el sector e iluminaron distintos puntos con los reflectores, pero al no observar nada anormal regresaron por el mismo camino por el que habían venido.

Había pasado un buen rato desde que se separaran del otro grupo, por lo que *Antonio* dio la orden para emprender la marcha y salir en su búsqueda. Caminaron a marcha forzada durante más de una hora para llegar al punto de contacto, pero

estaba amaneciendo y *Antonio* veía con desesperación que no lograrían localizar al otro comando antes de que aclarara. Rastrearon en todas direcciones pero solo encontraron el mismo paisaje desértico. La búsqueda les había tomado mucho tiempo y se estaban quedando sin agua. Estaban agotados cuando uno de ellos encontró unas huellas borrosas, que parecían señalar que el otro grupo había seguido un camino paralelo a la carretera. Decidieron hacer lo mismo y fueron acercándose con mucho cuidado a la costa, hasta que lograron atravesar la frontera a solo un kilómetro del control chileno de aduanas de Chacalluta. Sorprendidos por haber pasado sin mayores complicaciones, se internaron en territorio chileno, acercándose más y más al camino internacional. Ahora sí que podía decirse que la tarea estaba cumplida.

El otro grupo, sin embargo, se encontraba en una situación completamente distinta. Tras horas de caminata y ya casi sin fuerzas vieron ante ellos el mar azul. Se sintieron aliviados y a salvo, ya que desde allí sería fácil encontrar un camino seguro a Arica, pero de pronto *Vicente* descubrió una patrulla motorizada que se acercaba a gran velocidad. En una fracción de segundo recordó algo que *Antonio* le había comentado en la casa de seguridad, antes de emprender la travesía.

> —Si no hay posibilidades de salir vencedores, si no hay posibilidad de abrir vías de escape, al enfrentarse con policías o soldados es mejor guardarse las armas en la espalda y hacerse pasar por viajeros extraviados que, después de un paseo por la playa, perdieron el rumbo.

Cuando el vehículo estuvo más cerca, los uniformes les indicaron que se encontraban en el lado chileno. Por lo mismo, *Vicente* pensó que podrían tener una posibilidad de "pasar piola" si eran capaces de actuar correctamente.

> —¡Alto ahí! Deténganse y levanten sus brazos —se les ordenó desde el todoterreno.

Los tres obedecieron sin oponer resistencia, asumiendo una actitud tranquila. Entonces vieron cómo un policía se bajaba del vehículo y procedía a allanar sus bolsos, mientras su compañero los apuntaba con su fusil.

Las explicaciones que dieron respecto de su presencia en la zona no fueron del todo convincentes, por lo que los carabineros decidieron llevarlos al puesto fronterizo en calidad de detenidos para corroborar su historia. Al llegar allí los encerraron a todos juntos en una estrecha y maloliente celda, pero al ver que se trataba de gente joven y educada, no les hicieron ninguna revisión. Aunque parezca increíble, portaban sus armas en la espalda, solo cubiertas por la poca ropa que llevaban encima.

Cuando el sargento de guardia recibió la documentación y los pocos enseres que portaban los detenidos, los examinó en forma exhaustiva. Muy pronto concluyó que ninguno tenía antecedentes policiales, que no se trataba de contrabandistas o traficantes y que dos de ellos eran estudiantes universitarios provenientes de familias de buena reputación. Esto último fue lo que lo convenció de suavizar el trato hacia los detenidos y los autorizó a realizar una llamada telefónica.

Carlota venia llegando del liceo cuando se dio cuenta de que el teléfono sonaba insistentemente en la casa de la familia Vallebona. Al levantar el auricular escuchó una voz conocida que hablaba con desesperación.

> —Carlota, ¿me escuchas? Te habla *Rubén*. Estamos detenidos en la frontera, en Chacalluta. ¿Me escuchas bien? Necesitamos que llames al padre Juan y le pidas que venga a buscarnos ahora mismo, de lo contrario nos pasarán al juzgado y la cosa se complicará mucho. Tu hermano está conmigo. Carlota, por favor, dependemos de ti.

Casi sin alcanzar a responder, la joven salió corriendo hacia la iglesia, donde una congregación de sacerdotes norteamericanos tenía su sede pastoral. Al llegar, vio con alegría que el jeep del padre Juan estaba estacionado en la entrada. Al enterarse de la situación de emergencia por la que pasaban los

amigos de Carlota, joven dedicada y comprometida con las labores de la iglesia, el religioso se subió a su vehículo y sin pensarlo dos veces salió rumbo a la frontera mientras gritaba a viva voz:

—Vuelve a casa y permanece cerca del teléfono por si hay otra novedad. Voy a ver qué se puede hacer por ellos.

La espera se hizo una eternidad. Ansiosa, la joven solo atinaba a dar vueltas de un lado para otro deseando que no llegaran sus padres. Al escuchar el ruido inconfundible del jeep del sacerdote, se levantó de un salto y salió corriendo a recibir a los recién llegados, que fueron bajados con dificultad en la puerta de su casa.

Había visto películas que muestran a personas que han atravesado el desierto, pero la realidad era mucho más cruda. Su hermano *Vicente* estaba irreconocible, con la deshidratación dibujada en el rostro y tambaleándose como un borracho. Apenas podía mantenerse en pie. El padre Juan no quiso bajarse del vehículo y solo respondió con una sonrisa a las muestras de agradecimiento que le daban sus amigos.

Cuando *Vicente* estuvo en su cama, Carlota le fue a dejar varios vasos de agua y un poco de sopa para que se recuperara. Le comentó que un hombre había llamado por teléfono y dejado el siguiente recado: "Los tres llegamos bien".

—Me dijo que tú entenderías —señaló Carlota preocupada. *Vicente* le agradeció todo su apoyo con una sonrisa y un abrazo.

—Si no fuera porque conseguiste contactar al padre Juan quizás dónde estaríamos ahora. Necesito descansar y dormir, estoy exhausto —respondió su hermano con las pocas fuerzas que le quedaban.

Aquella noche, cuando se encontró con *Antonio* la joven no tuvo que esforzarse mucho para comprender que él también había participado en aquella aventura. Su agotamiento y las quemaduras por el sol eran evidentes. Pero prefirió eludir

el tema, entendiendo que el asunto en el que ellos estaban embarcados era, de seguro, algo muy peligroso.

Capítulo XI

El 20 de junio de 1969 *Antonio* recibió un mensaje urgente en el buzón. Era *Vicente*, que exigía una reunión con el grupo, subrayando que la quería para esa misma noche y que no aceptaba ninguna postergación. El asunto parecía de suma gravedad. ¿Detenciones? ¿Habrá caído alguna casa de seguridad con armamento o documentación? ¿Problemas desde la capital?

Aprovechando el fin de semana, la joven Carlota disfrutaba la ausencia de clases en el liceo para levantarse un poco más tarde, por lo que se encontraba todavía en la cama cuando escuchó que alguien llamaba suavemente a la puerta. El reloj marcaba las nueve de la mañana. Tras vestirse rápidamente con una bata salió a ver quién llamaba a la puerta. Su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró con *Antonio*, que se veía demacrado, con signos de no haber dormido y con un rostro que parecía haber envejecido diez años. Pero aparte de esos detalles, su presencia en la casa era muy extraña, ya que siempre habían quedado de juntarse en un punto alejado, al menos a un par de cuadras, para que su familia no se enterara.

—¡*Antonio*! ¿Qué pasa? ¿Qué te sucede? —preguntó sin siquiera saludarlo—. ¿Por qué te ves tan mal? ¿Estás enfermo? Estoy sola, puedes pasar si quieres.

—Vístete, pequeña, te espero afuera. Iremos a un lugar tranquilo para conversar, hay muchas cosas que debes saber. Apúrate.

Carlota corrió a vestirse. Su corazón latía apresuradamente ante el presentimiento de que algo malo estaba pasando. ¿Qué le sucedía a *Antonio*? Temía que fuera

algo grave, relacionado con la policía y con los asuntos en los que se comenzaba a desenvolver. Al salir, se cogió de su brazo y caminaron en silencio. Él iba cabizbajo y taciturno, cada tanto acariciaba la mano de su compañera, pero al llegar a la costanera rompió por fin su mutismo.

—Pequeña, quiero que siempre recuerdes lo mucho que te quiero. Lo que siento por ti es un amor verdadero, ¿lo sabes? ¿Me prometes que no te olvidarás de eso? —tras hacer una breve pausa y ver cómo su joven amada asentía con la cabeza, continuó—. Acércate, necesito que me des un beso, porque después de que oigas lo que he venido a contarte, quizás no vas a querer verme nunca más.

—¡*Antonio*, me estás asustando!

Mientras ella le acariciaba el rostro pudo mirarle los ojos. Descubrió que eran los mismos de siempre, esos ojos que la observaban con cariño. Sin embargo, ahora estaban como sin brillo, enrojecidos y cansados, y él estaba muy triste, como nunca lo había visto.

—Oye, ¿sabes que te amo? No lo olvidarás, ¿verdad?

—Sí, sí, pero cuéntame qué pasó.

Entonces él le pidió que se sentara a su lado y que lo escuchara sin interrumpir. Hizo una larga pausa, como si buscara las palabras, cuando en verdad solo estaba buscando fuerzas para continuar. Pensó en ordenar las ideas, en repletar las frases con adjetivos para que se suavizara el contenido, pero ante la confusión prefirió volver al principio. Sin poder mirarla, dijo brutalmente y sin preámbulo:

—No soy soltero. Me tuve que casar cuando tenía 17 años porque ella estaba embarazada, tenía 22 años y había sido compañera de liceo de mi hermana mayor. Tengo una hija de tres años con ella.

Antonio levantó la mirada y trató de transmitirle lo que sentía. Aunque sabía muy bien lo que una confesión de esa naturaleza significaba, siguió hablando pausadamente, como si él mismo no terminara de entender cómo pudo suceder todo aquello.

—Pequeña, todo esto es tan complicado, yo sé que lo que he hecho no tiene justificación. He estado saliendo contigo durante más de un año sin contarte la verdad. Como argumento a mi favor debo decirte que me enamoré perdidamente de ti y supuse que, si llegabas a saber lo que ahora te confieso, las posibilidades de que correspondieras mi amor serían mínimas —sentía cómo las ideas comenzaban a tropezarse en torpes explicaciones, veía cómo aquel edificio construido con su amada comenzaba a desmoronarse.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora? —fue lo único que preguntó Carlota, con su voz quebrada por el llanto.

—Tu hermano nos vio en la universidad tomados de la mano y así se enteró de nuestra relación. Y como él sabe que tengo mujer y una hija... Supongo que tú comprenderás lo enojado que está conmigo. Anoche tuvimos una reunión y allí mismo me exigió que te contara todo.

Carlota sintió que empezaba a perder la calma, sentía una extraña sensación de náuseas y que nada era sólido.

—¿Mi hermano? Esto sí que es terrible, mi hermano sabe que tú estás casado. Qué vergüenza, Dios mío, ¿cómo le voy a explicar ahora esta relación? Yo que pensaba que lo nuestro era único y hermoso —de pronto sintió cómo brotaba la rabia desde su interior y continuó—. Y tú... Tú eres un cretino, un malvado, has jugado con mis sentimientos. ¿Y ahora tienes la cara dura para seguir repitiéndome que me amas?

Sin poder seguir allí ni querer continuar la conversación o escuchar alguna explicación, la joven se levantó, le dio la espalda y se alejó casi corriendo de regreso a su casa. Necesitaba estar a solas para poder digerir aquella pesadilla. Pero *Antonio* no quería perderla y se fue tras ella rogándole que lo perdonara, pidiéndole por favor que lo escuchara. Tenía mucho más que decirle, mucho más que explicarle, aunque solo quería decirle lo mucho que la amaba. Entonces Carlota se detuvo. Se volvió hacia él y le dijo con voz firme y decidida:

—¡*Antonio*! No sigas insistiendo, tienes una mujer y una hija. Vuelve con ellas, que te necesitan más que yo. No quiero verte nunca más, ¿me escuchaste? Nunca más, rompiste todo lo lindo que teníamos.

Sin decir otra palabra se marchó corriendo. Al llegar a su casa se fue directamente a su habitación y, tras cerrar la puerta, lloró amargamente por mucho tiempo, más del que ella misma puede recordar ahora cuando trata de evocar aquel momento.

Unas horas más tarde, cerca del mediodía, llegó *Vicente*. Se anunció tímidamente y abrió la puerta de la habitación de su hermana.

—Negrita, no sabes cuánto lo siento. La verdad es que yo no sabía que el muchacho con el que tú salías era *Antonio*. Y es que él se encargó de ocultármelo con maestría. De haberme enterado antes, le habría exigido que te contara la verdad desde el primer día —*Vicente* se había sentado en la cama de su hermana y le acariciaba la cabeza—. Te aseguro que ayer la discusión fue bastante fuerte. Tú me conoces y sabes que soy una persona sensata, pero mi indignación con este compadre era tan grande que no pude contenerme. Y es que no solamente se saltó todas las reglas de seguridad al hacerse con nuestra dirección, sino que además jugó con tus sentimientos al no decirte nada de su pasado.

Todavía sollozando, Carlota lo miró entre las lágrimas y solo atinó a preguntarle:

—Hermano, cuéntame. ¿Conoces a su mujer, verdad?

—Sí, se llama Alicia. Yo los ayudé a conseguir la casa donde están viviendo. Ellos estaban separados cuando *Antonio* se trasladó a Arica, pero Alicia le escribió y le dijo que la niña lo extrañaba mucho —dándose cuenta de que su hermana se encontraba destrozada, continuó—. Ayer habló conmigo y me explicó que te quiere de verdad, que es la primera vez que ha podido vivir una relación tan linda y plena como la que tienen ustedes. ¿Sabes? Le creo completamente por la cara que pone cuando habla de ti. Me ha dicho que tú también lo quieres y, por lo que veo, parece que está en lo cierto. Pero no podía aguantar esa mentira.

—Hermano, todo esto es tan terrible para mí...

—Cuéntame, ¿qué has decidido?

—Le he dicho que no quiero volver a verlo nunca más —dijo la joven mientras estallaba otra vez en llanto. Cuando pudo retomar la voz, continuó—. El problema es que ya lo estoy extrañando muchísimo. Nunca nadie me había entregado tanta ternura y amor. No sé si voy a poder soportar esta situación tan terrible.

—¿Sabes, hermanita? Eres tú y solo tú la que debe tomar una decisión —*Vicente* hablaba con tranquilidad y mesura—. Eres mi hermana pero yo no puedo meterme demasiado en tus asuntos. Solamente reaccioné porque no me gustan las mentiras. Si te sirve de algo, puedo contarte que la relación entre ellos no es buena.

Antes de abandonar el dormitorio, *Vicente* se acercó a ella y la abrazó con ternura, acariciándole las mejillas todavía anegadas de llanto.

—Cuídate tú y tu corazoncito —le dijo al oído y salió.

Los días pasaron y Carlota trataba de sobrellevar su dolor. De pronto, el teléfono de la casa empezó a sonar. Cuando la joven levantó el auricular, una voz de mujer preguntó por ella.

—Quiero hablar con Carlota.

—Soy yo —logró balbucear la joven.

—Hablas con Alicia, la esposa de *Antonio*, como lo conoces tú. Necesito hablar contigo. Quiero que vengas hoy a las ocho de la noche a la calle Juan Antonio Ríos con Santa María, allí donde hay una parada de buses.

—No puedo —interrumpió tajantemente Carlota.

—Si no vienes hablaré con tu madre y le contaré la clase de hija que tiene. Por tu bien espero que vengas —sin esperar respuesta la mujer cortó la comunicación.

La llamada la dejó muy alterada. No entendía los motivos que llevaron a la mujer a citarla a un lugar en la calle, especialmente ahora, que con *Antonio* todo había quedado tristemente zanjado. Las palabras de Alicia le habían dolido enormemente pero las aceptó con resignación. En el fondo, se siente culpable por no haber averiguado un poco más sobre la vida del hombre con el cual había salido durante tanto tiempo. "Eres una estúpida irresponsable, con cerebro de pajarito", se recriminaba mientras pensaba con angustia en la cita con Alicia. "Lo que tú estás pasando ahora, Carlota, bien merecido lo tienes, por ser tan tonta".

Al no poder ubicar a su hermano para conversar sobre la nueva situación que se había generado, decidió

acudir a Carmen, una amiga del liceo con la que era bastante cercana. Sin pensarlo dos veces, se arregló un poco y salió apresuradamente en su búsqueda. Pasó el resto de la tarde con ella, y en su compañía pudo ordenar un poco sus ideas. Poco a poco había ido calmándose. Cuando la hora de la cita se fue acercando, Carmen se ofreció para acompañarla, convenciéndola con su argumentación.

—De las mujeres celosas se puede esperar cualquier cosa, debemos ir preparadas. A lo mejor se pone violenta y nos quiere dar un par de tortazos a las dos. Sola no puedes ir, no voy a permitirlo.

Tomadas de la mano para mitigar el nerviosismo, las dos muchachas se dirigieron al lugar de la cita.

Allí les esperaba una mujer muy atractiva. Debía tener entre 25 y 27 años e iba con una niña de la mano.

—¿Cuál de ustedes dos es Carlota? —preguntó, mirando con curiosidad a ambas adolescentes.

—Soy yo —respondió tímidamente Carlota, mientras Carmen se alejaba un poco de ellas.

—Veo que eres una niña. Así le gustan a mi marido, jovencitas —dijo la mujer con tono despectivo—. No creas que tú has sido el único desliz que él ha tenido en nuestro tiempo de casados. Me faltan dedos para contarlos, pero al final siempre vuelve a mí, no te creas eso de ser algo especial para él. Todos los hombres son iguales y buscan lo mismo.

Carlota intentaba mostrarse indiferente mientras escuchaba el monólogo.

—Fueron varias las pistas que tuve que seguir para llegar hasta ti. Lo primero fue el repentino enojo de *Vicente* con mi marido, debía ser por algo personal y no político. Mi sospecha la corroboró el mismo

Antonio, al quedarse solo lo vi llorar como un niño en el patio de la casa. Lo demás fue fácil, averigüé cuántas hermanas tenía *Vicente*, así como sus edades. Por supuesto, la menor era la mejor candidata.

Mientras Alicia trataba de herirla con cada palabra, Carlota no podía dejar de mirar el rostro de la niña que estaba a su lado. Trataba de adivinar qué pasaría por su pequeña cabecita al escuchar este tipo de conversación tan poco agradable. La pequeña no entendía lo que ocurría a su alrededor.

—¿Así es que usted cree que entre su marido y yo hay algo? —la interrumpió Carlota—. Está muy equivocada, entre su esposo y yo no existe nada — estaba siendo una de sus mejores actuaciones.

—¿No me estarás mintiendo, verdad? —interpeló la mujer, con curiosidad, pero bajando el tono agresivo.

—No, señora, no le miento y puede estar tranquila, no seré yo la que le quite a su marido. Es suyo —aunque Carlota en ese momento sentía un enorme dolor que le atenazaba el pecho, siguió sonriendo heroicamente. Le dolía hablar de *Antonio* y referirse a él como "su marido".

Alicia no estaba del todo convencida pero suspiró aliviada y buscó cerrar la conversación hablando en plural y en voz alta, para que también Carmen escuchara.

—No se casen nunca, muchachas. Yo he tenido tan mala experiencia en el matrimonio que no se lo puedo aconsejar a nadie —sentenció mientras se alejaba de la parada de autobuses.

—No se preocupe, señora —contestó Carlota resuelta—. No pienso casarme nunca.

De repente Alicia se detuvo y encaró nuevamente a Carlota.

—Espera, quiero preguntarte algo más. ¿Eres tú la que le regaló un oso de peluche a mi marido?

—¿Yo? —Carlota se hizo la sorprendida, mientras sentía cómo su cuerpo se congelaba y un filudo cuchillo atravesaba su pecho.

—Sí. Fíjate que hace un tiempo *Antonio* llegó con ese bicho y en varias ocasiones lo he sorprendido con él en el patio de la casa. Tampoco deja que nadie lo tome, ni siquiera cuando su hija se lo pide.

—No, señora, no es mío —respondió la joven con fingida indiferencia.

Tras escuchar esta respuesta, Alicia se alejó sin despedirse. Carlota y Carmen se alejaron también casi corriendo. Cuando finalmente se detuvieron, Carmen la increpó.

—¿Por qué le has mentido? Deberías haberle contado la verdad, quizás es mentira todo lo que ella decía.

—Porque no quiero hacerles más daño. Es preferible que ella crea que se ha equivocado al juzgar a su marido y que traten de ser felices una vez más. La que sobra en esta historia soy yo. No me interesa competir con ella.

Habían abandonado la avenida principal y, aunque ahora ya no corrían, siguieron su camino sin volver la vista atrás. Durante el trayecto no pararon de comentar, una y otra vez, lo que acababan de vivir.

Días después de aquel agitado fin de semana, Carlota reanudó sus actividades normales y se reintegró a su grupo de amigos en el liceo, el barrio y la familia. La joven decidió llevar

una especie de máscara social con la que escondía la amargura que aún le sacudía el corazón. No siempre le resultaba, sobre todo cuando llegaban de golpe imágenes o recuerdos. En esos momentos se destapaba el baúl donde trataba de esconder a *Antonio* y la hacía flaquear, se inflamaba su pecho y sentía mucha nostalgia, pero al mismo tiempo profunda pena.

Capítulo XII

El 5 de agosto de 1969, cuando Carlota llegó a su casa se encontró con la sorpresa de que alguien había dejado una rosa en la puerta de entrada. Al tomarla en sus manos no pudo dejar de ilusionarse y pensar en *Antonio*. "¡Ha recordado mi cumpleaños! ¿Estará por aquí cerca? ¡Se acordó!", pensó. Besó y olió la delicada flor pero decidió no buscarlo con la mirada. Cerró la puerta tras de sí y se sintió en una dimensión especial, única, en donde podía sentir a su amado.

En el último tiempo no había tenido mucha tranquilidad. Se la ha pasado pensando en su futuro, cada hora de cada día. Pronto se acabarán las clases en el liceo y tendrá que decidir si continuar con su oficio religioso o buscar algún otro horizonte. Quiere ser sincera consigo misma. Sabe que lo que siente por *Antonio* es muy profundo, de eso está completamente segura, lo extraña y sin su presencia se siente vacía. Sabe que lo necesita en su vida pero al mismo tiempo es consciente de que, hoy por hoy, nada puede suceder si ella misma no toma cartas en el asunto. Como era su cumpleaños decidió darse un regalo a sí misma y escribió una carta a su amado.

Antonio:

Aunque sigo pensando que tu forma de actuar hacia a mí no fue correcta ni honesta, y a pesar de que no solo me engañaste a mí sino que también jugaste con los sentimientos de otras personas que te quieren de verdad, tengo que confesarte que el último tiempo lo he pasado muy mal sin ti.

Creo que dos personas que se quieren deben actuar siempre con las cartas sobre la mesa, con sinceridad, como es de esperar en un hombre que dice ser

revolucionario y en vías de convertirse en el hombre nuevo que mencionaba nuestro querido Che. Tu forma de hacer las cosas, sin embargo, echa por tierra esos principios tan importantes que tú mismo me enseñaste.

Yo te quiero y por tu amor estoy dispuesta a enfrentarme a todos los obstáculos que de seguro tendremos. Juntos podemos con todo. También pienso en lo bueno que va a significar tu cariño en mi vida futura. Sé que nunca podré ser tu esposa en la legalidad, pero no me importa. Para mí es más importante ser tu compañera en la vida y en la lucha revolucionaria, ser la destinataria de tu amor.

Cuando leas esta carta quiero que analices lo que te digo. De ahora en adelante debes actuar limpiamente conmigo y, si todavía sientes que me quieres, llama al teléfono de Carmen. Esperaré tu llamada.

Tuya,

Carlota

Al terminar de escribir releyó la carta. Luego la acercó a su pecho, buscando transmitir de ese modo un abrazo desesperado. Cerró el sobre y fue a dársela a su hermano *Vicente*.

—Por favor —le rogó con angustia—, entrégasela a *Antonio* lo más pronto posible.

Vicente no dijo nada pero la interrogó con la mirada buscando una explicación. Ante el silencio de su hermana, comprendió que lo mejor era no preguntar. Guardó un silencio cómplice y respondió a la petición de Carlota con un movimiento vertical de cabeza.

Al día siguiente, Carmen llegó corriendo a su casa. Le dijo que había recibido una llamada de *Antonio* y que llamaría nuevamente en solo unos minutos más. Carlota

salió corriendo junto a su amiga. Cuando el timbre del teléfono volvió a sonar, se abalanzó para tomar el auricular. Al escucharse otra vez, ambos dieron rienda suelta a su emoción hablando atropelladamente. Para Carlota esa era la señal que necesitaba para poder amarlo libremente. La joven sintió que la cobijaba una tibia nube cuando oyó su voz.

—Te estoy llamando desde una cabina a dos cuadras de la casa de Carmen. Por favor, pequeña, ven a mi lado inmediatamente, lo que más deseo en estos momentos es verte, abrazarte y sentirte.

Casi sin despedirse de Carmen, Carlota se puso su chaleco y salió corriendo de la casa de su amiga.

—Pero, ¿qué pasó, Carlota? —Carmen la interrogaba con inquietud y risa desde la puerta.

—¡Es *Antonio*, es *Antonio*, nos vamos a juntar! —respondió con alegría mientras intentaba abrir el portón de calle.

Corrió en dirección a la cabina de teléfono y sentía cómo su corazón latía con fuerza en su pecho y un nudo iba formándose en su estómago. Era casi imposible que alguien pudiera ser más feliz que ella en esos momentos. Cuando pudieron verse, ninguno de los dos pudo evitarlo y ambos se lanzaron a correr para fundirse en un abrazo.

Al estar así, abrazados y con los ojos cerrados, sintieron ese calor y ese aroma que tanto conocían y que tanto habían extrañado en las últimas semanas. Nada de lo que pasaba a su alrededor tenía importancia en ese momento, solo había lugar para los sentimientos que estallaban en el pecho y los pensamientos en el cerebro de ambos.

—Lo siento, lo siento, pequeña. Yo también lo he pasado muy mal sin ti, perdóname.

Era un nuevo camino, un nuevo comienzo que ambos quisieron sellar con un beso interminable.

A principios de septiembre, *Antonio* se ausentó dos días seguidos a la cita de cada noche con Carlota. Al no saber qué pasaba, la joven se puso muy intranquila y le pidió a *Vicente* que fuera a visitarlo a su casa mientras ella lo esperaba en una calle adyacente a la avenida Juan Antonio Ríos. Tras una larga y angustiosa espera, Carlota observó que su hermano volvía con una cara de preocupación inquietante.

—*Antonio* está muy mal —dijo *Vicente* con seriedad—. Tiene mucha fiebre y ha estado delirando. Alicia me enumeró los síntomas y los escribí en este papel. El problema es que ellos no tienen dinero para un médico ni tampoco para remedios.

—Vamos al hospital —Carlota estaba resuelta—. Le pediremos ayuda a nuestra hermana.

Una vez en el hospital y tras ponerse en contacto con el médico de turno, pudo establecerse un diagnostico basado en los síntomas descritos. Tifus, esa fue la lapidaria y certera conclusión. Inmediatamente, el facultativo escribió una receta, que entregó junto a las instrucciones a seguir.

La recuperación de *Antonio* fue lenta y dura, prolongándose por casi dos semanas. Cuando estuvo más recuperado y a pesar de seguir débil, lo primero que tuvo que asumir era la puesta en práctica de las últimas órdenes recibidas desde Santiago. En todo este tiempo, las tareas por las cuales el MIR había decidido establecer una célula en Arica no se habían cumplido a cabalidad. Los problemas de seguridad generados no eran una buena señal para el objetivo de hacer del norte un lugar tranquilo y de retaguardia para la organización. Por este motivo, la organización ordenó el traslado al sur de todos sus integrantes y la desarticulación de sus operaciones en Arica hasta nuevo aviso.

Antonio ya había recibido la orden cuando se dirigió a encontrarse con Carlota, por lo que iba profundamente preocupado. Debía contarle sobre su viaje al sur y mientras caminaba fue pensando en la mejor forma de hacerlo. Tendría que tomar decisiones drásticas en su vida personal, de eso

no había duda. Al llegar al punto de encuentro corrieron a abrazarse, lo que ya se había convertido en un dulce hábito.

—Pequeña, te quiero pedir que me acompañes a hablar con alguien, pero después de visitarlo tienes que olvidarte de su rostro para siempre. Es muy importante.

—¿En serio? ¿Tan peligroso es conocerlo? —Carlota no disimulaba su inquietud.

—Sí, lo es, si se puede definir así —*Antonio* no estaba muy convencido de cómo definir el grado de peligrosidad de su compañero—. Pero la recomendación es por la seguridad de ambos, de él y tuya. Es capitán de una goleta pesquera, un hombre honesto y comprometido con la causa. A personas así hay que protegerlas siempre, con la vida si es necesario. Sin ellos no seríamos nada. Es gente que nos ayuda.

—Comprendo, ya comienzo a entender estas cosas.

—Debemos ubicarlo al otro lado de la ciudad, pero como hay tiempo de sobra podemos ir caminando. Tengo algo que contarte y todavía no sé cómo hacerlo —dijo mientras comenzaban a caminar.

—*Antonio*, después de todo lo que pasó quedamos en que siempre nos íbamos a decir la verdad, no lo olvides —le recordó la joven, sin dejar espacio a más misterios—. Conmigo puedes ir directo al grano, sin necesidad de adornar los hechos ni dar tantas vueltas.

—He recibido orden del partido de volver a Santiago, me han asignado nuevas tareas y no sé cuánto tiempo puede durar esta separación. Estoy haciendo todo lo posible para que sea breve.

—¿Y qué pasará con Alicia y tu hija? —la inquietud de Carlota era honesta.

—También volverán a Santiago.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos y poco a poco la cara de Carlota comenzó a traslucir las conjeturas que articulaba su mente.

—Por favor, no me malentiendas —se apresuró a aclarar *Antonio*—, ellas vuelven a la capital, pero no conmigo. Nos separamos definitivamente. El regreso no lo haremos juntos y mis planes son sanear esta situación lo más pronto posible. Por mi hija, por ella, por mí y también por ti es necesario que se ordene todo. Quiero que lo nuestro continúe limpiamente, sin trabas de ningún tipo.

—Pero... ¿Cómo ha tomado ella la ruptura? —Carlota buscaba ahondar en la situación, con inquietud pero también con respeto.

—No muy bien, por supuesto. No es fácil aceptar que una relación ha llegado a su fin, pero, pequeña, recuerda siempre que una relación es de a dos. Yo asumo mi parte de responsabilidad en este fracaso, también me duele, sobre todo porque significará, de una u otra forma, una separación con la niña.

Sus palabras eran precisas y honestas. Se detuvieron un momento y *Antonio* la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Carlota, ¿me quieres?

—¿Lo dudas, *Antonio*?

—Respóndeme, necesito escucharlo.

—Sí, *Antonio*, te quiero y mucho.

Capítulo XIII

Los tripulantes de la goleta pesquera *Nilda* trabajaron todo el día reparando redes y revisando las maquinarias. El mes de noviembre de 1969 acababa de empezar y todo debía estar en perfectas condiciones para cuando el barco zarpara esa noche rumbo al sur, a la pesca de la anchoa. Cada cual cumplía con sus obligaciones sin preocuparse de lo que sucediera a su alrededor, por eso nadie notó que esa tarde el capitán subió a bordo con cuatro pasajeros desconocidos.

Los pasajeros, por su parte, tuvieron que vivir su propia odisea para acceder al muelle sin ser controlados. Para pasar desapercibidos habían atravesado alcantarillas y desagües, que conectaban la ciudad con el sector donde la barcaza acomodaba la carga.

Una hora más tarde y sin previo aviso, la goleta fue abordada por los inspectores de aduana. El capitán se encargó personalmente de acompañarlos en su habitual recorrido de control. Los funcionarios revisaron todos los rincones, cerciorándose de que la carga fuera lo que figuraba en el conocimiento de embarque y que, por lo tanto, no hubiera contrabando alguno. Cuando terminaron su inspección cerraron la puerta de la bodega y firmaron la autorización de salida. Todo estaba perfectamente en regla. Eran las 10 de la noche cuando el pesquero salió del puerto con rumbo a Antofagasta. *Antonio* estaba emocionado y triste con la partida. Se apoyó en la barandilla y vio desfilar ante sus ojos el Morro totalmente iluminado, mientras la goleta navegaba lentamente hacia mar adentro. Envuelto en sus pensamientos, recordó que en algún lugar de esa ciudad, que empezaba a desvanecerse en la noche, se quedaba su amor. De pronto, el capitán se ubicó a su lado y lo llamó por su nombre político.

—*Antonio*, todo salió bien, mi amigo. Después de tantos años en este oficio, las inspecciones en mi *Nilda* siempre duran poco tiempo. Decidí que saliéramos de noche porque nuestra llegada a Antofagasta también debe ser de noche. Es la hora en que los inspectores se encuentran más relajados y buscan hacer un trabajo rápido. Ya son años en esto y varios me conocen así que todo saldrá bien.

El capitán estuvo haciéndole compañía unos minutos más y después se despidió amablemente. Debía volver al puente para calcular la ruta y la velocidad a seguir. *Antonio* permaneció apoyado en la borda, sintiendo en su rostro la humedad salobre del aire marino y en su pecho la angustia de la partida. "Será solo un tiempo, un tiempo corto", dijo en voz baja a la ciudad que ya comenzaba a desaparecer.

El viaje transcurrió sin complicaciones. Con buen tiempo y mejor ánimo, los cuatro compañeros deambulaban por el barco para conocer sus distintos rincones. Cuando se encontraba a diez millas de la costa, la *Nilda* anunció su presencia. La oficina del puerto de Antofagasta autorizó su entrada y le indicó un lugar en el muelle uno, al que tardarían en llegar casi dos horas, tal como estaba planeado.

La cadena del ancla rechinaba hacia proa y los tripulantes estaban atareados con el amarre. *Antonio* contempló el hermoso espectáculo que ofrece la bahía bañada de luz mientras la ciudad permanece silenciosa y dormida, y luego se dirigió al camarote del capitán para despedirse y arreglar cuentas. El precio que se había fijado era bajo si se consideraba lo mucho que arriesgaba al trasladarlos ilegalmente hasta allí.

—Capitán, muchas gracias por su ayuda y por traernos hasta aquí sin problemas. Ha hecho un excelente trabajo, como siempre —dijo *Antonio* al tiempo que le pasaba un sobre con el monto acordado.

—No es nada, muchacho, siempre que pueda los ayudaré. Toma, aquí tienes los pases que necesitan

para abandonar el puerto. No sabes lo importante que es lo que están haciendo y que en Chile se produzcan cambios.

Ajustando su gorra y limpiándose imaginarias medallas y jinetas, el capitán bromeó con *Antonio* dándose aires de importancia. Finalmente se despidió.

—Suerte, *Antonio*, a ti y a tus chicos. Cuídense, que desde acá nosotros ponemos nuestro granito de arena.

—Lo mismo les deseo a ustedes, capitán. Suerte y hasta siempre.

Cuatro desconocidos con papeles falsos abandonaron el puerto sin problemas, evadiendo sus controles y los del retén de carabineros. Superados los obstáculos, se apresuraron hasta la casa de un contacto en la ciudad, que se encargaría de trasladarlos en un vehículo.

—Les hemos habilitado una casa en las afueras para que descansen unos días. Imagino que el viaje por mar no es nada de agradable —dijo el compañero mientras los ayudaba con parte del equipaje.

Una hora más tarde, al llegar a su destino, el encargado de recibirlos se presentó como *Julio*, sin más. Mientras los compañeros se acomodaban en la modesta casa, *Julio* se acercó a *Antonio*.

—Por favor, acompáñame al salón, debo conversar a solas contigo —se sentaron alrededor de una mesa pequeña mientras el resto desempacaba y se repartía las piezas para descansar del viaje.

—Cuéntame, *Julio*, soy todo oídos.

—Luciano ha escrito. Te ha escogido para dar instrucción a un grupo de compañeros que se integraron

recientemente. En su mayoría son universitarios y, por ende, novatos que necesitan con urgencia cursos de teoría política y, por supuesto, práctica militar. Nosotros ya hemos avanzado algo habilitando un par de lugares en los cerros. Son lugares seguros y pueden resultar útiles.

—Comprendo perfectamente, no hay problema.

—Pero hay una cosa más —*Julio* miraba a su interlocutor a los ojos.

—Hable, compañero, con confianza. Acá estamos para apoyar en todo lo que se pueda.

—De acuerdo. A nosotros nos gustaría discutir contigo las posibilidades de un objetivo que hemos elegido. Este nos puede proporcionar el dinero que necesitamos para la compra de armas e infraestructura, y nos gustaría saber si podríamos contar con tu apoyo y experiencia en el plano logístico y práctico para realizar la expropiación.

Con una sonrisa en los labios, *Antonio* asintió con la cabeza, mostrándose alegre y dispuesto ante la propuesta.

—Cuenten conmigo, compañeros, cuenten conmigo —dijo mientras daba palmadas en el hombro a *Julio*.

Terminada la conversación que mantuvieron aparte, *Julio* lo invitó a reunirse con el resto de los moradores de la casa, para comer algo y poder finalmente descansar. Antes de acostarse lo apartó.

—Mañana quiero que me acompañes para echar una mirada al objetivo del cual te hablé.

—Como tú digas. ¡Buenas noches!

Una vez en el cuarto, *Antonio* sacó de su chaqueta la foto de carné que Carlota le había regalado el día anterior a su partida. Se dio una pausa para mirar los ojos de la joven y luego leyó nuevamente la dedicatoria, repleta de amor y ternura. Tras un largo suspiro comenzó a borrar la tinta del reverso de la fotografía. No podía poner en juego su seguridad en el supuesto caso de que a él le ocurriera algo, sencillamente no se lo perdonaría. Por eso, lo mejor era borrar las pistas que traía consigo. Aprovechó la luz de la vela que iluminaba el cuarto para escribirle una carta. Le había prometido mantener una cita diaria de esta forma, un pequeño ritual que les permitiría estar conectados a pesar de la distancia. *Antonio* cumpliría al pie de la letra su promesa. No lo dudaba, la joven lo hacía sentirse en plenitud, era inmensamente feliz con ella a su lado. Podían hablar de política y de amor en una misma frase, no había diferencia. Su Carlota le entregaba un amor generoso sin ataduras ni condiciones. Antes de dormir miró por última vez la foto y cerró los ojos, recordando cada una de las citas en parques y calles de Arica.

Capítulo XIV

El día amaneció radiante y los cuerpos viajeros se habían recargado de energía. A primera hora *Antonio* acompañó a *Julio* al centro de Antofagasta para conocer el objetivo que otros compañeros de la ciudad venían estudiando desde hacía semanas.

El lugar estaba ubicado en la esquina de las calles Balmaceda y Prat. Para poder vigilarlo y conversar con total tranquilidad fueron a sentarse en la cafetería ubicada a un costado de la Plaza Colón. Mientras observaban el incesante paseo de gente y saboreaban un café muy cargado, *Antonio* fue directo al grano.

—La ubicación del objetivo es demasiado central. Si miras con atención verás que está rodeado de locales comerciales y, por lo mismo, siempre concurrido. Al parecer, esos comercios no tienen el mismo horario de cierre, cuando uno cierra el otro sigue abierto. Es un problema grave cuando hay gente que va y viene, pueden interferir o hacer que la operación sea más difícil, por todos los imprevistos. Con una situación así se multiplican las variables que no puedes manejar.

—¿Quieres decir que es imposible, *Antonio*? Sabemos que hay buen dinero y no queremos dejar pasar esta oportunidad —*Julio* mostraba cierta angustia.

—Debería ser una operación rápida, idealmente menos de cinco minutos en total —*Antonio* vio cómo se iluminaba la cara de su interlocutor—. Habrá que tomar notas del control policial que existe.

—Te puedo ayudar dando pautas de trabajo pero no

podré participar en la operación misma. Lo lamento de verdad pero tú sabes que debo acelerar el trabajo en Iquique. Dentro de un mes vamos a participar en la gran huelga convocada por los sindicatos y la CUT, y me comprometí a aportar personalmente a la agitación en la ciudad. De todas formas, dejaré la planificación en marcha.

Durante aquel mes se consiguieron grandes avances para la pequeña célula que comenzaba a desarrollarse en Antofagasta. *Antonio* y su grupo realizaron unas breves pero concisas instrucciones a los nuevos compañeros, todos jóvenes comprometidos y convencidos. Entre los participantes se destacaba un joven abogado llamado David. Era como una esponja para absorber los conocimientos que se le enseñaban. Después de las clases teóricas se quedaba a discutir sobre política internacional con *Antonio*. Interesado, cuestionador y reflexivo, las conversaciones entre ellos se extendían durante horas. Poco a poco se formó una amistad entre ellos y un día David, en un gesto de gran confianza, lo invitó a su casa para presentarle a su esposa, aunque le hizo una advertencia.

—Por ningún motivo mi mujer debe enterarse de mi militancia política. Su familia y ella misma pertenecen a la pequeña burguesía, son grandes admiradores de Alessandri. A ellos yo solamente les sigo el amén, como se dice.

—Tranquilo, David, un revolucionario sabe observar el contexto y ser compartimentado. Aunque, claro, nunca está de más la advertencia.

La cena fue tranquila. Se habló de temas baladíes y omitieron cualquier referencia al motivo real de su amistad: preparar y desarrollar la lucha armada con focos por todo el país.

Ya establecidos en Antofagasta, el grupo llegado con *Antonio* se tuvo que dividir. Los demás seguirían hacia otras ciudades y él se marcharía a Iquique. Nuevamente,

transportistas clandestinamente solidarios les ofrecieron ayuda para recorrer la carretera sin problemas.

Concluidas la formación teórica y práctica, David lo acompañó durante su último día en la ciudad. Antes de despedirse, y mientras le daba unas palmadas de camaradería en la espalda, le recordó de forma insistente:

—*Antonio*, cuando necesites de mis humildes servicios, tú ya sabes dónde vivo. Solo tienes que llegar o contactarme de alguna manera.

—Gracias, compañero —respondió *Antonio* con agradecimiento sincero—. No te preocupes, que de tímido no tengo nada, el día que lo necesite tiraré de la cuerda.

—Buen viaje y suerte en el norte.

Antonio consiguió llegar a Iquique sin contratiempos. Allí el contacto sería establecido por unos compañeros de avanzada del Partido Socialista y miembros del Ejército de Liberación Nacional (ELN), a quienes, en la jerga de los grupos revolucionarios, se les conocía como "elenos". Se estaba cocinando algo interesante en el norte. Con un ambiente de efervescencia y conflicto social en muchos sectores, los dirigentes sindicales comenzaban a organizar una gran movilización, tanto entre los trabajadores de la ciudad como entre los mineros que volvían desde los cerros hacia la ciudad-puerto.

Se trataba de una huelga principalmente minera, pero que también convocaba a otros sectores afectados. Habían fracasado varias negociaciones debido a la intransigencia de los patrones, que no ofrecían nada y estrujaban cada vez más a los trabajadores para seguir enriqueciéndose. El ánimo era de lucha, pero las condiciones no dejaban de ser desoladoras debido a la pobreza, el cansancio y el hambre que reinaba entre los huelguistas y sus familias. A *Antonio* no le fue difícil asociar lo que estaba ocurriendo ahora con los sucesos de1907, en estas mismas calles. Recordaba que su padre le había contado

sobre la terrible historia de los obreros salitreros masacrados impunemente en la Escuela Santa María de Iquique. Habían pasado más de 60 años desde que esas calles se habían teñido de sangre y hoy volvían a observar la agitación y la lucha de los trabajadores en huelga.

Antonio participó activamente en las continuas manifestaciones. Fue un agitador más, aportó con varios y elocuentes discursos que remarcaban la importancia de la unión de todos los trabajadores. Empapado de memoria histórica conversaba con distintos huelguistas y los convencía de que la acción, y solo la acción revolucionaria, podía conseguir destruir este inhumano orden social.

La huelga se extendía y los patrones apostaban a que el desgaste y el hambre hicieran claudicar la movilización. Las ollas comunes que los huelguistas habían establecido comenzaban a desaparecer debido a la escasez de alimento y dinero. La Cámara de Comercio había decidido asfixiar al movimiento cerrando las puertas de los negocios, lo que hacía aún más dramática la situación de quienes se enfrentaban al brutal orden de los ricos. Sin poder comprar pan ni harina, el hambre aumentaba entre las familias de los huelguistas, apostados en improvisados campamentos en la ciudad, tal como ocurriera 60 años atrás. En medio del desolador panorama y con una moral en retirada, *Antonio* y unos cuantos compañeros buscaban mantener la unidad y el optimismo entre los trabajadores. Un día divisaron una de las camionetas repartidoras de una reconocida panadería de la ciudad, que intentaba abrirse camino en medio de la multitud de huelguistas. Sin dudarlo, *Antonio* corrió hasta dar alcance al vehículo. De un brinco consiguió abrir la puerta con una mano mientras le indicaba al chofer sin titubeos:

> —Deténgase, compañero. La carga está requisada. Eres trabajador también, igual que nosotros. No tenemos nada en tu contra así que mejor colabora con nosotros. Es mejor para todos si evitamos cualquier problema. Esta acción está dirigida contra tu patrón y lo que él representa, ¿entiendes?

Sorprendido por la decisión de las palabras, el chofer

solo atinó a tartamudear.

—Sí, sí, llévense lo que quieran pero no me hagan daño, yo solo manejo.

—Tranquilo, compañero —dijo *Antonio* mientras tomaba el control de la camioneta.

Una vez detenido el vehículo, *Antonio* empezó a bajar los canastos con pan. Pronto tuvo ayuda, otros compañeros imitaron su ejemplo y comenzaron a distribuir el pan entre los huelguistas.

Aplausos, risas y alegrías inundaron a los huelguistas en aquella espontánea acción expropiadora.

Capítulo XV

Cada mañana, antes de marcharse al liceo, Carlota rebusca en el bolsillo izquierdo de la chaqueta de su padre. Ahí encuentra el dinero que sagradamente le deja para pagar su desayuno, junto con las cartas de *Antonio* que su padre, en un gesto cómplice, recoge en la casilla de correos y le pasa a escondidas. Carlota conoce muy bien a su padre, sabe que en él se personifican la rectitud y la honestidad como valores fundamentales y no transigibles. Es de esta forma que, a pesar de no estar de acuerdo con su relación sentimental, no la priva de aquella comunicación y le deja las cartas sin abrir ni censurar.

Al cumplirse un mes y medio de la separación, *Antonio* le escribió una extensa misiva en la que le explica que desea volver a su lado pero que, por motivos de seguridad, necesita de su ayuda para encontrar un lugar discreto donde alojarse. Tan solo dos días después de llegada esta carta, una llamada telefónica sorprendió a Carlota. Al otro lado del auricular oyó una voz familiar.

—Pequeña, soy yo. Me encuentro muy cerca de tu casa y muero de ansiedad por verte. Te espero en el mismo lugar de siempre.

Rápidamente Carlota colgó y salió en búsqueda de su amado. Tras volver a fundirse en un abrazo repleto de besos y amores, *Antonio* observó cómo se encontraba vestida y le sugirió que pasaran por su casa para que se abrigara un poco más. La emoción había inundado completamente a la joven, olvidándose de cualquier otra cosa que no fuese aquel esperado reencuentro.

Ya resuelto el incidente que a ambos causó gracia, *Antonio* le contó a la joven Carlota que había arrendado una

habitación en la pensión familiar de una amiga, ubicada en pleno centro de la ciudad. Según su criterio, el lugar era lo suficientemente seguro para vivir ahí sin problemas. También le dijo que había cortado definitivamente con su esposa, por lo que se encontraba mucho más tranquilo. Por último, que había conseguido un pequeño trabajo, nuevamente en la Municipalidad, lo que le permitiría solventar algunos gastos mínimos.

Caminaron por la ciudad tomados de la mano, como acostumbraban hacer, abstrayéndose de todo lo que ocurría a su alrededor. Carlota lo informó sobre las novedades en su entorno.

—Mi hermana mayor se casó y se cambió de casa. *Vicente,* como tú lo conoces, se ha independizado y vive en una población que están levantando los mismos vecinos del sector. Mi madre ha conseguido la concesión del casino en la Escuela de Capacitación Profesional, por lo que yo tengo que ayudarle después de mis clases en el liceo. Ahora tendremos menos tiempo para estar juntos y salir —dijo sin mucha alegría.

—No importa, pequeña. Siempre encontraremos tiempo, cuando se quiere se puede. Tú sabes que lo nuestro es fuerte y sabrá encontrar un camino — *Antonio* le hablaba con ternura.

A partir de entonces, cada día la esperaba en la puerta del liceo. Su amor ya no era un misterio ni un secreto, así que podían pasearse con gustoso descaro por Arica y demostrarse mutuamente su afecto.

Desde su regreso a la ciudad, *Antonio* había decidido dejar pasar un tiempo prudente antes de retomar el contacto con sus antiguos compañeros. Está inquieto y sabe que muy pronto tendrá que tomar una decisión crucial con respecto a su quehacer político y su militancia. Desde Santiago, *Francisco*, un compañero y gran amigo de toda la vida, le había comunicado que un importante número de compañeros

rompió definitivamente con el MIR. Entre quienes decidieron optar por un camino autónomo se encontraba *Ricardo*, nombre político de Arturo Rivera, hermano menor de *Antonio*. En su extensa carta, *Francisco* le solicitaba su retorno a la capital para crear y fortalecer un grupo nuevo, lejos de la burocracia, la profunda diferencia de clase y los cálculos políticos que ocupaban el principal interés del MIR. La propuesta de *Francisco* era clara y pedía una pronta respuesta para comenzar a levantar y dar forma a lo que llamó la Vanguardia Organizada del Pueblo.

Antonio le respondió a su amigo que necesitaba tiempo para pensar en su propuesta, ya que tomar una decisión de tal envergadura no era algo fácil en ningún caso, aunque le prometió pensar seriamente el ofrecimiento. Concuerda con las críticas hacia el partido y cree que actuando en completa autonomía pueden conseguir llegar más lejos, pero aun así la decisión no es algo fácil.

Lentamente *Antonio* comenzó a reanudar la comunicación con viejos sindicalistas. Se dedicó a observar el estado del conflicto en el norte, buscando evaluar el ofrecimiento de *Francisco* desde Santiago. Había estado eludiendo a *Vicente* y su grupo operativo, a pesar de reunirse constantemente con Carlota, pero ahora tiene un objetivo entre ceja y ceja, por lo que creyó apropiado volver a enlazarse con los compañeros para foguearlos. En caso de que decidiera romper con el MIR sería bueno afianzar lazos con compañeros que pudieran interesarse en seguir un proyecto autónomo.

Por su parte, Carlota se adentraba cada vez más en las lecturas que le pasaba *Antonio*. Ya había nacido y ahora se desarrollaba robusto su interés por la política, a pesar de las contradicciones con su formación familiar y la inquietud que esto le producía. Leyó libros de Marx y las obras completas de Mao, que tan famosas eran entre los jóvenes revolucionarios de la época. La curiosidad de Carlota era inmensa y su amado disfrutaba encantado con sus dudas, críticas e infinito interés para comprender los motivos de la desigualdad, la opresión y las formas de combatirlas.

Capítulo XVI

La noche del 31 de enero de 1970, Ismael Villegas Pacheco y otro compañero cumplían una misión asignada a ellos por su organización. Mientras transitaban en un auto por Santiago, chocaron en la esquina de Santa Elena con Avenida Matta. Percatado del hecho, un carabinero se acercó al lugar del accidente y, al no tener los documentos del auto en regla, Villegas y su compañero huyeron. El carabinero Luis Avendaño Orozco los siguió por la calle San Camilo, donde se inició un intercambio de disparos. La carrera continuó hasta Copiapó con Portugal, en donde el carabinero los alcanzó en un taxi que hizo parar en el camino. Villegas se parapetó detrás de un auto, desde donde contestó al fuego policial, mientras que su compañero se refugió detrás de un poste pero no pudo intervenir porque su arma se había trabado. El policía resultó herido en el tórax pero logró situarse en línea de fuego sobre Villegas, que se había quedado sin balas. Cuando volvía la cabeza para avisar a su compañero, Avendaño avanzó y le disparó a corta distancia, hiriéndolo mortalmente en la cabeza, justo detrás de la oreja. Cuando quiso disparar al compañero de Villegas comprobó que su arma tampoco tenía munición y huyó. El momento fue aprovechado por este último para huir del sitio del suceso.

El carabinero Luis Avendaño fue llevado al hospital, donde estuvo internado hasta el 5 de febrero y posteriormente fue dado de alta.

Ismael Albino Villegas Pacheco era un obrero tipógrafo de 25 años, era casado y tenía una hija. Había trabajado en la Editorial Nacimiento, donde quedó cesante. Luego ingresó como gasfíter en la Sociedad Minera El Teniente, en Coya. Vivía en la población La Faena con su mujer, Mariana Amalia Torcuato Fuentes, de 19 años. Ella estaba esperando su segundo hijo.

Durante la campaña presidencial de 1964 Villegas era militante de las Juventudes Comunistas. Después de la derrota electoral, al igual que otros jóvenes chilenos pensó que había que intentar otro camino, y centró sus esfuerzos en la formación de una fracción en el seno de las JJ.CC. llamada "Arauco". Villegas sostenía que los jóvenes comunistas debían recibir entrenamiento de tipo militar para hacer frente al aparato armado del Estado burgués. Esta actividad le mereció la expulsión de las Juventudes Comunistas, sin embargo, antes de su expulsión Villegas logró preparar a un grupo de 25 compañeros, algunos de los cuales fueron expulsados junto con él. Siguió participando en actividades políticas y su valentía personal lo situó varias veces en puestos de peligro en las luchas callejeras, tanto estudiantiles como de otros sectores. Frente al Instituto Pedagógico, en los incidentes que surgieron a raíz de la toma del fundo San Miguel en Aconcagua, Ismael Villegas lanzó una molotov contra una tanqueta de Carabineros, incendiando el vehículo. Para ese entonces ya se había incorporado al MIR, pero en agosto de 1968 junto a otros compañeros formó una nueva organización a la que llamaron Vanguardia Organizada del Pueblo.

En declaraciones a la revista *Punto Final*, Mariana Amalia Torcuato Fuentes, la viuda de Ismael Villegas, que en su organización era conocido como *Francisco*, señaló:

> *Me siento orgullosa de mi marido. Él era un hombre de gran inteligencia por la manera como realizó sus actividades. Se dio por entero a la tarea revolucionaria. Prefirió la muerte y quién sabe qué secretos se llevó. En su actitud yo veo una entrega total en beneficio de la seguridad de su organización y de la preservación de sus ideales.*
>
> *Quisiera decirles a las mujeres chilenas que son compañeras de revolucionarios, que están en la lucha como estaba mi marido, que no dejen de apoyarlos; que ellos se sientan respaldados por sus compañeras; que no les coarten la libertad para hacer lo que es su deber y que entiendan que la única manera de mejorar la suerte*

de los pobres de nuestra patria es con las armas en la mano. Quisiera que esas compañeras –novias o esposas– den apoyo a los revolucionarios y que aprendan de ellos en el sentido de que solo queda el camino de las armas.

Al día siguiente los quioscos dieron cuenta de la noticia. El periódico *Las Últimas Noticias* titulaba "Muerto a tiros ladrón de auto", mientras que *El Mercurio* señalaba en sus páginas centrales: "Se investiga nuevo caso de extremismo".

La muerte de Ismael Albino Villegas Pacheco, alias *Francisco*, afectó enormemente a *Antonio*. Había perdido a su mejor amigo en circunstancias que podrían haberse evitado. Pensaba lo que hubiera ocurrido con una mejor planificación, mejor calidad del armamento, compañeros más preparados y tantas cosas más, pero solo eran conjeturas a partir de la poca información que llegaba al norte. Aquel día, cuando se encontró con Carlota, le mostró los titulares de los diarios y se mostró profundamente afectado. Ella se sentó y leyó todas las noticias que hacían referencia al enfrentamiento entre la policía y el joven.

—¡Pero *Antonio*! ¿Cómo es posible que seas amigo de un ladrón de autos? —se sintió extraña tras terminar de realizar la pregunta. Sin lugar a dudas, pesaba mucho la formación familiar de años, de la que aún no podía desprenderse.

Sorprendido por aquella ingenuidad, *Antonio* se quedó sin palabras. Después de un momento de inquietud y tras examinar la situación decidió atraerla tiernamente y abrazarla con suavidad.

—Mira, pequeña, tengo que explicarte algo. A veces es necesario leer entre líneas y ser capaz de entender quién escribe, qué es lo que se quiere decir y finalmente qué es lo que sucedió. La prensa sensacionalista hará lo posible por vender más periódicos, asustar al pueblo y, sobre todo, atacar a los revolucionarios. ¿Cuándo

has visto un titular sobre las masacres que comete el Estado contra trabajadores? Nunca creas en lo que dice la prensa —*Antonio* desconocía la importancia que este consejo tendría en la vida de Carlota años después, cuando durante meses su nombre y su vida aparecieran ininterrumpidamente en titulares y reportajes de los mentirosos periódicos.

—Sí, creo que tienes razón, *Antonio* —Carlota titubeó, se había percatado de su error al creer sin cuestionar aquellas palabras impresas—. Pero, ¿un ladrón de autos?

—Querida, *Francisco* es... —guardó un breve silencio para corregirse a sí mismo—fue un compañero ejemplar, un revolucionario austero y un lector empedernido. Inteligente como él solo, un gran militante y un hombre audaz. Por lo que se puede leer entre líneas, de seguro murió cubriendo la retirada de otro compañero —la mirada de *Antonio* se perdió en la nada, intentó controlar el dolor que sentía para que las lágrimas no lo traicionaran—. No era un simple ladrón de autos, como señala ese pasquín de la burguesía. Sin duda, aquella era una recuperación para emprender alguna acción revolucionaria, muy lejos del lucro personal. Eso es lo único claro, mi pequeña.

—Lo recordaré con mucho respeto, lo tendré siempre presente... Un compañero más que se nos va —Carota cerró los ojos y respiró profundamente.

Para *Antonio,* la muerte de *Francisco* fue el detonante y empuje necesarios para tomar la decisión de abandonar definitivamente el MIR e integrarse a la Vanguardia Organizada del Pueblo, la VOP. Lamentaba profundamente hacerlo de esa forma, sin haberlo discutido personalmente con sus superiores en la capital, pero entre sus planes estaba la creación de una escuela de guerrillas en el norte, lo que le impedía salir de Arica en esos momentos.

Ya no tenía dudas sobre las ventajas de un camino autónomo para gestar la acción revolucionaria, por lo que comenzó a retomar el contacto con *Vicente* y con el grupo operativo del norte para conocer su disposición. Recordaba que *Francisco* le había comentado que en Santiago ya habían realizado un par de expropiaciones bancarias para solventar económicamente al nuevo grupo. Las acciones, como siempre, buscaban sacar el dinero de los grandes grupos bancarios y financieros sin herir a clientes ni trabajadores y utilizaban armas para repeler algún intento de la policía de detener a sus insurgentes protagonistas. Se trataba de acciones clásicas de guerrilla urbana.

A los pocos días, durante la madrugada del 11 de febrero de 1970, la VOP sufrió un nuevo golpe represivo en Santiago. La policía consiguió interceptar a Edmundo Magaña, Juan Gabriel Carvajal, Leonardo Farfán y Arturo Rivera en plena avenida José Pedro Alessandri, en la comuna de Ñuñoa. Tras ser detenidos, fueron acusados de participar en diversas expropiaciones bancarias durante los últimos meses de 1969.

Al enterarse de esta noticia, Ronald quedó profundamente preocupado por la suerte de su hermano Arturo, de su familia y del resto de los compañeros de la organización. Al parecer, los detenidos habían recibido un trato brutal, la policía los había torturado hasta el hartazgo antes de enviarlos a la Cárcel Pública. *Antonio* se sintió presionado a volver a Santiago, adivinaba los duros momentos que pasaban su madre y sus hermanas. No estaba seguro de cuál era la decisión correcta pero de cualquier forma se dedicó a resolver algunas cosas en el norte en caso de marcharse.

Durante aquellos días, las dudas que *Antonio* podía tener se fueron despejando y su viaje a Santiago quedó decidido. Sobre todo tras recibir una carta en que los compañeros narraban las fuertes torturas que sufriera su hermano y el resto de los detenidos durante la represión de febrero. La misiva anunciaba que Arturo ya se estaba recuperando y que enviaría un comunicado a la revista *Punto Final*, denunciando lo sucedido y buscando apoyo en otros sectores revolucionarios.

La Vanguardia Organizada del Pueblo ya estaba formada y comenzaba a avanzar. *Antonio* asumió que ese era su espacio y que quería estar allí, en primera línea.

Capítulo XVII

Carlota llegó al casino del INACAP y se puso un delantal encima del uniforme para ayudar a la jefa de cocina, la señora Lily.

—Tu madre no ha venido por aquí en todo el día —le comentó mientras cortaba cebollas, molesta por haberse llevado todo el trabajo—. Gracias a Dios que tú has llegado para echarme una mano. Vamos, Carlota, que ya se hace tarde.

El contacto diario entre ambas había creado una gran complicidad y amistad a pesar de la diferencia de edad. La señora Lily era una mujer de 45 años, casada y madre de cuatro hijos. Carlota veía en ella a esa madre que siempre había soñado tener. Durante las jornadas y conversaciones en el casino, la jefa de cocina no solamente se preocupaba por el trabajo de su joven asistente, sino que también era su cómplice y, en más de una ocasión, su consejera.

Era marzo de 1970 y el INACAP funcionaba a tope. Con gran rapidez Carlota y la señora Lily preparaban las mesas, a pocos minutos de que alumnos y profesores invadieran el local para aprovechar al máximo el horario de colación.

Comenzaban a llegar algunos y ellas estaban terminando de aliñar las ensaladas cuando Berta, la madre de Carlota, irrumpió en el casino y se percató de la vestimenta de su hija. Apurada, la joven no se había cambiado de ropa y estaba aún vestida con el uniforme del colegio, utilizando solo un delantal para no ensuciarlo. Para Berta esta situación era simplemente inaceptable. En el rostro de la mujer se dibujó una mueca de indignación y comenzó a increpar a su hija a viva voz. Los profesores y alumnos presentes observaron la escena atónitos.

—¡Eres una irresponsable, Carlota! ¿Cuántas veces te lo he dicho? Pero parece que tú no entiendes. ¡Mírate! Sabes que tienes que cambiarte el uniforme antes de presentarte a trabajar —su tono de voz subió hasta convertirse en grito y la mujer se descontroló completamente—. Mira todos los disgustos que me generas, nada bueno, solo problemas... Me avergüenzo de ser tu madre —para remarcar su enojo, le asestó dos fuertes bofetadas en el rostro a la joven, que no podía comprender la reacción de su madre.

El eco de las cachetadas retumbó por el casino y produjo un gran silencio entre los clientes que, impávidos, no sabían qué hacer. La madre de Carlota, restándole importancia al espectáculo que ella misma estaba protagonizando, le ordenó con voz firme:

—No te quedes ahí, atiende a toda esta gente, que está esperando. Yo tengo que salir de compras, la dirección de la escuela me encomendó prepararle una fiesta para esta tarde, así que hay mucho que hacer. ¡A trabajar! No te quedes ahí parada, que la comida no se va a servir sola.

Durante el almuerzo Carlota no pronunció una sola palabra. Trataba de concentrarse en atender las mesas y servir la comida, haciendo lo imposible por controlar las emociones que la invadían. Pero cuando el último cliente abandonó el local, simplemente no aguantó más y comenzó a llorar desconsoladamente. La señora Lily comprendía perfectamente lo que estaba ocurriendo con la joven. Sabía que no era fácil e intentaba consolarla. Entre los abrazos de la señora Lily, Carlota sintió cómo la paciencia finalmente se había acabado.

—Esta es la última vez que mi madre me humilla así, señora Lily, se lo juro. Nunca más —decía la joven mientras secaba sus lágrimas con el delantal—. Iré a casa a buscar lo más necesario y no me volverá a ver.

He tratado de que mi papá le haga entender que debe dejar de maltratarnos en forma verbal y física, pero él es tan débil que al final no se atreve. Por eso es que hoy yo le digo, señora Lily, que esto se terminó.

—¡Carlota, por el amor de Dios! —la señora Lily estaba sorprendida por la determinación que parecía inundar a la muchacha—. ¿Qué harás? ¿A dónde irás? Eres muy joven para ir por la vida sin ayuda. Las peores decisiones se toman en caliente.

—La verdad, no tengo la menor idea de dónde ir, pero sé que no puedo quedarme ni un día más en esa casa —Carlota miraba a un punto perdido en el espacio—. No puedo ir a casa de mis amigas porque lo primero que hará mi madre será buscarme ahí y ya me imagino el escándalo que les armará.

La señora Lily acariciaba la cabeza de su joven asistente y la llamaba a la calma, intentando tomar las riendas del asunto.

—Es mejor que te vayas a mi casa —sacó una llave y la puso en las manos de Carlota—. No quiero que te pase nada malo. Esta noche, cuando llegue, conversaremos más tranquilas. Después, ya veremos. Y de esto ninguna palabra a nadie, de lo contrario las dos tendremos problemas. ¿Entendido?

La respuesta de Carlota fue un fuerte abrazo que enterneció profundamente a la mujer, quien dio por finalizada la conversación.

—Ya, Carlota, anda a buscar tus cosas y vete luego para mi casa. Yo termino de ordenar acá, no te preocupes.

Carlota fue a su casa o más rápido que pudo, aprovechando que su madre estaba afuera. Llenó una pequeña maleta con lo más necesario, dejando un lugar especial para

las cartas y libros que *Antonio* le había regalado. Tras dar un vistazo por última vez a su habitación y a su casa, decidió salir prontamente para cruzar la calle y tomar un bus de la locomoción colectiva en dirección a su nuevo refugio. La señora Lily vivía al otro lado de Arica, por lo que durante el viaje tendría tiempo de reflexionar sobre los pasos a seguir.

Capítulo XVIII

Era casi la una de la madrugada cuando la señora Lilly regresó a su casa. Venía cansada y preocupada. Preguntó por sus hijos. Carlota le explicó que les había preparado algo de comer y los había mandado a la cama.

—Ni te imaginas la que se ha armado —dijo la señora Lily mientras se sentaba en la cocina y se preparaba un té—. Tu madre se dio cuenta de tu huida demasiado pronto y, tal como tú temías, se comunicó con todas tus amigas. Al no encontrarte en la casa de ninguna de ellas fue a la policía y les entregó una foto tuya, denunciando que eras menor de edad y que te habías escapado con un terrorista. Por suerte la fiesta del instituto le quitó tiempo para seguir creando más problemas. Lamento decirlo pero, por lo que he visto, tu madre no está dispuesta a dejarte marchar de casa así como así...

Carlota se sintió muy preocupada por su amiga. La señora Lily le había ofrecido no solo su confianza y cariño sino también su propia casa. Si su madre se llegara a enterar de que es ella quien la está ayudando podría perder su trabajo, del cual depende, y quizás en qué otros problemas se podría ver envuelta. Tampoco podía dejar de pensar en cómo su madre se había enterado de su relación con *Antonio* y de cómo supo de sus actividades revolucionarias. Intentó despejar el torbellino de angustias que comenzaba a inundarle la cabeza y tomó una actitud resuelta.

—Mañana hablaré con mi padre y mi hermano para que juntos busquemos una solución. Pero si de algo estoy segura es que no voy a volver a mi casa.

—Querida, yo te he apoyado y lo seguiré haciendo. Me doy cuenta de que tu madre no está haciendo bien las cosas. Yo solo te pido que te cuides y que pienses bien las decisiones que vas a tomar.

Al día siguiente, la señora Lily se marchó muy temprano a su trabajo, no sin antes pedirle a Carlota que preparara el desayuno a los niños antes de enviarlos a la escuela. Acordaron que en la tarde volverían a conversar con calma sobre sus próximos pasos.

Los hijos de la señora Lily se habían marchado a la escuela y Carlota ordenaba la cocina, cuando un suave golpe a la puerta la interrumpió. Asustada, miró su reloj: eran las nueve de la mañana y la señora Lily no había dicho que alguien vendría. Fue hacia la ventana y atisbó a través del visillo con mucha precaución. Con gran alivio y alegría vio que el que se encontraba en la puerta era *Antonio*.

—Me has dado un susto que ni te cuento, pequeña —le reprochó tiernamente *Antonio*, dándole un fuerte abrazo.

La joven lo invitó a pasar sin lograr reponerse de la sorpresa de tenerlo frente a ella.

—¡No termino de creer que estés aquí conmigo! ¿Cómo has conseguido encontrarme? Estoy metida en un gran problema, *Antonio*.

—Lo sé, pequeña, lo sé. Te voy a contar toda la historia porque la has armado en grande. ¿Te acuerdas de que ayer en la noche tenías una cita conmigo a las ocho, después del trabajo? —preguntó mientras ponía cara de falso disgusto—. Ahí te estuve esperando hasta las diez. Volví a casa angustiado, creyendo que te había pasado algo grave, pero a la una de la madrugada llegó tu hermano José a buscarme.

—¿Y qué pasó? ¿Qué te dijo?

—La verdad es que tu hermano estaba furioso y se volvió a enfrentar conmigo pensando que tú estabas en mi dormitorio. Le hablé con calma y pude hacerle entender que yo no tenía nada que ver con tu fuga y que ni siquiera a mí me la habías comunicado. Después de eso decidimos ponernos en campaña para ubicarte.

—¿Y cómo llegaste aquí? ¿Mi hermano sabe? ¿Mi madre sabe?

—Hoy me levanté temprano y fui a tu casa. Desde las siete de la mañana hice guardia para ver salir uno a uno a los miembros de tu familia. Recién entonces me decidí a llamar por teléfono. Yo sabía que la niña que les ayuda estaba sola en la casa y que podía saber algo. Y tenía razón, ella creía que podías estar donde la señora Lily y me dio su dirección. Y aquí estoy.

—¡Qué listo, siempre me sorprendes! ¿Y mi madre? ¿Qué pasó con ella?

—Te lo voy a resumir. Tu madre ha amenazado con que, si no vuelves a casa durante las próximas 48 horas, entregará a tu hermano José a la policía y lo va a acusar de pertenecer a grupos armados, ya que le encontró alguna literatura del MIR. También dijo que me va a denunciar a mí por corrupción de menores y por mis contactos con el MIR, que ella relaciona con los asaltos que han ocurrido últimamente —los ojos de Carlota se fueron abriendo cada vez más al dimensionar las consecuencias de la actitud de su madre—. ¿Cómo lo supo? ¿Lo inventó y le achuntó? No tengo la menor idea. Lo que debemos hacer ahora es tratar de solucionar este problema. Tu madre no nos dejará nunca tranquilos, creo que debemos irnos de Arica lo más rápido que podamos. Como ya sabes, se están organizando algunas cosas en Santiago...

Muy preocupada, Carlota se dejó caer en el sillón con todo el peso de todos sus problemas.

—Lo lamento mucho, mi amor, en serio. Cuando me fui de la casa ni siquiera se me pasó por la cabeza que tendría estas consecuencias. Mi desesperación era tan grande que no pensé en recurrir ni a ti ni a mi hermano, solo deseaba escapar, sin preocuparme de adónde ni cómo.

—Tranquila, pequeña, te entiendo, pero debiste haber confiado en nosotros —no había recriminación en sus palabras, solo cariño verdadero—. Somos compañeros y nos tenemos que cuidar.

—Ahora sé que tengo 48 horas para entregarme y lo haré —dijo triste y resignada—. No quiero causar más problemas a nadie.

La expresión en la cara de *Antonio* cambió abruptamente. Dejó pasar unos segundos y le habló de forma directa.

—Mi pequeña, ¿quieres venir conmigo a Santiago? Creo que es hora de comenzar juntos una nueva vida.

—Por supuesto que quiero, siempre he querido y lo sabes, *Antonio*, pero debemos pensar en José. No puedo permitir que mi madre lo entregue a la policía.

—Escucha. Cuando hablé con José me dijo que él nos apoyaba en la decisión que creyéramos más conveniente. Es un compañero, te quiere y sabe cuidarse. Ahora debes pensar en ti, Carlota — terminaba de hablar con suavidad mientras le acariciaba las manos.

—En ese caso me voy contigo, *Antonio*. Pero antes debo hablar con mi padre y despedirme de la señora Lily, que tan bien se ha portado conmigo.

—Perfecto, lo haremos más tarde. Quizás tu madre ya

ha dado aviso a la policía, por lo que primero iremos donde un amigo que nos ayudará a salir de la ciudad de forma segura y sin problemas. Tengo algo de dinero pero no creo que alcance para los dos.

Antonio acudió a su amigo y compañero *Jorge*, y este ofreció ayuda inmediatamente y sin condiciones.

—Dígame con confianza, compañero *Antonio*, ¿cuánto necesita?

—Compañero *Jorge*, yo sé que puedo pedirte con confianza pero por ahora solo necesito lo suficiente para pagar dos pasajes a Iquique. Allí tengo compañeros que nos pueden ayudar a llegar a Santiago.

—Creo que con esto estarán bien —dijo *Jorge* mientras sacaba dinero de un cajón y lo guardaba al interior de un sobre.

—Muchas gracias, compañero. Puedes contar conmigo cuando sea necesario, no lo dudes —*Antonio* guardó el sobre y abrazó amistosamente a su amigo.

Tras despedirse de *Jorge* se fueron al terminal para comprar los pasajes. Una vez con los boletos en la mano se dirigieron al primer teléfono público que encontraron para tomar aire y comenzar la despedida. Carlota digitó el número de su casa y, al escuchar la voz de su padre, habló con voz firme y con mucha pena en su corazón.

—Hola, papá. Tengo que decirte que lamento mucho lo que ha pasado, en serio, pero no quiero volver a casa. Ya sabes que es muy difícil convivir con la mamá y las cosas se pusieron peor. Te pido autorización para independizarme de ustedes, tú sabes que te respeto y que me importa tu opinión.

Al otro lado de la línea telefónica su padre escuchaba emocionado la voz de su hija.

—Lo que tú quieras, hija mía, pero debemos conversar y llegar a un acuerdo. No te marches...

Un confuso sonido interrumpió la voz de su padre. De pronto Carlota reconoció la voz de su madre, que había conseguido arrebatarle el teléfono a su marido. Con insultos y amenazas intentaba obligarla a volver. Ronald observó el repentino cambio en la cara de Carlota, que pálida y temblando no conseguía articular palabra alguna mientras escuchaba a su madre. Adivinó la situación y decidió tomar el auricular y colgar el teléfono sin mayores miramientos.

—Vamos, pequeña. Con tu madre ya no se puede dialogar y yo no quiero que sufras más, no te hace bien.

—Gracias, *Antonio*. La verdad es que me dejó paralizada.

—Mañana nos vamos de Arica y comenzaremos una vida los dos. Ahora hay algo que debo explicarte con respecto al viaje. Al pasar por el control policial en Cuya yo llevaré un carné con el nombre de *Carlos García*. Si preguntan diré que viajamos a Iquique y que tú eres *María*, mi hermana menor. No te olvides, pequeña, ahora te llamas *María García*. Deberás repetirlo muchas veces, hasta aprenderlo de memoria.

Carlota comprendió la situación, su compañero y ella comenzaban a transitar los caminos de la ilegalidad al igual que tantos jóvenes a lo largo del mundo. Resguardarse y cuidar su identidad podría ser una de las pocas ventajas ante la policía que los buscará. De pronto, la joven recordó que su madre tiene amigos en los controles de aduana e incluso el jefe ha visitado su casa y la conoce. Angustiada, le hizo saber este pequeño gran detalle a *Antonio*.

—Esa es otra muy buena razón para que seas cuidadosa y trates de pasar desapercibida. Todo saldrá bien, no te preocupes. Viajaremos en el primer bus y los jefes

nunca trabajan tan temprano, mal que mal son jefes. Cuando lleguemos a Iquique volveremos a cambiar.

—¿De nombre?

—Sí, ya no podrás llamarte *María García*, ni mucho menos usar tu nombre verdadero. ¿Hay algún nombre en particular que te guste y que no lo sepa nadie?

—¡Sí! —dijo ella con entusiasmo—. Hay un nombre que me gusta mucho, lo he leído en algunos libros sobre revolucionarias: *Natacha*.

—Espléndido —una tierna sonrisa se dibujó en la cara de Ronald y sellaron este nuevo bautizo con un beso.

Durante la noche Carlota decidió ir a despedirse de la señora Lily. Le contó que viajaría y que no podía darle mayores detalles. Le agradeció eternamente su complicidad y compañía durante este último tiempo y le prometió que no la olvidaría nunca. De pronto la señora Lily se puso seria.

—Carlota, ¿lo haces por él?

La joven se tomó unos segundos para comprender la real dimensión de la pregunta y guardó silencio. Interiormente reafirmó sus convicciones y amores, y se sintió dueña de su destino.

—Por él y por mí, Lily.

Una sonrisa dulce se dibujó en la cara de la señora Lily, que luego la abrazó fuertemente y le besó la frente.

—Solo te diré que te cuides mucho.

La despedida de la señora Lily le hizo sentir una madurez y decisión sobre su vida que la emocionó profundamente. Afuera la esperaba *Antonio*, quien veía a su orgullosa compañera forjando su propio camino. Había

llegado el gran momento, al día siguiente iniciarían un largo viaje y dejarían atrás las vidas normales que la sociedad les ofrecía para transitar un difícil trayecto de oposición a este mundo repleto de injusticias.

Durante la madrugada la policía golpeó insistentemente la delgada puerta de casa de la señora Lily. Cuando ella fue a abrirles, los uniformados ingresaron violentamente sin esperar permiso alguno. Comenzaron a revisar y desordenar cada rincón de la casa.

—¿Dónde está Carlota? ¿Dónde está el extremista?

La señora Lily solo atinó a abrazar a sus hijos, que lloraban asustados frente a la violencia del allanamiento. Al no encontrar rastros de Carlota ni *Antonio* y sin decir una palabra de disculpa, se retiraron frustrados, dando un fuerte portazo a modo de despedida. Ese mismo día, la madre de Carlota despidió a la señora Lily de su trabajo en el casino.

José, por su parte, decidió mudarse inmediatamente donde su hermana mayor, pensando que allí podría estar más seguro. Su razonamiento se basaba en que su madre no se atrevería a mandar a la policía a la casa de su hija preferida. Esperaría a que las cosas se calmaran para retomar el contacto con sus compañeros. Decidió dar una vuelta, pero al abrir la puerta de la calle quedó estupefacto. El barrio estaba siendo rodeado por la policía de civil. Volvió a entrar rápidamente a la casa y le pidió a su cuñado el mejor terno que tuviera. Mientras se terminaba de acomodar la chaqueta y armaba un peinado distinto, su hermana lo ayudaba con el nudo de la corbata.

—Pero es que no lo creo. De verdad, aún no lo puedo creer. ¿La mamá denunciándote a tí y a mi hermana? ¿La mamá mandando a la policía a mi casa? ¿En qué mundo vivimos? ¡No lo puedo creer!

José sentía ternura por la inocencia de su hermana. Se miró al espejo para arreglar cualquier detalle hasta que quedó conforme con su nueva imagen. Rápidamente se despidió

de su cuñado y su hermana con abrazos fuertes y salió a la calle por la puerta trasera, que era vigilada a distancia por los detectives. Tras dar un par de pasos, José se sintió seguro en su nuevo rol de hombre exitoso, lejos del estereotipo de jóvenes chascones y universitarios del MIR. Al llegar a la esquina se acercó a uno de los policías y con desenvoltura le preguntó por una dirección.

—Dos cuadras hacia la izquierda, señor.

—Muchas gracias. Y disculpe, ¿por qué tanto alboroto?

—Estamos buscando a un extremista.

—Esta gente solo viene a desordenar nuestra ciudad. Éxito con la captura y cuídese —dijo José y le dio unas palmadas en el hombro al policía.

Una vez roto el cerco policial, José respiró profundo y con alivio. Caminó hacia un teléfono público y marcó un número de emergencia que tiene memorizado desde hace tiempo. Aún estaba nervioso luego de su magistral actuación.

—Padre Juan, soy yo, José. Necesito su ayuda, las cosas están muy mal. La policía me busca.

—No te muevas, dime dónde estás para ir a buscarte —dijo el sacerdote, siempre fiel a su estilo de apoyar y tender una mano desinteresada a quien lo necesite.

Capítulo XIX

Tras algunas horas de viaje, *Carlos García* y su hermana menor *María*, como quedó apuntado en el registro de viaje, consiguieron llegar a Iquique sin problemas.

En la ciudad los jóvenes fueron acogidos por distintas familias en una población de pescadores. Para Carlota, quien de ahora en adelante será conocida como *Natacha*, este lugar será la mejor escuela de solidaridad que haya tenido. Allí compartió el hambre y la miseria, conoció la triste realidad cotidiana de la clase trabajadora, pero también fue testigo de cómo se apoyan mutuamente y comparten lo poco y nada que poseen.

A pesar de estar de paso, se involucraban y ayudaban en todas las labores posibles. Un día en que la pesca fue abundante y buena, el grupo decidió preparar una comida especial. *Natacha* retrocedió un par de pasos para mirar la escena con más distancia y vio cómo en la cocina las mujeres limpiaban los pescados y preparaban el almuerzo, mientras los hombres alrededor de la mesa comentaban las peripecias de la jornada de trabajo. Todos estaban felices y animados. Cuando se sentaron a comer reinaba un ambiente de fiesta; hacía días que sobrevivían únicamente con té azucarado. Muy contenta, Carlota se sirvió una buena porción pero, antes de comer el primer bocado, se dio cuenta de que en su plato se mezclaban el jugo del guiso con restos de sangre que todavía quedaban en el pescado. Sintió que una ola de repugnancia la invadía y tuvo que salir corriendo al patio para no vomitar en la mesa. Adentro todos quedaron preocupados por *Natacha*. *Antonio* salió rápidamente tras ella y, al verla doblada por las arcadas, le puso una mano en la frente y otra en la barriga para ayudarla a vomitar.

—Así lo hacía mi madre conmigo cuando yo era pequeño —le explicó su compañero.

La compañía de *Antonio* le hizo muy bien y el comentario le sacó una sonrisa en medio de su malestar. Tras sentarse en una piedra para recuperar energía, ambos rieron de buena gana.

—Mañana podemos visitar a un médico amigo para que te examine. Ahora, si te encuentras mejor, volvamos a la mesa y, si puedes, come solamente las papas y la ensalada. Y no te preocupes, aquí no ha pasado nada.

Al día siguiente se despertaron muy temprano para ir al Hospital Regional de Iquique. *Natacha* estaba preocupada, no tenían documentos y no podían dar sus nombres legales. Al llegar al hospital, *Antonio* se acercó a la recepción y pidió que le ubicaran a un médico cirujano amigo suyo. Al salir, el médico se alegró de verlos y abrazó a *Antonio*.

—Estimados, ¿qué los trae por acá? —abrió los brazos para mostrar el hospital.

—Quiero que examines a mi compañera, no está bien del estómago. En el último tiempo no ha sido fácil comer regularmente —*Antonio* abrazaba a *Natacha*.

—Vamos a mi consulta de inmediato, chicos —dijo el doctor sin esperar mayores explicaciones.

El amigo de bata blanca examinó a la joven y le hizo varias preguntas. Luego la midió y pesó, y su rostro denotó inmediatamente un aire de preocupación.

—*Natacha,* ¿siempre has sido tan delgada?

—Sí, creo que sí —contestó Carlota con tono dubitativo.

—Llevamos una semana en Iquique y ha vomitado bastante, quizás pueda ser eso —agregó *Antonio*.

El médico zanjó la conversación de forma tajante.

—De ahora en adelante, *Natacha*, tendrás que alimentarte mejor. Te daré algunas vitaminas para que las tomes con leche. También he encontrado una taquicardia incipiente —sacó un pequeño frasco de un escritorio—. Aquí tienes unas gotas que deberás tomar dos veces al día. Mi secretaria les dará otra hora para un próximo control.

El doctor se despidió con un abrazo y un hasta pronto.

Al salir del hospital *Natacha* estaba muy preocupada. Todo lo que estaba viviendo era desconocido e inseguro para ella. Ni siquiera podía buscar un trabajo ya que eran buscados por la policía. *Antonio* abrazó fuertemente a su amada para tranquilizarla y alejarla de pensamientos negativos. Ella se sintió mejor y se fueron caminando alegres por las calles de la ciudad, pensando un futuro que construirían a pulso, con sus propias manos.

Un conocido y solidario militante socialista, obrero de la construcción, ofreció solventar la ración diaria de comida de la compañera, y se disculpó por no poder apoyar a *Antonio*, ya que sus recursos no alcanzaban para los dos. *Natacha* aceptó esta solución a regañadientes, pues es duro comer cuando tu pareja está pasando hambre.

Un día *Antonio* pasaba cerca de la comisaria de Iquique, cuando fue reconocido sorpresivamente por la madre de *Natacha*, que acudía a las comisarías de las ciudades cercanas para denunciarlo. Apuntándolo con el dedo, la señora comenzó a gritar y a pedir ayuda.

—¡Deténganlo, deténganlo!

Antonio salió corriendo a toda velocidad, mientras los carabineros confundidos salían a la calle sin entender qué ocurría. Ya en la población y tras contarle a su pareja lo sucedido, decidieron que salir de la ciudad era un paso urgente.

Ese mismo día *Antonio* visitó a un compañero del Ejército de Liberación Nacional, que se hacía llamar el *Negro*. Entendiéndolo como una tarea de colaboración entre sectores revolucionarios, el *Negro* ofreció un camión para sacarlo a él y a *Natacha* de la ciudad esa misma tarde. Pero para corresponderle el favor, *Antonio* debía transportar en su equipaje algunos kilos de dinamita y entregarlos a los elenos en Santiago. Acordado el trato y la colaboración, el *Negro* le entregó en una bolsa el delicado material explosivo, extraído de distintos pirquines mineros para ser transportado hacia la capital. Una vez en la casa, *Antonio* quedó helado al percatarse de que la mayoría de los cartuchos de dinamita se encontraban en mal estado, sudando el sensible explosivo llamado nitroglicerina. Decidió empaquetar cuidadosamente en papel de diario los distintos cartuchos para luego volver a envolverlos con su propia ropa al interior de un maletín. El temor de *Antonio* era que con los baches del camino la nitroglicerina pudiese activarse y detonar, haciendo saltar a todos por el aire. Cuando terminó de arreglar su particular equipaje y ordenar la ropa de *Natacha*, ambos se despidieron afectuosamente de aquella familia de pescadores que tan bien los había protegido. Luego se dirigieron a un terreno baldío que servía de estacionamiento y donde los esperaba el *Negro* junto a un camión.

—Compañero, nos mandas al sur con una bomba debajo del brazo, toda la dinamita está sudada. Sabes que cualquier movimiento brusco del camión puede provocar que volemos por los aires. Es mejor que *Natacha* ni se entere del encargo —dijo *Antonio* en voz baja mientras se abrazaban para saludarse.

El *Negro* solo atinó a reir a carcajadas.

—Ustedes los elenos nos deben una —gritó *Antonio*, riéndose también de manera cómplice y algo nerviosa, mientras se subía con *Natacha* al camión.

—Van con uno de nuestros amigos, un buen chofer —el *Negro* se despidió alzando la mano cuando el motor del camión fue encendido y comenzó a marchar.

Pese al nerviosismo de *Antonio*, el viaje hacia el sur fue absolutamente tranquilo. Varias veces el chofer detuvo su vehículo para dejar que *Natacha* disfrutara del paisaje del desierto. Montañas enormes y lejanos horizontes de tierra árida acompañaron el trayecto, que a veces era interrumpido por empinados acantilados y un enorme mar.

En una de esas paradas *Antonio* y el chofer se rieron mucho cuando oyeron gritar a *Natacha*. Se había asustado como una niña pequeña por el ruido que produce el suelo salitroso al abrirse por el calor. Pensaba que la tierra podía tragársela en cualquier momento y se quedaba paralizada cada vez que el suelo crujía bajo sus pies, sin siquiera atreverse a caminar de vuelta al camión.

Cerca de las siete de la tarde arribaron al centro de Antofagasta. Un compañero esperaría a la pareja, sería su contacto y les daría alojamiento. El camionero por su parte continuó su viaje presuroso hacia La Serena, donde debía llegar aquella misma tarde. *Natacha* y *Antonio* quedaron esperando, con maletas y bolsos, en una calle de la norteña ciudad.

Capítulo XX

A pesar de las continuas paradas durante el trayecto, *Antonio* y *Natacha* llegaron a Antofagasta un par de horas antes de que el compañero los pasara a buscar. Aprovechando el tiempo y el buen ánimo, se dedicaron a deambular por las calles sin rumbo fijo antes de llegar al punto de encuentro. Cuando finalmente se detuvieron en la plaza de armas vieron llegar a la persona que era su contacto, *David*. Se mostró alegre de ver a *Antonio* y su compañera, y de inmediato los invitó a comer algo y a enseñarles la ciudad.

Tras un par de vueltas por el sector, *David* los llevó en su automóvil hacia el lugar en que podrían quedarse. La familia que los cobijaría esta vez estaba compuesta por un compañero minero, su anciana madre y su pequeña sobrina. Poniendo en práctica la solidaridad, el compañero los recibió con amabilidad y les ofreció una pieza que se ubicaba en el patio de la casa. Los recién llegados saludaron respetuosamente a cada miembro de la familia y luego fueron a acomodar sus cosas a la pieza.

—Pequeña, voy a salir para tomar contacto con unos compañeros que conozco de cuando estuve aquí. No te preocupes, volveré luego. Come algo y después descansa —dijo *Antonio* mientras acariciaba la mejilla de *Natacha* con amor.

La primera semana en su nuevo hogar en Antofagasta transcurrió sin novedades. Un día *David* los fue a visitar llevando consigo una buena noticia.

—*Antonio*, por fin me fue bien con lo del transporte. He tomado contacto con un compañero camionero que viajará a Santiago... —*David* se quedó en silencio

por un momento—. Pero existe un problema, solo hay lugar para una persona. Tendrás que decidir con *Natacha* quién viajará, porque tú vives en Santiago pero ella no tiene dónde llegar. Podrías viajar tú e intentar reunir algo de dinero para comprarle un pasaje en bus.

Antonio escuchaba atento la información que su compañero le entregaba. Miró con pesadumbre a su compañera, ya que tenía pensando rechazar cualquier propuesta que no los incluyera a ambos. Sin embargo, *Natacha* se mostró repleta de energía y se adelantó a hablar con el buen ánimo que la caracterizaba.

—*Antonio*, no lo pienses más. Si tienes la oportunidad de viajar ahora simplemente hazlo. No te preocupes por mí, acá me cuidan bien. Cuando consigas algo de dinero me mandas a buscar, tú sabes que te esperaré.

A regañadientes, *Antonio* movió la cabeza afirmativamente aceptando la propuesta de *David*, quien cerró la conversación entusiasmado.

—¡Perfecto! Mañana en la mañana te paso a buscar y enlazo con el compañero. Y por *Natacha* yo me preocuparé personalmente para que nada le falte.

Aquella noche la pareja fue a visitar a *Julio,* el compañero que en viajes anteriores le había pedido consejos a *Antonio* para realizar una expropiación en la ciudad. Esta vez *Julio* se encontraba viviendo en una habitación que disponía el internado del Pedagógico de Antofagasta. Mientras tomaban café discutieron la posibilidad de realizar una operación propuesta por el MIR para liberar a los compañeros encarcelados por el gobierno Demócrata Cristiano. Los detenidos eran principalmente del MIR, trabajadores de la incendiada industria Saba y algunos compañeros de la VOP: Edmundo Magaña, Juan Gabriel Carvajal, Leonardo Farfán y Arturo Rivera. La propuesta consistía en realizar el secuestro

de un diplomático para canjearlo por la liberación de los presos políticos, recluidos en su mayoría en la Cárcel Pública de Santiago. *Julio* comenzó a detallar el plan:

—Existen varios consulados en las principales ciudades de Chile. Por lo que hemos averiguado, el de Argentina es el más indicado, tanto por el lugar físico en que se encuentra como por el provecho que podemos sacarle al canje, considerando las tirantes relaciones limítrofes que existen entre Chile y el país vecino.

—Suena interesante, *Julio*. Lo último que mencionas podría ser decisivo en caso de que la operación se realice. Tendríamos un punto a favor para negociar y, si lo hacemos bien, inclinaremos la balanza a nuestro favor.

Antonio miró a *Natacha*, a quien en reiteradas ocasiones le había pedido que no fuese tímida y diera sus opiniones en los debates y conversaciones. Acordaron realizar las primeras observaciones del objetivo lo más pronto posible. Como *Antonio* se marcharía a la capital, *Julio* sugirió que *Natacha* lo acompañara en las labores de chequeo y vigilancia, argumentando que sería mucho más fácil pasear con una chica y que en su grupo no había ninguna mujer. *Antonio* interrogó a *Natacha* con la mirada pero ella guardó silencio. Se mostraba insegura y dubitativa.

—Vamos, *Natacha*. Motívese, mi pequeña. Te servirá para ir adquiriendo experiencia en este tipo de tareas.

Finalmente ella aceptó, se mostró conforme con los detalles y se comprometió a llegar puntualmente al lugar de contacto que fijaron.

Natacha y *Antonio* permanecieron despiertos casi toda esa noche entre conversaciones serias y risueñas, entre caricias y besos repletos de ternura, repitiendo infinitas veces lo mucho que se amaban. Cuando el sol comenzó a despuntar

en Antofagasta, *Antonio* se levantó de la cama para darse una ducha sigilosa, buscando evitar que *Natacha* se despertara. Mientras se vestía y ordenaba su maleta, la joven despertó y comenzó a abrazarlo y besarlo con premura y urgencia.

Entre besos y promesas de que pronto enviaría el dinero para su viaje, *Antonio* dejó la habitación. Allí permaneció por largas horas una triste *Natacha*, sin poder contener su desolador llanto.

David la visitaba de forma regular, aportando con algo de dinero a la solidaria familia que comenzó a integrar a *Natacha* en su cotidianidad. A los pocos días ella comenzó a integrarse en las labores de vigilancia y chequeo que habían acordado con *Antonio* y *Julio*. En un primer momento la tarea le pareció sencilla, ya que consistía básicamente en reunirse con el compañero *Julio* en la costanera y desde allí caminar tranquilamente, observando y tomando nota de todos los detalles del área cercana al objetivo.

Varias fueron las jornadas en que deambularon por el sector. Estudiaban los movimientos y las rutinas diarias del cónsul y su familia, e ideaban distintas formas de abordarlo para tomarlo como rehén y canjearlo por la liberación de los compañeros en prisión.

Luego de dos semanas de intensa labor de vigilancia, el trabajo operativo se encontraba bastante avanzado. Habían definido tres formas de capturar al diplomático y dos vías de ingreso y escape del lugar. Un día, al terminar las tareas exploratorias *Julio* invitó a *Natacha* a su habitación para tomar una taza de café, para compensar la larga caminata de aquella fría tarde.

—Hace frío, compañera, tomemos un poco de café y ordenemos toda la información recogida —sugirió *Julio* con amabilidad.

Cuando llegaron al cuarto *Natacha* se sobresaltó al ver que el compañero cerraba la puerta con pestillo. Ante la mirada y actitud defensiva de la joven, su anfitrión intentó explicarse mientras preparaba dos tazas de café.

—Siéntase tranquila, compañera, cierro la puerta solo porque los chicos del internado llegan y se meten a las habitaciones sin siquiera golpear. Es por seguridad, no nos podemos exponer simplemente porque un universitario intruso vea algo sospechoso. A propósito, ¿qué tipo de arma llevas, *Natacha*?

Sorprendida por la pregunta y el rumbo que comenzaba a tomar la conversación, *Natacha* respondió enseguida.

—¿Armas? ¿Yo? No, no tengo arma, *Julio*.

Esta respuesta era, al parecer, la confirmación que *Julio* buscaba. Rápidamente se acercó a ella y trató de tomarla por la fuerza y besarla. El sorpresivo ataque no inmovilizó a *Natacha*, quien comenzó a golpearlo para zafarse de sus brazos, pero *Julio* la sujetaba con fuerza y bruscamente la buscaba con su boca. En medio de los forcejeos, *Natacha* le gritaba llena de rabia y miedo.

—¿Qué haces? ¿Qué te pasa? ¡Debes respetarme, soy una compañera y estoy con *Antonio*! ¡Aléjate! ¡No quiero!

Julio no le prestaba atención, solo buscaba poseerla sin importar su voluntad. Su comportamiento develaba a un energúmeno que no entiende razones ni lealtades. En uno de sus intentos por besarla *Natacha* aprovechó lo que consideró una oportunidad y le mordió el labio con fuerza. La sangre comenzó a emanar abundantemente de la boca del agresor, que al sentir aquel metálico sabor se detuvo asustado. Corrió al otro lado de la habitación y se miró la boca frente a un espejo. Se dio vuelta y comenzó a increpar a *Natacha*, quien no lograba recuperarse del ataque.

—¿Qué has hecho, *Natacha*? ¿Qué has hecho?

Esto hizo que la joven reaccionara. Sacó el seguro de la puerta y salió corriendo hacia la calle, alejándose lo más rápido posible del recinto universitario. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y le anegaban los ojos, cegándola por momentos durante su huida. Sentía rabia, frustración, impotencia y una mezcla de otras sensaciones que ni siquiera podía describir. Corrió de forma automática, sin mirar cruces ni señaléticas, hasta que finalmente llegó, en muy mal estado, a la casa en que la habían acogido.

La dueña de casa se preocupó al ver las condiciones en que llegó *Natacha*, pero cuando notó que comenzaba a sentir fuertes náuseas y a vomitar se asustó de verdad y llamó a *David*, quien señaló que iría cuanto antes para enterarse de qué había pasado con la compañera. Exhausta, *Natacha* se encerró en su cuarto, tapó las ventanas con las cortinas y se lanzó a la cama buscando no levantarse jamás. Casi una hora después, ya cansada de llorar, comenzó a quedarse dormida. Escuchó unos suaves golpes en la puerta y la voz de *David*, quien preguntaba si podía entrar. Una vez al interior de la habitación se sentó y escuchó a *Natacha*. Al enterarse del ataque y ver el estado en que había quedado, la angustia del compañero se transformó en ira.

—Mañana hablaré con ese grandísimo hijo de la gran puta. ¿Es que no entiende? ¿Somos revolucionarios o no? Debemos respetarnos entre nosotros, y sobre todo a la única compañera que tenemos. ¿Qué se cree? —*David* se había levantado y caminaba por la habitación—. Han pasado casi dos semanas desde que *Antonio* se fue. Nos dejó a nosotros encargados de que no te faltara nada y resulta que pasa esto.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó *Natacha* con cautela, recordando que los revolucionarios no deben preguntar más de la cuenta.

—No hemos recibido ninguna noticia suya y en la medida en que no contamos con su dirección tampoco podemos ubicarlo. Estoy preocupado por tu

seguridad, *Natacha*. Dos semanas es mucho tiempo y, aun cuando no quiero preocuparte, te soy sincero, quizás le haya pasado algo a *Antonio*.

—*Antonio* está bien, *David*, y de seguro trabajando para conseguir el dinero de mi pasaje a Santiago. Confío en él.

—Esperemos que sea así, querida *Natacha*, de todo corazón esperemos que sea así. Ahora me voy para que puedas descansar un poco, estaré viniendo cuando pueda para saber cómo estás y traer algún aporte a la casa.

No terminó de cumplirse una semana cuando *David* volvió a visitarla. Esta vez *Natacha* se encontraba en el patio arreglando algunas plantas del jardín.

—*Natacha*, ¿has tenido noticias de *Antonio*?

Con tristeza en la mirada solo pudo responder negativamente con la cabeza para luego dar un desolador suspiro.

—Lo siento, compañera, esto me preocupa enormemente.

—Confío en *Antonio*. Él me prometió que volvería a buscarme o enviaría dinero para que yo viaje y sé que lo hará. Simplemente debo darle más tiempo.

David se encogió de hombros y entendió que no podía hacer nada para hacer cambiar de opinión a *Natacha*, aun cuando a él le parecía una situación en extremo riesgosa. Entonces decidió continuar con el siguiente tema que lo convocaba a su visita.

—*Natacha*, también tengo que contarte que he hablado con *Julio* —*Natacha* abrió bien los ojos y puso atención

al escuchar ese nombre—. Él te envía su autocrítica, sabe que se le pasó la mano y lo lamenta mucho. Me ha pedido que te convenza de que lo acompañes otra vez en la tarea de vigilancia. Mi opinión es que es un muchacho serio y que sus intenciones eran buenas.

Al terminar de escuchar las últimas palabras de *David* se produjo un frío silencio y el ambiente se tensó hasta el límite. *Natacha* sentía cómo la rabia le hervía por dentro, por lo que no tardó en responder con voz firme y dura.

—Ustedes son todos iguales, burgueses o revolucionarios. Un intento de violación no puede tener buenas intenciones. Yo soy una compañera y merezco respeto. Y aunque esté con él en una isla desierta, debe respetarme, soy mujer. Un "no" significa sencillamente "no". ¿Quién te crees para hablar de buenas intenciones luego de lo que hizo ese cretino?

David comprendió su error y se deshizo en disculpas. Había sido sumamente torpe a la hora de explicar la situación de *Julio*, sin embargo insistió en un punto.

—Lo lamento, *Natacha*, no fue mi intención, yo no dije que estuviera bien pero creo que quizás es buena idea que aceptes las disculpas de *Julio*. No sé, piénsalo, había una tarea donde estábamos avanzando muy bien y sabes que por el tipo de territorio es solo una pareja la que puede chequear al cónsul sin problemas. Además, tú sabes que si la operación resulta exitosa podremos liberar a Arturo, hermano de *Antonio*, y al resto de los compañeros. Mira, *Natacha,* te prometo que *Julio* estará bajo la lupa, él lo sabe, no se atreverá a faltarte el respeto.

—*David,* el asunto me complica y lo sabes, pero entiendo de qué estás hablando. Si lo planteas así continuaré apoyándolos pero no volveré a confiar en ese sujeto, ni mucho menos voy a aceptar alguna invitación de su

parte. Dile que mañana podemos juntarnos a la hora de siempre en la costanera pero que no intente nada estúpido.

Al día siguiente, *Natacha* y el joven universitario se reunieron como de costumbre. Se saludaron con frialdad y retomaron sus tareas de vigilancia sobre la casa del cónsul argentino. Así permanecieron durante varios días, en los cuales *Julio* le preguntaba insistentemente si había recibido noticias de *Antonio*. Ella con monosílabos respondía a sus preguntas. Ya habían pasado cuatro semanas y no llegaba ninguna señal del compañero desde la capital. Entonces *Julio*, antes de despedirse de *Natacha* la detuvo.

—Espera un momento, *Natacha*. Quiero decirte algo. Tú sabes que pronto me recibiré de profesor de historia y ya podré estar en condiciones de mantener una familia —*Natacha* lo miró con extrañeza y frialdad, pero *Julio* no se detuvo—. Si *Antonio* no vuelve a buscarte, quiero que aceptes mi ayuda y te cases conmigo. Yo te puedo mantener y podríamos...

Natacha lo interrumpió con un gesto de su mano.

—*Julio*, no sigas, por favor no sigas. Yo no soy una mercancía que cambia de dueño por conveniencia, *Antonio* va a volver y yo lo voy a esperar. No quiero que vuelvas a mencionar nunca más este tema. Él es mi compañero y decidí estar con él.

Ante esta respuesta, el joven la tomó en sus brazos y nuevamente intentó besarla. *Natacha*, implacable, no lo pensó dos veces y le dio un fuerte rodillazo en la entrepierna, haciendo que *Julio* se doblara y cayera al suelo por el dolor. Viéndolo en el suelo, *Natacha* se sintió orgullosa. Comenzó a alejarse a paso firme sin volver la vista, dejando atrás a aquel miserable sujeto que se llenaba la boca de revolución pero que llevaba una vida que contradecía cada palabra.

Capítulo XXI

Dos días después de aquel incidente llegó *Cristián*, un compañero que venía de Santiago. Con él traía una carta de *Antonio* y un poco de dinero.

Natacha tomó la carta con manos temblorosas y salió al patio. Se sentó en su rincón preferido, junto a las plantas que había cuidado con tanta dedicación, y permaneció largo rato con el papel en la mano, sin animarse a leerlo. Finalmente, respiró profundo para llenarse de valor y abrió el sobre muy despacio para poner la misiva frente a sus ojos, que aún estaban nublados por la emoción.

Mi amor:
Perdona mi demora en escribirte, pero estaba tan obstinado en mi empeño por traerte a mi lado que me negaba a enviarte una carta sin soluciones.

El tiempo que hemos estado separados no ha sido nada fácil. En todo momento he notado tu falta y esta era más dura al ver que los días pasaban implacables, sin que me fuera posible juntar el dinero suficiente para pagar tu pasaje.

Le he pedido a Cristián que compre un billete de autobús "para ayer". Con esto quiero señalarte lo desesperado que estoy por verte, abrazarte y volver a tenerte a mi lado lo más pronto posible.

¡Juntos para lo que venga!
Te amo, pequeña.

Antonio

Después de tanto tiempo, la angustia acumulada por fin pudo desatarse, libre y sin trabas. Solo ahora, sintiendo este alivio, *Natacha* pudo comprender lo mal que lo había pasado, esperando cada día en medio de la incertidumbre de no saber nada de *Antonio*.

Cristián la acompañó a comprar el pasaje a Santiago. Se acercó a la ventanilla y corroboró los pasajes que había para el día siguiente. Luego miró a *Natacha* y habló con voz firme al vendedor.

—Quiero un pasaje para el primer bus de la mañana.

Mientras *Cristián* sacaba cuidadosamente un sobre con el dinero necesario para pagar el viaje, *Natacha* lo miraba agradecida. Podía sentir un nudo en el estómago por la ansiedad y el nerviosismo que le producía la proximidad del encuentro.

—*Antonio* me pidió que te consiguiéramos un pasaje lo más rápido posible. *Natacha*, él está desesperado y se ha imaginado las peores cosas que tú podrías pensar de él porque no te había escrito. Pero créame, compañera, todos los días él se encargó de conseguir este dinero y resolver un poco las cosas en Santiago porque, déjame decirte, están bastante agitadas.

Por la noche la joven se despidió de aquella familia que la había albergado con tanto cariño durante largas semanas y les expresó de la mejor forma que pudo el enorme agradecimiento que sentía por el techo, la comida y todos los cuidados y atenciones que le habían brindado. A *David* le dio un fuerte abrazo y le habló con emoción.

—Has demostrado ser un gran compañero, nunca me olvidaré de tu generosidad. Sin ti francamente no hubiese podido sobrevivir los duros momentos que me tocó vivir. Gracias, compañero, muchas gracias por preocuparte de mí.

David sonrió entre nervioso y alegre.

—Para eso está este servidor. Ha sido un enorme placer cruzar caminos contigo, *Natacha*. Aunque tengo que decirte que, de haber seguido tú aquí, podrías haber sido causante de mi separación. Mi mujer cree que tengo una amante y que le doy dinero —lanzó una fuerte carcajada—. Tú sabes que yo también te recordaré con cariño. Cuídate mucho, *Natacha*, y dale saludos al villano ese.

La despedida fue tan rápida e intensa que *Natacha* casi no se dio cuenta cuando ya se encontraba en el asiento del bus. Solo podía pensar en reencontrarse con *Antonio* y en comenzar a forjar un camino juntos luego de tantos viajes. No fue hasta cuando ya había recorrido varios kilómetros que se dio cuenta de que no tenía ningún contacto, punto o dirección de *Antonio*, considerando que ese ni siquiera era su verdadero nombre. Con la ansiedad de las despedidas y abrazos no se le había ocurrido pedirle a *David* ni a *Cristián* ningún dato para recuperar el contacto con su amado. Al constatar esto se puso nerviosa, pero prefirió alejar cualquier mal pensamiento y trató de calmarse y de convencerse de que todo saldría bien. Seguramente, alguien iría a recibirla o de alguna forma se encontrarían.

Capítulo XXII

Natacha fue la última en abandonar el bus cuando llegaron a Santiago. Miraba nerviosa cada rincón del terminal, buscando algún rostro conocido o una señal. De pronto se percató de que una atractiva joven de cabello largo y pelirrojo se dirigía hacia ella.

—Tú eres *Natacha*, ¿verdad?

La joven asintió tímidamente, mientras buscaba a *Antonio* con la mirada y agarraba con fuerza su ligero equipaje.

—Tranquila, no busques a mi hermano, él te está esperando en nuestra casa. Hay mucha represión en la calle, por eso me mandó a mí. Me llamo Nilda y soy su hermana mayor. No te imaginas cómo ha sido para él este mes sin poder mandar dinero para tu viaje. Ha estado desesperado, saliendo y entrando de la casa, creando las condiciones y recursos suficientes para traerte a su lado.

En la esquina del terminal de buses tomaron un taxi que las trasladó a una casa ubicada a unos diez minutos del centro de la capital. *Natacha* miraba curiosa la ciudad a través de la ventana del automóvil, sintiendo un torbellino de emociones en su estómago. Cuando llegaron a su destino descendieron del vehículo y Nilda sacó una llave de su cartera. Antes de abrir la puerta se dirigió a la ventana y dio tres pequeños golpes. Esa era la señal de que todo estaba bien. Luego volvió a la puerta e introdujo la llave en la cerradura.

Antonio estaba esperándola. Al verla entrar, corrió a abrazarla y la mantuvo entre sus brazos mientras la besaba una y otra vez.

—Te amo, te amo. No sabes cuánto te he extrañado.

Natacha simplemente cerró los ojos y se dejó querer. Comenzó a sentir cómo se iba sanando toda la angustia de las semanas anteriores, cómo esa incertidumbre que no quería desaparecer se transformaba en la certeza de estar en el lugar indicado.

Se mantuvieron abrazados por varios minutos. Una vez pasada la primera emoción del reencuentro, *Antonio* tomó a *Natacha* de la mano y la llevó al comedor para presentarle a su madre y a sus otras hermanas. Cuando la vio, la madre de *Antonio* se mostró sorprendida.

—¡Pero hijo, si es tan solo una niña pequeña!

El resto de la familia estalló en risas ante la reacción de la madre. Esto hizo que el ambiente se distendiera de inmediato y *Natacha* se sintió cómoda y feliz de conocer a la familia.

Además de Nilda estaba Gladys, que era la segunda de las hermanas y quien más se parecía a *Antonio*. Muy atractiva, tenía una cabellera larga y negra que contrastaba con la blancura de su piel. Para mantenerse y aportar a la casa, trabajaba como contable en una empresa privada. Por último estaba Sonia, la hermana menor. Muy comunicativa y tierna, se ganó rápidamente el cariño de *Natacha*.

Durante la cena la conversación giró sobre temas diversos y *Natacha* pudo hacerse una idea de cómo era su nueva familia. La madre de *Antonio* se mantiene con una pensión de viudez que le dejó su marido, pero quien lleva todo el peso de la economía de la casa es Gladys. Ella está siempre atenta y procura que en el hogar no falte nada. También se encarga de ayudar a sus hermanas y hermano y le cuenta a *Natacha* que, aunque le gusta comprarle la ropa a su hermano, sabe que él siempre la regala a quienes tienen más necesidad. Por esta razón, habitualmente tiene un equipaje ligero.

La conversación continuó entre preguntas y anécdotas, sin embargo, al observar el cansancio de su compañera, *Antonio* se despidió de la familia y la llevó hasta una habitación

que había arrendado, no muy lejos del domicilio familiar, para poder vivir juntos.

La casa era impresionante. Estaba rodeada por un inmenso jardín lleno de árboles frutales y de flores multicolores. Después de haber vivido tantos años en una zona desértica, esto era un paraíso para *Natacha*. La habitación que *Antonio* había conseguido estaba ubicada al final del patio, era espaciosa y bien iluminada. En su interior había una cama doble y, en un rincón, una cocina a parafina de un solo plato. Antes de su llegada, las hermanas la habían arreglado y les habían comprado algunos comestibles.

Natacha estaba encantada. Pensaba que el lugar era perfecto y, además, era su primer hogar junto a *Antonio*. Por fin, todo parecía andar de maravillas, por lo que creyó que era el momento oportuno para compartir los resultados de su último control médico en el norte. Se puso nerviosa, era un secreto que había atesorado en hermético silencio a la espera del encuentro con su amado.

> —*Antonio*, ¿te acuerdas de que hace un tiempo tuve vómitos y un doctor me aconsejó que subiera de peso?
> —Por supuesto, pequeña. ¿Qué pasó? ¿Estás bien? ¿Estás enferma otra vez?
> —No, tonto —dijo ella en tono juguetón—. Mi amor, estoy embarazada —*Natacha* se llevó ambas manos al vientre.

Los ojos de Ronald se inundaron de lágrimas y, tras permanecer unos segundos inmóvil sin saber bien qué hacer, se arrojó a abrazar a su amada y a besarla, mirando alternadamente sus ojos y su vientre y repitiendo incansablemente lo feliz que se sentía.

> —¡Será nuestro pequeño vietnamita! —sentenció *Antonio* y ambos rieron.

Esa noche, mientras permanecían abrazados en la cama, comenzaron a conversar y ponerse al día sobre lo sucedido durante este último tiempo. *Natacha* acarició

tiernamente a su amado y decidió narrarle el episodio que había sufrido con *Julio*. Cuando hubo finalizado su relato se percató de que el rictus de *Antonio* ya no era el mismo. De pronto su hermosa cara y aquellos ojos inmensos se habían transformado en una máscara tallada con dureza, rabia y dolor.

—Es mi culpa, esto es mi culpa —se repetía *Antonio* a sí mismo—. Te dejé sola por mucho tiempo y confié en ese canalla.

—No, *Antonio*, tú no tienes la culpa de lo que hizo ese cobarde—*Natacha* le acariciaba la mano—. Además, supe defenderme y hacerme respetar, como siempre me has dicho que debo hacer. Es algo que, al menos para mí, ya pasó, pero fue bueno darme cuenta de que no todos son lo que dicen ser.

Antonio tardó un poco pero finalmente logró calmarse y se concentró en sacudir por un momento sus pensamientos oscuros y concentrar su atención en su compañera.

—Nilda y yo te acompañaremos mañana para que compres ropa más abrigada. El frío santiaguino es diferente al de tus tierras del norte. ¿Qué dices, mi amor?

—Está bien, *Antonio*, me encanta la idea —y confirmó su aprobación con un fuerte y apasionado beso. Por fin se sentía como en casa, querida y protegida por el hombre que amaba y con la certeza de poder recorrer un camino junto a él.

Desde el primer momento en que llegó a la capital, *Antonio* asumió la dirección de la VOP. Bajo su liderazgo el grupo se dividió en tres estructuras independientes, autónomas y compartimentadas entre sí. El objetivo era mantener la seguridad de los distintos comandos sin que los miembros tuvieran conocimiento de los integrantes con los que no

actuaban. De esta manera se facilitaban labores específicas y se resguardaba el funcionamiento de la organización completa. Solo los dirigentes de cada grupo mantenían contacto entre sí para coordinar planificaciones, infraestructura y posibles acciones.

En esos momentos, *Antonio* se encontraba estudiando una propuesta muy seria: un parlamentario socialista había comenzado a entablar conversaciones para convertir a la incipiente VOP en el brazo armado de su partido. La oferta del alto dirigente incluía la entrega de una casa para el uso exclusivo del grupo, pero no una completa autonomía. Tras darle algunas vueltas, *Antonio* y el resto de compañeros de la VOP decidieron rechazar la propuesta.

Luciano Cruz, por su parte, insistía en integrar la VOP al MIR, buscando limar antiguas asperezas y diferencias. Sin embargo, esta moción también fue rechazada de forma tajante por todos los miembros de la Vanguardia. A pesar de su reciente nacimiento, la VOP había comenzado a convertirse en un referente que llamaba la atención de los distintos grupos y partidos de izquierda. No pasaba desapercibida sino que ya formaba parte del acontecer nacional.

Natacha y *Antonio* se habían vuelto inseparables. Se complementan tanto que con solo mirarse a los ojos sabían lo que el otro estaba pensando. Poco a poco, él la había animado a exponer su opinión política en las reuniones a las que asistían. En privado le confesaba que detestaba que la valoraran por su relación sentimental y que estaba seguro de que podría hacer grandes aportes. *Natacha* fue venciendo su timidez y, a poco andar, se dio cuenta de que Antonio tenía razón, la gente la escuchaba y valoraba su opinión.

Como era de esperar, a medida que la VOP se fue expandiendo, fortaleciendo y aumentó su capacidad operativa, la respuesta estatal no demoró en caer. La represión cada vez más fuerte obligó a fortalecer una cultura de la conspiración en toda la izquierda, y particularmente entre quienes defendían la lucha armada. Se hizo necesario aprender a olvidar rápidamente los nombres y rostros de los compañeros que se iban conociendo. Comenzaron a circular informes basados en relatos de detenidos por la policía

política y, de esta manera, pudieron informarse sobre los impresionantes métodos de tortura que utilizaban. Según sus conocimientos, estos métodos debían haber sido aprendidos de agentes de Brasil, Uruguay o Argentina. Parecía que hasta el más valiente podía quebrarse. Los tormentos eran tales que nadie podía asegurar que, por su conciencia y su lealtad con la causa, no sería capaz de entregar a sus compañeros. Por esta razón, en todos los grupos se hizo famosa la regla de "cara conocida, cara olvidada". No se trataba de desconfiar de los compañeros, sino de cuidarlos. También se implementó un idioma revolucionario, lo que hacía más fácil reconocer a un compañero de causa.

Natacha decidió inscribirse y visitar a Arturo y al resto de los detenidos de la VOP a la Cárcel Pública, donde llevaban varios meses. Su objetivo era entregarles apoyo y, a nivel más personal, conocer al hermano menor de *Antonio*. Tras pasar las restricciones y revisiones carcelarias, consiguió sentarse frente a Arturo. Lo saludó cordialmente, se presentó y conversaron sobre distintos temas, centrándose principalmente en la familia. Por el sector de visita deambulaban distintos presos políticos, algunos miembros del MIR y otros de la VOP. Unos más animados que otros, conversaban con sus familias, parejas y amigos.

En la Cárcel Pública habló con varios compañeros detenidos en los primeros procesos contra la VOP. En ese contexto conoció a dos jóvenes iquiqueños recluidos en el penal. Cuando les preguntó sobre el motivo de sus detenciones fue el más joven, de unos 17 años, quien tomó la palabra y se desahogó.

> —Estamos aquí por irresponsables. Mi hermano Wilfredo y yo nos vinimos a la capital para integrarnos a la VOP. Él tenía 23 años. Cuando llegamos, los compañeros nos alojaron en una residencial. Un día, cuando limpiábamos las armas, este irresponsable que está a mi lado empezó a jugar con una de ellas apuntándola a mi hermano. Una bala se escapó y lo mató instantáneamente. La dueña de la pensión escuchó el balazo y llamó inmediatamente a los

policías. Ahí nos detuvieron. Nos acusaron de ser un grupo armado y nunca aceptaron nuestra declaración, que a pesar de la tortura no quisimos cambiar.

—¿Pero sí fue un accidente? —preguntó *Natacha*, que escuchaba la historia con incredulidad.

—Sí, fue un torpe accidente, pero todo se puso color de hormigas cuando pasamos a manos de la policía. Al final nos metieron en una pieza con el cadáver de una mujer que había desaparecido de su casa hacía casi un mes. La policía la había encontrado en una laguna envuelta en un saco y en avanzado estado de descomposición. Se le había muerto a la partera cuando le practicaba un aborto clandestino y la habían arrojado a ese lugar.

—¿Pero por qué los encerraron con el cadáver? ¿Ustedes no tenían nada que ver? —*Natacha* no entendía hacia dónde iba la historia.

—Fue horrible, no te puedes imaginar lo que vivimos esa noche. Nuestros torturadores nos obligaron a lavarla para luego poder practicarle la autopsia. El objetivo era quebrarnos por cualquier medio y de cualquier forma. Yo ahora estoy mal, sicológicamente estoy fatal, todas las noches revivo esa pesadilla.

Natacha notó la mirada perdida del joven y compartió la angustia de su experiencia. No podía dejar de pensar en el siniestro relato del joven y en la macabra mente de los policías, dispuestos a todo con tal de quebrar a los revolucionarios. Se sentía consternada y se preguntaba: "¿Hasta dónde llegarán? ¿Qué clase de sociedad tolera tanta brutalidad?".

Capítulo XXIII

Antonio se mostraba muy solícito con ella y la regaloneaba como a una niña pequeña. Repleto de ternura, todas las noches antes de dormir compensaba la falta de radio y televisión con una lectura muy cuidadosa de libros de ciencia ficción. Él tenía una gran debilidad por esos mundos asombrosos, repletos de tecnología, aventuras y nuevos paisajes.

Era agosto de 1970. Una mañana *Antonio* salió temprano, casi de madrugada, hacia el campamento Nueva La Habana para participar en una reunión del comité sanitario. La VOP comenzaba a tener presencia en aquella toma de terreno mediante aportes concretos y trabajo directo en la población. Ese día *Natacha*, medio dormida, sintió a su amado que se marchaba. Tras intentar reconciliar el sueño infructuosamente decidió levantarse, desayunar y ordenar las pocas cosas de la casa. Sabía que pasaría el resto del día sola, por lo que decidió motivarse a conocer la ciudad y tal vez ver una película en un cine cercano.

Salió a la calle y caminó hacia la avenida Irarrázaval, donde un cine rotativo comenzaba a dar sus funciones a media mañana, con cuatro películas seguidas. Sin haberlo planeado, *Natacha* vio todas las películas programadas para ese día, dejándose llevar por las tramas de los filmes y disfrutando de cada mundo que le ofrecía la pantalla. Cuando terminó el último largometraje y salió a la calle, se sintió sorprendida y confundida. Eran las nueve de la noche y ya había oscurecido sobre Santiago. Comenzó a sentirse angustiada, ajena a las casas y calles del sector. A paso rápido se puso a caminar hacia donde creía que se encontraba su casa, sin embargo, poco después tuvo que reconocer que se había perdido. Anduvo más de media hora por los distintos pasajes, avenidas y calles de Ñuñoa pero no consiguió encontrar ningún letrero o

referencia que le resultara familiar. En una esquina vio a un policía dirigiendo el tránsito y la contradicción que sintió le hizo esbozar una pequeña sonrisa. Necesitaba ayuda, por lo que respiró profundo y caminó hacia el uniformado.

—Disculpe, señor, me he perdido —*Natacha* no pudo disimular su angustia.

En un principio, el policía la miró desconfiado, pero al notar lo asustada que se veía la joven hizo detener inmediatamente un taxi y le ordenó al chofer:

—Lleve a esta señorita a su casa.

Natacha se sorprendió y comenzó a explicarle al carabinero que no poseía dinero.

—No se preocupe, señorita, no le cobrará nada. Suba al taxi.

La joven se despidió agradecida del policía. El hombre nunca sabría que aquella joven indefensa a la que había ayudado pertenecía a una agrupación que muy pronto se haría famosa por una serie de enfrentamientos armados con las fuerzas del orden.

Natacha le dio al taxista el nombre de la calle pero, como medida de seguridad, modificó levemente la numeración, para evitar que la dejase en la puerta misma de la casa. Al llegar se despidió del taxista y le agradeció el gesto. Cuando vio que el auto se había ido caminó, abrió la puerta de su casa y vio la preocupación en el rostro de *Antonio*.

—¡Pequeña! ¿Dónde has estado? ¿Estás bien? Estoy desde las dos de la tarde buscándote por todas partes. No te imaginas las cosas que se me han pasado por la cabeza. He pensado lo peor.

Mientras la abrazaba y acariciaba con extrema ternura, *Antonio* se fue enterando de la odisea de su compañera para

volver a casa. Movía la cabeza y pasaba del susto al asombro ante las aventuras infantiles que escuchaba. Ambos se rieron de lo sucedido pero estuvieron de acuerdo en que no podía volver a ocurrir. Al día siguiente fueron juntos a ver el estreno de una película sobre el Che Guevara al mismo cine. Mientras caminaban con calma, *Antonio* le fue explicando el sentido de las calles y su ubicación, buscando orientar a su compañera para que pudiera resolver algún imprevisto. Luego le comentó el filme que verían.

—Pequeña, la película que vamos a ver está dirigida por Richard Fleishcer, su título no dice mucho, *Che!*, y tiene como protagonista a Omar Sharif. Es una versión completamente hollywoodense, un bodrio. Por lo que dicen, solo se pretende ridiculizar al Che y mostrar la guerrilla como una especie de opereta rasca. Es una basura desastrosa.

—Pero, mi amor, si es tan mala, ¿cuál es el sentido de ir a verla? —*Natacha* preguntó con una sonrisa mientras lo tomaba de la mano.

—Es necesario ver esta película para aprender los métodos de desprestigio que usa el imperialismo en contra de los héroes de la revolución y conocer qué efecto producen en las masas. Hay que saber cómo los poderosos cuentan nuestra historia.

Cuando llegaron a las puertas del cine, en la boletería se enteraron de que la película había sido suspendida, al igual que en varios cines de Santiago. Horas antes un grupo afín al MIR había entrado a la sala y dejado un artefacto explosivo, cuyo estallido había ocasionado algunos daños materiales. En otros lados hubo incendios provocados, artefactos sospechosos, amenazas de bomba y desórdenes. El ingenio de los revolucionarios, que incluía desde el robo de los rollos hasta el lanzamiento de material pestilente para obligar a evacuar las salas, había logrado evitar que la película se estrenara. Cada vez más grupos e individuos se arrojaban a

la lucha revolucionaria de distintas formas, y la acción directa tenía un espacio primordial a la hora de buscar transformar la sociedad.

La película sufrió el boicot y sabotaje en todos los países donde intentó ser exhibida. La burda pretensión de caricaturizar al Che y a cualquier intento de lucha revolucionaria, no solo no consiguió el efecto deseado sino que impulsó más acciones y agitación.

Capítulo XXIV

Cuando el camión de carga se iba alejando de Iquique, su ciudad natal, al *Negro* lo embargaron emociones contradictorias. Estaba triste por tener que abandonar su trabajo como controlador en la Dirección de Aduanas, situada en la parte más alta del puerto. Desde allí podía observar la majestuosa inmensidad azul del Pacífico y solía experimentar una gran sensación de libertad. Por otra parte, sabía que el objetivo de este viaje incluía para él importantes tareas y nuevas experiencias.

Mientras cumplía con el servicio militar obligatorio, el *Negro* destacó desde un principio por su energía, entusiasmo y su privilegiado físico. En las prácticas de tiro demostró ser uno de los mejores, pero lo que más le atraía era la lucha cuerpo a cuerpo, con o sin armas, convirtiéndose en un peligroso contrincante para aquel que quisiera ser su compañero de prácticas. Estas cualidades no pasaron inadvertidas para sus jefes y antes de que finalizara su período reglamentario lo llamaron para que se integrara a una unidad especial del ejército: los comandos o boinas negras. Todo marchó bien en un principio, ya que esa vida llena de peligro, férrea disciplina y entrenamiento duro siempre lo había atraído. Pero al cabo de unos años terminó cansándose. Su naturaleza aventurera no le permitía permanecer en un mismo lugar por mucho tiempo. Siempre repetía que su vida necesitaba variación y cambios, por lo que finalmente renunció.

Una vez que se pudo establecer con un trabajo en Aduanas, un amigo trató de enrolarlo en las filas del Ejército de Liberación Nacional, una incipiente organización que buscaba extender vínculos con la guerrilla en Bolivia. Al comienzo él no estaba muy decidido, el proyecto le generaba dudas, tanto por su la viabilidad como por las reales intenciones que podría tener. Sin embargo, lo que terminó por convencerlo

fue la llegada de los sobrevivientes de la guerrilla boliviana a la ciudad. Conversar con ellos y verlos tan enteros a pesar de su derrota militar lo hizo reflexionar y replantearse su vida, que le parecía gris, carente de metas o ideales. Este encuentro despertó en el *Negro* un nuevo empuje y se decidió a aportar su granito de arena para dejarle a su hijo una sociedad mejor. Pensó que había llegado la hora de abandonar el puesto de espectador de las luchas sociales que se desarrollaban.

Tras largas horas de viaje en aquel camión de carga, finalmente consiguió arribar a la capital. Allí fue recibido por su jefe militar, el *doctor Linares*. Al verse, se saludaron con afecto. Su jefe sabía lo agotador que era el viaje, por lo que tenía un coche esperando para conducirlos a una casa en un barrio tranquilo de la capital.

Una vez al interior del inmueble, el *Negro* recorrió con interés sus habitaciones y pasillos, observando cuidadosamente puertas y ventanas. La fuerza de la costumbre lo obligaba a estudiar las vías de escape que ofrecía aquella casona. Pasados unos minutos volvió junto a su jefe.

—Esta es una casona enorme. ¿Para qué un espacio tan grande? ¿Qué tienen pensado hacer aquí?

—Sí, es una casa grande, ya lo sé. Tranquilo, es perfecta para lo que necesitamos. Ponte cómodo para que pueda contarte el motivo de tu viaje.

—Dígame al tiro nomás, soy todo oídos, compañero.

—Muy bien, estimado, me gusta tu disposición. La idea que tenemos pensada para este lugar es implementar una escuela. El objetivo es preparar política y militarmente a nuestra gente para conformar buenos cuadros. Necesitamos formar gente íntegra y bien capacitada para actuar cuando el momento lo indique. La situación política está muy inestable y exige que vayamos creando las condiciones para transformarnos en una alternativa real.

Guardando un silencio respetuoso, el *Negro* escuchó atentamente la información que le entregaba *Linares*. Le preocupaba un poco el alcance que podía tener el plan, sin embargo, sabía que estas estrategias obedecen a un proyecto mayor. Con su optimismo innato respondió de forma enérgica:

—No se preocupe, jefe. Me aseguraré de que nuestros hombres sean entrenados a conciencia. Se puede hacer una buena mezcla entre los métodos que aprendí en el servicio con la experiencia ya forjada por otros compañeros, una combinación entre las tácticas enseñadas a los ejércitos regulares y la guerra de guerrillas del Che. ¡Los convertiremos en dinamita pura! —dijo sonriente.

El *doctor Linares* soltó una fuerte carcajada para celebrar la buena actitud y la elocuencia del joven. Luego se levantó y caminó hacia el refrigerador para sacar una bebida helada.

—Tú también quieres, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Estoy deshidratado luego de este viajecito que cruza la mitad del país.

Mientras saboreaban la bebida, el *Negro* permaneció en silencio, esperando que su jefe retomara la conversación. Al advertirlo, *Linares* se acomodó en su sillón y empezó a hablar otra vez.

—Lo de la escuela es un anexo, digamos. Acá lo importante es otra cosa, compañero. La seguridad debe ser una de nuestras prioridades. Eso y también enfrentar el trabajo del enemigo.

—¿Hay algún problema?

—Por un lado, diría que sí, pero afortunadamente

todavía sin muchas consecuencias. Un compañero de confianza que realiza diligencias en los Tribunales de Justicia pudo acceder a los archivos de la policía política. Déjame decirte que quedé sorprendido al comprobar lo mucho que ellos han logrado indagar sobre los distintos grupos revolucionarios. Sin embargo, como trabajamos con nombres políticos no han logrado concretar todas las detenciones que quisieran.

—¿Cómo estamos nosotros?

—Por el momento, nuestro grupo no ha sido tocado. Mi preocupación más inmediata es impedir que en el futuro podamos llegar a ser infiltrados por la policía —tomó un largo sorbo e hizo una pausa antes de continuar—. Hasta ahora, el procedimiento para enrolar nuevos miembros ha sido bueno, un trabajo de profesionales. Pero, pensando en el futuro, he visto necesario asignarte a ti la tarea de cuidar que no se nos cuele ningún elemento indeseable. Nuestros controles y la compartimentación tienen que ser cada vez mejores. En la medida en que nosotros nos vamos especializando, el enemigo también lo hace y el peor error que podemos cometer es subestimar a la reacción y los aparatos que le sirven.

—Comprendo perfectamente lo que dice y estoy de acuerdo, compañero —respondió el *Negro*, calibrando el peso de las palabras de su jefe.

—Las cosas están convulsionadas por todas partes y el asunto no pinta nada de bien. Al mismo tiempo, existe una cantidad excesiva de partidos de izquierda y grupos revolucionarios. Esto lleva a que se produzca un desgaste innecesario de energías, ya que las fuerzas populares se dispersan y se preocupan por pequeñas diferencias en vez de concentrarse contra el verdadero enemigo común.

—Es impresionante la cantidad de grupos operativos que existen, parece que cada mes surgen más y más, tanto dentro de los partidos como por fuera —el *Negro* compartía las preocupaciones de su jefe.

—Esto no puede seguir así, compañero, tenemos que tomar el control de esta situación. Te pido que le des una vuelta y veas qué se puede hacer.

—Intuyo para dónde van tus ideas, doctor, y creo que ya tengo algo avanzado sobre el tema. La verdad es que tengo contacto directo con la jefatura de la VOP y del MR-2 —hizo un saludo muy parecido a los de un militar—. El día que se necesite, te amarro una reunión o los contacto.

—Vaya, vaya, amigo, me sorprendes. Dime una cosa. ¿Cómo has conseguido contacto con los jefes de esos grupos si recién has llegado a la capital?

El antiguo boina negra tomó aire y, sintiéndose a sus anchas, respondió la pregunta con certeza, sin dejar duda sobre la fiabilidad de sus contactos.

—Con el encargado de la VOP, *Antonio*, soy amigo desde hace mucho tiempo. Con el jefe del MR-2 nos conocimos mientras trabajábamos en un proyecto al interior del Partido Socialista.

—Espléndido, ya veo que estamos mucho mejor posicionados. Tienes una semana para amarrar los contactos y crear las condiciones necesarias para una reunión. Cualquier cosa que necesites solo pídemela y dispondrás de los recursos que sean necesarios. Hay que hablar con la gente de las distintas orgánicas y ver para dónde van sus proyectos —el *doctor Linares* volvió a reír y palmoteó la espalda del *Negro*—. ¡Qué pequeño es este mundo!

De forma diligente, el *Negro* comenzó a buscar las formas de establecer contacto con los compañeros de las distintas organizaciones. Para llegar a *Antonio* el mejor camino era utilizar un teléfono buzón que habían establecido con anterioridad para cualquier emergencia. Esta vez solo dejó un mensaje sencillo, donde le entregaba de forma codificada una fecha, hora y lugar para reunirse. Muy meticuloso con la seguridad personal, prefirió ir al punto media hora antes para revisar que no hubiera ningún problema en el sector y estudiar las posibles vías de escape en caso de que surgiera algún imprevisto con la policía. Cuando se dio por satisfecho con su recorrido, se sentó en un banco e inmediatamente vio a la distancia a su viejo amigo *Antonio*, tomado de la mano de su compañera *Natacha*. Esperó a que se acercaran y con una gran sonrisa se levantó para abrazarlos. El cariño en ese saludo daba cuenta de una gran amistad entre dos personas que se rencuentran después de largo tiempo.

—Tengo un vehículo por ahí, acompáñenme —dijo el *Negro* mientras comenzaba a caminar—. Miren dónde nos vinimos a encontrar, ¿no? Yo me he trasladado a la capital con toda la familia, podremos vernos más a menudo, creo que va a ser muy necesario.

—Te conozco, compañero, y sé que te traes algo entre manos. ¿O me equivoco? Un antiguo boina negra no llama solo por amistad —bromeó *Antonio* mientras se subía a la parte trasera del auto junto con *Natacha*.

Durante el recorrido por las caóticas calles santiaguinas, el *Negro* fue comentando con *Antonio* las novedades sobre los amigos comunes, actualizándose ambos sobre la militancia y la situación de cada uno de ellos. *Antonio* y *Natacha* iban sentados muy cerca uno del otro, participaban alegremente de la conversación sin desperdiciar un segundo para estar juntos. De repente, el conductor estiró la mano hacia atrás y les entregó un par de vendas negras a sus compañeros.

—Disculpen, amigos. Lo siento, pero deben llegar al lugar donde vamos con los ojos vendados. Es por seguridad y ya saben que yo soy bastante meticuloso con eso. Además, son órdenes del jefe.

—Tranquilo, compañero. Entendemos y respetamos las reglas de seguridad. Además, confiamos en ti —*Antonio* le restó importancia al asunto y él y *Natacha* se vendaron los ojos.

Algunos minutos después el automóvil se detuvo completamente. Al bajarse se hallaron en el garaje de una casa. El *Negro* les dio algunas indicaciones y luego abrió una puerta de madera que daba al salón principal de la vivienda. Una vez adentro se quitaron las vendas y, algo enceguecidos por las luces, vieron al *doctor Linares*. Este se presentó a los recién llegados y con toda cordialidad los invitó a tomar asiento.

La pareja se acomodó entre unos mullidos cojines de terciopelo azul marino que parecían absorberlos. Su anfitrión caminó hasta su bien provisto bar y preguntó a viva voz:

—*Antonio*, ¿wiski o coñac?

—No, gracias, paso del alcohol. Si tienes alguna gaseosa, feliz la aceptaría.

—¿Qué hay de ti, *Natacha*?

—Pues también una bebida, por favor —*Natacha* miraba a su compañero intentando transmitirle su incertidumbre sobre el objetivo de aquella reunión.

El *doctor Linares* les acercó dos bebidas frías a sus invitados y extrajo una pequeña caja de madera que contenía puros cubanos. Para su sorpresa, nuevamente *Antonio* rechazó la oferta.

—Te lo agradezco mucho, pero tampoco fumamos, y menos ahora que ella está embarazada —le señaló mientras abrazaba a *Natacha* con ternura.

—Así es que sanos los dos como un par de lechugas.

La conversación fue fluyendo de forma natural. Hablaron sobre la Unidad Popular y sus proyecciones, sobre la figura de Salvador Allende y el escenario político internacional. Paralelamente, *Natacha* comenzó a analizar el salón y sus elegantes adornos, para luego centrarse en el propio doctor *Linares*, en sus ademanes, gestos y en las palabras que usaba. "Es un hombre atractivo, los finos bigotes le sientan muy bien —se decía a sí misma—. Debe ser mucho mayor que Antonio, tiene algo especial, una cierta clase. ¡Seguro que es un abogado! En esa profesión calzan perfectamente su forma de expresarse y esos ademanes tan cursis y sobreactuados que tiene".

El *doctor Linares* interrumpió los pensamientos de la joven cuando procedió a explicar el motivo real de la reunión. Comenzó a enumerar la multiplicidad de grupos revolucionarios que se habían gestado en el último tiempo y *Antonio*, preocupado, sospechó que quizás se trataba de una propuesta para adherir a la VOP en el ELN. Para él, la autonomía del grupo era fundamental. Mal que mal, por ese motivo habían decidido romper con los distintos partidos en que cada miembro había militado. Pero cuando las intenciones del *doctor Linares* y del *Negro* se fueron clarificando se tranquilizó. Lo que más les interesaba a ellos era hacer un diagnóstico de los distintos grupos existentes y de sus perspectivas de cara al futuro. Para graficar el estado actual de la situación dentro de los grupos revolucionarios, *Antonio* decidió aportar a la conversación con una curiosa anécdota.

—No hace mucho, uno de nuestros grupos operativos preparó durante un buen tiempo una expropiación a un banco. Cuando todo estuvo cuidadosamente preparado: los horarios, la cantidad de gente, el

personal, las rutas de acceso y repliegue, etc., nos decidimos a actuar. Pero cuando los compañeros llegaron allí, en ese mismo momento el banco estaba siendo expropiado por gente del MR-2. Los compañeros tuvieron que alejarse del sector rápidamente para dejarlos actuar tranquilos. Una buena coordinación nos podría evitar estos percances absurdos, que además podrían llegar a ser muy peligrosos.

—¡Exactamente! A cosas así me refiero —interrumpió el *doctor Linares.*

—Creo que es necesario levantar una suerte de coordinadora entre los distintos grupos revolucionarios. La idea sería cualificar y coordinar las fuerzas, respetando su autonomía —continuó *Antonio.*

—Juntos, pero no revueltos —señaló con entusiasmo el *Negro.*

—¡Exacto, compañero! Nosotros en la VOP tenemos contacto con gente de las FAR y a nivel personal dejé buenos compañeros en el MIR, con los cuales me puedo contactar. Cuando quieras podemos ampliar esta mesa e integrarlos.

—Perfecto —dijo el *doctor Linares* con una sonrisa satisfecha en sus labios.

—La propuesta que a nosotros como VOP nos interesaría priorizar es la unificación de las distintas corrientes revolucionarias en una gran coordinadora, una suerte de federación de grupos que golpee con fuerza a la clase dominante. Imaginen operaciones militares coordinadas donde cada grupo actúe en autonomía, sin el peligro de ser absorbido por el resto. Algo parecido a la Tricontinental, pero a escala nacional —propuso *Antonio* y todos los presentes estuvieron de acuerdo.

Fue así como comenzó a gestarse la coordinadora. Por parte del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, el compañero *Guillermo* viajó a Santiago y fue el encargado de levantar una suerte de infraestructura en común. Por su parte, *Antonio*, en nombre de la VOP, reafirmó el compromiso de seguir apoyando económicamente al ELN boliviano y de participar activamente en este proyecto común.

Las relaciones con el *Negro* fueron estrechándose cada vez más. Se encontraban con regularidad para conversar, manejar propuestas, trazar algunos planes o simplemente compartir un buen momento. No fueron pocas las veces en que en salieron al campo para probar armas o realizaron pequeñas tareas de vigilancia conjunta sobre algún objetivo que pudiese resultar interesante. De esta manera, los lazos que ya existían se fueron afianzando y consolidando.

Capítulo XXV

Ese año, 1970, estuvo marcado por una dura campaña electoral y, a medida que se aproximaban las elecciones presidenciales, la clase dominante no lograba unificarse tras un candidato común. El expresidente Jorge Alessandri representaba a la derecha tradicional, mientras que el partido gobernante, la Democracia Cristiana, postuló a Radomiro Tomic como expresión de continuidad de Eduardo Frei Montalva. Por su parte, la Unidad Popular levantó por cuarta vez a Salvador Allende como abanderado de las masas.

Asustados ante la posibilidad de que un régimen marxista triunfara en las urnas, la DC hizo uso de todas sus herramientas, tanto como gobierno como por su influencia en los medios de comunicación, para difamar la izquierda nacional. La opinión pública se vio bombardeada por una campaña de terror sobre la izquierda internacional y su influencia en Chile a través de Allende, quien había alcanzado gran popularidad en amplios sectores populares. La CIA, por su parte, desde Estados Unidos destinó un gigantesco aporte económico tanto a la DC como a grupos de ultraderecha, quienes mediante afiches y otros medios de propaganda intentaron infundir miedo en la población, mostrando el infierno en que se transformaría el país si se instauraba el "totalitarismo marxista".

Distintas personalidades fueron invitadas para fortalecer el antimarxismo en Chile, entre ellas Juana Castro, hermana del mítico líder de la Revolución Cubana. La mujer relató ante las cámaras de televisión y con lágrimas en los ojos los horrores que sufría su país bajo el yugo marxista, intentando advertir al pueblo chileno:

> *Al Estado lo convirtieron en dueño absoluto de todas las propiedades y a mí me usurparon la finca familiar,*

según ellos para entregársela al pueblo. Esta política absurda guía irremediablemente al pueblo cubano a la ruina.

También dentro de este contexto se difundió la historia de Jacques Lagas Navarro. Este capitán chileno combatió valientemente por el bando revolucionario en Cuba y alcanzó el estatus de héroe en Playa Girón. Sin embargo, con el tiempo se fue distanciando de algunos compañeros y eventualmente fue aislado por el propio régimen, convirtiéndose en un verdadero fantasma en la historia de la Revolución. Los anticomunistas enarbolaron la historia de Lagas Navarro para evidenciar lo que consideraban los horrores de las "dictaduras comunistas". Por medio de cortos televisivos y anuncios en la radio y los periódicos advertían que si triunfaba la UP, al día siguiente el país sería invadido por tanques rusos, los curas serían ejecutados y los niños transformados en soldados soviéticos.

En medio de ese contexto cotidiano, un día invernal *Natacha* y *Antonio* decidieron ir a un cine donde se estaba exhibiendo la película *La Confesión*, del reconocido director Costa-Gavras. Sentados en las butacas y tras mirar a su alrededor, *Antonio* se percató de que la mayoría de los asistentes eran compañeros conocidos de distintas organizaciones revolucionarias y murmuró al oído de *Natacha*:

—Si en este momento la policía política hiciera una redada, dejaría sin cabeza a varios grupos revolucionarios —y rio para sus adentros—. No es raro, esta es una película fuertísima pero que todos los jóvenes de izquierda deberían ver.

La Confesión está basada en el libro homónimo de Artur London, militante comunista que desde su juventud entregó su vida a la causa revolucionaria. Viajó a España para alistarse en las Brigadas Internacionalistas que apoyaban a los republicanos y combatió contra las fuerzas de Franco, que eran apoyadas por Hitler y los fascistas. Luego participó activamente en la resistencia maqui y partisana contra la ocupación nazi

en Francia, hasta ser encarcelado y llevado a un campo de concentración. Tras ser liberado, el protagonista consiguió un puesto en el Partido Comunista de su natal Checoslovaquia, pero la maquinaria estalinista de la URSS buscaba disciplinar a todos sus miembros y London fue acusado de "Conspiración contra el Estado" en el llamado Proceso de Praga de 1952. Artur fue detenido, interrogado y torturado por sus propios compañeros, quienes le exigían que confesara delitos de traición al partido. Esto daba cuenta de un delirio estalinista que veía espías y traidores en todas partes. Finalmente, el protagonista fue engañado por sus abogados y condenado a largos años de prisión. Gracias a las presiones ejercidas por su esposa y amigos se consiguió conmutar la pena de presidio perpetuo por el exilio. Aun cuando debió abandonar su país, y pese a las vejaciones, las traiciones de sus excompañeros y la maquinaria caníbal en la que se convirtió el partido, London mantuvo intacta su confianza en la causa revolucionaria. La lucha seguía siendo justa y tenía que continuar.

Al terminar la función se encendieron las luces y *Natacha* se sintió confundida. El relato y las imágenes habían sido muy duras para ella y, aterrada, solo quería salir del cine, tomar aire y sentir que todo lo visto era solamente una película. Cuando iban caminando *Antonio* notó que su compañera venía choqueada y al mirarla, ella estalló.

> —¿Pero qué es esto? ¿Por esto estamos luchando? ¿Esto va a ser la revolución: una sociedad de mierda basada en la desconfianza y la inseguridad, donde todos te vigilen y se acuse de traición a cualquiera y por cualquier cosa? Explícame, *Antonio*, ¿hacia dónde vamos? —*Natacha* increpó a su compañero.

Antonio escuchó las quejas de su compañera con atención. Luego le explicó con calma y suavidad, pero con firmeza.

> —Compañera, si el ciudadano común reaccionara de la forma en que tú lo haces, la campaña del terror no necesitaría ni un dólar más de los gringos, y el gobierno,

que ingenuamente ha aprobado la proyección de esta cinta, se sentiría completamente satisfecho. *Natacha*, esta película la ha hecho Costa-Gavras, un magnífico director, y busca dar vida a una biografía y aportar una necesaria crítica a las organizaciones revolucionarias. Fíjate bien, la crítica es hacia las élites del partido, el poder centralizado y todos sus vicios, hacia aquellas estructuras que se transforman en verdaderos policías de otros compañeros, pero no hacia la lucha revolucionaria. El protagonista nunca se arrepintió y continuó luchando. La crítica es hacia quienes, amparados en esa retórica, solo resguardan sus puestos de poder mediante el miedo y la persecución.

—Sí, puede ser, pero es que era muy fuerte todo —dijo *Natacha* mientras reflexionaba sobre la visión que *Antonio* le comentaba.

—Mi pequeña, la clase de hoy ha sido simplemente magistral. La lucha hay que darla con toda la energía y con todas las herramientas que tengamos a nuestro alcance, pero no podemos terminar como ellos, no podemos terminar como lo que combatimos. Nosotros, *Natacha,* tenemos que ser distintos.

Aquella película y la posterior conversación marcaron para siempre la vida de la joven *Natacha*. La crítica a las cúpulas de poder, al sectarismo y, por otra parte, la importancia de analizar los hechos fríamente y comprender sus trasfondos, sin dejarse llevar solamente por las primeras impresiones, fueron elementos que determinaron su práctica política a partir de ese momento.

La pareja continuó su camino por las calles del centro de Santiago con rumbo a la Plaza Italia. Conversaban de todo y nada a la vez, recorriendo la vereda tomados de la mano y jugueteando cada tanto. No se dieron cuenta cuando ya estaban rodeando el cerro Santa Lucía. *Antonio*, con picardía, la cogió de las manos y la arrastró suavemente hacia el interior del parque, lejos de las luces y miradas de los

transeúntes. Allí comenzaron a besarse apasionadamente, entre los falsos regaños de ella y la risa nerviosa de ambos. Sin embargo, el juego terminó abruptamente cuando una voz ajena los interrumpió. Era un policía que hacía su ronda por el lugar.

— ¡Jovencitos! ¡A ver, jovencitos, cálmense! Es mejor que se vayan a su casa. No deben permanecer a estas horas de la noche en este sector del parque. Es bastante peligroso.

Tentados de risa, la pareja agradeció la información al policía y, tomados fuertemente de la mano, se marcharon por la iluminada vereda de la Alameda. Poco después rieron de buena gana recordando la situación, se burlaron del policía y se acariciaron, emborrachados de amor. Esa noche, las calles de Santiago y el resto del mundo eran solo de ellos.

Capítulo XXVI

La primavera de 1970 hizo su aparición cargada de buenos augurios para la izquierda chilena, o al menos así parecía. La noche del 4 de septiembre, los primeros cómputos de la elección presidencial señalaban a Salvador Allende como vencedor. Todavía un poco incrédulos con la noticia, millones de personas ilusionadas se echaron a las calles para celebrar la nueva etapa que se iniciaba. La vía chilena al socialismo comenzaría mostrando ser una excepción a nivel mundial, ya que a través de un proceso electoral asumiría un gobierno socialista.

Como muchas otras, la familia de *Antonio*, los Rivera Calderón, salió a la calle para sumarse a la celebración, mezclándose con los obreros y pobladores de los campamentos que habían llegado al centro de la ciudad, apiñados en camiones y gritando consignas revolucionarias y vivas al nuevo presidente. El ambiente era completamente festivo y el futuro tan incierto como esperanzador. Pero la elección no era suficiente. Al no conseguir la mayoría absoluta, el Congreso Nacional tuvo que ratificar el triunfo de Salvador Allende. Así, el socialismo de empanada y vino tinto comenzaba su camino propio.

Aquella noche *Natacha* rompió una de las reglas de la clandestinidad y llamó a su padre. Quería compartir con él la alegría que le embargaba.

—¡Hola, papá! No sabes lo contenta que estoy, toda la gente está en la calle, todos están felices. Yo no sé qué va a pasar, pero el ambiente es increíble.

—Los felicito por el triunfo de Salvador Allende —contestó solemne su padre desde el norte, pero luego continuó emocionado—. Debo contarte algo, hija. Hoy

en la mañana hice algo que me ha costado un esfuerzo increíble. He votado en contra de mis convicciones ideológicas y esto es algo muy duro para cualquier hombre de principios, como es tu padre. He votado por el candidato de izquierda, por el amor que siento por ustedes. Escúchame bien, he pensado que si mis queridos hijos tienen un presidente que los represente, su vida será más tranquila y dejarán de vivir con el peligro constante de ser detenidos en cualquier momento por esos tipos de la policía política. Hija mía, ese es mi regalo para ustedes.

Sobrecogida, *Natacha* guardó silencio y escuchó con atención. Se le había formado un nudo en la garganta y tuvo que controlarse para no romper en llanto. Sabía perfectamente lo que significaba para su padre hacer esa confesión. Una vez más, le repitió que él siempre había sido un padre maravilloso, que los buenos principios que ella y sus hermanos poseían eran obra suya, porque se los había inculcado a fuerza de ejemplos y de generosidad sin límites. Aquel día el Partido Demócrata Cristiano de Arica había perdido un voto que ellos consideraban vitalicio.

Se despidió diciéndole lo mucho que lo quería y extrañaba. Él, por su parte, le recordó que siempre pensaba en ella y le pidió que se cuidara y le diera saludos a *Antonio*. Con el tiempo, las asperezas se habían ido limando. Ahora él aceptaba y respetaba al compañero de su hija, llegando a tener relaciones bastante cordiales y correctas a través del teléfono. Tampoco se olvidó de recordarle que la invitación a regresar a Arica siempre estaba abierta.

Una semana más tarde, nuevas noticias de los Vallebona sorprendieron a *Natacha*. Esta vez su hermano José llegaría desde el norte a la capital. Cuando entró a la habitación, la joven se echó a correr para abrazarlo.

—¿Cuándo llegaste, hermanito? ¿Por qué no avisaste que venías a visitarnos? ¿Pasó algo? ¿Estás bien? ¡Te extrañaba tanto!

Antonio interrumpió brevemente el reencuentro con un beso de despedida a su compañera.

—Voy a casa de mi madre. Los dejo solos para que conversen más tranquilos y se pongan al día. Compañero, cualquier cosa que necesite avise, estás en nuestra casa de seguridad y confío que sabrás guardar la información.

Aquellos días con *Vicente* en Santiago fueron de mucha alegría compartiendo con la familia de *Antonio*. Fue así como el joven estableció una relación con Nilda, una de las hermanas de la familia Rivera Calderón, la cual se vio interrumpida cuando *Vicente* tuvo que marchar de vuelta al norte, por lo que invitó a Nilda a acompañarlo. La joven Nilda estaba hecha un mar de dudas, ya que siempre había sentido el peso de mantener la casa y hacerse cargo de su madre, afectada con una avanzada artritis, y más ahora que su hermano Arturo estaba en prisión. Angustiada por la decisión que debía tomar decidió pedir consejo a Ronald.

—Hermanita, ¿tú quieres a *Vicente*?

—Sí —respondió con extrema timidez y casi avergonzada por su sentimiento.

—¿Entonces, qué esperas? Acepta el reto y viaja con él. Nosotros cuidaremos de la mamá, no te preocupes. Tienes que pensar en ti también.

Dos días después, *Natacha* y *Antonio* fueron a dejar a sus respectivos hermanos al terminal de buses. Nilda y *Vicente* partieron a Arica con el entusiasmo de comenzar una nueva relación y construir un mañana aprovechando el impulso del afecto.

Capítulo XXVII

Durante los meses de junio y julio la organización había sufrido varias detenciones por parte de la policía. Tres compañeros fueron apresados y acusados de preparar un asalto a un supermercado en Santiago, y un cuarto había sido detenido en Buin en medio de un tiroteo cerca de un banco. Aun cuando las actividades clandestinas de las distintas columnas de la VOP eran fuertemente golpeadas por la represión, esto no detuvo ni aminoró el ímpetu revolucionario del grupo y ni el de sus miembros.

El 21 de septiembre de 1970 la capital amaneció fría y nublada. *Antonio* se levantó temprano, se duchó y se puso a preparar el desayuno. Una vez terminado, despertó a *Natacha* besándola tiernamente.

—Pequeña, escúchame atentamente. Si hoy no regreso a las cuatro de la tarde es porque me ha pasado algo grave. Si así fuera quiero que te vayas directo a la casa de mi madre, porque no quiero que estés sola.

—Pero explícate mejor, por favor —le suplicó *Natacha*—. Necesito saber qué es lo que va a pasar. No es justo que me dejes en la incertidumbre.

Antonio la besó en los labios y luego le respondió lo que ella ya sabía.

—¡Recuerde, compañera, mientras menos sepa es mucho mejor! Ah, y no olvides que te amo.

—Prométeme que te vas a cuidar.

—Lo prometo, pequeña.

Aquel lunes *Antonio* vistió con ropas normales, como cualquier persona que va a su trabajo, pero antes de salir se dio el tiempo para revisar su arma, una Luger 9 milímetros que solía portar en su sobaquera. Tras comprobar que el arma se encontraba en perfecto estado, decidió mirarse al espejo para asegurar que esta no abultaba demasiado. Luego recogió el maletín que había preparado la noche anterior y volvió a despedirse de su compañera con un intenso beso para salir a la fría calle, ya que el incipiente sol aún no calentaba lo suficiente. Como medida de seguridad recorrió a pie las cuatro cuadras que lo separaban del lugar donde debía reunirse con *C-Hache*, quien lo esperaba en un automóvil expropiado el día anterior por otros compañeros de la VOP.

Antonio y *C-Hache* se dirigieron a una casa de seguridad, donde se reunieron con el resto del grupo operativo para discutir los últimos detalles. Brevemente repasaron el plan paso por paso y luego sincronizaron relojes, revisaron las armas y enmascararon sus huellas dactilares usando pegamento de neopreno. Se miraron unos a otros con nerviosismo pero también con confianza y claridad. Cuando todo estuvo listo partieron por separado hacia el objetivo para llevar a cabo un plan que, de salir bien, aparecería al día siguiente en los diarios como un gran golpe, certero y limpio.

En la comuna de Ñuñoa, la avenida Irarrázaval a la altura del 700 forma una punta de diamante con Dublé Almeyda. Es un sector abarrotado por locales comerciales y por él transitan muchos vehículos y personas durante la mañana. Es ahí donde se encuentra la sucursal del Banco Panamericano que, pocos minutos después, sería asaltada.

Cinco sujetos que simulaban ser clientes del banco ingresaron a la sucursal y sin llamar la atención consiguieron ubicarse en los puntos estratégicos asignados con anterioridad. Fuera del local, el *Poeta* se encargaría de realizar la contención y cubrir la retirada del grupo una vez ejecutada la acción. Su misión no solo es clave, sino que implica una extrema cautela. Debía vigilar la puerta y activar una bomba de ruido a la primera señal de peligro. *Julio*, por su parte, se dirigió a paso firme hacia el carabinero que en plena esquina vigilaba los alrededores del banco. Su tarea era desarmarlo y neutralizarlo para que el grupo pudiera actuar tranquilamente.

Gran parte de la acción comenzó a desarrollarse en simultáneo. *Antonio* ingresó al banco y al comprobar que todos los compañeros estaban apostados en su lugar y no ocurría nada fuera de lo estudiado previamente, respiró profundo, sin demasiado nerviosismo, y dejó su maletín en el suelo. Esa era la señal que los demás esperaban para cubrir sus rostros, desenfundar sus armas y comenzar a actuar. Inmediatamente, *Antonio* saltó sobre el mostrador y desde ahí pudo dominar todo el local. Apuntó su Luger de cañón largo hacia los empleados bancarios y les habló con voz firme y segura.

—¡Somos miembros de la Vanguardia Organizada del Pueblo! ¡Esto es una expropiación en nombre del proletariado! ¡Solo queremos el dinero de los patrones, si obedecen no ocurrirá nada grave!

Asustados, los clientes se lanzaron al piso mientras que el personal del banco levantaba sus manos y accedía a los movimientos de los asaltantes, que rápidamente coparon la sucursal financiera. Sin embargo, afuera la situación se desarrolló de otra manera. El carabinero ubicado en la esquina tuvo una sospecha y desenfundó su arma mientras se dirigía rápidamente hacia el banco. Al percatarse de la presencia de *Julio*, que debía obstaculizarle el paso pero que paralizado por el miedo no hizo otra cosa que interponerse en su camino, el policía le disparó dos veces, hiriéndolo en el vientre. El estruendo de los disparos sacudió la calma de esa mañana en Ñuñoa. Como entre tinieblas, *Julio* sintió que las piernas no respondían y que su corazón se negaba a latir mientras iba cayendo sobre la acera. Estaba muy malherido.

Al verlo sangrando en el suelo, el policía lo creyó mortalmente herido y dirigió su ataque contra los sujetos que se encontraban en el banco. No podía permitir que asaltaran un banco frente a sus narices y, aunque estaba solo, la adrenalina lo hizo arriesgarse. El *Poeta*, que estaba muy cerca de la puerta, dio el aviso a sus compañeros, pero ellos ya habían oído los disparos y dieron por finalizada la operación. Con cuidado, salieron a la calle buscando replegarse pero, de un segundo a otro, se desató una balacera sin control.

El factor sorpresa había fracasado y el *Poeta* se preparó para activar la bomba de ruido que llevaba en la mano, pero la distancia con el policía era demasiado corta. En ese momento y retorciéndose de dolor, *Julio* logró a duras penas gritar desde el suelo.

—Estoy herido, necesito ayuda.

Antonio se había parapetado en la puerta del banco y lanzaba tiros al aire para cubrir la retirada de sus compañeros, intentando abrir espacio para que abandonaran el sector por las rutas ya estudiadas. Luego disparó contra el policía para mantenerlo a raya, obligándolo a retroceder y parapetarse. Disparó un par de veces más y logró alejarlo del lugar donde yacía *Julio*, lo que permitió abrir la única vía de escape hacia el vehículo. Unos metros más allá *C-Hache*, al darse cuenta de la gravedad de la situación, decidió no seguir la planificación, que señalaba replegarse en caso de enfrentamiento. Tenía el motor en marcha pero sabía que había compañeros que no habían podido escapar, entre ellos *Antonio*, por lo que no se fue.

Por su parte, el uniformado, sorprendido por el combate que los asaltantes le estaban dando, buscó una posición más segura para seguir disparando. *Antonio* aprovechó este movimiento para alejarse del banco y se parapetó en un árbol a medio camino entre la ruta de escape y *Julio*. Ocupó los últimos tiros para intentar la huida del policía y el fin del enfrentamiento pero este se mantuvo en su lugar. Cuando tuvo que cambiar de cargador, el policía aprovechó para salir de su escondite y disparó en su contra, pero rápidamente *Antonio* respondió el ataque con una certera bala que llegó directo al cuerpo del carabinero. A viva voz, *Antonio* llamó a *C-Hache* y juntos transportaron a *Julio* hacia el vehículo, mientras el *Poeta,* con armas en la mano intentaba cubrir alguna reacción del abatido policía. Finalmente, los cuatro consiguieron abordar el vehículo y se fueron a toda prisa por las calles de la comuna.

A pesar del nerviosismo, *C-Hache* demostró una vez más sus habilidades al volante y su conocimiento de las calles. Lograron salir del sector mientras escuchaban las

sirenas policiales. Parecían muchos los vehículos que, en sentido contrario al de ellos, acudían raudamente al lugar del enfrentamiento. El resto del grupo operativo se había ido sin problemas por otra ruta acordada anteriormente. Mientras conducía, *C-Hache* observaba por el espejo retrovisor cómo *Antonio* trataba de detener la hemorragia del herido, que no cesaba de quejarse a causa del dolor. Al darse cuenta de la gravedad de las heridas del compañero, este le ordenó a *C-Hache*:

—Busca un buen lugar para que el *Poeta* pueda bajarse, es completamente innecesario que este aquí arriesgando su seguridad.

Cuando el *Poeta* se hubo bajado, *C-Hache*, *Antonio* y *Julio* se dirigieron en el automóvil al edificio del Pedagógico de la Universidad de Chile. Al llegar, *Antonio* le dijo a *C-Hache* algo que este ya presentía.

—Espérenme aquí, debo hablar con una persona que pueda conseguir un médico. *Julio* está muy mal y necesita ser operado, de lo contrario lo perderemos.

Tratando de caminar tranquilamente y pasar desapercibido, *Antonio* consiguió encontrarse con *José* en uno de los pasillos interiores de la facultad universitaria. Rápidamente le contó el problema y este en un gesto de honesta solidaridad cerró su oficina y le habló mirándolo a los ojos.

—Vamos afuera. Desde aquí no podemos hacer nada.

Caminaron hacia el automóvil buscando mantener la calma frente al resto de los estudiantes y docentes del sector, pero cuando *José* vio el estado del herido, sin pensarlo dos veces, ordenó:

—Llevémoslo a mi casa, es peligroso que siga en el auto, se puede desangrar. Allá podremos hacer algo.

Julio fue llevado a la casa del compañero y allí *Antonio* le recordó a *C-Hache* su tarea inmediata.

—Compañero, necesitamos que continúe su viaje hasta donde habíamos planeado abandonar el vehículo. Nosotros nos haremos cargo de *Julio*. Deben estar como locos buscando el automóvil. Cuídese, compañero.

C-Hache acató y se alejó de la casa. Evidentemente aquel auto era un peligro y había que abandonarlo, pero antes intentó borrar todas las huellas y los elementos que había en su interior. El lugar elegido para dejarlo estaba lejos de cualquier casa de seguridad del grupo. Una vez realizada la tarea, *C-Hache* se retiró con calma del sector sin llamar la atención. Veinte minutos después abordó el vehículo legal. *C-Hache*, chofer de profesión, era conocido como un militante honesto, comprometido y eficaz. Sin dudarlo, volvió a la casa donde se encontraban atendiendo al herido para estar operativo ante cualquier eventualidad.

—Lo lamento, pero aquí no puedo hacer mucho. Hay que llevarlo al hospital —concluyó el médico tras examinar las heridas de *Julio*—. Tiene complicados los intestinos y necesito una sala de operaciones —explicó preocupado.

—¿Es la única posibilidad, compañero? —preguntó *Antonio*, barajando todos los escenarios en su cabeza.

—Así es, y lo lamento. Por ahora solo puedo aplicarle unos calmantes para el dolor.

—La decisión la tienen ustedes, está en sus manos. Los dejo para que conversen tranquilos, pero dense prisa —dijo el facultativo y salió del cuarto.

Con fuertes dolores, *Julio* indicó que lo mejor sería que lo llevaran a un hospital, pero pidió que el grupo se hiciera

cargo de la mantención de su mujer y de sus hijos. *Antonio* no dudó ni un instante y le dio su palabra. Con mucho cuidado subieron a *Julio* al automóvil legal y se fueron rápidamente al Hospital Barros Luco, donde lo bajaron en andas y lo dejaron en la puerta de emergencia, tal como habían acordado.

—¡Un médico, se necesita un médico! —alcanzó a gritar *Antonio* antes de subirse al auto y partir a gran velocidad.

El personal de turno, alertado por la situación, trasladó inmediatamente al quirófano a *Julio*, que perdía ya la conciencia. Fue operado de urgencia y la policía fue notificada del ingreso de un herido a bala, cuyo estado era grave y que había sido trasladado hasta allí por desconocidos.

Capítulo XXVIII

Cuando volvió a la casa, *Natacha* se dio cuenta de que su compañero venía preocupado y abatido. *Antonio* miraba su camisa manchada con la sangre de *Julio* y pensaba que quizás a esa hora ya estaría muerto. La carga emocional de las últimas horas lo tenía agotado, pero sobre todo se sentía derrotado. Mientras se cambiaba de ropa fue relatando a *Natacha* lo sucedido durante la mañana.

Como no tienen televisión ni radio, ignoraban lo que había pasado en los alrededores del banco después de la balacera. A la mañana siguiente *Natacha* salió a comprar algún periódico de la mañana. Todos traían algo en común: en la primera plana venía impresa la foto del policía que custodiaba el banco. Junto a la imagen se señalaba que el hombre murió desangrado debido a que la ambulancia tardó mucho tiempo en llegar y nadie pudo hacer nada. Al enterarse de la noticia *Antonio* dio un puñetazo a la mesa.

> —¡Maldita sea! Fue un gran error darle a *Julio* un puesto estratégico. Dijimos hasta el cansancio que para esa tarea se necesitaba a una persona decidida y capaz de dominar cualquier situación imprevista. Incluso llegué a pensar que yo mismo debía asumir ese rol, pero *Julio* insistió, dijo que él era el más indicado. Al final decidimos darle la oportunidad... y ahora vemos los resultados.

Contrariado por la forma en que habían ocurrido los hechos, *Antonio* asumió la muerte del policía con tristeza y rabia. En su opinión, la operación no se había desarrollado como estaba planeada porque no se habían cumplido las instrucciones en el plano técnico, operativo y militar. Al no desarmar ni neutralizar al policía se había llegado a

un enfrentamiento armado. El resultado se debía a fallas humanas, ya que el plan no contemplaba el hacer uso de las armas. Aunque los hechos le daban la razón, ya no podía hacer nada, las consecuencias estaban a la vista y solo quedaba hacer la reflexión para no repetir los errores. La sensación de contrariedad se hizo aún más fuerte cuando vieron el reportaje que el periódico *Puro Chile* realizó sobre la familia del policía. En él se mostraba dónde vivían su mujer y sus hijos y el contraste era evidente en relación a las imágenes de las mansiones de los dueños del banco.

—Ese policía entregó su vida por cumplir con su deber de cuidar los intereses de sus patrones. Espero que ellos, al ver su situación, decidan apoyar económicamente a su viuda —comentó ingenuamente *Natacha*.

—Ojalá fuera así, pequeña.

Natacha siguió leyendo la crónica sensacionalista de los diarios y se encontró con las declaraciones de las empleadas de las tiendas, que habían sido testigos del enfrentamiento entre *Antonio* y el policía. Todas señalaban lo atractivo y guapo que era el asaltante que le disparó al policía, pero no aportaban detalles reales de la fisonomía ni de él ni de los demás participantes. "Andaban bien vestidos y aparentaban un aspecto poco común en relación a los delincuentes habituales", señalaban los testigos. Para la policía fue imposible recabar más información ni confeccionar un retrato hablado que pudiese identificar a algún miembro de la organización.

Eran pasadas las nueve de la noche cuando sintieron unos golpes suaves en la puerta del dormitorio. Preocupado, *Antonio* tomó la Luger y se llevó la mano a la espalda para ocultarla. Abrió la puerta lentamente y, sorprendido, se encontró con el dueño de la casa.

—¡Hola, *Antonio*! ¿Cómo terminó la cosa hoy? Los vi en plena acción en el banco, pero como iba en el vehículo con mi socio, no pude quedarme a ver el final —dijo en tono animado, rompiendo cualquier norma

de compartimentación de la acción clandestina.

—Supongo que, si has leído los diarios, sabrás que hubo un muerto —dijo *Antonio*, obligándolo a entrar y cerrando la puerta rápidamente—. Ocurrió un imprevisto y eso nos echó a perder una acción que, de otra manera, habría resultado limpia y exitosa.

—Son accidentes que ocurren, pero en el futuro deben contar con estas sorpresas. Bueno, al menos tú estás bien. Que tengan una buena noche y que descansen — el hombre le dio unas palmadas en el hombro y salió, restándole importancia al asunto.

Aquella noche, cuando *Julio* despertó de la anestesia supuso que estaba en un hospital y se percató de que se encontraba rodeado de policías de civil. Al ver que reaccionaba, inmediatamente empezaron a amenazarlo para que entregara los nombres de sus cómplices y, asustado y adolorido, no calló por mucho tiempo. Uno a uno, fue entregando los nombres políticos de sus compañeros, incluidos el nombre de *José* y la dirección a la que había sido llevado después del fallido asalto.

Minutos después, la policía rodeó el domicilio y procedió a detener al médico, sin que este opusiera ninguna resistencia. Fue llevado al cuartel de Investigaciones, donde no logró convencer a sus torturadores de que era inocente. Una y otra vez explicó que las únicas motivaciones de su ayuda habían sido humanitarias, pero esto no bastó para detener a los ansiosos policías, que continuaron con las brutales palizas. *José* permaneció detenido cerca de un mes en aquellas malolientes celdas.

La represión buscaba propagar el miedo entre quienes abrían una puerta, prestaban una casa o facilitaban un auto a los grupos revolucionarios. Sin embargo y pese a los amedrentamientos y continuos golpes, las redes de ayudistas permanecieron fuertes y sólidas, lo que sería crucial durante los terribles años que pronto azolarían al país.

Capítulo XXIX

Los resultados de la elección presidencial y la inminente investidura de Salvador Allende como presidente provocaron violentas reacciones en los grupos ultraderechistas. Las apariciones públicas del grupo paramilitar Patria y Libertad eran cada vez más frecuentes y agresivas ante la pasividad del gobierno.

Como era su costumbre, el 22 de octubre de 1970 el comandante en jefe del ejército, el general René Schneider Chereau, se dirigía a su despacho por la calle Martín de Zamora en dirección al poniente. A las 8:20 de la mañana el automóvil fiscal conducido por su chofer, el cabo Leopoldo Mauna, pasaba frente al número 4420 de dicha calle cuando fue rodeado por un comando de cinco hombres. Uno de ellos rompió el vidrio posterior izquierdo y disparó contra Schneider, logrando herirlo –según la información de los diarios– en el brazo, el hombro y la muñeca izquierda. El general fue trasladado de urgencia al Hospital Militar y, mediante un escueto parte, los médicos diagnosticaron "diversas lesiones de carácter reservado".

El general Roberto Viaux y algunos miembros de Patria y Libertad habían planificado un secuestro a Schneider, buscando que las Fuerzas Armadas y el Congreso Nacional desconocieran el resultado electoral y que se impusiera, mediante la fuerza, un clima de caos. Sin embargo, su objetivo no se cumplió debido a que el comandante en jefe se defendió durante la emboscada. Dos días después, el secretario del Parlamento, Pelagio Figueroa, informaba en el Congreso Nacional y con ritualidad republicana el resultado oficial de los comicios, ya ratificados por el Tribunal Calificador de Elecciones: "Salvador Allende ha obtenido: 1.700.334 votos, Jorge Alessandri: 1.031.159 y Radomiro Tomic: 821.801. Ninguno de los candidatos ha obtenido mayoría absoluta en

las urnas. Por lo tanto, corresponde al Congreso Pleno elegir entre las dos primeras mayorías al presidente de la república". Los parlamentarios fueron entregando su sufragio por orden alfabético: primero los senadores y luego los diputados. Al final de la tensa sesión, Tomás Pablo dio a conocer públicamente los resultados: "Con motivo de la votación producida y en conformidad a los artículos 64 y 65 de la Constitución, el Congreso en Pleno proclama presidente de la república para el período comprendido entre el 3 de noviembre de 1970 y el 3 de noviembre de 1976 al ciudadano Salvador Allende. Se levanta la sesión".

Pelagio Figueroa comunicó oficialmente el resultado a Allende. Minutos más tarde fue envestido como nuevo presidente y de inmediato se dirigió al Hospital Militar para enterarse personalmente del estado de salud del general pero cuando llegó, Schneider agonizaba. Finalmente, el comandante en jefe murió el 25 de octubre de 1970 producto de una grave hemorragia hepática.

Poco después, el 5 de noviembre se desarrolló una gran concentración en el Estadio Nacional, donde Salvador Allende se dirigiría al pueblo en su primer discurso público como presidente. Junto a miles de trabajadores y pobladores esperanzados, varios militantes de izquierda repletaron el centro deportivo, que se impregnó de aire festivo. *Antonio* y *Natacha* habían decidido acudir para escucharlo, la experiencia era única a nivel mundial: la vía chilena al socialismo era observada desde todos los rincones. Para ellos era muy importante conocer los planteamientos y las líneas de acción del futuro gobierno, ya que de ello dependían en gran medida las acciones y le quehacer político de las distintas organizaciones de izquierda. En su discurso, Allende prometió llevar a cabo cambios radicales en la sociedad para favorecer al pueblo, pero, eso sí, basándose en lo que la Constitución y las leyes burguesas le permitían.

Ante esta propuesta y desconfiando aún de la viabilidad del proyecto de Allende, la VOP decidió volcar importantes esfuerzos en su trabajo de masas, eligiendo como base algunos campamentos de pobladores sin casa y tomas de terreno recientemente levantadas, como Nueva La Habana,

Vietnam Heroico y Ho Chi Min. En la organización había confianza y optimismo político frente a la nueva etapa que se iniciaba, lo que se fortaleció con los rumores de un indulto a los miembros de grupos revolucionarios en prisión, entre ellos el propio hermano de *Antonio*, Arturo Rivera Calderón.

Antonio, que ya era conocido en estos espacios, participó activamente en reuniones con dirigentes y con encargados de los grupos, en particular con los voluntarios de sanidad de los campamentos. Un poco alejada del grupo, *Natacha* los oía planificar la creación de clínicas populares con los recursos que la VOP ofrecía producto de las expropiaciones. Viendo que la organización estaba de su parte y que sus miembros trabajaban codo a codo con ellos, muchos pobladores se integraron a la VOP y simpatizaron con su estilo directo, simple y combativo. En una reunión interna *Antonio* comentó con entusiasmo:

> —Estos compañeros tienen una consecuencia a toda prueba, pero es necesario educarlos políticamente, motivarlos para que lean y se instruyan. No nos podemos quedar con las puras ganas. Es importante comprender y estudiar cómo funciona este sistema para poder cambiarlo. Pero no solo eso, también tienen que ser conscientes de la necesidad de prepararse para cuando en este país quede la escoba. La burguesía no va a aguantar todo lo que está pasando... y nosotros no nos podemos quedar de brazos cruzados.

En esos días se integró formalmente al grupo el *Relojero*. Vendió su casa y su jeep para trasladarse a Chicauma, una localidad al norte de Santiago, con la idea de crear allí las condiciones para establecer la primera comunidad libre, autónoma y autogestionada, con una economía basada en el sistema de cooperativas. Los campesinos del sector sobrevivían en la extrema pobreza, por lo que *Roberto*, como también lo llamaban, decidió invertir su pequeño capital en construir poco a poco y, a pulso, ese sueño de libertad.

La iniciativa se basaba en las lecturas que el *Relojero* realizaba del teórico Martin Buber y la admiración que le

inspiraban las experiencias autónomas y comunitarias de los Kibutz en Israel. El proyecto fue recibido con agrado por parte de la comunidad campesina, que no puso reparos a la llegada de miembros de la VOP al sector y les permitieron levantar un pequeño campamento de carpas para que se instalaran.

Antonio viajaba con frecuencia a Chicauma para compartir y levantar el proyecto. Mantenía reuniones maratónicas con dirigentes y pobladores para discutir inquietudes políticas y las necesidades más inmediatas. En los ratos libres aprovechaba para montar a caballo como un experto. *Natacha* observaba a su compañero disfrutar enormemente, con aquella risa fuerte que lo caracterizaba, jugando y sorprendiendo a los niños, que lo miraban admirados.

La inestabilidad económica que atenazaba a los campesinos de Chicauma se agudizó luego del cierre de la panadería y otros negocios del sector. Ante esta urgente situación, el autoabastecimiento y el trabajo se transformaron en dos metas fijadas para sacar adelante el proyecto comunitario. El *Relojero* y *Antonio* visitaron al dueño de la panadería y llegaron a un acuerdo con él: invertirían en el local y lo colectivizarían. De esta manera se aseguró la producción de pan para que la comunidad se mantuviera de forma autónoma. Otra ingeniosa iniciativa por parte de la VOP fue la compra de una proyectora para pasar películas de forma gratuita al interior de la comunidad. Un improvisado cine abría sus puertas todos los domingos a campesinos y pobladores del sector. Poco a poco, la comunidad fue cobrando vida. Cuando *Natacha* y *Antonio* visitaban el lugar se sentían como en casa, hablaban con total confianza con los campesinos y jugaban con sus pequeños. La gente del lugar los integró sin hacer ninguna diferencia, como dos miembros más de la familia.

Capítulo XXX

El médico panameño que controlaba el embarazo de *Natacha* dio como fecha probable del parto los últimos días de diciembre de 1970 y le recomendó internarse en uno de los hospitales donde él trabajaba para evitar cualquier problema legal. Estaban a fines de noviembre y, a pesar de lo que decía *Natacha*, *Antonio* observó que tenía dificultades para caminar. La situación de la joven se volvió tan delicada que él decidió bajar un poco el intenso ritmo de su actividad política para ayudarla y acompañarla durante el término de su embarazo.

La primavera llegaba a su fin, dejando repleto de flores el jardín de la casa donde habitaba la pareja. Los árboles cargados de fruta anunciaban una cosecha generosa, especialmente el viejo ciruelo en medio del patio, que ofrecía sus crecidos frutos a *Natacha*.

—Las ciruelas están verdes todavía. Hay que esperar a que maduren. Si te las comes ahora te puedes enfermar —le advertía *Antonio*, que conocía el gusto de su compañera por aquella fruta.

Era 23 de diciembre de 1970, la navidad se aproximaba y al volver a casa *Natacha* se percató de que *Antonio* se estaba refrescando con un baño. Como una niña traviesa se escabulló con sigilo hacia el patio para comerse algunas ciruelas a escondidas. Cuando se las llevó a la boca las encontró exquisitas y solo comió unas pocas para hacer frente al antojo que la invadía. Sin embargo, a los pocos minutos comenzó a sentir los efectos de su travesura. Un fuerte dolor de estómago la hizo doblarse en dos. Al ver esto, y después de haber escuchado lo que la joven había hecho, *Antonio* no lo dudó mucho, se vistió rápidamente, puso una chaqueta sobre los hombros de

su compañera y salió a buscar un taxi. Ningún automóvil se detuvo y decidieron tomar el primer bus que les sirviera. Poco después llegaron al Hospital Salvador. Una enfermera ingresó a *Natacha* y obligó a *Antonio* a esperar afuera de la consulta. Al interior de la sala, un joven doctor examinó detenidamente a la sufriente joven. Con el estetoscopio en la mano comenzó a auscultar su abultada panza pero un gesto de sorpresa alertó a *Natacha*. El médico habló con excitación.

—¡Espera un momento! Tengo que llamar a un colega para asegurarme pero, ¿sabes? Siento el latido de dos corazones, ¡creo que son mellizos!

Estupefacta con la noticia, *Natacha* pasó del asombro al terror. Poco después, tres médicos la examinaron con detención y confirmaron la existencia de dos bebés. Para graficárselo, uno de ellos marcó con un plumón en la barriga de *Natacha* la ubicación de ambos.

Apenas terminaron los exámenes consiguió arrancarse hasta donde la esperaba *Antonio*. Se sentía extasiada.

—Mi amor, los médicos escucharon dos latidos... ¡Son dos bebés! —se subió la blusa con disimulo y le mostró las marcas que le habían dibujado—. Dicen que tengo que quedar internada hasta el parto.

Sin ocultar su impresión y alegría, *Antonio* la abrazó con ternura y acarició suavemente su barriga. Luego la besó largamente en los labios y le hizo una promesa.

—Esperaré aquí hasta que me echen, pequeña. No te dejaré sola.

El hospital le otorgó un camisón a *Natacha* y le hicieron un lavado para acelerar el parto. En el pasillo, las cinco mujeres embarazadas que la acompañaban se fueron marchando una a una a medida que empezaban su trabajo de parto y solo quedó *Natacha*, a la espera de su primera contracción. Durante todas las fiestas navideñas la joven

permaneció internada en el hospital bajo un régimen de visita muy estricto. En la maternidad el contacto con la familia se hacía a través de las damas de rojo y de forma muy limitada, pero esto no impidió que *Antonio* visitara a su compañera. Cada noche, aprovechando su buen estado físico y el constante ejercicio conspirativo, *Antonio* acudía al hospital por una calle lateral oscura, saltaba los altos muros y se dirigía al pasillo donde su compañera lo esperaba. En la calle, a prudente distancia, su buen compañero *C-Hache* lo esperaba en el vehículo, en caso de que hubiera problemas o algún peligro. *Natacha* y *Antonio* se situaban una vez más en la ilegalidad y celebraban su encuentro con besos, abrazos y caricias. El resto de los pacientes miraba con picardía y sana envidia los encuentros furtivos, colaborando y vigilando la llegada de algún funcionario médico. Habían apodado al fugitivo amante como *Robin Hood*, sin saber que efectivamente aquel hombre asaltaba bancos para hacer la revolución.

Se acercaba el fin de año y las gestiones realizadas por Clotario Blest dieron como resultado que el presidente Allende y su gabinete firmaran un decreto de ley que otorgaba el indulto a los prisioneros políticos encarcelados por el anterior régimen democratacristiano. Tras una agitada confrontación política, finalmente este decreto consiguió sacar de las cárceles a prisioneros del MIR, la VOP y otros grupos revolucionarios. La primera letra del decreto hacía alusión a los siete procesados de la VOP de ese entonces. Aun cuando algunos habían salido hacía poco tiempo por medio del pago de una fianza, estas letras anulaban por completo el proceso contra ellos:

> *1º-Indúltanse las penas, incluso las accesorias que pudieren corresponderles, a las siguientes personas, en los procesos que se señalan de los tribunales que se indican:*
> *a) Proceso Nº 1.264, de 1969, del 8º Juzgado del Crimen de Mayor Cuantía de Santiago:*
> *Arturo Rivera Calderón, Edmundo Magaña Torres, Raúl Enrique Estroz Cifuentes, Leonardo Farfán Guerra, Juan Gabriel Leonardo Carvajal, René Gaspar Vargas Yáñez y Luis Orlando Moreno Flores.*

Aquella navidad fue de reencuentro en varias familias de revolucionarios, incluyendo la de los Rivera Calderón en la comuna de Ñuñoa. El presidente Allende cumplía con una de las medidas que la izquierda revolucionaria exigía desde hacía tiempo: la disolución del odiado Grupo Móvil, destinado a golpear y torturar a personas en manifestaciones y disturbios. Sus efectivos fueron reintegrados al servicio regular, mientras que los carros lanza-agua y antidisturbios fueron enviados a las poblaciones para entregar agua potable a los sectores marginales.

La Unidad Popular comenzaba su recorrido implementando una serie de medidas que pretendían hacer realidad la participación de los trabajadores en sus fábricas y en el desarrollo del país. Una de ellas fue la distribución diaria y gratuita de medio litro de leche para cada niño en edad de crecimiento dentro de las poblaciones de Chile.

El 30 de diciembre de 1970 *Natacha* no quiso permanecer más tiempo aburrida en el hospital a la espera de un parto que no parecía querer adelantarse, por lo que decidió comunicarse con *Antonio* para que la fuera a buscar, ya que ella solicitaría el alta médica ese mismo día. Como regla general, antes de autorizar su salida el médico tratante realizó un último examen y detectó un movimiento fetal anormal. En cosa de minutos fue llevada de urgencia a la sala de operaciones para practicarle una cesárea y desde la camilla vio entrar a un joven rubio, que vestía ropas blancas y esterilizadas.

> —Soy el doctor Barrios —se presentó mientras revisaba sus instrumentos médicos—. Te pondremos una raquídea, una anestesia para los miembros inferiores y los órganos alrededor de la pelvis. Se aplica mediante una inyección de procaína en el conducto raquídeo. Aplicaremos este tipo de anestesia porque queremos que estés consciente durante la operación.

Tras acercarse a la camilla y ver más de cerca a su paciente le susurró a la enfermera algo que *Natacha* pudo distinguir:

—Es muy joven, trataremos de hacer un trabajo especial.

Luego se dirigió a *Natacha* y habló con orgullo y seguridad.

—Muchacha, te haremos una cesárea, pero te dejaré tan estupenda que podrás lucir bikini sin problemas.

Capítulo XXXI

Entre sueños escuchó el llanto de una criatura, de su criatura. Abrió los ojos todavía confundida y vio que el reloj marcaba las once y media de la mañana. Desde lejos las enfermeras le mostraron a su bebé y le indicaron que era un varón. *Natacha* intentó decir algo, quería comprender qué había pasado con ella y el anuncio de los dos bebes. ¿Se había tratado de un error? ¿Qué paso? Las enfermeras no le dieron ninguna explicación y se retiraron.

En la sala de recuperación una enfermera le inyectó suero. *Natacha* comenzó a sentirse muy mal, el efecto de los medicamentos seguía siendo potente. Quería decirlo, quería gritar, pero sus labios se movían sin que saliera ningún sonido. Poco a poco la visión se le fue oscureciendo y alcanzó a escuchar a lo lejos los gritos de la enfermera, que intentaba reanimarla y pedía ayuda a sus colegas. *Natacha* sintió que ya no tenía fuerzas para luchar, para seguir en este mundo.

Se despertó cuando ya era de noche. Aún confundida, sentía que por sus venas ya no corría sangre sino un río de fuego que la quemaba por dentro. Cuando consiguió volver en sí, la enfermera la recriminó sin ningún miramiento.

—Estas mocosas tan jóvenes no deberían tener hijos. ¡No sabes cuánto trabajo nos has dado! Casi te mueres.

Luego acarició suavemente la cabeza de la paciente, esbozó una extraña sonrisa y se retiró para informar al médico que el peligro ya había pasado. Nunca le dieron una explicación sobre qué habría pasado con el segundo bebé, y hasta el día de hoy no sabe si fue un mal diagnóstico o si tuvo problemas al nacer y se lo ocultaron.

Al día siguiente, *Antonio* y su familia pudieron ver a

Natacha y conocer al pequeño. Todos estaban felices, un niño sano y tranquilo era el nuevo integrante de la familia. *Antonio* no cabía en sí de felicidad y orgullo, abrazaba y acariciaba con ternura a su *Natacha* y le hablaba al oído en voz baja.

—¡Gracias por este vietnamita! Siempre te dije que tendríamos un hijo, ¿te acuerdas?

A los pocos días los médicos le dieron el alta a *Natacha*. Cuando llegó a casa se encontró con Arturo en libertad. Por fin toda la familia estaba reunida y daba la bienvenida al nuevo integrante. Ese día en la mesa compartieron historias, vivencias, risas y anécdotas. Aquella casa ubicada en un cité de Ñuñoa se había transformado para *Natacha* en su nuevo hogar.

Comenzaba 1971 y la visita de Carmen, su amiga de la infancia, sorprendió gratamente a *Natacha*.

—¡Qué alegría tenerte aquí, amiga mía! Desde que me vine del norte no he tenido noticias tuyas y no sabes cuánto te extrañaba. Pero cuéntame, ¿cómo has conseguido la dirección de mi suegra? Y, por medidas de seguridad, desde ahora llámame *Natacha*.

—Tu hermano José me la entregó y cuando supe que ibas a ser mamá no dudé en venir a verte. Pero amiga, no me habías dicho nada, ¡he conocido a Arturo! No entiendo por qué no me contaste que tenías un cuñado tan estupendo e inteligente. ¡Y no solo eso, también revolucionario!

Preocupada, *Natacha* escuchó a su amiga sin pestañear. La quiere como a una hermana y por nada del mundo quiere que sufra por una decepción amorosa. Arturo o *Ricardo*, como es conocido por su nombre político, es un muchacho muy solicitado entre las chicas de su entorno. Siempre hay alguna preguntando por él para salir en su compañía o convertirse en su amiga o su novia si viene al caso. Decidió no comentarle esto a su amiga para averiguar primero

cuáles eran los sentimientos y las intenciones de su cuñado, quizás esta vez sí podrían ser serias. Eligió cuidadosamente las palabras para aconsejarla.

—Tú lo has dicho. Es un poco riesgoso que te líes con un muchacho como él, ya sabes que estamos metidos en una empresa peligrosa y la vida nuestra no es fácil...

Pero su amiga la abrazó, corrigiéndola y hablando sin parar.

—Llena de peligros pero feliz. Me he enterado de algunos detalles sobre la vida tan libre que llevas con *Antonio*. Si tú eres feliz yo también puedo serlo con Arturo, perdón, con *Ricardo*. Es que, amiga, me gusta a rabiar.

Ante la emoción y convicción de Carmen *Natacha* quedó desarmada. Realmente su amiga estaba enamorándose de su cuñado, pero de todas maneras insistió.

—Es tu decisión, amiga, tú ya eres grande. Pero date un tiempo prudente para conocerlo antes de iniciar una relación amorosa. Arturo salió hace poco de la cárcel y lo ha pasado muy mal. Él nunca nos ha hablado en detalle sobre lo traumatizante de su paso por los cuarteles de la policía política, pero sabemos que fue duro. Los compañeros que fueron detenidos con él nos contaron las condiciones deplorables en las que llegaba a su celda después de los interrogatorios. Se ensañaron con él y cometieron toda clase de aberraciones. Su salud quedó muy deteriorada. Debes acordarte de que solo tenía 18 años cuando fue detenido. Ahora necesita mucho apoyo y cariño. Debes tomarlo en serio.

—Te lo prometo, amiga, no estoy jugando —la tranquilizó Carmen.

La relación entre ellos fue como un volcán, intensa y apasionada como la misma vida de Arturo. Ese mismo día comenzaron un apasionado pololeo. Tres días más tarde, Carmen tomó contacto urgente con *Natacha* y le pidió que se juntaran cuanto antes. Feliz y radiante, Carmen la abrazó apenas se encontraron y con un nerviosismo extremo le confesó a su íntima amiga:

—Estoy perdidamente enamorada. Y es de verdad. Arturo es tan tierno y me adora.

Sin embargo, un problema inesperado hizo que Carmen tuviera que volver a Arica sin poder despedirse de *Natacha*. Una semana después, Arturo se reincorporó de lleno en las actividades revolucionarias del grupo y se dedicó a vigilar un objetivo en compañía de *Natacha*. Durante las largas horas de chequeo del lugar, vigilando la gran cantidad de gente y movimientos en el sector, el único tema de conversación era Carmen.

—*Natacha*, en verdad soy inmensamente feliz. Por fin he encontrado a la mujer de mi vida. Ella es tierna y cariñosa. La adoro y me alegra mucho que sean amigas, así no se sentirá tan sola en la capital.

—No quiero ser indiscreta, pero cuéntame sobre tus planes —*Natacha* hablaba con cierta preocupación por su amiga y el reciente viaje.

—Cuando Carmen regrese del norte nos queremos ir a vivir juntos. Ella ha ido solamente a recoger sus cosas y regresará inmediatamente, no tardará.

Una sonrisa se dibujó en la cara de *Natacha*. Estaba contenta de ver así de feliz a su cuñado y lo felicitó. Arturo la abrazó con cariño y le agradeció su preocupación. Le recordó lo afortunado que se siente de tenerla en su familia y lo encantado que está de que sea pareja de su hermano. Los abrazos y la sincera conversación fueron interrumpidos por

un movimiento de personas en el objetivo. Esto despertó las alarmas y fue anotado en clave en una pequeña libreta.

Capítulo XXXII

A comienzos de febrero de 1971 *Antonio* y algunos de los suyos participaron en una reunión organizada por el grupo de refugiados panameños. En la sala destacaban el médico ginecólogo, un licenciado y un excomando boina verde. Este último fue el primero en tomar la palabra.

—Me presento, compañeros, pueden llamarme *Julián* y he pedido esta reunión para advertirles del peligro en que se encuentra su país. Por ser miembro de las tropas especiales de Panamá, las boinas verdes, me designaron como guardaespaldas del presidente Arnulfo Arias. Su gobierno fue efímero y duró unos pocos días. Un golpe de Estado lo derribó —guardó un breve silencio para ordenar sus ideas y proseguir—. Lo que es importante tener en cuenta son las circunstancias alrededor de su derrocamiento: en un plan coordinado por el ejército, pero apoyado por otros sectores, se llamó al pueblo a celebrar el triunfo del nuevo presidente y se repartió comida y, sobre todo, bebida a destajo. El país se sumió en un día de juerga donde se tomó y bailó en las calles hasta altas horas de la madrugada. Fue precisamente en ese momento, cuando la gente dormía, que el ejército se tomó el poder sin que nadie pudiera oponer resistencia.

—Latinoamérica se está repletando de golpes de Estado —dijo *Antonio*.

—Así es, compañero. Nosotros le habíamos advertido al presidente del peligro que corría, pero él no nos creyó. Nosotros salimos al exilio para evitar ser detenidos por los golpistas. Al llegar a Chile tuvimos que permanecer

recluidos en la Cárcel Pública mientras el gobierno de Frei averiguaba nuestro historial.

—No son muy amistosos los democratacristianos —señaló con humor negro otro miembro de la VOP.

—Se demoraron un buen tiempo en tramitar el asilo político y dejarnos en libertad. Fue en la cárcel donde conocí a gente del MIR y también de ustedes, al Arturo en particular. ¿Sabes, compañero? Yo nunca me imaginé que los yanquis y la CIA permitirían que Allende asumiera el gobierno en su país.

—En verdad nosotros tampoco teníamos muy claro qué iba a pasar, sobre todo después de lo que hicieron con Schneider. El proyecto de la Unidad Popular es un experimento único en el mundo y nadie sabe muy bien cómo va a funcionar ni para dónde irá —explicó *Antonio*.

—Los yanquis no se andan con "chicas", compañero. Tengo la confirmación de que cerca de cuarenta agentes de la CIA se encuentran acá trabajando, buscando derrocar al gobierno, atacar y frenar cualquier impulso revolucionario —*Julián* hizo una pequeña pausa y decidió ir directo al motivo de la reunión—. Quiero proponerles un acuerdo. Yo realizaré la vigilancia y recolección de todo dato que nos pueda servir sobre la actividad de estos cerdos en Chile y luego ustedes lo expropian. Les garantizo que, de llevarse a cabo esta operación, podemos incautar mucha información confidencial, sobre quiénes y cómo están complotando. Aparte de eso, ellos manejan dólares a granel. Nuestra gente nos informa que estos agentes disponen de grandes recursos económicos y pagan bien a sus colaboradores en el país. Además, conociendo sus métodos, ahora deben estar ayudando a sacar divisas del país para fomentar las mafias del mercado negro.

Un silencio inundó la habitación. Los vopistas se miraron unos a otros buscando expresar con sus caras su opinión respecto a la peculiar propuesta de los panameños. *Antonio* tomó la palabra, un tanto escéptico del ofrecimiento.

—¿Y tú, ustedes? ¿Qué obtendrán a cambio?

—¡Venganza! —respondió *Julián*, duramente y sin titubear—. Esos cerdos arruinaron a mi familia, mi carrera y mi vida por no obedecerles, y creen que pueden andar por el mundo sacando y poniendo gobiernos a su antojo. Yo no me olvido, mi profesión es luchar y matar —una sonrisa se dibujó en su rostro.

Antonio agradeció la oferta pero se disculpó por no poder otorgar una respuesta definitiva aquella noche, ya que tenía que consultarlo con el resto de los miembros de la dirección. También agradeció la sinceridad y la confianza que le habían otorgado al grupo, y se despidió dejando amarrado un contacto para la semana siguiente.

Tras hablar con los distintos compañeros y sopesar los riesgos y beneficios, la decisión fue unánime: la VOP expropiaría a los agentes y colaboradores de la CIA.

Para llegar a la casa donde los había citado nuevamente *Julián* tenían que atravesar casi todo el centro. Era pasada la medianoche y, por tanto, una nueva experiencia para *Natacha*. En el tiempo que llevaba en la capital nunca había salido a esas horas en labores conspirativas. Había pocos transeúntes en aquellas calles oscuras y sucias. En la puerta de los restaurantes se podía ver a madres con sus hijos pequeños sacando restos de comida de los tarros de basura. En los portales había gente durmiendo, tapados con pedazos de cartón y papeles de periódico. Aquellos marginados por la sociedad se tomaban cada noche el centro para dormir, comer y deambular por los mismos lugares en que, durante el día, se movían los exitosos hombres de negocios. Ella se detuvo para convencerse de que sus ojos no le jugaban una mala pasada. En Arica nunca había visto algo así, pero la escena era real y se desarrollaba ante sus narices. Estaba anonadada y no lo

podía creer. *Antonio* la invitó a seguir adelante y le habló con calma.

—Pequeña, te presento la democracia chilena, la del capitalismo salvaje. Ahí puedes ver gente que vive comiendo basura y que tiene que dormir en la calle, y esos pequeños que ves ahí son los más vulnerables. Ellos son las víctimas de esta sociedad en la que vivimos. Es justamente por eso que nos arriesgamos día a día. Es por imágenes como esta que luchamos, para cambiar esta maldita realidad.

Natacha guardó silencio, los hechos hablaban más que cualquier libro o teoría.

En la reunión, tras confirmar la disposición de la VOP ante la propuesta, *Julián* les entregó un sobre cerrado.

—Ahí encontrarán toda la información del primer agente de la CIA a expropiar —dijo con el preámbulo propio de un militar.

—¿Todo lo que necesitamos está acá? —*Antonio* quería confirmar que no quedara nada en el aire.

—Sí, compañero. No puedo asegurarte de que este sea el jefe pero después de vigilarlo durante este tiempo deduzco que es un personaje con poder para negociar. Lo he visto relacionarse con gente importante de la burguesía criolla. También les he anotado las horas que considero propicias para realizar esta primera operación contra los cerdos. De todas formas, corroboren ustedes la información y actúen con completa autonomía.

Durante varios días se hizo chequeo para confrontar los resultados con los del panameño. Todo coincidía, por lo que se decidió que la fecha de la operación sería a mediados

de febrero de 1971. El día señalado, un comando de la VOP esperó pacientemente que su objetivo saliera a su habitual ronda por los lugares de diversión nocturna. Cuando estuvieron seguros de que el camino estaba libre, *Antonio* subió por la puerta de servicio hasta la habitación del agente en el Hotel Carrera. Tardó muy poco en abrir la puerta con una ganzúa y entró sigilosamente. Desde la ventana dio las señales que le indicaban al resto del grupo que podía subir. La suite era muy lujosa. Estaba dotada de una sala espaciosa, un dormitorio y un cuarto de baño pequeño, pero bien acondicionado. Se podía ver claramente que el agente era una persona meticulosa, ya que todas sus pertenencias estaban ordenadas y en su sitio.

—Hay que llevarse todo lo que pueda ser de utilidad política, económica o militar —dijo *Antonio*, que a su vez realizaba un trabajo sistemático, rápido y limpio, sin dejar de revisar ningún espacio.

La operación fue un éxito. Aparte de dinero, el grupo recolectó material interesante y comprometedor: fotos de objetivos militares, una lista con nombres de posibles contactos favorables a sus planes estratégicos contra el gobierno de Allende y todos los procesos que se desarrollaban. Incluso encontraron una grabación de las conversaciones sostenidas con un conocido dirigente político de extrema derecha. Mientras abandonaban el lugar, *Antonio* imaginó al agente en el momento de informar a sus superiores de la pérdida de recursos fruto de varios meses de su trabajo. De seguro, su historial profesional se vería severamente empañado y ya no se sentiría seguro en ninguna parte.

En total fueron cinco operaciones contra agentes norteamericanos, todos ellos altos personajes encubiertos. En esas acciones la VOP consiguió una suma importante de dólares y joyas, además de grabaciones y documentos con instrucciones y detalles sobre la acción encubierta en Chile. También encontraron un archivo con nombres de líderes de la izquierda y de contactos fiables en los partidos de derecha.

De todo este valioso material pudieron inferir el siniestro pero efectivo plan de la CIA. Han invertido mucho dinero en comprar el apoyo de sectores opositores clave y en financiar campañas propagandísticas contra el gobierno. Buscan desencadenar el desabastecimiento, provocando problemas en el transporte y anunciando la escasez de productos de primera necesidad. Lo que quieren es, como diría Nixon, hacer aullar a la economía chilena y así desatar la especulación y el mercado negro. Ante la crisis provocada, los norteamericanos apuestan por una salida donde las fuerzas de la derecha y los militares sean los protagonistas.

Al leer la documentación, *Antonio* confirmó las sospechas que circulaban en los entornos revolucionarios: el gobierno de Allende tenía las horas contadas. Compartió y comentó los documentos incautados con *Natacha* para que viera la envergadura de la intervención norteamericana.

—Esto es grave. ¡Estamos sentados en un barril de pólvora! Tenemos que entregarle estos materiales a nuestro buen amigo, el *doctor Linares*, él sabrá qué hacer con esta información —dijo *Antonio* con preocupación.

Capítulo XXXIII

A partir de ese instante la actividad de la VOP se desarrolló de forma vertiginosa. Sentían que tenían poco tiempo, que la amenaza estaba latente en cada esquina. Era necesario construir una fuerza guerrillera que hiciera frente a la reacción, había que armar al pueblo y prepararlo para cuando el enemigo sacara sus garras asesinas. Había que aprovechar de hacerlo ahora mismo.

Las joyas incautadas en las expropiaciones fueron vendidas a un joyero que tenía su local en una galería comercial cerca de la Plaza de Armas. Él se encargaría de fundirlas y, con el oro obtenido, confeccionar otras. Nada quedó para lujos o regalos de los vopistas y sus familias. *Natacha* aguardaba en la entrada de unos cines rotativos mientras su compañero negociaba con el hombre. Al sellar la compra, el joyero le dio el teléfono de una persona que compraba dólares en el mercado negro. Desde una cabina pública, al otro extremo de la galería, *Antonio* marcó el número telefónico. La señora que lo atendió se mostró muy interesada y le dio una cita para esa misma tarde.

La casa en cuestión estaba ubicada cerca del cerro Santa Lucía, en una calle muy angosta y sin salida que nace en las inmediaciones de la Escuela de Bellas Artes y termina junto al cerro. *Antonio* se bajó ágilmente del coche, vestido de terno y con un maletín lleno de dólares expropiados. *Natacha* y *C-Hache* permanecieron en el vehículo. Media hora después lo vieron bajar la angosta calle con paso lento. *C-Hache* notó que, a espaldas de *Antonio*, un coche se había puesto en marcha y se dirigía rápidamente hacia él con las luces altas encendidas. *C-Hache* reaccionó encendiendo las de su propio vehículo y haciendo rugir su motor. *Natacha*, por su parte, abrió una de las puertas para que *Antonio* se subiera cuanto antes. Sin embargo, cuando los asaltantes se dieron cuenta

de que *Antonio* iba acompañado, desaparecieron del lugar en medio de un chirrido de neumáticos. Segundos después *C-Hache* se volvió hacia su compañero.

—¿Cómo te fue? Por lo visto esos gringos estaban esperando que vinieras a cambiar el dinero. Te tenían preparada una despedida...

—Salió todo bien, compañero, gracias por todo. Sin tu rápida reacción quizás otro sería el final.

—Para eso están los amigos y los compañeros, no lo dude, compa —dijo *C-Hache* mientras manejaba por las calles céntricas de Santiago, perdiendo a cualquier vehículo que pudiera seguirlos.

—Es peligroso entrar en contacto con esta gente. Pero de una cosa estoy contento y es que, casi como una ironía de la vida, será la CIA la que esta vez ayude a financiar la lucha guerrillera en Bolivia —sentenció *Antonio* con aire de triunfo.

Como era habitual, un gran porcentaje del dinero se envió a la guerrilla en Bolivia y el resto fue invertido en comprar algunas armas que la VOP comenzaba a necesitar. *Antonio* y *Natacha* fueron hasta el domicilio de un contacto en los alrededores de Maipú, un local que destacaba tanto por su amplitud como por la impresionante cantidad de armas a la venta, sin duda un buen contacto. El vendedor decía ser mecánico de precisión, experto en la materia y conocedor de una amplia gama de armas. Mientras exhibía con orgullo su mercancía, fue detallando las especificaciones técnicas en cuanto a distancia efectiva, alcance, velocidad del tiro, peso, etc. *Antonio* inmediatamente se fijó en una pistola automática Mauser, a la cual se le podía adosar una culata para dispararla desde el hombro. Mientras la observaba, el armero comenzó a describirla.

—Esta es una maravilla de arma, efectiva y liviana de portar. Su peso es de 1.3 kilos sin culata y 1.8 con culata. Usa un proyectil Parabellum de 7.63 milímetros, que alcanza una velocidad de 465 metros por segundo. Tiene un cargador normal de 10 tiros, pero puedo proporcionarte otro especialmente confeccionado que es de 20 tiros. Te la recomiendo para tu uso personal y te aseguro que no te va a decepcionar.

—No hay duda, me interesa una de esas —dijo *Antonio* con seguridad, pensando en reservar una para sí mismo.

El armero apartó la pistola Mauser y siguió describiendo otros modelos de armas, pero fue rápidamente interrumpido por su cliente.

—Disculpa, me interesan las pistolas automáticas. ¿Cuáles me recomiendas?

—Tengo varias pistolas Colt calibre 45, modelo 1911A1. Esta ha sido la pistola militar por excelencia. Fue estándar en las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos desde el año 1926 hasta los 60, 70. El cargador hace 7 tiros, la velocidad del proyectil alcanza 253 metros por segundo y no es demasiado pesada, solo 1.100 gramos.

—Perfecto, dame cuatro de esas.

Entusiasmado por la magnitud de la venta, el armero le ofreció algunas pistolas rotuladas como German Model 08,9 mm Parabellum, mejor conocidas como Luger. Estaba seguro de que le podrían interesar a su peculiar cliente. En aquellos momentos *Antonio* portaba regularmente aquel modelo. No dudaba de la efectividad de su tiro y sus esplendidas cualidades para la guerrilla urbana. Era un arma en la que se podía confiar.

—Separa cinco de esas Luger, es una buena arma. ¿Tienes metralletas disponibles? —preguntó con naturalidad mientras veía cómo brillaban los ojos del vendedor, que en su mente sacaba cuentas de las ganancias que llevaba hasta ahora.

El armero le entregó dos metralletas argentinas de último modelo, aún con la grasa de protección que les ponen en la fábrica. De seguro habían sido traídas recientemente por los pasos cordilleranos a modo de contrabando.

—Antes que se me olvide, ¿tienes una 6.35 que sea pequeña?

El vendedor se puso a buscar entre sus cajones con una alegre sonrisa y extrajo una minúscula "baby" Walther de 6.35 mm. La empuñadura era de un material blanco, que podía ser nácar, y se la puso en la mano. *Antonio* la revisó cuidadosamente mientras escuchaba en silencio sus cualidades. Cuando el hombre terminó su exposición, habló mirando a *Natacha*.

—La compro.

Satisfecho por el éxito de la venta, el armero los invitó a un brindis, pero ellos declinaron amablemente mientras guardaban todo el material en maletas y bolsos. Aquel día la guerrilla urbana dio un paso más en su fortalecimiento.

Capítulo XXXIV

En el marco de ese período histórico, donde todavía estaban frescos los ecos de la Revolución Cubana y la gesta del Che, los jóvenes revolucionarios destacaban en todo el mundo por su energía, voluntad y entrega. En campamentos y círculos universitarios desarrollan su actividad política y son respetados profundamente por la población. Esta especie de aureola de convicción los hizo llegar directamente a los corazones de las personas, sin importar el físico ni la condición intelectual o social. Por eso, no era raro que surgieran apasionados romances entre jóvenes provenientes de clases sociales antagónicas. Tampoco era inusual que se desarrollaran relaciones amorosas paralelas, por un lado con la pareja legal y por otro con alguna compañera o compañero.

El campamento Nueva La Habana era uno de los más organizados y combativos de la capital y eso no es casual. Tanto en su dirección y como en los diversos comités había representación de las tendencias más avanzadas de la izquierda chilena, que competían entre sí para aumentar su influencia sobre los pobladores. Con este objetivo, las distintas organizaciones asignaban cuadros al territorio para desarrollar un trabajo político. En el caso de la VOP se encargó esta tarea a dos compañeros que vivían en el lugar y participaban activamente en las actividades de la población.

Con un dinero que le regaló su padre a *Natacha* la pareja arrendó una casa de seguridad ubicada en el paradero 30 de la Gran Avenida y se instaló allí. El lugar era un viejo caserón que tenía dos dormitorios, un salón pequeño y un baño. En el fondo cuenta con un inmenso patio con parrones y árboles frutales. El comentario que ambos hicieron al unísono fue "¡Es como vivir en el campo!". Tenían una cocinilla de un plato a parafina para cocinar, lo que les permitía hacer las comidas simples que les había enseñado Sonia, la hermana de

Antonio. Una noche, cuando *Antonio* llegó a la casa encontró a *Natacha* iluminada con velas. Extrañado le preguntó si se les había olvidado pagar la luz y se encaminó a la caja de circuitos eléctricos.

—Aquí está la falla —comentó tras observar unos minutos—. Se quemó un fusible y hay que cambiarlo, eso es todo.

Los asuntos eléctricos eran desconocidos para *Natacha*, por lo que observó a *Antonio*, quien fue a buscar la caja de herramientas y la invitó a sentarse junto a él.

—Pequeña, te voy a enseñar a resolver esto, no quiero que nunca dependas de otras personas en tu vida diaria. Uno debe ser lo más autosuficiente posible.

Era marzo de 1971 y la organización cada vez cobraba más fuerza en las distintas poblaciones y tomas de terreno, además de ir creciendo operativa y militarmente. A través de las distintas redes y coordinaciones les llegaba información sobre posibles objetivos a expropiar. Cada dato era analizado y estudiado con detención, pero la mayoría eran rechazados por ser inapropiados o por las complicaciones que conllevaba la operación.

Tito y *Antonio* llegaron a las inmediaciones de un objetivo y se sentaron en una cafetería cuyas ventanas les facilitaban la vigilancia. Mientras bebían una aromática taza de té, *Antonio* observó que cada cinco minutos pasaban unas camionetas con varios policías de civil en su interior. Se sintió escéptico ante los riesgos de la operación y se lo hizo saber a su compañero.

—Es una locura. En cinco minutos no lo lograremos, es un suicidio. Creo que lo mejor es desechar este objetivo —propuso mientras jugaba con una servilleta.

—Es una propuesta de mi comando y ellos están bastante empecinados en que se realice —le rebatió

Tito—. La informante es una extrabajadora de la empresa que fue despedida por no aceptar los acosos sexuales del gerente. Dar este golpe es casi un asunto de principios. Si te preocupa, podemos dedicarle una semana más de vigilancia antes de dar el visto bueno para su ejecución.

Tras varias rondas de vigilancia y mapeo del sector, finalmente *Antonio* autorizó que la operación se llevara a cabo, aun sabiendo el riesgo que corrían debido a la gran circulación policial por la zona. Por esta razón se decidió actuar en dos comandos, uno a cargo de *Tito* y otro comandado por *Antonio*. El objetivo era una gran confitería.

Tito, también conocido simplemente como el *Viejo*, dirigió el primer comando, que se distribuyó en varios puntos estratégicos del sector. Mostrando credenciales falsas de la policía civil, paralizaron el tráfico y alejaron a los peatones diciendo que se estaba realizando un allanamiento a un local comercial donde se sospechaba que había drogas. Los transeúntes reaccionaron positivamente y obedecieron las órdenes de los "agentes". Ante cualquier problema la gente de *Tito* sería la primera línea de fuego y la contención de las fuerzas represivas. Mientras tanto, *Antonio* y su grupo entraron silenciosamente al local y neutralizaron a la dependienta, quien obedeció sin oponer resistencia. Con el camino libre, se dirigieron a la oficina del gerente, que en ese momento estaba acompañado por un ayudante. Entraron abruptamente al recinto y hablaron con decisión.

—¡Esta es una expropiación! ¡Somos de la VOP y no les haremos daño! Solo queremos el dinero que tienen en la caja fuerte.

Sorprendidos, los dos hombres se levantaron de sus asientos, pero al darse vuelta y quedar frente a los asaltantes se sintieron superiores físicamente y pensaron que quizás podían controlar la situación. Las armas que los apuntaban no los atemorizaron y se negaron rotundamente a cumplir lo que les ordenaban. Con un gesto impulsivo el gerente se abalanzó en

contra de los asaltantes y el compañero apostado en la puerta disparó para impedir el ataque. *Antonio* y el *Poeta* se quedaron atendiendo al gerente, que había sido herido de gravedad, y el ayudante, temblando de miedo, les abrió la caja de caudales. Dos compañeros procedieron a vaciarla con rapidez. *Antonio* se volvió hacia el aterrado ayudante.

—Tu jefe necesita ayuda médica urgente. Apenas abandonemos el local llama a una ambulancia. Esto podría haberse evitado si hubieran cumplido las órdenes desde el principio.

Segundos después ordenó la retirada. Todos salieron a la calle y subieron a los vehículos para abandonar rápidamente el lugar. Lo mismo hizo el grupo de contención.

Poco después *Antonio* ya estaba en su casa. Tras chequear que todos los integrantes de ambos grupos se encontraran bien, se cambió de ropas y le pidió a *Natacha* que lo acompañara a dar una vuelta.

—Necesito tomar un poco de aire. Pero debemos abrigarnos, sobre todo el niño. La noche está bastante fría.

Mientras recorrían las calles pobremente iluminadas, *Antonio* le fue relatando el desarrollo de la operación, de su preocupación por las heridas del gerente y del descontrol de su grupo ante la resistencia activa de uno de los asaltados.

—Dispararon sin control, sin acordarse de las instrucciones de no hacerlo en las zonas vitales. Tampoco se cumplieron las tareas tal como estaban planificadas y eso fue lo que permitió al gerente quedar sin vigilancia —*Natacha* guardó silencio mientras veía cómo *Antonio* trataba de ordenar sus ideas—. Si ese hombre se muere tendremos ya dos muertos en nuestra cuenta. Cuando se llega al enfrentamiento en un asalto es porque algo no salió bien o no estuvo bien planificado —sentenció molesto.

Cuando volvieron a la casa, el *Poeta* les informó que la radio ya había dado la noticia del asalto y también la confirmación de la muerte del gerente. Esa noche *Antonio* durmió poco y mal. Medio dormida, *Natacha* lo escuchó moverse en la cama. "El peso de su conciencia no lo deja tranquilo", pensó preocupada.

Al día siguiente, *C-Hache* fue a buscarlos muy temprano en su vehículo. Traía todos los diarios de la mañana y *Antonio* los leyó detenidamente. Ambos hombres se miraron sin cruzar muchas palabras. *Antonio* miró su reloj y le habló a *Natacha*.

—Tengo una cita importante y necesito que me acompañes. Por favor, abrígate, mi amor.

C-Hache los dejó cerca de la Plaza de Armas. Luego de bajarse del auto, y en un encuentro que parecía ser casual, *Antonio* saludó a un hombre de edad madura, que iba elegantemente vestido con terno, sombrero y bastón. *Natacha* se quedó perpleja, no era el tipo de personas con las que *Antonio* acostumbraba tratar. Sin embargo, permaneció en silencio y los escuchó discutir sobre la operación de la noche anterior. Ambos coincidían en que había sido un fracaso, política y militarmente. Además, en la documentación incautada se confirmaba que las acusaciones de la extrabajadora eran injustas e infundadas.

—En el futuro tendremos que darnos más tiempo para confirmar las denuncias y también para preparar a la gente antes de cada golpe —dijo el elegante desconocido—. Pienso que estás pecando de ser ultra democrático con tu gente, ellos no deben definir su puesto en la operación, sino que tú tienes que valorar sus capacidades. En cuanto a nosotros, que actuamos afuera del local, no tuvimos ninguna dificultad, todo salió como lo planificamos.

Al llegar a la Alameda, el desconocido, a quien su compañero llamaba *Tito*, se despidió con un apretón

de manos y se perdió entre la muchedumbre. Mientras caminaban al encuentro de *C-Hache* la pareja guardó silencio. *Natacha* sabía que cuando *Antonio* no le contaba quién era la persona vista es porque se trataba de alguien especial al que era necesario olvidar. La organización funcionaba en base a la compartimentación, por lo que si *Natacha* conoció ese día por primera vez a Heriberto Salazar, el *Viejo*, solo se enteraría de quién era varios meses después.

Al día siguiente acudieron a la habitual cita con el *Negro*. Aquel día él llegó acompañado de *Juliana*, su nueva compañera. Su esposa se había separado de él y había regresado a Iquique. La joven poseía una gran inteligencia y un rostro de belleza extraordinaria, en el que destacaban unos ojos azules que irradiaban serenidad. Su pelo era castaño claro y lo llevaba recogido sobre la nuca. Desde aquel día, entre ella y *Natacha* nació una amistad sólida y sincera que se prolongaría por muchos años.

Como retribución por la ayuda económica que la VOP otorgaba a la guerrilla en Bolivia, los elenos, les facilitaron planos para la fabricación de armas y silenciadores hechos con tubos de cañería. Esto fue de gran utilidad para el grupo, ya que se estaban creando las condiciones para autofinanciarse de la misma manera como lo hacían los elenos: montando un taller mecánico donde se podían fabricar armas, mientras que de cara al público se reparaban coches. De hecho, *Antonio* tenía un plan más ambicioso: hacer que los miembros de la VOP dedicaran todo su tiempo a la agitación, el trabajo de masas y la cualificación armada, y dejaran de lado las expropiaciones, que generan un enorme riesgo y desgaste humano. Antes de despedirse, el *Negro* les entregó un maletín café y les habló en voz baja.

—Este es un regalito que les envía el *doctor Linares*.

Cuando pudieron abrir el maletín *Antonio* no pudo ocultar su sorpresa. En su interior encontró una gran cantidad de cédulas de identidad, pasaportes y formularios de patrones de automóviles en blanco, incluyendo las correspondientes láminas para su plastificación.

—¿Y esto? —preguntó *Antonio*, sorprendido.

—Los consigue mi jefe, ya supondrás cómo. Simplemente acéptalos, sé que les servirán tarde o temprano.

—Por supuesto que los acepto —respondió *Antonio* y sonrió de buena gana—. Ya le daremos uso. Ahora perdemos un tiempo precioso recuperando la documentación que la gente pierde u olvida para después arreglarla. Esto nos facilitará la tarea. Transmítele nuestros más sinceros agradecimientos a tu jefe.

Capítulo XXXV

La represión contra la VOP se hacía notar cada día con más fuerza. La policía realizaba allanamientos masivos en aquellos campamentos en los que creían que podía haber trabajo de masas o vivir algún militante. Preocupada por el desarrollo de los acontecimientos, Nilda, la hermana de *Antonio*, llegó a la casa de la Gran Avenida para llevarse con ella a su sobrino. *Antonio* se opuso terminantemente, pero ella argumentó con firmeza.

—El niño corre un grave peligro estando con ustedes. Imagínense lo que pasaría si la policía los llega a descubrir. En nuestra casa estará más seguro. Me lo llevo y no se hable más del asunto. No vamos a exponer al pequeño a estos salvajes de uniforme.

Tras meditarlo, *Natacha* tuvo que admitir que la propuesta era razonable, al menos hasta que se calmara un poco la situación. A fin de cuentas, ella sabía que a su querido hijo no le faltaría amor en la casa de la familia Rivera Calderón.

Al día siguiente, *Antonio* y *C-Hache* fueron al campamento Nueva La Habana para finiquitar los últimos detalles del proyecto sanitario de la población, en el que venían trabajando desde hacía un tiempo. *Natacha*, por su parte, tomó un microbús hacia el centro, se bajó en la Alameda y torció por Ahumada en dirección a Agustinas. En la farmacia ubicada en la esquina de ambas calles compró unas latas de leche y alimento para su hijo. Mientras caminaba observó el gran número de uniformados que patrullaban las calles. Ella vestía bluyín y llevaba suelto su largo pelo. Al pasar frente a unos policías notó que se quedaban mirándola y, en vez de bajar la vista o asustarse sabiéndose buscada, les devolvió

la mirada y sonrió coqueta, recibiendo como respuesta un ramillete de piropos. Después de realizar sus compras corrió para alcanzar el bus que la dejaba en Irarrázaval.

Iba pasando por afuera de la casa donde vivía la familia de Antonio y vio al vecino. Ellos sospechaban que era un policía de civil, por lo que se quedó un rato observando al hombre, que esperaba que sus colegas lo recogieran como de costumbre en una camioneta. Por temor a ser reconocida, *Natacha* se bajó dos cuadras más arriba y entró a una peluquería. Sin pensarlo dos veces pero con algo de tristeza en su corazón pidió que le cortaran su cabellera. La cacería contra la VOP estaba desatada y *Natacha* se negaba a ser una presa fácil. Media hora después, sus facciones habían cambiado tanto que, cuando se levantó del asiento, parecía un muchacho. Al salir del local recorrió el sector con precaución. Como todo estaba tranquilo, entró a la casa para hacer una rápida visita a su hijo. Cuando la vieron llegar con su nuevo corte de pelo, toda la familia quedó perpleja, pensando que había tomado una decisión demasiado drástica. Pasó un par de horas en compañía de su pequeño y luego se despidió de todos y se fue al campamento Nueva La Habana.

Eran ya las seis de la tarde pero *Antonio* seguía en una de esas reuniones maratónicas. Viendo que la asamblea no terminaba, *Natacha* decidió participar en otro grupo, que discutía sobre política internacional. La conversación la guiaban militantes del MIR y el tema y las posturas que aparecían le parecieron interesantes. Minutos después estaba tan inmersa en la discusión que no se percató de que *Antonio* la observaba desde donde estaba reunido. Cuando hubo terminado, se acercó a ella con cara de sorpresa y le habló suave mientras la besaba.

—¿Por qué te has cortado el pelo? ¿Y tan corto?

Natacha le relató todo el episodio para que él entendiera. Le habló del vecino, de la peluquería, de la visita a su hijo y de la sorpresa de la familia.

En mayo de 1971 la situación del país era caótica. Los conflictos entre clases se habían agudizado y las

manifestaciones, los disturbios y las huelgas se sucedían por todos lados. Los grupos de derecha comenzaron a salir a la calle.

La izquierda revolucionaria intentaba crear las bases para el desarrollo del poder popular. Todos sabían que los próximos meses serían duros. El Partido Comunista, por su parte, organizó a sus grupos de choque: las brigadas Ramona Parra. Casi al mismo tiempo, el Partido Socialista hizo lo propio con las brigadas Elmo Catalán, en homenaje a uno de sus militantes caídos en la guerrilla boliviana. El MIR, la más numerosa de las organizaciones revolucionarias, estaba llevando a cabo un trabajo de masas gigantesco, sobre todo en las industrias estatizadas, con los "sin casa" y en el campo. Allí se habían creado los frentes de masas: el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR) entre los obreros; el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) entre los obreros agrícolas y campesinos pobres, y el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER) entre los estudiantes.

Durante el otoño de 1971 la VOP realizó su última expropiación. Habían estudiado el objetivo durante largo tiempo y querían que su "última aparición militar de cara a las masas" la realizara un comando de profesionales. Al terminar con las expropiaciones buscaban poner freno al desgaste que generaban entre los miembros del grupo y, a la vez, fortalecer una propuesta revolucionaria y armada dentro de la Unidad Popular.

El 24 de mayo dos vehículos se detuvieron en las cercanías de un supermercado ubicado en un concurrido sector industrial. Los ocupantes se ubicaron en sus puestos estratégicos y se dispusieron a esperar. Media hora después apareció un furgón azul cerrado, que se utiliza para recolectar el dinero de varios bancos y supermercados. Del vehículo se bajaron el chofer, un policía armado con metralleta y un hombre vestido de civil que portaba un maletín. El policía se separó del grupo para quedarse custodiando el furgón y los otros dos hombres se perdieron en un pasadizo que conducía a la oficina del supermercado Montemar, donde debían recoger las recaudaciones del día. Iban conversando animadamente, por lo que no se dieron cuenta de que eran seguidos por dos

hombres, el *Poeta* y *Víctor*. A partir de ese momento todo ocurrió con rapidez. Apenas los hombres ingresaron a la oficina los vopistas los apuntaron con sus armas y comenzó la acción.

—¡Somos de la Vanguardia Organizada del Pueblo! ¡Entréguennos el maletín con el dinero!

Los hombres se volvieron hacia los asaltantes y se encontraron con dos jóvenes delgados y de baja estatura que debían mirarlos hacia arriba. Esta ventaja los hizo sentir seguros y, a pesar de estar siendo apuntados por pistolas, se negaron a cumplir las órdenes y contestaron provocativamente. Irritado, *Víctor* apuntó su arma a las piernas del chofer y su acompañante y disparó. Los hombres cayeron al suelo quejándose de dolor y se olvidaron por completo del maletín. Como el factor sorpresa había fallado abandonaron rápidamente la oficina. *Víctor* fue adelante para abrir camino y lo siguió el *Poeta*, que llevaba el pesado maletín. Al escuchar los disparos, el policía que permanecía en la calle se acercó a la salida del local y preparó su metralleta para recibir a los asaltantes pero no alcanzó a jalar el gatillo. *Víctor* venía como una tromba y adelantándose a la maniobra de su oponente le alojó una bala en medio de los ojos y lo mató en el acto. Más tarde, sus compañeros dirían que en mala hora *Víctor* había demostrado quién era el que mejor puntería tenía en el comando. El policía Tomás Gutiérrez quedó tirado en el suelo sin haber disparado una sola vez. Como en una carrera, le arrebataron su metralleta y abordaron el furgón con *C-Hache* al volante. Después de abandonar el sector a gran velocidad, dejaron el vehículo en un terreno baldío y se subieron a otros autos, acondicionados y legales.

Esta última expropiación fue un acierto económico, se recuperó una gran cantidad de dinero y una metralleta, pero el enfrentamiento y la muerte del uniformado eran algo que estaba fuera de los cálculos y la planificación. El muerto era un miembro de la policía, por lo que esta vez la represión fue mucho más fuerte e implacable. Varios campamentos fueron allanados en busca de dirigentes y militantes de la VOP.

Muchos pobladores y sus familias fueron golpeados y sacados de sus casas para registrarlas y romper sus pocas pertenencias. El campamento Nueva La Habana no fue la excepción. Los pobladores estaban consternados y hubo opiniones divididas con respecto a la actuación de la VOP.

Dos días después, Luciano tomó contacto a través del buzón. La reunión se llevó a cabo en una casaquinta conocida como La Parroquia, que se ubicaba en el sector de Pedro de Valdivia. Ronald llegó acompañado del *Poeta*, pero entró solo. Su compañero se quedó en el patio para estar atento a cualquier situación anómala.

La habitación había sido dispuesta de una manera particular y en ella se respiraba un aire tenso. Ronald se sintió incómodo, rechazado, como si no estuviera entre compañeros. Cuando llegó el resto de los participantes se le ofreció una silla que estaba sola en un extremo. Al otro lado de la habitación se ubicaron los miembros de la Comisión Política del MIR en pleno. El cuadro así representado recordaba al de un acusado que debe explicarse ante el tribunal de la Inquisición.

Luciano fue el primero en tomar la palabra. Producto de la relación política que había mantenido con Ronald o *Manuel Campillay*, como se le conocía cuando militaba en el MIR, lo habían nominado para dirigir la discusión.

> —Hemos pedido este encuentro para discutir la situación política creada por las acciones de tu organización en los últimos meses —empezó diciendo el carismático dirigente—. Nuestra opinión es que esas expropiaciones no son correctas bajo ningún punto de vista, ni en lo táctico ni en lo político. El MIR exige el término inmediato de ese tipo de acciones.

Ronald escuchaba sorprendido a su antiguo camarada y amigo.

> —Tú me conoces muy bien, no de ahora sino desde hace mucho tiempo —lo miró a los ojos y luego cambió su foco al resto de los dirigentes—. También ustedes saben que en una operación militar siempre existe el riesgo de que ocurra un hecho lamentable como este.

El silencio era total y la tensión se dibujaba en cada muralla de la casa. Como no recibió ninguna respuesta, Ronald decidió continuar con su "defensa".

—Y lo saben porque también han tenido fallos operativos. Cuando se planifica una operación no se pueden adivinar todos los imprevistos. Sobre todo, es imposible saber de antemano cuál va a ser la reacción de la gente, tanto de la nuestra como de otros que puedan resultar involucrados. La muerte de esas personas ha sido un hecho fortuito. Por ejemplo, si un carabinero los ataca, nuestros compañeros se ven enfrentados a una situación en la que deben escoger entre su propia vida o la del policía. A diferencia de las víctimas de nuestro pueblo, las bajas provocadas por nuestras acciones, a excepción de un civil, han ocurrido al enfrentarse con nosotros con un arma en la mano. Yo he sido el primero en lamentar estos hechos...

Antonio no pudo continuar porque otro de los presentes lo interrumpió.

—Fraternalmente les exigimos que revisen sus planes con detención para encontrar lo que está fallando en sus operaciones. Por ejemplo, tenemos información de que el último policía, el de la camioneta pagadora, murió con un tiro en la nuca. Eso no es otra cosa que un asesinato alevoso. Nosotros no sabemos con qué clase de gente trabajan o a qué intereses obedecen.

Ronald no pudo controlarse más. Sacó del bolsillo de su chaqueta dos diarios de la mañana y los tiró abiertos sobre la mesa mientras argumentaba con voz segura y firme.

—Yo no creo en lo que dice la prensa porque no escriben la verdad, pero las fotos no mienten —señaló las fotos que mostraban la imagen del policía muerto y en donde aparecía destacado el orificio de bala en el

entrecejo—. Cualquiera puede ver que ahí no hay más que un disparo, aunque parece ser que ustedes ven lo que quieren ver.

Los presentes se miraron en silencio. Fue otro militante del MIR quien decidió tomar la palabra.

—*Manuel,* siempre te hemos respetado porque conocemos tu consecuencia y compromiso revolucionario. Pero con sus últimas acciones tu grupo está dejando lisa y llanamente la cagada. Es una línea que no ayuda en nada a la lucha común porque provoca una reacción adversa en el seno del pueblo. Podríamos estar de acuerdo en que esas muertes no han sido premeditadas y en que ustedes no son asesinos, pero en estos momentos la situación exige calma de parte de los grupos revolucionarios. También el compañero presidente exige que se paren las acciones militares para tranquilizar a los sectores timoratos y poder avanzar. Nosotros nos hemos comprometido a poner el acento en el trabajo de masas e intentar controlar a los grupos que, como ustedes, están creando alarma en la población. Y queremos dejarlo bien claro, si para lograrlo tenemos que entregarlos a la policía, ten por seguro que lo haremos. Existe un proceso que hay que defender.

Ronald se levantó de su asiento y solo respondió cuando llegaba a la salida de la habitación.

—Lo que pasa es que ustedes quieren que estemos a su ritmo. Espero que el día en que las cosas se pongan feas, cuando los vengan a buscar, tengan el tiempo suficiente para usar sus armas y defenderse con dignidad. Ustedes saben que esto de la vía chilena no va a durar para siempre.

Dicho esto, abandonó la sala y esta quedó en silencio. Miguel Enríquez se levantó de su silla y golpeó la mesa con el puño cerrado mientras increpaba a uno de los presentes.

—¿De dónde diablos sacaste eso de una delación? Ronald tiene razón, en esos términos no se puede actuar entre revolucionarios. Tendremos que informar al compañero presidente que la reunión ha sido un fracaso.

Capítulo XXXVI

Recorrieron a paso largo las calles en dirección a Manuel Montt. Se movían con cuidado y tratando de pasar desapercibidos, su gente es la más buscada del país y la represión está fuerte en todas partes, especialmente en la calle. Los campamentos continúan siendo allanados pero a través de la prensa han podido conocer la valiente respuesta de los pobladores: nadie ha entregado un solo nombre y todos rechazan la brutalidad de carabineros e investigaciones. Unas cuadras más adelante él y el *Poeta* se despidieron y *Antonio* se encaminó a la casa de su familia. Apenas entró a la casa su madre lo atajó.

—¡Hijo! Tienes que marcharte inmediatamente. La policía se ha llevado detenidos a Nilda con tu hijo para interrogarla. ¡Vete, hijo mío, que aquí corres peligro!

Antonio se desesperó, pensaba en su pequeño en manos de la represión y se negó a marchase sin antes verlos regresar sanos y salvos. Sin decirle nada a su madre decidió apostarse en las cercanías de la casa para vigilar el regreso de Nilda. Dos horas después la vio bajarse de un taxi, corrió hacia ella y se abrazaron. Ella venía muy preocupada.

—¡*Antonio*! Aléjate del sector, aquí corres peligro. El niño y yo lo hemos pasado muy mal. En las horas que permanecimos detenidos no me dejaron ni alimentarlo y al final, cansado de tanto llorar, no aguantó más y se durmió. Me dijeron que esto es una advertencia para ti. Que la próxima vez no me dejarán libre tan fácilmente.

Estaba muy enfadado pero acarició con ternura a su hijo dormido mientras le respondía a su hermana.

—Veo que estos cerdos no han cambiado la costumbre de atacar a los más débiles, pero conmigo no les será tan fácil. Que Allende, que Frei... lo cierto es que nada ha cambiado.

Se abrazaron una vez más y *Antonio* besó a su hijo en la frente. Segundos después, Nilda entró a la casa y su hermano desapareció.

A las nueve de la noche se reunió con *Natacha* en la puerta de la iglesia de San Francisco. Caminaron abrazados por la Alameda con rumbo a la calle Salvador. Por el camino le fue contando sobre la detención de Nilda y el pequeño. La noche estaba oscura y en las calles había muchas patrulleras con su dotación de detectives armados con metralleta. Viéndolas pasar, *Antonio* habló resuelto.

—Debemos estar muy alerta. Si nos paran les responderé —miró a su amada fijamente a los ojos.

Al llegar a una esquina vieron que un vehículo de la policía civil estaba estacionado y que todos los agentes se habían bajado. *Antonio* se puso en guardia. Le pidió a *Natacha* que entrara a una fuente de soda ubicada unos metros más allá. Mientras ella entraba al baño, él hizo una seña al camarero y pidió dos cafés. Se sentó en un lugar estratégico y se dispuso a esperar con todos los sentidos en alerta. Bebieron el café lentamente y observaron que los policías se mantenían en el mismo lugar. Diez minutos más tarde abandonaron el local. Pasaron abrazados muy cerca de los civiles, que no los perdieron de vista hasta que desaparecieron por la esquina.

—¿Crees que nos han reconocido y no se han atrevido a detenernos? —preguntó *Natacha* un poco más adelante.

—Supongo que nos quedaremos con la duda.

Aquella noche se decidió que la casa de la Gran Avenida sería desalojada. El *Poeta* y su compañera sacaron lo más esencial y se trasladaron a un pueblo cerca de Colina. *Natacha* y *Antonio* recogieron sus pocas pertenencias, *C-Hache* se encargaría de llevarlos a casa de los padres de *Cristián*, donde estaba reunida la plana mayor de la VOP. Una vez allí y debido a la creciente arremetida represiva, se decidió el traslado de todo el grupo a una casa que se había arrendado para convertirla en taller mecánico. Abandonaron la casa en dos vehículos y fuertemente armados. Todos iban preparados para repeler cualquier ataque de la policía. Nadie se entregaría fácilmente.

Capítulo XXXVII

A mediados de 1971 *Natacha* y *Antonio* acudieron a la reunión periódica con el *Negro* y *Juliana*. Por motivos de seguridad, no se reunían en lugares públicos sino en la casa de ella, en un sector residencial bastante tranquilo. En esa ocasión el *Negro* les hizo entrega de un sobre. Al ver la cara de interrogación de *Antonio*, el iquiqueño comenzó a hablar.

—Hermano, durante varios meses nuestra gente ha vigilado a Edmundo Pérez Zujovic, el responsable de la matanza de Pampa Irigoin.

Con vivo interés, *Antonio* abrió el sobre y sacó la documentación. Leyó en silencio mientras el *Negro* explicaba lo peligroso de la coyuntura política por la que atravesaba el país, la debilidad del gobierno y el papel nocivo que juega el ex Ministro del Interior, además de otros duros del ala más reaccionaria de la DC, en los posibles acuerdos entre esta y el gobierno. *Antonio* se mostró incrédulo ante estas suposiciones.

—¿Es que todavía el gobierno confía en una posible salida pactada, después de conocer los documentos encontrados en las casas de los norteamericanos? La CIA está metida acá y estos tipos aún siguen con el cuento de la vía pacífica.

—Sí —respondió el *Negro* convencido—. Las Fuerzas Armadas siempre han demostrado ser respetuosas de la Constitución y esto hace que Allende considere como mínima la posibilidad de un golpe de Estado. Por lo tanto, se la está jugando por una salida pactada.

Antonio se quedó en silencio unos segundos tratando de entender el mensaje directo que su amigo le estaba entregando. Luego, sin rechazar directamente los argumentos del iquiqueño, detalló sus puntos de vista.

—No estoy muy convencido con respecto a la neutralidad de las Fuerzas Armadas. Debes pensar que, en un país como Chile, los militares son clasistas y esto será decisivo cuando deban tomar partido. Acuérdate de que el gobierno se declara marxista-leninista o eso es, al menos, lo que dicen —dijo irónico.

—Las apuestas de la Unidad Popular y de Allende siguen estando en la institucionalidad —el *Negro* hablaba con resignación.

—Lo que debemos hacer es entregarles armas a las masas y prepararlas para cuando el enemigo nos ataque. Toda la experiencia nos dice que serán implacables contra nuestro pueblo y sus dirigentes. Esta vez no debemos ser víctimas. Rompamos por una maldita vez la tradición de que siempre son los indefensos los masacrados... Por favor, despertemos, un pueblo que olvida su historia vuelve a repetirla y repetirla. Acuérdate de que tendremos la responsabilidad de los muertos sobre nuestra conciencia.

Antonio hacía lo posible por convencer a su amigo, que lo escuchaba en silencio. En el fondo, el *Negro* estaba de acuerdo con él pero sus órdenes eran otras, por lo que no lo transparentó y volvió al ataque.

—Tú sabes, hermano, que eso es utopía pura, el Partido Comunista nunca lo aceptaría. Si el presidente sigue el camino del diálogo es porque está presionado por sus aliados en el gobierno. Y en el Partido Socialista hay de todo, te lo digo yo.

—De acuerdo —lo interrumpió *Antonio*—. Pero, ¿crees tú que este sea el momento adecuado para realizar un ajusticiamiento político? Tú sabes que todos mis hombres están con la represión encima y estoy preocupado porque no sé dónde acabará eso.

—¡*Antonio*! Sabes bien que ha habido solo ruidos. Hasta ahora no ha caído ninguno de los tuyos. Eso debería decirte algo, ¿no? —insinuó el *Negro*, recordando la última discusión entre ambos grupos y lamentando no poder hablar más claro con su amigo, ya que su jefe no lo permitía.

—Está bien. Estudiaré la documentación, pero creo que tendremos que hacer algunos chequeos en conjunto. En principio estoy de acuerdo, aunque necesito recabar más información antes de tomar una decisión definitiva. Se trata de una acción grande, no vamos a estar jugando ni improvisando acá.

Durante una semana los dos amigos recorrieron el sector de la operación para comprobar la vigilancia y pudieron corroborar uno a uno los datos entregados por los chequeos anteriores. Pese a esto, *Antonio* no estaba convencido y le comentó sus dudas a *Tito*.

—Me parece muy extraño que los elenos quieran que sea la VOP la que ajusticie a Pérez Zujovic, sobre todo sabiendo la clase de cuadros militares de que disponen. Sin ir más lejos, el propio *Negro* es un antiguo boina negra. También me parece extraña la desaparición repentina de Carmen, ella es la hermana del contacto con los elenos bolivianos y pareja de mi hermano. Estaba aquí de lo más bien y de pronto el ELN la manda de vuelta al norte. Probablemente, eso significa que tienen información que nosotros no manejamos.

Tito intentó calmarlo:

—*Antonio*, estamos entre revolucionarios y nosotros actuamos con honestidad. Si algún dirigente de la izquierda tuviera algo escondido bajo la manga nuestros compañeros nos lo hubieran contado. Yo confío plenamente en ellos.

—Mejor enfoquémonos en esta acción —dijo *Antonio* intentando darse ánimos—. Si conseguimos llevarla a cabo, daríamos por fin la vuelta a la repetida y triste historia de masacres y más masacres a un pueblo desarmado. Si lo logramos, se hará justicia.

—Los responsables de las muertes dejarán de vivir en la impunidad que les da el poder —contestó *Tito*.

—Y los muertos serán vengados. El pueblo podrá mirar a los poderosos de frente y sin miedo.

observó perpleja cómo su compañero actuaba con pasmosa tranquilidad, dando muestras de poseer nervios de acero. En medio de esa situación crítica se sintió orgullosa de él: como buen revolucionario, siempre había sabido dar seguridad a los suyos. Incluso en un momento tan difícil como este mantenía el control sobre sí mismo. El ruido era ensordecedor y el fuego policial era contestado por algunos compañeros parapetados, lo que hacía imposible cualquier intento de ataque directo.

Cuando estuvieron vestidos *Antonio* recogió su maletín y, con su Mauser en la mano, abrió la puerta del dormitorio para salir al patio. Desde ahí podían verse los destellos de los disparos al chocar con las paredes y la puerta de entrada. Los policías estaban apostados al otro lado de la calle y disparaban contra la casa sin atreverse a asaltarla. No estaban acostumbrados a actos de resistencia. Con dos largos pasos *Antonio* se acercó a la ventana y rompió los vidrios con la culata de su arma. Acto seguido, disparó hacia la calle para obligar a los agentes a replegarse un poco más y dejar libre la salida hacia el patio. Llamó a *Natacha* y se fueron corriendo a la parte trasera de la casa. Llamaron a los demás compañeros pero no recibieron respuesta, habían abandonado esa parte de la casa sin esperarlos y al parecer resistían desde los techos.

A toda prisa escalaron un muro y llegaron al techo. Desde ahí escucharon cómo la policía llamaba a gritos por la radio pidiendo refuerzos. *Natacha* era consciente de que sería un lastre para la huida de *Antonio*. Calzaba botas de montaña, pesadas e incomodas, que provocan hendiduras en el techo de zinc. Se detuvo al lado de su compañero y lo miró con firmeza y cariño.

—Huye solo, tienes más posibilidades sin mí. Yo estaré bien.

Él sabía que eso era cierto. Se abrazaron fuertemente. Luego, *Antonio* se separó un poco para mirarla a los ojos en la exigua luz de esa hora y le repitió cariñosamente:

le recomendó no salir a la calle hasta que consiguiera un tono más oscuro. Esa misma tarde, alrededor de las ocho, el compañero que estaba de guardia informó haber visto a dos sujetos merodeando cerca de la casa y que pudo notar que uno de ellos había señalado hacia la misma. El problema fue que luego desaparecieron y no notaron nada extraño en el vecindario. Aunque lo tomaron como una falsa alarma, el grupo tomó la decisión de abandonar la casa al día siguiente. La VOP había construido varios depósitos con comida y otros pertrechos en diferentes sectores de la zona cordillerana. La idea era ocuparlas en caso de emergencia. Ahora era el momento de darles uso hasta que las cosas se calmaran.

A las 2:30 de la madrugada del día 13 de junio de 1971 la oscuridad era total y aún no podía adivinarse el amanecer tras la cordillera. Hacía un frío intenso y las calles estaban silenciosas. Santiago sigue conmocionado por la avalancha noticiosa, pero finalmente duerme. La calma, sin embargo, fue quebrándose paulatinamente. Varios hombres armados fueron ocupando sus puestos ordenadamente. El objetivo: la casa de Coronel Alvarado 2711. Según el plan operativo acordado con anterioridad, primero había que rodear el lugar y luego echar abajo el portón con la ayuda de una tanqueta de Carabineros.

Natacha y *Antonio* fueron despertados por los gritos distantes y el ruido ensordecedor de las explosiones y metralla que astillaban el portón de la calle. Como si estuviera siguiendo una pauta muchas veces estudiada, él saltó de la cama y se vistió apresuradamente en la oscuridad mientras con voz tranquila, buscando infundirle seguridad, le hablaba a su compañera:

> —Pequeña, escúchame. Voy a prender un encendedor por tres veces y en cortos intervalos para que te vistas. Nos están disparando y debemos ser muy cuidadosos. Abrígate bien y espera mis instrucciones.

Natacha obedeció en silencio mientras escuchaba a su alrededor el ruido de las armas y voces tanto dentro como fuera de la casa. En medio de aquella pesadilla,

hay que aguantar mucho, porque así, cuando entregues cosas que para la organización no tienen importancia, ellos pensarán que te han quebrado y te creerán. Cuando empiecen a creer en ti, los vas a premiar entregándoles la casa de Gran Avenida. No te preocupes, está limpia y nadie saldrá perjudicado. La regla es aguantar, proteger a los que están en peligro y entregar lo menos posible. Te digo esto aunque yo no sé si seré capaz de soportar ver que te torturen. Ese es mi gran temor, no la muerte.

Natacha lo escuchaba en silencio y sus ojos se fueron anegando de lágrimas. Con un dolor profundo en su corazón fue asimilando cada una de las palabras de su compañero.

—Mi pequeña, a veces tendremos que estar solos frente a la represión, no siempre podremos estar juntos o entre compañeros. Cuando tus fuerzas flaqueen, piensa en mí, en lo nuestro. Yo haré lo mismo y así estaré contigo. De seguro me sentirás, siempre estaré cerca de ti, como tú de mí. Yo nunca te abandonaré. Y recuerda siempre que, si me matan, deben culpar a los muertos.

El 11 de junio, en una acalorada sesión del Senado, el parlamentario DC Osvaldo Olguín acusó al director de Investigaciones de tener doble militancia: socialista en su cara pública, pero supuesto militante del MIR y la VOP en la sombra. Según afirmó Olguín, en ambas organizaciones se le conocía como *doctor García*.

La situación se hacía cada vez más difícil para los miembros de la VOP. Lo único que quedaba era aguantar la tormenta y luego continuar. El 12 de junio *Antonio* decidió ponerse en manos de Norma, la pareja de *Tito*, para que le hiciera un teñido de pelo y así dificultar algún reconocimiento. Pero los medios de los cuales disponían eran precarios y el pelo castaño claro de *Antonio* mutó a uno de tono rojizo, demasiado llamativo por lo poco común. Por eso Norma

Capítulo XLI

En Santiago y sus alrededores las redadas comenzaron a dar sus frutos. El grupo destacado en la toma de fundo de Chicauma, en Lampa, fue detenido sin oponer resistencia. Otros miembros de la VOP de distintos frentes también fueron localizados y detenidos. Los calabozos de Investigaciones se llenaron de un día para otro de militantes y simpatizantes de la organización. Y mientras más gente caía en poder de la policía, más confesiones se obtenían y más detenciones se practicaban.

En la casona de Coronel Alvarado y entendiendo la gravedad de su situación, *Natacha* y *Antonio* leían asombrados las historias que publicaban diferentes periódicos. Los reporteros demostraban tener cada vez más imaginación y daban rienda suelta a sus fantasías. Preocupado por la manera en que se iban desarrollando los acontecimientos, *Antonio* trató de preparar a su compañera para lo que pudiera ocurrir.

—Pequeña, es mi deber hablar contigo de estas cosas, por muy doloroso que sea. Debes estar preparada ante la posibilidad de que yo te falte. Hay muchas cosas que conoces, pero sé que sabrás callar. Sé que el don de la lealtad y fidelidad están profundamente arraigados en tus convicciones.

—Pero *Antonio*, no hables así, por favor.

—Escúchame, por favor —la interrumpió—. Debes olvidarte de todo, rostros, nombres, teléfonos. De encuentros en la calle y de casas que has conocido, de personas y lugares. Si llegan a detenerte, recuerda lo que dice el manual de interrogatorios: al comienzo

una balacera con la policía militar. Gracias a Dios que ellos no son tan exaltados como ustedes y preguntaron antes de disparar. Deben saber que ellos están aquí para protegernos. Ahora les ruego que se retiren.

Los policías obedecieron pidiéndoles disculpas otra vez antes de irse. Unos días después, Beatriz y su familia fueron trasladados a Londres por motivos de trabajo. No conocerían el trágico desenlace de la situación ni la suerte que correrían sus primos sino hasta mucho tiempo después.

Ante el fracaso de los allanamientos y del interrogatorio a *Vicente*, a Rojas se le ordenó volver a la capital y llevar consigo al prisionero. En Santiago sería procesado por su participación en la formación de un grupo de armado, bajo la Ley de Seguridad Interior del Estado.

—¡Vaya, vaya, vaya! Aquí hay datos suficientes para realizar varios allanamientos y detenciones. No entiendo por qué estos ineptos no han hecho nada.

Desde su despacho hizo una llamada a su jefe en Santiago. Le entregó varias direcciones de la capital y de Valparaíso y le deseó éxito.

Los allanamientos, que comenzaron ese mismo día, no fueron tan fructíferos como esperaban. Solo pudieron corroborar que eran direcciones de amigos y familiares no vinculados a las actividades de la VOP o el MIR.

La dirección de Valparaíso los llevó a un sector donde tiene sus casas la gente de la alta sociedad. Sin darse el trabajo de investigar un poco más, rodearon el inmueble de madrugada e ingresaron a viva fuerza ante el asombro de sus dueños, que veían cómo las fuerzas de seguridad invadían sus dominios. Fuertemente armados, los agentes les ordenaron que levantaran los brazos y se pusieran contra la pared, a la vez que otros policías revisaban todos los rincones. Gastón y Beatriz supusieron que se trataba de un error y esperaron para aclararlo, pero la llegada de la policía militar les resolvió el problema. Los detectives tuvieron problemas para explicar por qué se estaba allanando la casa de dos oficiales de la marina, uno de los cuales, Beatriz, también era asistente del almirante.

—Buscamos a dos extremistas peligrosos —les informaron por fin—. Lo lamentamos mucho, señora, pero su nombre y dirección estaban en la libreta de un extremista capturado en el norte.

Más relajada con esta explicación, Beatriz les respondió:

—Ahora entiendo todo. José y Carlota son mis primos, por eso es normal que tengan mi dirección. Y de extremistas nada, mi prima es una buena chica, al igual que José —los detectives se quedaron en silencio—. Vaya lío que han armado. Podrían haber provocado

—*Vicente*, tú crees que callando estás ayudando a tu hermana. Nosotros ya sabemos lo de la Ganadera Portales y todos esos jueguitos que hicieron por acá, expropiaciones, como dicen ustedes —el hombre se rio y luego volvió a su actitud inicial—. Pero ahora estamos en algo mucho más serio y necesitamos el contacto de tu hermana. ¿No has pensado cómo se va a sentir ella cuando sepa de mi boca que has muerto por no contarnos algo tan simple como su dirección y por no confesar que el MIR está detrás de la eliminación del exministro? Esa pobre muchacha estará con sentimiento de culpa por el resto de su vida. Le destruirás la existencia. No seas estúpido, habla, hombre.

Pero *Vicente* no escuchaba. Permanecía con la cabeza baja y en silencio, sin poder convencerse de que la pesadilla que estaba viviendo sucedía bajo el gobierno de la Unidad Popular. El detective maldijo varias veces en voz baja. Miró a *Vicente*, se alejó unos metros y se dirigió a sus colegas con un movimiento afirmativo de cabeza. Uno de ellos se acercó al prisionero y colocó una serie de pequeñas pinzas de cobre en las partes más sensibles de su cuerpo. Tras comprobar que estaban instaladas correctamente se dirigió al interruptor eléctrico y miró al santiaguino en espera de una señal. El detective Rojas le indicó que continuara con el tratamiento y abandonó el sótano visiblemente irritado.

Cuando llegó a la improvisada oficina que le habían asignado, revisó una vez más la documentación encontrada en la casa del prisionero. Volvió a analizarlo todo, pero no encontró nada de interés. Cansado y molesto se levantó para abandonar la habitación y salir al patio a fumar un cigarrillo, pero de pronto se detuvo en seco. Justo en ese momento recordó un fragmento del informe que decía que, al ser detenido, *Vicente* llevaba puesta una chaqueta. Inmediatamente pidió que se la llevaran para revisarla y en menos de un minuto encontró una pequeña libreta con direcciones. La hojeó ávidamente y exclamó incrédulo:

Condúzcanme hasta ese tal *Vicente*, que yo lo haré contar todo, incluso lo que pensaba hacer dentro de 20 años —dijo Rojas y se rio de su propio chiste.

Unas horas después *Vicente* estaba seminconsciente y boca arriba en el camastro de su celda. Respiraba con dificultad pero de forma regular. La celda, ubicada en el sótano, no tenía ventilación y olía a una mezcla de sangre, sudor y orines. El rostro del joven estaba irreconocible, hinchado y sangrante al igual que el resto de su cuerpo, repleto de huellas de los golpes de sus torturadores. Casi había vuelto en sí cuando el silencio del sótano fue roto por la abrupta llegada de tres hombres. Lo sacaron del camastro y, usando unas correas forradas, lo ataron firmemente por los tobillos y las muñecas a una silla metálica. En su seminconsciencia entendió que lo estaban atando a una silla adaptada como picana eléctrica y recordó que, para contrarrestar el dolor, tenía que tratar de recibir las descargas lo más relajado posible. Cuando los hombres terminaron su trabajo, el agente Rojas salió de la oscuridad y le habló con voz tranquila y correcta.

—*Vicente, Vicente.* Tarde o temprano terminarás por hablar. Ya nos has demostrado tu valentía. Te felicitamos por la lealtad que le demuestras al MIR y a tu hermana. Pero si continúas con esa testarudez solo arriesgas que al final te quedes para siempre en este sótano —el detective guardó silencio unos momentos para que *Vicente* asimilara sus palabras—. Sabemos de tu problema al corazón y con cada golpe de corriente que recibas estarás jugando a la ruleta rusa con tu vida. Vamos, hombre, habla de una vez. Después podemos irnos todos a dormir y descansar.

Vicente levantó su rostro tumefacto para ver la cara del agente, pero se vio cegado por la luz de un reflector que lo obligó a bajar la cabeza. Rojas esperó pacientemente unos minutos, pero solo obtuvo un silencio por respuesta. Intentó controlar su molestia y lo intentó una vez más.

información de que *Vicente* es dirigente de ese grupo en Arica y que ha estado en Santiago últimamente. Por lo tanto, deben haber estado en contacto y debe conocer el paradero actual de su hermana. Si logramos sacarle lo que necesitamos nos puede ser de mucha utilidad. Así vamos cercando a los asesinos y, de paso, involucramos también a los miristas.

Media hora más tarde Rojas salió de la oficina de su jefe. Iba deslumbrado y confundido. En su libreta estaban las instrucciones de la tarea que le habían encomendado. Orgulloso, pensó para sí mismo: "Prepárate, *Vicente*, que yo me encargaré de hacerte hablar, de eso puedes estar seguro. Entre mis compañeros tengo el récord. Todos los detenidos que han pasado por mis manos han cantado como canarios. Estos niñitos creen que agarrándose a tiros van a hacer la revolución".

Una vez arribado a la ciudad de la eterna primavera, se entrevistó con sus colegas para escuchar sus informes. Pero se quedó estupefacto al ir conociendo el parte de los detectives. El detenido no había sido interrogado todavía. Ninguno de ellos lo había visto como necesario, simplemente habían acatado las órdenes de Santiago: detener a José Vallebona, alias *Vicente*. Nadie había dicho nada respecto a una interrogación. Muy molesto, el santiaguino les preguntó:

—Pero, ¿qué es esto, un cuartel de Investigaciones o el convento de las monjas carmelitas? Esto no es un juego de niños chicos. Nos enfrentamos a una banda de asesinos armados. Y debemos cazarlos, ¡ya!

El comisario intentó justificarse.

—Estamos conscientes de la situación, pero debes entender que esta es una ciudad pequeña. Aquí todos nos conocemos. Sin ir más lejos, mi hijo fue compañero de liceo del detenido.

—Esas son tonterías que a mí no me afectan.

Estado de Emergencia en la capital y el toque de queda entre las 10 de la noche y las 5 de la mañana. El jefe militar a cargo de llevar a cabo esta resolución era un joven oficial llamado Augusto Pinochet Ugarte.

Al día siguiente, 9 de junio de 1971, el director de Investigaciones se hallaba en su despacho hojeando los últimos informes. Encontró algo que le llamó la atención y pulsó el botón del teléfono interno. Cuando contestaron, ordenó a través de la rejilla del micrófono:

—Avísenle al detective Rojas que necesito hablar urgentemente con él.

El agente se apersonó inmediatamente donde su jefe. Al verlo llegar, este lo invitó a sentarse.

—Hemos interrogado a las hermanas de Ronald y de ellas no hemos conseguido nada que nos ayude a su captura. Por su parte, su exmujer nos afirma que ellos han estado separados y no sabe nada de él. Y es aquí donde tú entras en el tinglado.

—Dígame para qué soy bueno. Como usted sabe, yo siempre soy materia dispuesta, señor director — respondió el subalterno con diligencia.

—Perfecto, así me gusta. Tendrás que viajar al norte, hasta Arica, y participar en los interrogatorios de un extremista conocido como *Vicente*. Es hermano de la amante actual del Ronald y creo que es el eslabón que nos conducirá a la detención de todo el grupo.

—¿Entonces *Vicente* es el hermano de *Natacha?* — preguntó curioso el detective.

—Así es. El tipo ya está detenido, pero debes hacerlo hablar y sacarle una confesión en que se vea comprometido el MIR. Idealmente comprometer a su plana mayor con la muerte del exministro. Tenemos

ser un milagro. Según él, encontraron tus huellas en el auto de Pérez Zujovic.

Como un resorte, *Tito* saltó de su asiento.

—Esa es una mariconada de ese hijo de la grandísima —mostró sus dedos todavía con neoprén—, y hasta donde yo sé en ningún momento se llegó a tocar el coche.

Por primera vez *Antonio* usó su autoridad frente su amigo. Le ordenó que se calmara y que lo escuchara con atención.

—*Tito*, quiero que te vayas de aquí y que no vuelvas. Continúa haciendo tu vida normal. Si algo nos llegara a pasar debes confiar en que tu verdadera identidad está segura. No nos pueden atrapar a todos.

Se estrecharon en un largo abrazo, fraternal y silencioso pero cargado de mensajes. Luego *Tito* se despidió de Arturo y de *Natacha* y abandonó la casona protegido por las sombras de la noche.

Esa misma tarde el domicilio de la familia Rivera Calderón en Ñuñoa fue violentamente allanado en varias ocasiones y Nilda y Gladys Calderón fueron conducidas al cuartel de Investigaciones. Allí las interrogaron y, a través de amenazas e insultos, las presionaron para que entregaran el paradero de sus hermanos. Nilda, que era la que llevaba la voz cantante, les repitió siempre lo mismo: que ellas no sabían nada de sus hermanos desde hacía varios días y que desconocían su paradero.

Horas después del atentado contra Edmundo Pérez Zujovic, el presidente Salvador Allende se dirigió al país a través de la cadena nacional de emisoras: "Como Presidente de Chile afirmo, de manera categórica, que no vacilaremos en adoptar todas las medidas conducentes a evitar que elementos sediciosos puedan continuar su tarea desquiciadora". Dos horas más tarde se publicó un Bando Militar que impuso el

preguntaban a qué equipo especializado se refería el director pero lo cierto es que la mayoría no le dio importancia. Era un gran éxito para la institución el poder entregar a la opinión pública el nombre del autor de un atentado tan solo unas horas después de haberse producido. El jefe de investigaciones estaba orgulloso y quiso demostrarlo.

—Es justo reconocer que, apenas llevando dos meses a cargo de la institución, hemos sido capaces de aclarar eficientemente un crimen político de este calibre.

Al finalizar la conferencia que se realizó tras la reunión, los reporteros obtuvieron copia de las fotografías de los sospechosos y estas fueron inmediatamente reproducidas al público. A través de un especial noticioso, la Televisión Nacional transmitió la conferencia de prensa en directo.

Ese fue el comienzo de la cacería final contra la VOP. Con su dotación completa de detectives fuertemente armados, las patrulleras salían a toda hora del cuartel de la calle General Mackenna, casi siempre seguidos de cerca por una docena de automóviles particulares en los que se amontonaban los reporteros. Paralelamente, los periódicos empezaron a publicar noticias sensacionalistas que poco se ajustaban a la realidad. El morbo vendía y cierto periodismo aprovechó la oportunidad sin importarle la veracidad de los hechos.

En la casa de Coronel Alvarado 2711, *Antonio, Natacha* y *Tito* estaban conversando en la sala de estudios cuando fueron interrumpidos por Arturo.

—Acaba de terminar una transmisión desde Investigaciones y su director ha entregado los nombres y la foto mía y de Ronald. Nos hacen responsables del ajusticiamiento de Pérez Zeta.

Sorprendido, *Antonio* miró a Arturo a los ojos, requiriéndole más información.

—El director de Investigaciones dijo que nos tenían identificados. Pero también contó algo que solo puede

pero siento comunicarle que las huellas correspondían a la víctima. Lo más probable es que los extremistas usaran guantes o que, al romper la ventanilla con la culata del arma, no necesitaran tocar el auto.

—¡Maldición! —el director dio un golpe en la cubierta del escritorio—. De todas maneras, gracias por haberlo intentado. Ahora puede darles un descanso a sus muchachos. Mañana y los días venideros serán de mucho trabajo, tenemos que a cazar a esos terroristas.

Colgó el auricular, se llenó los pulmones con una gran bocanada de aire y salió al pasillo para dirigirse a la sala de reuniones. Una vez allí, el director Eduardo Paredes -conocido como el *Coco* Paredes- miró a cada uno de los presentes, dejó los papeles encima de la mesa y esperó a que se hiciese un silencio completo.

—Señores, puedo informarles que tenemos en nuestro poder pistas que nos permiten identificar a los dos autores del asesinato del exvicepresidente.

En la sala se oyó una exclamación de sorpresa. Sin inmutarse, el director prosiguió su informe.

—Conocemos la identidad de dos de los asesinos. Son los hermanos Rivera Calderón, Ronald y Arturo, militantes de la VOP, además de un tercer elemento que ya se encontraría casi cercado. Esta es una investigación dirigida por uno de nuestros equipos especializados y se ha desarrollado por varios meses. Aunque ya teníamos resultados, no quisimos darlos hasta ahora porque se ponía en peligro el éxito de las diligencias. Pero las huellas digitales encontradas en el automóvil del exvicepresidente de la República no dejan dudas, corresponden a las de Ronald Rivera.

Cuando Paredes terminó su exposición se produjo un silencio largo y pesado. Algunos de los asistentes se

Capítulo XL

El atentado contra Edmundo Pérez Zujovic provocó diversas reacciones, tanto en la oposición como en el gobierno. Todas ellas tenían como denominador común la condena del hecho ocurrido aquella mañana.

El Ministro del Interior del gobierno de Allende, José Tohá, acudió al Hospital Militar para enterarse del estado de salud del herido. Al verlo llegar, la hija mayor del exvicepresidente, María Angélica Pérez Yoma, lo increpó de inmediato ya que creía que la acción la había realizado la Unidad Popular. Sus palabras textuales fueron: "¿Qué hace usted aquí, asesino?".

Por su parte, el secretario privado del exministro, Eduardo Díaz, señaló: "El asesinato de Pérez Zujovic fue una acción fríamente planeada por los grupos extremistas de izquierda que, con ello, creen iniciar, al igual que en Cuba, el proceso de justicia popular".

A las dos de la tarde el director de Investigaciones estaba en su despacho de la Dirección General examinando dos legajos de papeles. Eran copias extraídas de un expediente normal redactado por un agente de su confianza. Ambos informes estaban muy completos y se ajustaban a sus objetivos. El director se había levantado de su asiento cuando sonó el teléfono del escritorio. Sin saber si contestarlo o no, se quedó mirándolo durante unos segundos. Luego, alargó la mano y descolgó el auricular. Escuchó brevemente a la persona que le estaba hablando y preguntó a continuación:

—¿Han encontrado huellas dactilares en el coche del exvicepresidente?

—Por supuesto —contestó seguro el perito de la Brigada de Homicidios al otro extremo de la línea—,

poco importaba, las imprentas ya comenzarían a imprimir los nombres y rostros de los vopistas como trofeos de caza.

Aquel día *Natacha* se despertó pasadas las nueve la mañana. Al salir al patio observó que el vehículo habitualmente parqueado en el garaje no estaba en su lugar. Extrañada se dirigió a la casa en busca de Corina, pero ella no hizo sino confirmarle que ninguno de los muchachos estaba en el lugar.

—¿Sabes dónde fue *Antonio*? —preguntó *Natacha* preocupada.

—No tengo la menor idea. Cuando me levanté no había nadie en casa. No sé lo que pasa, que yo sepa ninguno ha dicho nada.

Sin hablar más del asunto, tomaron desayuno juntas y luego se concentraron en sus quehaceres pero al mediodía, cuando Corina encendió la televisión de su habitación para ver una telenovela, estaban transmitiendo un informativo especial. Bajó corriendo las escaleras para contarle a *Natacha* de la muerte del ex Ministro del Interior, Edmundo Pérez Zujovic. *Natacha* recordó entonces la inquietud y ansiedad de *Antonio* la noche anterior. Comprendió en qué lugar podía estar su compañero.

Para la joven las horas siguientes fueron interminables. Finalmente, a eso de las cuatro de la tarde, *Antonio* llegó a la casa. Ella lo abrazó con ternura y él le devolvió la caricia, llevándola suavemente a la habitación.

—¿Estás bien? Mi amor, ¿estás bien? —insistía *Natacha* mientras le acariciaba la cara y lo abrazaba.

—Sí, mi pequeña, estoy bien. Todo salió como estaba planeado. Los chicos de los otros comandos desconfiaron de los elenos y se prefirió actuar autónomamente.

Beaumont, patente DW-570, se estacionó en la Avenida Pocuro. Sus tres ocupantes, únicos conocedores de esa parte del plan, se dispusieron a esperar pacientemente a que apareciera su objetivo. El resto de los miembros de la VOP, los que actuaban en tareas secundarias, ya habían desaparecido.

A las 10:20 se abrió el portón de hierro forjado de la casa de los Pérez Zujovic y por él salió un Mercedes Benz conducido por el propio exvicepresidente y con su joven hija María Angélica de acompañante. Realizando su recorrido habitual, el vehículo transitó por la calle Hernando de Aguirre con dirección a Avenida Providencia. Habían recorrido solo tres cuadras cuando Pérez Zujovic se percató de que un automóvil trataba de darles alcance y, sin perder de vista el camino, intentó sacar el arma que habitualmente llevaba en la guantera. Para alejarse de sus perseguidores, aumentó la velocidad y le ordenó a María Angélica que se protegiera en el piso del auto, pero el Acadian Beaumont logró adelantarlos y se cruzó por delante. El Mercedes apenas alcanzó a frenar para evitar la colisión. Sabiéndose acorralado, Pérez Zujovic trató de poner el pesado vehículo en marcha atrás pero ya era tarde. Dos hombres habían descendido del vehículo y mientras uno de ellos cubría la retirada el otro se acercó a la ventanilla y rompió el vidrio con la culata de la metralleta.

—Esto es por los muertos de Pampa Irigoin —sentenció mientras disparaba una ráfaga con pulso firme.

Cuando aún no se disipaba el humo de los disparos, los dos hombres que se habían bajado regresaron corriendo al vehículo y este abandonó el lugar a toda velocidad. Diez cuadras más adelante hicieron el cambio de transporte y se subieron a un Peugeot 404, expropiado para la ocasión y que estaba esperando con las llaves en su interior.

Pérez Zujovic había sido ajusticiado por la VOP. Las descripciones sobre el autor material de los disparos abundaron en múltiples sentidos. El periodista Raúl Pizarro Illanes, reportero del matutino *Puro Chile*, señaló que testigos vieron al autor como un hombre de unos 26 años, "un metro 82, más o menos, y tenía el pelo canoso". Lo cierto es que

separado y se esfuerza por pasar el mayor tiempo posible con su hija. Está casado en segundas nupcias con Norma y esperan su primer hijo. Tras esa fachada de vida profesional y familiar convencionales, siente un profundo rechazo hacia las clases dominantes. Y es que de niño conoció el hambre muy de cerca y tiene siempre presente los sacrificios que tuvieron que hacer sus padres para pagarle los estudios. Inquieto políticamente, tras estar relacionado con los socialistas y con sectores anarquistas, se había enrolado en la Vanguardia Organizada del Pueblo convencido de que solo un proceso revolucionario podría cambiar este mundo. A pesar de ser encargado militar de uno de los comandos, su verdadera identidad es un secreto muy bien guardado ante aquellos que no pertenecían a su grupo. *Antonio* es, sin embargo, conocedor de ella debido a la amistad que los une.

Víctor tiene alrededor de 20 años y forma parte del comando de *Tito*. Es el mejor tirador. Ha participado en operaciones militares de todo tipo en dicha columna. Ya fogueado, en el grupo se le conoce como un compañero en el que se puede confiar.

Cuando el reloj marcaba las ocho con cinco minutos, *Antonio* y Arturo salieron a la calle en otro vehículo, un pequeño Fiat 600, conducido por *C-Hache*. Ellos serían el vehículo de apoyo y la retaguardia del Acadian Beaumont.

Otros grupos también se movilizaron, aun cuando muchos de ellos no sabían exactamente lo que ocurriría. Algunos participaron en traslados de miembros del comando o se pusieron a disposición para hacer recambios de gente o de automóviles. Cuando todo estuvo dispuesto, solo dos grupos reducidos participaron: uno que observaría los desplazamientos del objetivo y sería el grupo de apoyo y otro, compuesto por tres integrantes, que asumiría la realización de la acción misma. El resto solo se enteraría más tarde del alcance de lo sucedido.

Paralelamente, mientras el Acadian Beaumont abandonaba la casa en el sector norte, en el otro extremo de la ciudad, en el barrio alto, un elegante desayuno despertaba a la familia Pérez Zujovic.

Un par de minutos antes de las 10 el Acadian

Capítulo XXXIX

El 7 de junio de 1971 no fue un día normal en la casa de Coronel Alvarado. Los encargados de cada comando de la VOP estuvieron reunidos todo el día. Al llegar la noche, la suerte de Edmundo Pérez Zujovic estaba echada.

Cuando *Antonio* entró al dormitorio la habitación estaba a oscuras. Sabiendo lo tarde que era y pensando que *Natacha* estaba dormida, se desvistió lo más sigilosamente que pudo, pero al meterse en la cama ella se le acercó y medio dormida lo abrazó tiernamente para compartir con él el calorcito del lecho. Ni la represión, ni las amenazas de otros compañeros, ni la cacería policial podían quitarles ese espacio íntimo de verdadero amor revolucionario. *Antonio* estaba agotado. Se acostó boca arriba y acarició distraídamente el cuerpo de su compañera, que se había acurrucado en sus brazos. Pese al cansancio no podía dormir, las acciones venideras le preocupaban sobremanera, se sentía muy nervioso y no podía negarlo ni evitarlo.

El martes 8 de junio de 1971 *Antonio* se levantó temprano, antes de las siete de la mañana, y se vistió sin hacer ruido. Como en cámara lenta, sacó la Mauser que estaba debajo de la almohada y se la puso en la sobaquera. Luego salió al patio, húmedo esa fría mañana de invierno. En el comedor se reunió con el resto del equipo, que ya estaba levantado. Compartieron un desayuno ligero y mientras comían discutieron los últimos detalles de lo que bautizaron como Operación Pampa Irigoin. Eran casi las ocho de la mañana cuando *Daniel* se puso al volante del Acadian Beaumont. Casi al mismo tiempo salieron *Tito* y *Cristián* y subieron unos maletines al auto. Minutos después el vehículo salió a la calle y desapareció por la esquina más próxima.

A sus 45 años, *Tito* se distingue por su elevada estatura y su pelo canoso. Es de elegantes modales y buen gusto, está

El grupo vivía sujeto a una férrea disciplina y cada cual tenía asignadas sus tareas. Solo se salía a la calle a realizar tareas concretas o si era estrictamente necesario. Corina y Galvarino eran los encargados de hacer las compras y el aprovisionamiento general bajo la fachada familiar. El resto dedicaba la mayor parte del día a la discusión y el estudio del marxismo o a aprender algún tipo de instrucción. Por las noches se turnaban para que siempre hubiera un guardia armado que cuidara la seguridad de todos, ya que las noticias relativas a la cacería de la VOP aparecían todos los días en la prensa.

Capítulo XXXVIII

La casona, ubicada en la calle Coronel Alvarado, tiene un frente de casi veinte metros y se puede reconocer por la gran puerta del garaje a la derecha. Hacia el lado opuesto, tras una puerta privada y el único ventanal del primer piso que da a la calle, está la habitación en la que *Antonio* y *Natacha* se instalaron. Hay un segundo dormitorio que da al interior, una sala donde se hacen las reuniones y el taller mecánico. Al terminar la jornada, el comedor se transforma para que *Daniel, C-Hache* y *Víctor* pasen la noche en sacos de dormir. En el segundo piso hay otro dormitorio, también con ventanas a la calle. Ese lo ocupa una familia de tres personas: Galvarino, Corina –su compañera embarazada– y su hija de 10 años.

Arturo Rivera se integró al grupo después. Carmen, su pareja, se había ido al norte sin motivo aparente. Estaba claro que Arturo no era feliz con la situación, por lo que *Natacha* decidió no ahondar más en sus sufrimientos y no le siguió preguntando por su amiga.

Una semana después, ya todos estaban establecidos en la nueva casa y empezaron a ser visitados diariamente por Heriberto Salazar y su esposa Norma. Fue entonces cuando *Natacha* descubrió que él era la persona a quien llamaban *Tito*, el mismo personaje vestido elegantemente con el que *Antonio* se había entrevistado cuando caminaban hacia la Alameda. *Tito* era un policía retirado, especialista en armas. A medida que lo iba conociendo su personalidad la desconcertaba cada vez más, era un hombre reposado, aun en las peores situaciones. Además, era educado y muy inteligente. Cuando *Tito* impartía clases de alguna de sus especialidades, ya fuera manejo de armas, táctica, estrategia o incluso teoría política, *Natacha* pensaba con admiración: "Es increíble, nadie podría imaginar que detrás de esa fachada de hombre elegante existe un revolucionario".

—Recuerdas que te amo, ¿verdad?

Natacha no dijo nada, pero movió la cabeza afirmativamente.

—Bien —musitó *Antonio*—. Te prometo que te iré a buscar, estés donde estés. No te dejaré entre rejas por mucho tiempo porque te necesito para vivir. De esta vamos a salir como sea.

Con estas palabras buscaba transmitirle seguridad pero lo cierto es que él no sabía qué iba a pasar. Luego la besó brevemente y desapareció por los techos entre la bruma de aquella madrugada fría y oscura.

Cuando desapareció, *Natacha* sintió pánico de no verlo nunca más, pero se sobrepuso y volvió sobre sus pasos de regreso a la casa. Sin saber cómo, saltó los dos metros que la separaban del suelo y para su sorpresa aterrizó sin problemas. Fue corriendo al segundo piso con la vista puesta en la calle. Desde allí volvían a disparar. En un rincón de la pieza estaba Galvarino Jorquera, su compañera Corina y su hija, las dos muy asustadas. Al verlas, *Natacha* le ordenó con rapidez:

—Abríguense. Debemos salir de aquí y entregarnos antes que se decidan a echar abajo el portón. Hay compañeros tratando de escapar, tenemos que entretener a los policías para darles tiempo.

Corina obedeció en silencio. Cuando estuvieron listas, *Natacha* abrió la ventana y gritó en medio de la balacera:

—¡No disparen! Estamos desarmados y queremos entregarnos. Yo soy *Natacha*, la compañera de *Antonio*, y ustedes me buscan. Galvarino, Corina y su hija están conmigo.

Desde la calle la voz de un detective les ordenó:

—¡Salgan al portón con los brazos en alto! ¡Y que sea rápido, mierda! No hagan nada estúpido o las acribillamos aquí mismo.

Cuando salieron a la calle, los cuatro fueron recibidos por varios policías de civil fuertemente armados. Uno de ellos, al identificarla como la pareja de *Antonio*, empezó a golpearla en la cara una y otra vez con la mano abierta, sin preguntarle nada. Ella estaba preparada para enfrentar la violencia policial cuando la detuvieran y la interrogaran, pero que le pegaran así, sin ton ni son, sin decirle nada, la indignó profundamente. Después de unos minutos de maltrato, el policía la arrastró hacia donde estaban estacionadas las patrulleras de Investigaciones y allí le exigió delatar el paradero de *Antonio*. Entre lágrimas, ella le respondió:

—Escapó solo, pero no sé qué rumbo tomó.

Fuera de sí, el policía se puso más agresivo.

—¿Y qué armas tenía? ¡Hija de la gran puta! ¿Qué armas tenía?

Natacha le respondió con seguridad e inocencia:

—No sé lo que es un arma. Nunca he visto una...

Cada vez más exasperado, el policía le mostró diferentes armas: revólveres, pistolas y metralletas.

—¿Tiene alguna de estas?

—No tengo idea, señor. Él me ocultaba esas cosas porque les tengo miedo.

—¿Con quién crees que estás hablando? ¿Pretendes agarrarme pa la palanca? —y volvió a golpearla con su mano grande y pesada sin esperar respuesta.

—No sé, no sé, yo no sé nada —*Natacha* lloraba y murmuraba con la voz entrecortada.

—¡Maldita sea! Ese cuento no te lo cree nadie —le espetó el policía y se alejó para notificarle a sus superiores la detención de la amante de *Antonio*.

La obligaron a subir a una patrullera. Mientras la trasladaban al cuartel general de Investigaciones pudo escuchar por la radio policial que un vecino creía haber escuchado gente en el techo de su casa y necesitaba ayuda. Esperanzada, *Natacha* pensó que podía ser *Antonio* y el resto de los muchachos que ya habían roto el cerco policial.

Los detectives que quedaron en el lugar, y que ya contaban con la colaboración y refuerzos de carabineros, solicitaron ayuda a los militares del Regimiento Buin para copar completamente la zona y hacer frente a la tenaz resistencia que, desde los techos, ofrecían los vopistas.

Capítulo XLII

Al llegar a su destino el vehículo entró por la puerta de atrás del cuartel de Investigaciones, que da a la calle que irónicamente se llama Los Suspiros. Mientras la conducían al interior, *Natacha* fue mirando las celdas, casi todas ocupadas por detenidos. Sabía que sería torturada e intentó prepararse psicológicamente. Tenía muy presente las palabras de *Antonio*: callar a toda costa, dar la menor información posible. Un policía muy joven que se acercó para sacarle las esposas la hizo volver a aquella realidad de calabozos en un subterráneo.

—Me llamo Gerardo. Tengo que allanarte y luego me entregarás todas las cosas con las que te puedas hacer daño: cordones, correa, etcétera.

Comenzó a desprenderse de sus pertenencias y de pronto escuchó los gritos de dolor de sus compañeros. Sorprendida y asustada, preguntó:

—¿Es que ya han comenzado a torturarlos? Seguro que yo seré la siguiente, ¿verdad?

El joven no pudo evitar una sonrisa ante la ingenuidad de *Natacha*.

—No. Nadie los está torturando, están heridos. Ellos mismos se balearon antes de entregarse.

—¿Pero por qué no los han llevado al hospital? ¿Qué esperan?

—Órdenes del jefe. Quiere tenerlos aquí hasta que caiga

Antonio. Supone que él puede intentar venir aquí para liberarlos.

—No, no lo creo —dijo ella con voz triste—, ustedes ya saben que es el fin. Una fuga desde aquí es casi imposible. Lo mejor que pueden hacer es darles atención médica a mis compañeros.

Los gritos eran desgarradores y los siguió oyendo incluso cuando cerraron la puerta de la habitación a donde fue llevada. Cuando quedó sola miró a su alrededor. Vio que habían colgado un gran plano de Santiago, sembrado de banderitas de colores. Casi sin darse cuenta, entendió de qué se trataba, era el mapa de la cacería en contra la VOP. Desde la fría pared, el mapa podía contarle cómo la policía los había ido cercando paso a paso. Sin entender por qué la habían dejado sola pensó en *Antonio* y rezó en silencio para que su fuga fuera exitosa. Momentos después Gerardo volvió con varias hojas en la mano y se sentó frente a una máquina de escribir.

—Tengo que escribir tu declaración. Empieza con tu nombre, tu alias, tu dirección y toda la información familiar antes de contarme cómo es que te metiste en este lío.

Natacha empezó a relatarle su vida, su niñez, sus años de estudiante y su pololeo con *Antonio*. Narraba cada cosa con detalle, los encuentros en la playa y en los parques de su ciudad natal. Le habló también de lo profundos son los lazos de amor que los unen. Estaba tan concentrada en su historia que no se dio cuenta de que las hojas mecanografiadas se iban amontonando y que el joven policía escribía con mucha profesionalidad, casi sin detenerse.

Ya era media mañana y los gritos de dolor de los detenidos habían cesado. Fue entonces cuando hizo su entrada en la habitación el jefe de brigada. Se dirigió a Gerardo y lo felicitó.

—Veo que has hecho un trabajo eficiente —dijo mientras observa el montón de hojas mecanografiadas—. ¡Enhorabuena!

Tomó el legajo y comenzó a leerlo con atención. Sin embargo, a medida que iba avanzando en la lectura, la cara se le fue poniendo cada vez más roja. Iracundo, arrojó los papeles sobre la mesa y comenzó a increpar a su subalterno.

—¡No puedo entenderlo! No me cabe en la cabeza que un policía de tu calibre haya perdido horas valiosísimas escribiendo tanta basura. Lo que esta mujer ha declarado es lisa y llanamente mierda. En este material no hay nada interesante. ¡Pero si es inconcebible! Hasta cuenta que *Antonio* le abrochaba los zapatos. ¿Se puede saber qué nos importa a nosotros su vida sentimental con ese asesino de policías? La respuesta es que no nos interesa para nada. Debes apretarla para que entregue nombres, direcciones y datos de interés que nos conduzcan a sus cómplices, ¿entendiste?

Cuando el jefe, todavía indignado, abrió la puerta para marcharse, *Natacha* vio pasar por el pasillo a dos policías que portaban la Mauser de *Antonio* enfundada en la sobaquera y también el maletín que llevaba cuando se separaron. Sin importarle las represalias, la joven salió corriendo y poniéndose delante de ellos les preguntó con los ojos llenos de lágrimas:

—Ha muerto, ¿verdad?

Los hombres la miraron de arriba abajo, como quien mira a un ser despreciable. Vomitando las palabras, uno de ellos le respondió con odio:

—¡Vuelve a la sala, hija de puta! Tu amante está muerto, por fin pudimos liquidarlo.

Natacha volvió a la sala llorando desconsoladamente. Sentía como si un puño enorme le apretara el corazón. Y pensó que no sería capaz de resistirlo. Gerardo, el policía, le rogó que se calmara.

—Ya has escuchado a mi jefe. Debemos repetir el interrogatorio. Y es mejor que lo haga yo, de lo contrario, mandarán a otro más duro que no dudará en maltratarte.

A pesar del dolor que la embargaba, *Natacha* se puso en alerta. Conocía ese método: un policía se hace pasar por bueno para ganarse la confianza de su detenido y así lograr una confesión. Tenía que tener cuidado, ese solía ser más peligroso que el que solo golpea. De cualquier forma, el interrogatorio tuvo que suspenderse por algunas horas porque *Natacha* estaba inconsolable. Lloraba sin cesar y nada la calmaba, ni las amenazas ni los golpes. Para ella, la vida había perdido su razón de ser y le daba igual lo que le hicieran sus torturadores.

Aquella fría mañana del 13 de junio, el profesor de filosofía del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, Juan Rivano, se dirigía a su trabajo como todos los días. Al pasar por el quiosco donde solía compra los diarios de la mañana se quedó paralizado por la sorpresa y el dolor. Todos los matutinos tenían en primera plana la noticia de la muerte de los hermanos Rivera y la detención masiva de los integrantes de la VOP. Intentó sobreponerse, compró los diarios que más llamaron su atención y continuó su camino.

Rivano se había titulado como profesor de filosofía por la Universidad de Chile en 1955. A partir de entonces, ejerció dando clases en la Universidad de Concepción y en la Universidad de Chile, impartiendo las cátedras de Introducción a la Filosofía, Lógica y Teoría del Conocimiento. Con los años, su gran personalidad lo convirtió en un académico de gran prestigio a nivel nacional e internacional y se lo consideraba una verdadera eminencia en su cátedra. Continuó aportando a la filosofía en Chile y en el extranjero como director de dicho departamento en la Universidad de

Concepción en 1960 y posteriormente, en 1969, ejerció el mismo cargo en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Sus cátedras estaban marcadamente orientadas a la crítica social. Recurría a la dialéctica hegeliana y materialista para la tratar la comprensión de la realidad pero a fines de los años 60 se apartó de la doctrina marxista dogmática. Sin embargo, aun cuando puso en cuestión algunos postulados, nunca abandonó un enfoque materialista de la realidad.

A llegar a su oficina, pidió a la secretaria que citara urgentemente a sus alumnos del pedagógico a una reunión. Cuando estuvieron congregados, el profesor Juan Rivano los miró uno a uno y muy serio comenzó a hablar.

—La policía ya está empezando a matar revolucionarios...

Capítulo XLIII

Cuando esa mañana Nilda salió a la calle para ir a la panadería se encontró con que afuera del cité se habían concentrado los vecinos y que algunos de ellos lloraban. Al darse cuenta de que era Nilda quien aparecía se fueron turnando para abrazarla y consolarla por la muerte de sus hermanos. Como una autómata, Nilda los escuchó sin comprender del todo sus palabras. Intentó abrirse paso y comenzó a repetirse una y otra vez que debía tratarse de un error. Cuando logró zafarse de los brazos de sus vecinos volvió corriendo sobre sus pasos, llamando a gritos a su madre. Cerró la puerta por dentro y encendió la radio: sus dos hermanos habían muerto. Si poder ni querer contenerse, madre e hija se abrazaron y lloraron desconsoladamente.

En el cuartel de Investigaciones *Natacha* había comenzado a salir de su estado de apatía, pero aún pasaba largos períodos llorando en silencio. Por su parte, varios detectives habían ido a descargar su frustración con ella. Cada vez que quedaban solos, Gerardo trataba de consolarla y la abrazaba con ternura, lo que la desconcertaba más aún. Fue él quien le dijo que su cara estaba amoratada por los golpes recibidos durante su detención. Los demás la maltrataban para quebrarla sicológicamente. La amenazaban, la insultaban y la golpeaban. La ponían en una sala rodeada de detectives que se burlaban de ella sin parar.

—¿Y esta porquería es la *Natacha*? Esta cosa no tiene nada que ver con la italiana sensacional que mencionaban en los diarios —tras cada comentario de este tipo, los policías se reían o golpeaban a la detenida.

Cuando la interrogaron acerca de la rutina diaria en

la casa de Coronel Alvarado, le preguntaron insistentemente sobre la pornografía y las botellas de licor que los agentes esperaban encontrar. Lo absurdo de las preguntas llegaron incluso a hacer reír a la joven. Incrédulos, los detectives le decían:

—En el allanamiento solo encontramos botellas de leche vacías, literatura marxista y manuales militares. Pero nadie nos va a convencer de que una banda de asesinos, como ustedes, sea tan sana.

En cada interrogatorio ella afirmaba que no sabía nada sobre las actividades de *Antonio*, de Arturo o de la organización en general, que él la mantenía al margen de sus tareas políticas. Pero los detectives la seguían presionando para que entregara información sobre el compañero *Tito*. Tenían que capturarlo lo más pronto posible, estaban desesperados.

Natacha estaba extrañada de que no la interrogaran sobre la muerte de Pérez Zujovic. Trató de ponerse en guardia y ordenar la información en su cabeza para no caer en contradicciones. Sabía que la casa de Gran Avenida estaba limpia y que podía entregarla, pero Ronald le había recomendado aguantar durante un tiempo para que su confesión fuera creíble.

Habían pasado dos días sin que la joven probara alimento y comenzó a sentir un dolor agudo en el estómago. Durante las primeras horas pensó que solo era hambre, pero pronto el dolor fue acompañado de vómitos permanentes. Entonces, tanto ella como sus vigilantes comprendieron que estaba embarazada. A partir de ese día, cada mañana muy temprano iba a visitarla un detective de avanzada edad que le preguntaba desde la puerta de la celda:

—¿Quieres ordenar tu desayuno? ¿Qué prefieres, jugo de naranja o de piña? ¿Cuántos sándwiches? Recuerda que debes alimentarte bien porque estás embarazada.

Al principio, ella pagaba el noviciado:

—Lo que ustedes quieran —y la inocencia de su respuesta era respondida con burlas de los detectives.

Pero siguieron las horas pasaron sin que le dieran siquiera un vaso de agua. Sentía cómo su estómago clamaba por alimento, el hambre le provocaba dolores terribles y tenía muchas arcadas, sobre todo por las mañanas.

Al tercer día la sacaron temprano de la celda y la trasladaron a una sala en que había muchos detectives y también una trabajadora de la confitería cuyo gerente había sido baleado por los compañeros. Cuando *Natacha* hizo su entrada, uno de los jefes le preguntó si la reconocía. Se miraron a los ojos por un instante y luego la dependienta respondió con voz segura:

—No, no es ella. Son tan diferentes que no pueden ser la misma persona.

Sin revelar sus emociones, *Natacha* se dejó conducir a otra sala, mal iluminada y también repleta de detectives. Lo primero que vio fue el maletín de *Antonio* sobre un escritorio y, en el suelo, cajas con materiales sacados de la casa de Coronel Alvarado. Trató de acostumbrar sus ojos cansados a la poca luz que había. En primera fila localizó a Carlos Toro, subdirector de Investigaciones y miembro del PC. Era tal como lo había visto en las fotos de los diarios: alto y fuerte. Al estar así, tan cerca de él, recordó las palabras de *Antonio*: "Es un compañero honesto y consecuente. Militamos juntos las filas del PC y es seguro que desde su puesto en Investigaciones tratará de terminar con los abusos de poder que se cometen contra los detenidos políticos. Al menos siempre se planteaba crítico a estas prácticas". Fue precisamente Carlos Toro el que la devolvió a la realidad cuando le habló con voz poco amable:

—Hemos encontrado un maletín con pasaportes y carnés en blanco. Queremos que nos digas de dónde lo sacaron. Y no me mientas, porque yo no creo ese cuento de que no sabes nada —le apuntó con el dedo

y la miró directo a los ojos.

Natacha estaba lista para responder con una evasiva pero el miedo la paralizó cuando se dio cuenta de que entre los presentes estaba el *doctor Linares*. "Está detenido. Han caído casi todos los compañeros y ahora están deteniendo a la gente que nos ayuda. De seguro nos harán un careo en relación a los documentos. Dios, ayúdame para no perjudicarlo", pensó asustada. Luego respiró profundo y trató de sobreponerse. Cuando finalmente habló su voz sonaba tranquila y segura.

—*Antonio* acudía solo a hacer ese tipo de contactos. Me parece que un día escuché que se los compraba a un comerciante.

—¿Estás segura de que no sabes su nombre? —insistió el subdirector con tono amenazante—. Es mejor que hables ahora, tenemos otros métodos para hacerte confesar.

—Estoy segura, señor —respondió *Natacha* humildemente.

El *doctor Linares* miró a Carlos Toro y se rieron con las respuestas de *Natacha*. Una verdad terrible se presentaba ante los ojos de la joven y trataba desesperadamente de hacer encajar las piezas en el rompecabezas que tenía por delante. Hasta ahora no había podido, por un lado, porque al estar mudándose continuamente de casa ellos nunca vieron la televisión y, por otro, porque el *doctor Linares* siempre había sido discreto en sus apariciones públicas. Pero ahora estaba allí, en persona, no como detenido sino que ocupando su puesto de director de Investigaciones. ¡Estaba participando en la investigación sobre el origen de los documentos que él mismo les había proporcionado! Sin lograr asimilarlo del todo, *Natacha* comenzó a temblar sin poder controlarse. Sentía que sus piernas se negaban a sostenerla por más tiempo y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para continuar respondiendo coherentemente.

Como no pudieron conseguir nada nuevo, dos agentes la sacaron de la sala a empujones.

Al pasar frente al *doctor Linares* lo mira con desprecio pero no le dijo nada. Como bien decía *Antonio*, es mejor morir de dolor que morir de vergüenza. Cuando llegaron al pasillo las fuerzas finalmente la abandonaron. Cayó pesadamente al suelo y perdió el conocimiento.

En el expediente judicial quedó la evidencia de las torturas a las que fue sometida la joven. Ya fuera por un descuido policial o por otro motivo, en el informe quedaron plasmadas las consecuencias de la acción policial: "Se interrumpe la declaración de la detenida porque esta se desmayó. Al comenzar su declaración expuso que padece de taquicardia, que cree estar embarazada de dos meses y que está perdiendo líquido, que hace siete días que no come y que no duerme. Se cierra la declaración no firmando la declarante por imposibilidad física".

Cuando despertó seguía en el piso. Como entre tinieblas, escuchó una voz que infundía respeto y que ordenaba su traslado a la Posta de la Asistencia Pública. Esa voz era del Ministro en Visita, designado por los Tribunales para enjuiciar a la VOP, que casualmente pasaba para realizar una inspección.

Durante el trayecto a la Posta Central *Natacha* tiritó todo el tiempo. Iba en la parte trasera de un furgón y era custodiada por varios detectives armados con metralleta. Como todavía no estaba restablecida, cada vez que el vehículo saltaba en los baches de la calle se golpeaba la cabeza contra la pared metálica. Gerardo, que también era uno de los detectives encargados del traslado, la abrazó para protegerla, sabiendo que con ello estaba arriesgando a una reprimenda. Cuando llegaron al centro de salud le inyectaron un calmante y unas gotas para la taquicardia, pero debido a su situación de prisionera, no pudieron hacer mucho más y la devolvieron al cuartel.

En su celda solo había un banco de madera y un retrete maloliente donde caía agua todo el tiempo. El frío era tan intenso que le calaba hasta la médula de los huesos. Se había dado cuenta de que la situación era mucho más grave de

lo que pensaba y comenzó a llorar desconsoladamente. Sintió que la angustia la devoraba y tomó la decisión de acabar con su vida. Su *Antonio* estaba muerto, sus compañeros detenidos y torturados en las celdas contiguas, y los grandes traidores dirigían la cacería. Con mucha paciencia, sacó uno a uno los flecos de su poncho de lana y con ellos formó una cuerda delgada pero firme. Ató una punta en un lugar elevado y puso el nudo corredizo alrededor de su cuello pero no pudo continuar. La puerta se abrió violentamente y dos agentes la sacaron para un nuevo careo.

La metieron a una de las salas que ocupaban para los interrogatorios y la enfrentaron con *Cristián*. Había sido detenido y sus declaraciones no coincidían con las de *Natacha*. La rutina fue la de siempre. El agente Rojas, que hacía de jefe, comenzó.

—A ver, mosquita muerta. Tú declaraste que la última reunión se realizó en Coronel Alvarado, pero aquí *Cristián* declara que la hicieron en su casa. Cuéntanos ahora por qué lo proteges —dijo y la zamarreó violentamente.

Más tarde, tras largos careos e interrogatorios, la joven consiguió descansar brevemente en la celda hasta que fue sacada de nuevo en la madrugada. Los detectives sabían que Arturo tenía una conviviente.

—Tus compinches han contado que Arturo, el hermano de tu conviviente, el que se voló la cabeza antes de ser detenido, vivía con una mujer y tú debes saber su nombre y su dirección. Si no quieres pasarla más mal todavía, anda contándonos todo sobre ella ahora mismo.

Cansada y queriendo zanjar la situación de una vez, les respondió con desparpajo y provocación:

—Están equivocados. Ustedes lo han dicho antes,

tenemos una concepción de la moral muy distinta a la de ustedes. Era yo la que vivía con los dos hermanos.

Contrariamente a lo que esperaba, su repuesta les gustó a rabiar. La celebraron a risotadas y no la molestaron más con preguntas sobre Carmen. "Al menos que ella se salve", pensó *Natacha* un poco más tranquila.

Capítulo XLIV

Efectivamente, Ronald fue acribillado en el cerco policial y militar de la calle Coronel Alvarado, y su hermano Arturo se suicidó al interior de una casa vecina antes de ser detenido.

Heriberto Salazar sabía que en cualquier momento podía llegar su turno, por lo que vivía cada día como si fuese el último. Anímicamente estaba abatido, la muerte de sus amigos había calado hondo y le había dejado un enorme vacío. Además, otro de sus compañeros más cercanos, *Daniel*, con quien compartía cierta afinidad por las ideas anarquistas, estaba gravemente herido y en manos de la policía. Se había desatado una traición a gran escala contra los miembros de la VOP, un coro de voces los delataba y condenaba.

El miércoles 16 de junio de 1971 muy temprano fue a visitar a su hija. Cerca del mediodía, antes de regresar a su casa, decidió pasar por la peluquería donde trabajaba su mujer. Desde la acera del frente advirtió que en la cortina del negocio había puesto la señal de peligro. Se detuvo de golpe porque conocía su significado: la policía lo estaba esperando para detenerlo usando a Norma como señuelo. Hizo un gran esfuerzo por mantener la calma y siguió caminando para doblar en la próxima esquina y llegar hasta donde había aparcado su vehículo. Debía actuar con rapidez, sabe que callará y hará lo posible para darle tiempo de recoger algunas cosas y destruir lo que pueda comprometerlo, en caso de que la policía vaya a allanar su domicilio. Extremando las precauciones, estacionó el vehículo a cien metros de la casa, en una calle lateral. Justo al llegar a la esquina desde donde podía ver la puerta de calle se encontró con un carabinero, excompañero de trabajo en una de las comisarías donde había prestado servicio. Este lo saludó con afecto.

—Salazar, vas a tener que esperar un poco para entrar a tu casa. Justo ahora están allanando a uno de tus vecinos. Dicen que ahí se oculta otro de los extremistas de la VOP. Esos tipos están locos.

Conservando su sangre fría, Heriberto respondió:

—Si es así puede ser peligroso que me vaya a meter ahí ahora. Con esos tipos nunca se sabe y uno puede terminar metido en medio de una balacera. Tenía que ir a buscar a mi esposa a la peluquería en una hora más, pero puedo ir ahora mismo. Nos vemos en otro momento. Acuérdate de visitarme un día de estos, así nos tomamos un cafecito y rememoramos anécdotas de cuando andaba de verde —y se fue lanzando una falsa risotada.

Cuando el policía lo perdió de vista, Heriberto volvió al automóvil y sacó su maletín. Entendió que no podía seguir usando el vehículo porque seguramente la policía ya tenía sus señas, así que caminó en dirección contraria a la de su casa para tomar una micro que lo dejara cerca del cuartel general de Investigaciones. Mientras el bus se acercaba al centro él iba pensando en Norma. Llevaban cinco años de casados. Para él era el segundo matrimonio y no tenían hijos en común, pero hacía poco tiempo el médico les había confirmado un embarazo y estaban muy ilusionados. Se sintió acorralado. No tenía muchas opciones y de tan solo pensar en que podían torturar a Norma y al pequeño que llevaba en su vientre un sudor frío le recorría la espalda. Tenía que tomar una decisión, no podía desperdiciar un segundo más. Pensó en Arturo y en su amigo Ronald, pensó en su compañera y en todos quienes estaban siendo torturados en el cuartel policial. Entonces se decidió, había que pasar de la defensiva a la ofensiva.

Se bajó de la micro en una parada cercana a la Estación Mapocho. Antes de seguir su camino se dio tiempo para acercarse a la orilla y echar una mirada a las turbias aguas del río, desde donde se levantaba una niebla tenue pero persistente. Se echó a andar entre la gente. Recorrió algunas

cuadras y entró a una cafetería donde pidió permiso para ocupar el baño. En su interior abrió el maletín y repartió los cartuchos de dinamita alrededor de su cintura, como si fuesen un extraño cinturón de muerte. Después de comprobar que sus armas estaban sin seguro y listas para la acción, salió a la calle con paso decidido. Los habían traicionado y el traidor estaba allí, en el cuartel de Investigaciones. Ahora solo quería estar cara a cara con él para pedirle cuentas. "Que el plomo y la dinamita hablen esta vez", pensó para sí.

Pudo pasar con normalidad las barreras de policías y periodistas que deambulaban por el lugar y a las 14:05 horas cruzó la puerta de Investigaciones. Una vez adentro exigió a grandes voces:

> —¡Quiero ver a ese cerdo traidor del *Coco* Paredes! ¡Que dé la cara si es tan hombre!

Cuando los detectives intentaron detenerlo Salazar sacó sus armas. Con un revólver y una metralleta atacó el cuartel desde adentro. Luego lanzó una granada casera hecha con tetril y destrozó la recepción del cuartel. La situación se volvió caótica y el terror se apoderó de quienes se encontraban en el interior del recinto de General Mackenna. Se produjo una fuerte balacera. Dos detectives sacaron sus armas pero fueron ametrallados al instante. La mayoría de los demás detectives, temerosos, cerraron las puertas interiores y se atrincheraron para desde ahí hacer frente al ataque. Las radios comenzaron a hablar de varios comandos armados de la VOP que estaban atacando el cuartel. Se oían órdenes y contra órdenes y el caos era total.

En los subterráneos los miembros de la VOP fueron sacados al pasillo y se les ordenó que se tiraran al suelo mientras los detectives desenfundaban sus armas. *Natacha* observó cómo los agentes corrían de un lado para otro, muertos de miedo al saber que eran atacados en su propia casa.

> —Qué valientes son cuando torturan a gente desarmada, pero a la hora de la verdad, cuando tienen que enfrentarse con quienes pueden hacerles frente,

solo son unos pobres cobardes —escuchó decir a su compañero de al lado.

Al ver que su intento por seguir avanzando al interior del cuartel era imposible, Heriberto salió a la calle, pero allí se produjo un nuevo intercambio de disparos con los refuerzos que comenzaban a llegar. Una de las balas le llegó en el vientre e hizo explotar el cinturón de dinamita. La gran explosión provocó diversos daños en el edificio, dejó algunos heridos entre los detectives que llegaban e hizo que el cuerpo de Heriberto Salazar volara despedazado por los aires.

En el interior del cuartel, la detonación generó todavía más caos, ya que muchos cristales se hicieron añicos y el edificio se estremeció hasta los cimientos. Cuando se apagaron los ecos de la explosión todos estaban expectantes. Aunque afuera había vuelto a hacerse el silencio, pasaron dos, tres, quizás cuatro minutos antes que nadie se atreviera a moverse. En el suelo yacían los cuerpos de los detectives Mario Marín Silva, Gerardo Romero Infante y Carlos Pérez Bretti. Todos habían muerto durante el enfrentamiento. La institución llevaría ese peso por siempre pero para Heriberto no había sido suficiente. Murió sin terminar su acto de venganza, que era terminar con la vida del *doctor Linares*.

Capítulo XLV

En horas de la tarde, Nilda y su hermana Gladys llegaron al Instituto Médico Legal para identificar los cuerpos de Ronald y Arturo. Era una de las últimas diligencias para recuperar los cuerpos y poder darles sepultura. Uno de los forenses las condujo a una amplia y fría sala en el subsuelo del edificio. Allí levantó la sábana que cubría los restos que ellas debían identificar. Gladys estuvo a punto de desmayarse ante lo que le mostraban y tuvo que afirmarse de la camilla para no caer. Frente a ella estaba el rostro de su hermano con la mandíbula destrozada por una bala, muy pálido, con una blancura casi transparente. Pero al observar más detenidamente, se dio cuenta de que el cuerpo que tenía delante correspondía a una persona pelirroja. Ella ignoraba que Norma le había teñido el pelo y al verlo tan diferente se desconcertó y gritó:

—¡Pero si esta persona no es mi hermano! Él tenía el cabello de color castaño claro y no era tan blanco como el que está aquí.

Estas palabras crearon desconcierto entre los presentes. Los policías que las acompañaban no salían de su asombro y algunos salieron corriendo para comunicarse con sus jefes e informarles que Ronald debía estar aún con vida en algún lugar de Santiago. Cuando Gladys se sobrepuso de la primera impresión pidió al forense que le mostrara una vez más el cuerpo de aquel hombre. Esta vez tuvo que convencerse de que quien estaba frente a ella era realmente Ronald Rivera Calderón. No había lugar a dudas, aunque ahora lo viera más blanco y el cabello fuese de otro color. Los detectives respiraron con alivio y las dejaron marcharse, no sin antes explicarles que, para retirar los cuerpos, debían tener la autorización del magistrado que llevaba el caso.

Todavía en shock y al borde del desmayo, las hermanas se subieron a un taxi y pidieron ser llevadas hasta los Tribunales de Justicia. Necesitaban esa autorización y para conseguirla debían ser fuertes, aunque gran parte de sus fuerzas se había quedado en aquel frío y húmedo depósito donde yacían los cuerpos de sus queridos hermanos. En su camino hacia los Tribunales, el taxi pasó por las inmediaciones del cuartel de Investigaciones. Uno de los detectives que controlaban el sector las reconoció y dio la alarma, creyendo que se avecinaba un nuevo ataque. Las sacaron a golpes del vehículo y las llevaron al cuartel. Una vez en su interior, las empujaron dentro de una sala sin muebles. Las obligaron a desnudarse y uno de los detectives más exaltados les apuntó a la cabeza con su arma de servicio.

—¡Apróntense porque ahora las mataremos, morirán aquí y las enterraremos en un lugar baldío donde nadie las encuentre! ¡Hijas de puta!

Al escuchar los gritos hizo su entrada el Ministro en Visita, que en esos momentos inspeccionaba las celdas del subterráneo. Cuando vio lo que ocurría se enojó terriblemente y preguntó:

—¿Se puede saber lo que significa esto? ¿Quién les ha dado autorización para detener y amenazar a estas mujeres? Ustedes saben que ellas son víctimas inocentes de esta tragedia. Si no hay cargos concretos contra ellas, exijo que sean puestas en libertad ahora mismo.

Los policías cumplieron las órdenes a regañadientes, mordiéndose la rabia por no poder vengar la muerte de sus colegas. Mientras tanto, en otro sector del edificio Norma estaba siendo torturada. Dos agentes le aplicaban electricidad para que entregara el paradero de su marido, sabiendo que Salazar había muerto destrozado en la puerta del cuartel.

En Investigaciones reinaba el caos. Los detectives estaban exaltados y furiosos, era la primera vez en la historia

de la institución que sucedía un hecho de esta envergadura, A partir de ese día se dispuso de guardias armados para vigilar la entrada del edificio. A unos pasos de la puerta se levantó un monumento en honor a los caídos durante el ataque y el 16 de junio comenzó a conmemorarse año a año como el "día del mártir de Investigaciones".

Al resto de detenidos los obligaron a pasar varias horas tirados en el suelo. Fueron pisoteados y maltratados con furia, tal vez para desquitar el miedo que habían pasado. Desde el piso *Natacha* pudo escuchar a Carlos Toro hablando con sus subalternos. Les anunciaba que el presidente visitaría el cuartel para inspeccionar personalmente los daños causados por Heriberto, y les exigió que cuando lo vieran aparecer le pidieran perdón de rodillas y le besaran los pies al compañero Allende. No podía creer que Toro estuviera hablando en serio, supuso que era una burla más hacia los detectives pero no pudo comprobarlo porque, junto al resto de los detenidos, fue llevada a una sala de interrogación. Allí se les ordenó quitarse toda la ropa y *Natacha* sintió impotencia y rabia, no por el hecho de tener que desnudarse frente a sus compañeros sino porque tuvo que dejar que revisaran todo su cuerpo. Los policías buscaban cicatrices u otro tipo de marcas que pudieran incluir en su expediente para poder identificarla en caso de ser necesario. Actuaron como en un circo romano y a través de golpes e insultos se burlaban de ella y amenazaban con violarla. Los agentes se divirtieron con esto hasta que se les ordenó llevar a la detenida a la oficina del psicólogo para que este redactara un perfil. La llevaron al despacho del último piso por una angosta escalera de caracol. Durante el trayecto los dos policías que la custodiaban le repetían una y otra vez que sería violada o "pasada por las armas" antes de que se la llevaran a la Casa Correccional y que allá la estaría esperando la *Patas verdes*, una reclusa lesbiana sobre la que se rumoreaban muchas historias.

—Acuérdate, *Natacha*, ella te está esperando —le repetían.

En el último piso la introdujeron en una habitación muy elegante y cómoda donde la esperaban dos psicólogos. No pudieron conversar mucho con la detenida ya que un nuevo ataque de náuseas le impidió continuar. Sentía que estaba tocando fondo y que sus fuerzas la abandonaban definitivamente. Al ver la alfombra manchada de vómitos, uno de los psicólogos se dirigió a los agentes muy enojado.

—¿Cómo se les ocurre traernos a la detenida en ese estado? Es evidente que esta muchacha tiene problemas con el estómago. Tienen que llevarla a ver un médico.

Natacha intentó reponerse para hablar.

—Lo siento mucho. Lo que ocurre es que estoy embarazada y desde mi detención no he probado alimento. Lamento haberles ensuciado la oficina, no pude evitarlo.

Esta respuesta enfureció al otro psicólogo y pulsó el botón rojo del intercomunicador para hablar directamente con el jefe de la brigada de homicidios.

—Soy Gutiérrez. Tenemos aquí a *Natacha* Vallebona, La *Natacha*. No pudimos conversar con ella porque tiene vómitos debido al hambre y su estado de embarazo. Se la envío de vuelta ahora mismo. Y quiero que la estén esperando con un plato de comida caliente.

Cortó la comunicación con un gesto de disgusto e hizo una seña a los agentes para que se llevaran a la detenida.

—No se olviden de mandar a alguien para que limpie esta cochinada.

Los dos hombres la tomaron firmemente por los brazos y se la llevaron de vuelta por la escalera de caracol. Estaban muy disgustados por la reprimenda que se habían llevado

y volvieron a recordarle la amenaza de violación. *Natacha* creyó que tenía una oportunidad de poner fin a esa pesadilla. Sacando fuerzas de flaqueza, se desprendió de los detectives y se lanzó hacia delante buscando el hueco de la escalera. Uno de ellos logró afirmarla del poncho en el último momento, frustrando así sus intenciones. La alejó de la baranda y la sujetó fuertemente entre sus brazos para que se calmara, pero ella no hizo sino llorar desconsoladamente. Cuando logran calmarla le hablaron en un tono más calmado.

—¿Por qué querías matarte, chiquilla? Nos hubieras creado un terrible problema. Habría sido muy difícil explicar tu muerte a la opinión pública.

—Prefiero morir así antes de ser violada por ustedes, bestias asquerosas —replicó con voz firme.

Regresaron en silencio al primer piso. La dejaron en otra sala y le llevaron un plato de lentejas, pero no pudo probarlas porque le volvieron las náuseas. Los agentes que la habían acompañado por la escalera informaron a su jefe sobre el intento de suicidio de la detenida y, temiendo que lo intentara de nuevo, se les ordenó que no volvieran a amenazarla con una violación.

Esa noche, Carlos Toro la visitó en su celda. Estaba fuera de sí y no paraba de gritar.

—¿Has visto lo que hicieron tus compañeros con nuestra gente? ¡Ustedes no son políticos, son solo una banda de asesinos y delincuentes!

El hombre la insultaba y la amenazaba y *Natacha* lo escuchaba en silencio. Pensaba cuán equivocado estuvo su compañero al describir a ese tal Carlos Toro, porque verdaderamente su actitud era una vergüenza para las ideas comunistas que decía defender. Pero a esa altura a ella le daba igual, incluso la muerte la veía como una liberación de la pesadilla que vivía. Solo le importaba mantenerse consecuente, se lo debía a *Antonio* y a sus compañeros, e intentaba darse

ánimos pensando que, a pesar de toda la basura y el maltrato recibido, ellos no podían decir que la habían quebrado.

Más tarde, durante un nuevo careo *Natacha* se enteró de que el joven detective que la había protegido era uno de los muertos en la acción de Heriberto. La inundó una sensación de remordimiento, había sido bueno con ella y dentro de sus posibilidades había intentado ayudarla. En ese momento lo vio como una víctima inocente.

Al día siguiente fue sacada temprano de su celda. En la sala de interrogación la presionaron nuevamente para que entregara los nombres de los supuestos comerciantes que vendían la documentación y los pasaportes. Quienes la interrogaban ya habían recibido su perfil psicológico y suponían que su silencio se debía más al amor por su compañero que a un compromiso ideológico. Por lo tanto, idearon un plan para destruir la imagen de hombre bueno y consecuente que tenía de *Antonio*. Tiraron sobre la mesa un montón de recibos de pago de un famoso club nocturno de avenida Irarrázaval. La Sirena era el lugar preferido de los mafiosos y cada noche hay espectáculos de baile con muchachas que, aparte de quitarse la ropa, captan clientes para servicios sexuales.

—Estas boletas se la encontramos a tu amante en los bolsillos cuando cayó. Ahora ya sabes dónde se divertía cuando tú creías que andaba haciendo la revolución. Revisa las boletas no más y entérate de cuánto dinero ocupaba en otras mujeres y en trago.

Natacha miró las supuestas pruebas y los policías tiraron una carpeta sobre la mesa.

—Y aquí tenemos una declaración firmada por su esposa donde afirma que era visitada casi a diario por su marido. Ahí consta también que la relación de ellos marchaba bien ahora porque *Antonio* se había arrepentido de haberla dejado por ti.

La joven comprendió rápidamente lo que veía y escuchaba. Recordó las explicaciones que le daba *Antonio*

cuando, casi a diario, pasaban por delante de La Sirena camino hacia la Gran Avenida. Justamente en ese sector él le había dado la primera lección de cómo reconocer a un policía de civil y sus vehículos.

—Este local es un antro de corrupción y este sector está abarrotado de camionetas con detectives —le había dicho *Antonio* en una oportunidad.

Dedujo que las pruebas que le ponían sobre la mesa eran falsas y que, seguramente, las boletas no eran sino del consumo de los propios detectives y comisarios que eran clientes asiduos de La Sirena. Además, sabía que con su exmujer no tenía contacto, ya que ella había visitado varias veces la casa de su familia buscando a *Antonio*, sin encontrarlo. Simulando una enorme tristeza y un gran desaliento les devolvió las boletas.

—Está bien, ustedes ganan... les voy a contar algo. Tengo conocimiento de una casa de seguridad en la Gran Avenida y es posible que ahí se encuentren escondidos los compañeros que aún no han caído. Pero, por favor, no les cuenten nunca que fui yo la que los entregó.

En la sala se produjo un gran revuelo. *Natacha* comenzó a dar los detalles de cómo llegar a la casa y notó que los policías cambiaban el trato hacia ella, duro y cruel hace solo unos minutos, se había vuelto correcto y amable. Entonces se dio cuenta de que los agentes le habían creído y que ahora ella llevaba la delantera.

Esa misma noche se armó un gran operativo. En el cuartel de Investigaciones se concentraron varias camionetas y hombres armados que se preparaban para atacar el caserón de la Gran Avenida. Los que estaban a cargo decidieron que *Natacha* tendría que acompañarlos.

Sentada en uno de los vehículos, ella siguió los acontecimientos como espectadora. La cuadra completa fue rodeada por policías fuertemente armados y, cuando todo

estuvo a punto, la bajaron del vehículo para que señalara la casa, protegida por las sombras de la noche. Por medio de altavoces conminaron a los residentes de la casa a entregarse. Había mucha tensión y la adrenalina de los policías era evidente, temían un enfrentamiento sangriento. A esas alturas, la VOP le había enseñado a la policía a sentir en carne propia lo que era el miedo. Cuando no obtuvieron respuesta derribaron la puerta principal pero la decepción fue mayúscula cuando descubrieron que la casa había sido abandonada y estaba limpia.

Aquella noche dejaron dormir a *Natacha*.

Capítulo XLVI

El Ministro en Visita, designado por la Corte Suprema para llevar el caso de la VOP, era una persona sensible. Había visitado muchas veces el domicilio de la familia Rivera Calderón y podía entender el dolor de esa madre que había perdido a dos hijos al mismo tiempo. Sabía que Sonia, otra de sus hijas, también estaba en la lista de los buscados y que permanecía sumergida, por lo que le prometió a la señora, poniendo su mano sobre una biblia, que si ella lo conducía al escondite de Sonia, él se comprometía a velar por su vida y no permitiría que los efectivos de Investigaciones la torturaran. Temerosa ante la posibilidad de perder a otro de los suyos, la señora Calderón accedió y, finalizada la visita, el ministro y su gente fueron a recoger a Sonia. Sin embargo, no se habían percatado de que los detectives los habían estado vigilando y poco después, lo que debía ser una detención tranquila y sin alarma se convirtió en un gran operativo policial. Al darse cuenta de que lo mantenían vigilado y que se habían inmiscuido en sus asuntos, el ministro se enfureció y ordenó a los agentes que se retiraran so pena de abrirles sumario por desacato. De esta manera logró que la detención ocurriera sin violencia y él mismo se hizo cargo del traslado de la muchacha al cuartel de Investigaciones. Allí accedió a que Sonia estuviera por 24 horas bajo la responsabilidad del jefe de la Brigada de Homicidios para que la interrogaran, no sin antes exigir garantías de que no usarían violencia física ni psicológica.

Al día siguiente la fue a buscar y ella firmó una declaración donde constaba que las condiciones impuestas se habían cumplido. El ministro comenzó a hacer las gestiones para que *Natacha* también pasara a su jurisdicción, pero Investigaciones argumentó que era ella la que no quería abandonar las instalaciones de la policía civil porque se sentía

segura con ellos. Después de varios días de presión, finalmente la entregaron a las oficinas del juzgado en la Cárcel Pública, al otro lado de la calle.

Pese a ser un trayecto de solo 75 metros, *Natacha* fue esposada y varios policías armados formaron un cinturón de fuego a su alrededor. En la calle había muchos periodistas y personas que se acercaron a ver el espectáculo. Le hicieron preguntas y le lanzaron frases atropelladas, pero ella se mantuvo en silencio, sin comprender mucho y sobre todo sorprendida de ver la luz del día.

La llevaron a una oficina donde estaba el Ministro en Visita. Este se disponía a interrogarla pero *Natacha* comenzó a manifestar síntomas de aborto e inmediatamente ordenó que la llevaran de urgencia a la Posta Central. Minutos después la sacaron en camilla, la subieron a un furgón y salieron por la puerta trasera de la cárcel para evitar a la prensa, que seguía a los detenidos a todas partes.

En su segunda visita a la Posta Central, *Natacha* fue atendida por un médico joven que exigió que los policías que se retiraran de su consulta.

> —Este es mi territorio y aquí mando yo. No puedo examinar a mi paciente con ustedes en la sala, va contra mi ética como médico. Esperen en el pasillo hasta que yo termine.

El médico la examinó y mientras le administraba algunos medicamentos ordenó a la enfermera que trajera una taza de té y un sándwich. Cuando llegó la comida, le recomendó que ingiriera solo pequeñas cantidades para que su estómago volviera a acostumbrarse a recibir alimentos. Dos horas más tarde fue devuelta al juzgado y se encontró con Sonia, que estaba esperando los papeles para ser ingresada en la correccional. Se abrazaron llorando e intercambiaron un poco de información con respecto a la muerte de Arturo y Ronald. El ministro las envió incomunicadas a la Cárcel de Mujeres, por lo que viajaron al "Buen Pastor" en camionetas separadas. Durante el trayecto *Natacha* notó que eran seguidas por varias patrulleras de Investigaciones y temió que la policía

intentara impedir que llegaran a su destino.

Fue ingresada en la sección "Patio Cuna", donde cumplen condena las embarazadas y las madres con sus hijos, y debido a su calidad de incomunicada la encerraron en una celda del segundo piso. Cuando cerraron la puerta tras su espalda y se hizo el silencio pudo por fin dar rienda suelta a su dolor contenido. Lo que más le dolía era saber que su amado estaba solo, tirado sobre las losas frías de la morgue, mientras ella deseaba con todas sus fuerzas verlo y besarlo antes que fuera sepultado.

Las horas pasaban y *Natacha* sentía un enorme dolor que le atenazaba el pecho, su corazón latía alocadamente y su llanto llenaba los rincones de su celda y del patio vecino. Estaba desesperada, pensaba que no sería capaz de resistir por más tiempo la pérdida física de su amado y gritaba su dolor. Sabía que estaría incomunicada al menos una semana y eso aumentaba su angustia, ya que no podría lavarse ni cambiarse de ropa, ni mucho menos hablar con alguien. Se tomó su tiempo y así pudo desprender de su cuerpo una parte de su pena. Se recuperó un poco y se dio cuenta de que desde la ventana enrejada podía verse, a lo lejos, la majestuosa cordillera. Se acercó un poco más y miró, y sintió que la imagen le regalaba un poquito de luz a su desesperada situación y a su atormentado corazón.

Para levantarle algo la moral las otras detenidas subieron al máximo el volumen de la radio para que pudiera escuchar las noticias. Así se enteró de las declaraciones realizadas por el encargado del Partido Comunista Revolucionario, que protestaba porque *Natacha* había sido torturada en Investigaciones y producto de ello había sufrido un aborto. Aunque eran inexactas, ya que aún la joven continuaba con su embarazo, estas declaraciones fueron un consuelo para ella y decidió que cuando saliera de la incomunicación le escribiría al compañero para agradecerle su apoyo y su valentía al denunciar el uso de la tortura en los cuarteles policiales de la Unidad Popular. También quería contarle que, a pesar de lo que le hicieron los torturadores, el embarazado seguía su desarrollo normal.

Un día después de que *Natacha* saliera de la incomunicación, Arturo y Ronald fueron sepultados, pero tanto ella como Sonia tenían prohibición de asistir al funeral. Sus solicitudes fueron rechazadas bajo el argumento de que su presencia podía provocar problemas de seguridad. A pesar del despliegue policial, en el funeral participó mucha gente que no se acobardó y los acompañó en su último viaje. Sobre sus ataúdes pusieron banderas con la imagen del Che y las siglas de VOP y muchos trabajadores y pobladores recorrieron las callen portando un lienzo que decía "Los muertos no se lloran, se reemplazan".

A pesar de que ya podía ver al resto de las reclusas, aquel día *Natacha* quiso estar sola y salió muy temprano al pequeño patio que tenía el penal. Estuvo allí un buen rato sintiendo que sus lágrimas se mezclaban con la lluvia tenue que esa mañana caía sobre Santiago. Pensaba en su amado, que en aquel momento estaba siendo enterrado, y sintió en su rostro una caricia suave. Entonces entendió que Ronald estaba con ella, que había ido hasta ahí para despedirse, pasando por encima de controles, gendarmes, murallas y barrotes.

Después de la incomunicación, las detenidas por el proceso de la VOP fueron congregadas en el "Patio de los Azules", un recinto aislado de los demás patios y compuesto por varias celdas individuales. La celda –verdadero nicho– de *Natacha* estaba ubicada entre las de Sonia y de Norma. Por las noches, cuando las gruesas puertas de hierro eran cerradas con candado, se comunicaban a través de golpes que daban en las paredes, a través de un código acordado de antemano. Una noche sintieron muchos ruidos en el nicho de Norma y, al preguntarle qué le pasaba, ella respondió que tenía dolores y que estaba perdiendo mucha sangre. Desesperada, *Natacha* empezó a golpear la puerta metálica para llamar la atención de las vigilantes y estas, al enterarse de que Norma tenía síntomas de aborto, la sacaron en medio de la noche y la llevaron a la Posta Central.

Cuando volvió les contó a sus compañeras que había perdido a su hijo y describió entre lágrimas el tratamiento vejatorio que le habían dado en la posta. A pesar de que su aborto no había sido provocado, no quisieron ponerle

anestesia antes de iniciar el tratamiento y había tenido que soportar dolores realmente insoportables.

Algunos días después apareció la famosa *Patas verdes* con que amenazaban los detectives. Era una mujer alta, de contextura robusta y modales masculinos. No tenía familia y su pasado era muy triste. En el único lugar donde se sentía tranquila y cómoda era en la correccional, por lo que cada vez que salía en libertad volvía a delinquir para volver a "su casa". Al observarla, *Natacha* sonrió recordando todo el miedo que le habían metido con ella mientras estuvo en Investigaciones, porque la realidad era que las detenidas comunes eran quienes tenían miedo y respeto a las "políticas". Sabían que ellas se cuidaban entre sí y que pertenecían a un grupo armado que no había dudado en enfrentarse a la policía por medio de las armas, y eso era muy importante al interior de los muros.

La Casa Correccional de Mujeres tiene un patio de visitas con varias bancas de madera. En las mañanas este patio se convierte en la sala de espera de las reclusas para ser atendidas por los abogados. Mientras *Natacha* esperaba su turno vio pasar al director de la prisión acompañado por José Tohá, Ministro de Interior y Defensa, y José Antonio Viera-Gallo, Subsecretario de Justicia, que andaban inspeccionando las medidas de seguridad del establecimiento. Desde su banco pudo escuchar sus carcajadas al referirse a las detenidas de la VOP.

—Los vopistas se aseguraron de dejar descendencia —se mofó uno de los ministros haciendo referencia al notorio estado de embarazo en que se encontraban las mujeres.

Natacha sintió vergüenza ajena y mucha tristeza, estaba decepcionada de la calidad humana de los ministros y sintió muchas ganas de contarles que Norma había perdido su guagua por haber sido torturada con corriente. Cuando la abogada salió a buscarla la encontró llorando.

—Pero *Natacha*, no llores —intentó consolarla—. Quería preguntarte el nombre del abogado que te

aconsejó cómo hacer tu declaración ante la policía. Está perfecta. Así es que tu caso está súper fácil. Yo voy a alegar que te dejen en libertad porque tú no podías delatar al padre de tu hijo.

Por orden superior, se envió a un especialista del Instituto Médico Legal a la correccional para constatar las denuncias de tortura y ver los problemas urgentes de salud provocados durante su paso por Investigaciones. A petición del médico, la primera en pasar a la consulta fue *Natacha*. Ella lo miró con desconfianza, no entendía por qué la llamaba primero si nunca lo había visto antes.

—Quería hablar contigo porque fui yo quien le practicó la autopsia a Ronald.

—Yo ya no confío en ninguno de ustedes —respondió *Natacha* con buenos modales pero aún dudando. Era muy extraño que el doctor le hablara de esas cosas.

—Pero necesito contarte lo que vi. Yo creo que quienes lo mataron fueron los soldados del regimiento Buin, porque las heridas de su cuerpo fueron causadas por balas de guerra. Lo lamento mucho, su cuerpo estaba completamente destrozado.

Natacha se emocionó y le agradeció la información, ya que hasta la fecha poco y nada le habían dicho sobre Ronald. Luego de esto se sintió más relajada y permitió que el médico la examinara.

Una semana más tarde fue llevada a la Fiscalía. En uno de los pasillos se encontró con sus compañeros. Logró acercarse a *C-Hache* y casi sin aliento se abrazaron.

—¿Por qué nos dejaron solos esa noche? —preguntó *Natacha* con un dejo de reproche.

—Los esperamos. Nos cansamos de llamarlos sin obtener respuesta y, como veíamos que los disparos

de la policía iban dirigidos al dormitorio de ustedes, Arturo se desesperó y creyó que los habían matado. Ahí decidimos separarnos para responder el fuego desde distintos flancos y juramos no entregarnos vivos —*C-Hache* estaba muy emocionado, como si aún estuviera sobre los techos, y luchaba consigo mismo para no quebrarse. Aunque le dolía mucho revivir el episodio, sentía que era su deber esclarecerle cómo ocurrieron los hechos.

—Pero *C-Hache*, ¿qué pasó después? —insistió *Natacha*.

—Yo me fui con Arturo y estuvimos juntos en la casa de unos viejitos comunistas. Ellos lloraban y nos decían "pobres muchachos, cuando los encuentre la policía los van a matar". Cuando nos vimos rodeados decidimos herirnos para evitar la tortura. Me disparé con la Colt y quedé herido de gravedad, pero vivo. Arturo decidió dispararse en la cabeza porque no quería ser detenido. Tú sabes que estaba traumado después de su paso por las manos de la Policía Política y se había prometido a sí mismo no volver a caer vivo. Alcanzó a llegar con vida a la Posta Central pero la herida era tan grave que murió pocas horas después.

C-Hache guardó silencio para contener sus lágrimas. *Natacha* lo abrazó otra vez y se despidió. Era su turno de entrar a la oficina.

El fiscal que lleva el caso se mostró muy humano con *Natacha*. La saludó amablemente y la invitó a sentarse. Cuando él también tomó asiento, lo primero que hizo fue poner delante de ella un sobre aéreo en que se leía "Natacha". Luego abrió el sobre y sacó una fotografía.

—Eres tú, ¿verdad?

Natacha se quedó sorprendida. La tomó en sus manos y respondió con emoción:

—Sí, señor, soy yo pero más joven. Se la regalé a Ronald hace mucho, mucho tiempo.

—Puedes quedarte con ella. Fue encontrada en su ropa cuando murió y me parece correcto que la tengas tú —y sonrió—. Me dices que la foto fue tomada cuando eras joven, pero todavía eres una cría, apenas tienes 20 años.

—Gracias señor. Estoy muy agradecida —dijo ella mientras, con toda la delicadeza del mundo, guardaba la foto en un bolsillo de la blusa, cerca de su corazón.

En la segunda entrevista que tuvo se atrevió a pedirle al fiscal que le mostrara las fotos de su compañero muerto. Quería corroborar la información que le había dado el médico forense ya que, en algún lugar de su razón, todavía se negaba a aceptar su muerte.

—Es la única forma en que puedo convencerme de que está muerto. Por favor, señor fiscal, se lo ruego.

—No estoy seguro de que deba hacerlo. Para mí, que soy hombre y he visto cosas terribles, estas fotos son muy fuertes. Con mayor razón, mostrártelas a ti, que estás embarazada... No, no me lo pidas.

Pero ella insistía con lágrimas en los ojos y el fiscal no pudo seguir negándose. Accedió a mostrarle fotos pero solo algunas, las de su cuerpo, porque su cara había quedado muy dañada. Abrió un cajón que tenía llave y puso una serie de fotos sobre el escritorio. *Natacha* miró la espalda desnuda de su amado y vio los inmensos orificios que parecían hechos por balas dum-dum. Comenzó a llorar desconsoladamente y tomó las fotografías en sus manos para convencerse de que era su cuerpo y de que en verdad no volvería a verlo ni abrazarlo nunca más. En su corazón se apagó definitivamente la última esperanza que abrigaba en secreto: que algún miembro de partido o del gobierno le hubiera salvado la vida y lo hubiera

sacado del país. Las fotografías estaban frente a ella y la obligaron a asumir la dura realidad.

El fiscal una vez más dio muestras de su humanidad y dio autorización para que *Natacha* controlara su embarazo en el Hospital Salvador. Las detenidas del "Buen Pastor" deben controlarse en el Hospital Barros Luco debido a la cercanía con el recinto penitenciario, pero prefirió que la asistieran allí donde conocen su historial médico aunque significara más gastos.

Habían pasado dos meses desde su detención. Fue entonces cuando las religiosas a cargo de las detenidas en la correccional organizaron el bautizo católico y la inscripción en el Registro Civil de Ronald Arturo, el pequeño vietnamita que era cuidado por parte de la familia Rivera Calderón. En vista de que a su padre y tío los habían asesinado, le pusieron sus nombres en su recuerdo y como vivo homenaje. Dos días después *Natacha* fue llamada por la asistente social del recinto, quien le informó entusiasmada:

> —Mi colega de la Cárcel Pública me ha pedido que te entregue este dinero. Lo manda un detenido de tu proceso, que quiere permanecer anónimo. Él quiere que sepas que piensa apoyarte todos los meses con una ayuda económica para tus hijos.

Cuando leyó su nombre escrito en el sobre, *Natacha* reconoció la letra del *Poeta*.

> —Por favor, envíele mis agradecimientos al compañero por su gesto, que lo enaltece ante mis ojos, pero dígale que no es necesario, porque yo tengo mis ingresos con mi trabajo empaquetando pinches y horquillas acá en la cárcel.

Días después, el *Poeta* le hizo llegar un poema dedicado a su compañero. *Natacha* lo leyó y se emocionó mucho. Este homenaje valía más que todo el oro del mundo.

A Ronald

Tu nombre es solo uno, camarada,
Tú eres el mismo
En las latitudes de la lucha
Y la revolución.

Una vez fue la bayoneta,
Otra vez fue un puñal traidor,
Una vez fue una granada,
Otra vez la metralleta.
Así, el acero y el fuego
Penetraron tus tiernas entrañas.
Así saltaron tus ojos y tus manos,
Marcados por la metralleta.
Rodó tu cuerpo amortajado
Por un techo de tejas.
Y de hilo en hilo
Tu vida física se hizo cenizas.

Un remolino de sangre ahogó tu grito en la garganta,
Pasaron las horas de la desolación
Y no llegaron tus compañeros.
No pudieron llegar
A recoger las flores de tu martirio.

Sobre la bandera enlutada
Pusieron la imagen del guerrillero heroico,
Che comandante.
Sobre tu frente fría
No pudo llorar tu morena compañera.

Sobre el paisaje incierto
En violentos giros
Acudieron los recuerdos
De tu florida adolescencia,
Ronald Rivera

Hoy solo queda en el aire
Olor de sangrienta pólvora.
En cada sitio
Donde cayó un héroe
Florecen lirios y jazmines.

En las aulas sobre el lirio abierto
La mirada se extravía,
Hay deseos de hablarte
Y tú no estás,
Pero hay anhelos de tu presencia.

Pasarán los días,
Los largos meses,
El angustioso mes de junio del recuerdo,
Llegará a buscarte la primavera.
Llegará a buscarte tu morena compañera
Acompañada de tus hijos,
Tus frutos.

Y encontrarán en la ciudad, en los cerros,
En los campamentos de los pobres sin casa,
La incógnita de tu imagen no olvidada.
Encontrarán las huellas
De tu ausencia dolorosa
Como la angustia del mismo dolor.

Volverá la misma nieve caída en junio
De ese año 71 después de tu muerte.
Del mismo invierno
Volverán los rumores del estío.
Y para siempre
Encontrarán tus huellas,
De tu ausencia dolorosa
Como la angustia del mismo dolor.

SEGUNDA PARTE:

La lucha continúa

Capítulo I

El proceso político que se vivía durante los meses del gobierno de la Unidad Popular aumentaba cada día en intensidad y agitaba al conjunto de la sociedad. En la calle los enfrentamientos sociales se sucedían uno tras otro, pero en la cárcel de mujeres la situación era distinta. *Natacha* y sus compañeras de proceso habían comenzado a asimilar la rutina carcelaria, adaptando su quehacer cotidiano a sus reglas y dinámicas. La consigna era no empeorar su ya dramática situación, lo que significaba cumplir con las distintas normativas y, a partir de ahí, ver qué posibilidades podían surgir.

Las carceleras no estaban conformes con el estatus de las nuevas prisioneras políticas. Les molestaba y frustraba la fama que habían adquirido, y las provocaban permanentemente para que reaccionaran de alguna forma que las perjudicara en su proceso. Por su parte, las prisioneras políticas hacían lo posible por no caer en estas trampas. Un día a *Natacha* se le ordenó limpiar los baños del "Patio de los Azules". Ella no dijo nada y cumplió la orden, mal que mal eso le permitía salir y conocer el lugar donde estaba encerrada. La vigilante le dio reiteradas instrucciones, de forma cada vez más prepotente, y como quería provocarla finalmente le ordenó que barriera todo el patio. Hasta ese minuto, aunque se daba cuenta del abuso, *Natacha* no había protestado pero esto último fue la gota que rebalsó el vaso. Lanzó la escoba al suelo, miró desafiante a la uniformada y con toda calma le dijo que se podía ir a la mierda. La consigna de no aguantar provocaciones había llegado a su límite. Enfurecida, la carcelera la agarró con fuerza del brazo y le dijo que la llevaría ante el alcaide e informaría al jefe del penal para que la encerraran de inmediato en una celda de castigo. Al darse cuenta de lo que pasaba, Sonia trató de resolver la situación ofreciéndose voluntariamente para asumir el castigo.

—Por favor, observa a *Natacha*. Mi cuñada está embarazada y no podrá soportar ir a una celda de castigo —le dijo intentando aplacar la ira de la mujer.

La carcelera se detuvo un momento y escuchó las explicaciones de Sonia, pero luego continuó su camino hacia la oficina con *Natacha* tomada del brazo. El camino hacia el área administrativa de la cárcel se le hizo mucho más corto de lo habitual y pronto ambas estuvieron frente al alcaide. Sin moderarse, la gendarme describió el incidente y lo agravó lo más que pudo.

—Estas tipas creen que pueden hacer lo que quieran acá. Esta no es su casa, ni menos una guarida de revolucionarios. Estamos en una cárcel y no creo que sea necesario tener que recordar por qué este tipo de gente está presa —finalizó e intentó mantener la compostura como uniformada.

El alcaide escuchó el informe de la mujer con aire de incredulidad. Luego se tomó un tiempo para responder de forma pausada y con calma:

—¿Me está diciendo que esta joven, que *Natacha* es atrevida con el personal y que le responde con groserías de ese calibre? ¿Usted me está diciendo que la atacó de alguna forma? Llevamos poco tiempo con ellas acá pero sabemos quiénes son y de dónde vienen, por lo mismo yo no creo que esta chica haya dicho todo lo que usted me está contando. O, al menos, no de esa forma —dijo mientras miraba a Carlota de pies a cabeza—. Devuélvala a su patio inmediatamente.

La vida en la cárcel, donde se convive en tan poco espacio, hacía inevitables algunos roces, tanto con internas como con el personal uniformado. A pesar de la evidente atmósfera represiva de la prisión, con sus rejas, barrotes y uniformes, había actitudes positivas que volvían a darle un sentido al día a día. El tener a las monjas del "Buen Pastor"

como parte del personal, sin duda hacía algo más llevadera la prisión y ayudaba a que se mantuviera el respeto y buen trato conseguido con mucha paciencia. Una prueba de esto eran los sucesivos controles médicos que *Natacha* tenía en el Hospital Salvador por su embarazo, a donde acudía acompañada por dos gendarmes, fuertemente armados pero vestidos de civil. Los vigilantes se mantenían a prudente distancia para no llamar la atención de las otras pacientes y, después de cada control, en vez de retornar directamente, iban a una cafetería para que la joven pudiese comer lo que ella quisiera. *Natacha* no se confundía, sabía que aún estaba presa pero también comprendía que aquello era un gesto generoso de su parte, que perfectamente podrían no hacer pero que hacían cuando podían, incluso pagando de su propio bolsillo lo que ella consumía. Se prometió entonces que nunca se olvidaría de aquellos gestos.

El acontecer nacional no era indiferente a las reclusas de la prisión. Las noticias cruzaban los muros, a veces para darles cierto ánimo y otras con el hálito de la muerte y la tristeza. A mediados de agosto de 1971 *Natacha* se enteró con estupefacción de que Luciano Cruz Aguayo, el compañero de Ronald en el MIR, había fallecido. Su muerte enlutó al Movimiento de Izquierda Revolucionaria justo en un nuevo aniversario de su fundación. Los diarios señalaban que el fallecimiento se había producido por la inhalación de gas de una estufa que se habría apagado durante la noche mientras Luciano dormía. Al funeral acudieron miles de personas que viajaron desde distintas ciudades para despedir al emblemático dirigente. Pocos días después, Martinne Hugues Jouet, militante del MIR de ascendencia francesa y pareja de Luciano, se suicidó de la misma forma, según varias versiones, por amor. Impactada, *Natacha* leía y escuchaba con atención todas las informaciones difundidas en los diarios y en la radio. Le costaba creerlo pero, tras descartar cualquier sospecha sobre la extrema derecha o la CIA, lo asumió y pensó en lo trascendental que había sido la decisión de Luciano de enviar a Ronald a Arica cuando él aún militaba en el MIR. De otra manera nunca hubiera conocido a su amado compañero.

La muerte de Luciano hizo sangrar aún más las heridas que ya tenía por la pérdida de su amado y de otros compañeros, muertos o apresados. Había días y situaciones en que sencillamente no se podía controlar y rompía a llorar en cualquier momento. La pena y la amargura por su ausencia la golpeaban fuerte y sentía que nunca podría superar ese estado. Parecía que la angustia se quedaría permanentemente y eso pesaba más que cualquier condena que se avecinara.

—¡Por favor, *Natacha*! ¡Ya basta! ¡Deja de llorar de una vez por todas, mujer! —le decía Norma, que también permanecía encarcelada—. ¡Los muchachos ya no están y no regresarán a nosotras por muchas lágrimas que derrames, ni Ronald, ni Arturo ni mi esposo, hay que asumirlo! —y con los ojos llenos de lágrimas la abrazó con fuerza—. ¡La amargura se contagia, compañera, y estás haciendo que todas acá nos comencemos a sentir devoradas por la pena! ¡Tenemos que mantenernos firmes! Por favor, te lo pido.

Ese abrazo y sus honestas palabras fueron una verdadera sacudida para la joven, la obligaron a despertar y observar que el resto de sus compañeras también había perdido amores, hermanos, maridos y parejas, estaban todas en la misma situación. Tuvo que aprender a extrañar a su compañero en silencio. Pero evidentemente las ausencias no se olvidan a voluntad, solo se aprenden a llevar. Poco a poco, y buscando apoyarse mutuamente, las relaciones mejoraron y el grupo de chicas intentó mantenerse fuerte al interior de la prisión. Juntas seguían con atención los acontecimientos que se sucedían afuera y los inmensos debates que cada tanto reflotaban sobre las acciones de la VOP.

Lo que era un rumor desde hacía meses se hizo realidad a fines de 1971 cuando se anunció la visita de Fidel Castro a Chile. Era un acontecimiento histórico que llenó de expectación y cierto optimismo a las prisioneras políticas. Se morían de ganas de estar en libertad para ir a la Universidad Técnica y ver personalmente al Comandante, pero tendrían que conformarse con escucharlo por la radio. Tras la extensa

alocución de Fidel, un grupo de estudiantes cercanos a la DC intentó realizar una pregunta al líder cubano, pero rápidamente fueron acallados por una mayoría que comenzó a entonar la canción de Víctor Jara "Preguntas por Puerto Montt", gritando a todo pulmón sus estrofas. A las prisioneras se les dibujó una sonrisa nerviosa en la cara al escuchar la transmisión del acto en directo. Fidel solicitó silencio y respeto, arguyendo que él quería escuchar todas las preguntas. Los jóvenes demócratacristianos expusieron sus críticas a la Revolución Cubana, la falta de libertad y democracia, la precariedad y el totalitarismo. Para sorpresa de quienes buscaban increparlo, Fidel, lejos de mostrarse contrariado o molesto, comenzó a desarticular uno a uno todos los argumentos esgrimidos con ejemplos, números y estadísticas, demostrando una vez más sus conocimientos y su inmensa capacidad oratoria. Durante el resto de la jornada las preguntas versaron sobre las posibilidades de la vía chilena al socialismo y las bondades que ofrecía el contexto para poder utilizar la vía legal como método de lucha. Debido a sus acciones tendientes a quebrar la legalidad burguesa, nada de esto resultó muy interesante para las que escuchaban tras las rejas.

La visita de Fidel había convocado a todos los sectores revolucionarios y, durante una jornada de visitas a la prisión, un antiguo amigo ariqueño de Carlota la visitó y le comentó los entretelones del paso de la delegación cubana por Iquique.

> —Como estudiantes de la Universidad de Chile, le pedimos una reunión y, para sorpresa nuestra, aceptó hablar con nosotros —le contó animado mientras tomaban un té en el patio de visitas—. Entonces tomé la palabra y le dije: "Comandante, nos presentamos ante usted para solicitarle que interceda ante el compañero Allende por la liberación de uno de nuestros dirigentes, que actualmente se encuentra detenido por motivos políticos en la Cárcel Pública de Santiago. Él es un revolucionario coherente y consecuente".

Natacha seguía con interés la historia. Su amigo, sacando a la luz sus mejores dotes de actuación, continuó relatando el diálogo que había tenido:

—"A nuestro compañero se le imputan varios delitos de los cuales sencillamente nunca participó ni podría haberlo hecho. José Vallebona se encontraba en clases cuando ocurrieron varios de los hechos de los que se le acusa. Usted, Comandante, es nuestra última esperanza". Entonces, *Natacha*, le hice entrega de unas carpetas donde habíamos recolectado todas las firmas del plantel, estudiantes, profesores, administrativos. Todos exigían la libertad de tu hermano.

—¿Y qué dijo Fidel? ¿Qué cara puso? ¿Qué hizo? ¿Había gente del Partido Comunista? —interrogó desordenadamente *Natacha* a su amigo.

—Fidel tomó en sus manos las carpetas que le pasé. Estaba un poco sorprendido, pero nos respondió de forma muy amable: "Sabemos que ustedes, y también otras personas de la Universidad de Chile, estuvieron en primera fila para recibir y apoyar a los compañeros de la columna del Che que lograron romper el cerco en Bolivia. Estamos muy agradecidos por eso, y esa es una de las razones por las que nos estamos reuniendo hoy aquí. Ahora bien, en lo que respecta a la misión que los trajo hasta mi presencia, pienso que es muy loable, no hay duda de eso, pero debo desilusionarlos. Deben comprender que, debido a razones políticas y éticas, por ningún motivo puedo intervenir en asuntos que atañen exclusivamente a vuestras autoridades, al compañero presidente y al enorme proceso que está ocurriendo en Chile. No quiero desanimarlos, pero no puedo intervenir en un asunto tan delicado".

Natacha no podía estar más sorprendida sobre la capacidad de los jóvenes del norte, parecía realmente imposible. ¡Habían llegado hasta Fidel para buscar la liberación de su hermano!

Quince días después los prisioneros de la VOP recibieron la visita del encargado cultural de la embajada de Cuba. El diplomático entregó cigarrillos, libros y chocolates a los prisioneros del grupo, constatando además las miserables condiciones carcelarias en que se encontraban en la Cárcel Pública. Durante aquella visita varios de ellos estaban realizando una huelga de hambre, medida que buscaba sacarlos del módulo donde habían sido encerrados. Gendarmería había utilizado una táctica distinta con los prisioneros de la VOP: para castigarlos y quebrarlos se los catalogó como personas trastornadas y se los encerró junto a sujetos con problemas mentales en una sucia galería, repleta de piojos e infecciones. Si la prensa decía que la gente de la VOP eran unos locos y esquizofrénicos, lo mejor era encerrarlos en un verdadero manicomio dentro de la prisión para deslegitimarlos. Pero la movilización de los presos dio sus frutos y, al poco tiempo, consiguieron ser trasladados de módulo.

Los primeros días de 1972 trajeron nuevas sorpresas para *Natacha*. Fuertes dolores en su cuerpo obligaron a las autoridades de la Cárcel de Mujeres a trasladarla de urgencia al Hospital Salvador durante la noche. Según los últimos controles esa no debía ser la fecha de parto. Faltaban aún varias semanas, por lo que la joven se puso muy nerviosa y dejó dócilmente que le realizaran todo tipo de exámenes. Al finalizar, los doctores fueron tajantes: había que practicarle una cesárea inmediatamente. No podían perder ni un minuto, el riesgo era muy grande. Las fuertes contracciones hacían que la joven olvidara a ratos dónde se encontraba. Fue llevada a la sala de operaciones y allí permaneció largos minutos a la espera de que llegara el personal médico. El sudor inundaba su frente y la angustia se dibujaba en su cara mientras la vestían y acomodaban para la operación. Luchando con los malestares y con la respiración agitada, *Natacha* vio llegar a un joven doctor que comenzó a vestirse apresuradamente para la ocasión. Ya con la bata y el gorro correspondiente se acercó a ella y le habló con amabilidad.

—*Natacha*, ¿te acuerdas de mí? Fui yo quien te ayudó en el nacimiento de tu hijo hace un tiempo. ¿Cómo está

el pequeño? Sé todo lo que les ha pasado a ustedes. Disculpa la demora, tuvieron que ir a buscarme a mi casa. Inmediatamente comenzaremos con la cesárea. Tranquila, mujer, que todo saldrá bien —dijo el doctor mientras la acariciaba suavemente en la frente, buscando transmitirle la serenidad necesaria para lo que vendría.

A las 00:05 del 05 de enero de 1972 un grito muy agudo se escuchó en aquella sala del hospital. Era el primer grito de vida de una pequeña niña que, entre tiroteos, clandestinidades, traiciones, torturas y rejas había ido ganando vitalidad. Sin duda, era un grito de sobrevivencia y un desprecio abierto a la muerte y la represión. *Natacha* ya tenía decidido el nombre de su pequeña, el mismo nombre que había adoptado en la lucha: Natacha.

Esa noche durmió agotada por los dolores y la fuerte sedación. Cuando comenzó a despertarse, esperó con impaciencia la visita de Ronald para que conociese a su hija. Pero era un imposible, su amado ya no estaba vivo, no vendría a conocer a su pequeña y esa era una verdad irrefutable. Todas las explicaciones racionales eran insuficientes para que la ausencia de su compañero dejara de desgarrar su corazón. La felicidad que sentía al ver los movimientos de su hija se confundían con la tristeza, deseaba desesperadamente la presencia de él. Cuando terminó de convencerse de lo absurdo de sus deseos, se desahogó en un llanto amargo y de nostalgia sempiterna.

Capítulo II

La cárcel de mujeres se volvió el hogar de *Natacha*. Un día, su rutina carcelaria se vio sacudida con la visita de su madre. No habían alcanzado siquiera a tomar asiento en el patio de visitas y la señora ya estaba despotricando contra la VOP y criticando duramente sus acciones.

—Carlota, supongo que tú entiendes que para mí es imposible aceptar, y mucho menos perdonar, que hayan asesinado a un camarada de mi partido, a don Edmundo
—e hizo el ademán de mirar al cielo y llevarse las manos al pecho—. Carlota, escúchame bien lo que te voy a decir, porque tú te llamas Carlota y no *Natacha*. Me imagino que no creerás que yo voy a interceder ante los dirigentes de la DC para pedir tu libertad, porque eso sencillamente sería imposible, tú bien sabes que yo en el norte...

Pero *Natacha* la interrumpió en seco.

—No te preocupes, madre, eso es precisamente algo que yo nunca te pediría. Si algo he aprendido en la familia es justamente lo que mi padre me enseñó, que una debe ser dueña de sus actos y asumir las consecuencias de ellos. Así que estaré aquí lo que tenga que estar y no me arrepentiré nunca de mis ideales ni renegaré de mis compañeros.

La señora quedó perpleja y, aunque intentó replicar, *Natacha* negó cualquier posibilidad de reproche. Pasado el momento de mayor tensión, la conversación continuó más tranquila y versó sobre temas cotidianos como la alimentación,

el cuidado de la bebé, su estadía en la prisión y algunas noticias sobre Arica. Fue entonces cuando la madre de la joven retomó el tono con que había comenzado la visita:

> —Hay algo más, Carlota, y esto tienes que saberlo. Tu hermano está prácticamente solo en Santiago, en la Cárcel Pública. Y bien sabes que se quedará aún más solo cuando yo regrese al norte en un par de días. Yo soy su madre y no puedo permitir que esto siga así —*Natacha* la miraba con cierta curiosidad sin poder imaginarse lo que vendría a continuación. Su madre inhaló profundo y continuó—. Me gustaría conversar con algún dirigente del MIR para pedirles que lo vayan a visitar a la cárcel. ¿Pedirles? En realidad no, ¡exigirles! Pero, ¿sabes?, yo no sé dónde ir. ¿Sabes cómo puedo contactarme con ellos? Es por tu hermano.

Natacha guardó silencio unos instantes, le sorprendía la actitud y la decisión de su madre. Al fin y al cabo, buscaba que se asumiera una responsabilidad política en las desventuras de su hermano y, en cierta medida, le encontró razón. Recordaba la dirección de "La Parroquia", una casa del MIR a donde había ido a algunas reuniones con Ronald. Pensó que esa podía ser la única posibilidad de mejorar la situación de su hermano y sin pensarlo demasiado le dio las señas a su madre bajo el compromiso de que esa información no fuera mal usada.

> —Tranquila, hija, es solo por tu hermano. A mí no me interesa meterlos en más problemas —dijo con tono conciliador.

Al día siguiente la madre de los Vallebona tomó un taxi y siguió las indicaciones que le había dado su hija. Cuando llegó a "La Parroquia" golpeó la puerta y fue recibida de inmediato por un joven que escuchó sorprendido las palabras de aquella señora. Realmente tenía una personalidad avasalladora y no se amilanaba frente las evasivas y las explicaciones que le entregaba.

—Soy Berta, madre de José Vallebona. Mi hijo se encuentra en la cárcel como militante de su partido, ¿o ahora también lo van a desconocer? Ustedes no le han dado ningún tipo de ayuda. Desde que era pequeño, casi un mocoso, ha participado en el MIR, por supuesto contra mi voluntad, pero eso ya no importa. Espero que ahora, viendo la actitud poco solidaria que ha tomado su grupo y el hecho de enfrentar la cárcel solo, abra los ojos y se dé cuenta de que lo han utilizado. ¿A cuántos más van a seguir usando así? Finalmente, José es un mirista y está preso. Está solo y aislado mientras que su organización ni siquiera se da por enterada. Claro, al final somos las madres las que debemos cargar con sus errores.

El joven no podía poner freno a la perorata de la señora, que con su prepotencia inundaba todo el espacio. Gradualmente comenzó a llamar la atención de otros miembros del partido, que se acercaron para intentar tranquilizarla.

—¿Eso esperan? ¿Que las madres nos hagamos cargo de todo? Ese no es mi caso, señores, yo no soy la madre coraje. Exijo, escúchenme bien, exijo que mañana a esta misma hora me esté esperando por lo menos un dirigente del MIR, no cualquier pelafustán, y con soluciones concretas. De lo contrario, usaré todos mis contactos e iré a los diarios para contarles esta historia. No me guardaré una sola palabra para tirarles mierda con ventilador a ustedes y su grupo si dejan solo a mi hijo, un militante de su partido —procuró recalcar y modular lentamente las últimas palabras.

Al día siguiente Berta volvió a "La Parroquia". Caminaba firme y altiva, quería dejar claro que, ante cualquier rechazo por parte de la organización, ella no dudaría en cumplir su amenaza. Al llegar a la casona la recibió el propio Miguel Enríquez y la invitó cordialmente a pasar a una pieza que funcionaba como oficina. Miguel se disculpó, le explicó que el proceso político era sumamente complejo y que estos habían

sido meses delicados para la organización y para Chile en general, pero que José no sería olvidado, que él nunca había dejado el partido y, por lo tanto, se designaría inmediatamente a un compañero para que lo visitara y atendiera todas sus necesidades. Le aseguró que la organización se haría responsable de su hijo.

La noticia del peculiar encuentro no tardó en cruzar las murallas de la Cárcel Publica y llegar a los oídos de José Vallebona. Fue inevitable que su cara enrojeciera de vergüenza y se volvió a sentir como un niño pequeño, pero en el fondo sabía que su madre tenía razón, en parte al menos. Tiempo después, reconectado con su partido, con visitas periódicas y las necesidades básicas resueltas valoró con otros ojos, alegre y satisfecho, aquella jugada de Berta, su madre, que se había mostrado tan protectora como política.

A fines del verano de 1972 *Natacha* fue llevada repentinamente a la Corte de Apelaciones. Su abogada había solicitado una audiencia para confirmar la posibilidad de que la joven fuera puesta en libertad bajo fianza. La sala judicial se encontraba atestada de periodistas, ansiosos por recoger algún nuevo detalle. Algunos tomaban notas mientras otros sacaban fotografías, que al día siguiente serían publicarlas en distintos periódicos. *Natacha* los observó de lejos. Recordaba la cantidad de basura, mentiras e infamias que habían publicado durante meses sobre la VOP. Es por eso que ella nunca quiso hablar con la prensa y rechazó tajantemente la oferta de un periodista que la visitó varias veces en la cárcel para pedirle hasta el cansancio que le diera una entrevista. "Enfermos mentales", "infiltrados de la derecha", "delincuentes", "agentes de la CIA", "sujetos que solo se mueven por su lucro personal" eran parte de las frases que había leído. Su cabeza estaba atiborrada de esos y otros calificativos que se incluían en titulares y columnas. En los cientos de crónicas que se escribieron durante ese tiempo en los diarios, la radio y la televisión, ¿cuántas mentiras se contaron? ¿Cuántas historias se redactaron sin confirmar absolutamente nada?

En un momento dado, mientras permanecía sentada con resignación a la espera de una resolución final que sabía sería negativa, un periodista de *La Tercera* se dirigió hacia ella.

Al darse cuenta de su presencia, *Natacha* no lo dejó pronunciar ni una palabra y levantó las manos con las palmas hacia adelante en señal de rechazo. Pero el joven periodista no se dio por vencido y empezó a hablar sin esperar respuesta.

—¡Espera, *Natacha*!, tranquila. Yo no creo que ustedes sean delincuentes. Fui a la casa de tu suegra y también fui a Coronel Alvarado. Pude ver todo con mis propios ojos. Se sabe que, aunque recolectaron mucho dinero con los asaltos, vivían en muy malas condiciones. Lo que a mí me quedó claro es que ustedes no eran delincuentes. En serio, *Natacha*, recorrí todas las casas que tenían relación con ustedes. Y en ninguna encontré ningún lujo. Investigaciones dice que con todo el dinero que tenía Ronald en el bolso hubiesen podido vivir en el barrio alto si hubiesen querido —tras decir esto el periodista se quedó silencio un momento y luego continuó en voz más baja—. Lamento profundamente la muerte de Ronald... de verdad.

La joven quedó muy sorprendida. Para enfrentar la dureza de la cárcel, las dificultades de su proceso y una condena que suponía larga, *Natacha* se había construido una verdadera armadura, fuerte y pesada, y esa armadura había tambaleado con las sinceras palabras de aquel joven. Oír el nombre de su amado en una voz que no formaba parte de su círculo pero que, sin embargo, desmentía toneladas de mentiras impresas, fue para ella como una luz al final del túnel. Sin poder evitarlo sus ojos se llenaron de lágrimas y, muy emocionada, solo atinó a pronunciar una palabra:

—Gracias.

Minutos después una noticia llegó de golpe y sorprendió a todos los presentes: "Libertad bajo fianza". Indudablemente, esto cambiaba la realidad inmediata de *Natacha*. En la sala se hizo un silencio que a ella le pareció eterno, aún no estaba todo dicho. El tribunal había aceptado la libertad

bajo fianza, pero antes de hacerse efectiva había que resolver ciertos aspectos burocráticos y existía un problema evidente, *Natacha* no contaba con el dinero para pagar la fianza fijada por el tribunal. La joven sintió que todo se oscurecía porque sabía lo que eso significaba: volver a la cárcel. De pronto, un murmullo comenzó a adueñarse de la sala. Los funcionarios judiciales alzaron su cabeza para mirar hacia el fondo, donde se agrupaban los reporteros. Algo estaba pasando en ese sector y *Natacha* intuyó que tenía que ver con ella pero no se imaginaba lo que después sabría. Un grupo de periodistas, entre los cuales estaba aquel joven que se le había acercado, estaba haciendo una colecta. Cada uno de ellos metió las manos en sus bolsillos para aportar con algo a la fianza solicitada. Todo fue directo a un sombrero, que rápidamente se transformó en alcancía. En un momento dado, el que llevaba el sombrero dijo en voz alta:

—¡Ya está! ¡Aquí está el dinero para la fianza de *Natacha*!

—Que avisen al actuario y a Su Señoría —gritó entusiasmado otro periodista.

Asombrada y con una sonrisa en los labios, *Natacha* miraba incrédula lo que acababa de ocurrir. No lo podía creer pero había sucedido justo a sus espaldas. Una vez realizado el último trámite, la joven abandonó el edificio de la Corte de Apelaciones. Se sentía muy emocionada y agradecida, esta vez los periodistas no habían intentado chantajearla para obtener una entrevista sino que habían realizado un gesto honesto y sincero. Cuando estuvo en la calle y luego de dar una gran bocanada para absorber todo el aire de la libertad, tuvo que reconocer que es posible encontrar gestos de solidaridad desinteresada y actitudes correctas en cualquier lugar. Lo que acababa de ocurrir era una prueba indesmentible de eso.

Todas estas vivencias, desde las más desagradables como los golpes y el encierro, hasta las más reconfortantes como la solidaridad y los gestos desinteresados, fueron dejando huellas profundas en el corazón de *Natacha*, huellas que la acompañarían de por vida

Capítulo III

Esa misma tarde *Natacha* fue a la casa de la familia de su amado. Nilda Rivera Calderón, la mayor de las hermanas, la recibió con mucho cariño, al igual que el resto de la familia. Sin poder esperar más, Nilda le pidió que la acompañara al dormitorio. Una vez allí y tras cerrar la puerta, la tomó del brazo y la condujo a un rincón de la pequeña pieza. Muy despacio, como para no romper el ambiente de solemnidad, Nilda abrió un baúl y comenzó a sacar cuidadosamente su contenido. Una a una fueron saliendo varias prendas de vestir, que su cuñada extendió sobre la cama para que *Natacha* pudiera examinarlas con detalle. La joven conocía muy bien esa ropa, y las manchas de sangre lo confirmaban. Era como si cobraran vida, y en su mente se agolparon las imágenes de Ronald cuando las llevaba puestas la última vez que lo vio. Lejos de sus pensamientos, como en otra dimensión, *Natacha* escuchaba la voz de Nilda que narraba lo que la policía y los médicos forenses le informaron sobre la muerte de Ronald. Poco a poco, el cerebro de *Natacha* fue asimilando la terrible realidad. Sus manos acariciaban la ropa pero, al no poder sentir el tibio cuerpo de su amado, un suspiro desgarrado se escapó de sus labios y las lágrimas brotaron de forma descontrolada. Su mirada se detuvo en el pantalón de cotelé, donde un desgarro mostraba la bala que atravesó la pierna a la altura de la rodilla. El calzoncillo se encontraba intacto, pero con abundantes manchas de sangre en la parte baja. La camisa y la chaqueta verde estaban empapadas de sangre. Todo esto coincidía con lo que el fiscal le había dicho respecto a las graves heridas que Ronald tenía en la cara.

—No entiendo cómo la ropa está sin orificios de bala. ¿Cómo puede explicarse? —se preguntaba *Natacha*, aún con lágrimas en los ojos pero ya más serena—.

Cuando el fiscal me mostró las fotos, vi que su cuerpo estaba completamente acribillado por balas dum-dum.

—¿Dum-dum? ¿Qué es eso? —preguntó Nilda ingenuamente.

—Son balas comunes pero que se cortan en cruz con una sierra o se perforan en la parte anterior para que, cuando impacten, el plomo se abra como una flor, produciendo enormes desgarros y una herida mucho mayor que con munición convencional. Cuando la bala es disparada por un arma larga o el disparo es hecho a quemarropa, el orifico de salida puede ser tan grande como un puño. La única explicación que se me viene a la cabeza es que a Ronald le dispararon estando desnudo —Nilda la miró con ojos enormes, como si las deducciones de *Natacha* apuntaran a que su hermano fue capturado con vida o agonizando.

Natacha continuó acariciando la ropa, las mangas, las costuras, aquellos trozos de tela que habían vestido a Ronald, los mismos que en más de una ocasión había sentido cuando lo abrazaba. Las dos jóvenes cruzaron sus miradas y, sin mediar palabras, comenzaron a devolver las ropas al baúl, cuidando de hacerlo con extrema delicadeza. Saben que tarde o temprano deberán esclarecer la verdadera historia de cómo Ronald encontró la muerte.

Carlota no olvidó ni se alejó de su pasado reciente. Prueba de ello eran sus continuas visitas a la cárcel, tanto para visitar a su hermano como a otros compañeros de la organización. En una ellas, se encontró con el hijo del diputado socialista Mario Palestro. Conversaron sobre temas políticos generales pero más adelante, a raíz de una pregunta que le hizo el joven Palestro, se centraron en el limbo jurídico en que se encontraba la joven. *Natacha* se sinceró sobre las enormes dificultades que tenía para encontrar trabajo debido a que en sus papeles de antecedentes aparece que está siendo procesada. Ante esto, él le oreció que fueran juntos a ver a su

padre a las oficinas del Congreso Nacional para ver qué podía hacerse.

Con nerviosismo, *Natacha* hizo su ingreso al vetusto y pomposo inmueble. Cinco pasos más allá de la puerta se encontró con Mario Palestro, que estaba rodeado de periodistas. El diputado no solo se sorprendió con la visita de su hijo, sino que clavó su mirada en la joven que lo acompañaba.

> —Sé perfectamente quién eres. Vamos, entra a mi despacho. Está ahí, a la izquierda, yo voy enseguida —dijo el parlamentario con cordialidad e hizo un gesto con la cabeza para encaminarlos.

Muy pronto se reunió con ellos. La conversación giró principalmente en torno a las necesidades de *Natacha* y sus problemas para encontrar trabajo. La joven fue muy clara para explicar la urgencia de contar con un certificado de antecedentes que estuviera limpio, donde no se especificaran los procesos que aún pesaban en su contra. Palestro tomó rápidamente el teléfono y llamó al jefe del Gabinete de Identificación, un amigo y militante del partido MAPU. *Natacha* no se perdió ningún detalle de la petición que realizaba el popular y carismático diputado. Con su vozarrón característico habló al teléfono e inundó toda la habitación:

> —Tengo en frente mío a la compañera de Ronald Rivera. Ella necesita un papel de antecedentes que esté limpio para poder trabajar. Ya sé que no estamos de acuerdo con la línea política de su organización, no tienes que decirme nada a mí, lo hemos hablado miles de veces, pero son compañeros y hay que apoyarlos. Escúchame bien, en cinco o diez minutos va a pasar por tu despacho y quiero que pueda recoger unos papeles limpios que le permitan trabajar sin problema. ¿Me entendió, compañero? Muchas gracias.

Estas gestiones permitieron que *Natacha* consiguiera un certificado limpio, sin anotaciones ni antecedentes. Papel

en mano, la joven consiguió un trabajo como cajera en un supermercado, ubicado paradójicamente a media cuadra del Cuartel General de Investigaciones. Los clientes, varios de ellos detectives, reconocían a *Natacha* pero, más allá de algunas miradas incómodas, los días transcurrieron sin dramatismo ni confrontaciones.

Su vida transcurría entre el trabajo, la casa de los Rivera Calderón y sus visitas a la Cárcel Pública. Justamente en las puertas del penal, después de entregar una encomienda con algo de comida y utensilios que había podido conseguir, *Natacha* se encontró con el responsable de las tareas militares en el MIR y miembro de la Comisión Política Arturo Villabela, también conocido como el *Coño Aguilar*. Fue él quien se acercó y le habló.

—¿*Natacha*? Eres tú, ¿verdad?

La joven se sorprendió y respondió con desconfianza.

—Sí, la misma, y también sé perfectamente quién eres tú —buscaba medir las intenciones de aquel dirigente del MIR. No sabía en qué términos ni para qué objetivos se estaba acercando. Realmente había que andarse con cuidado, ya que los motivos podían ser muchos.

Sin embargo, el compañero Villabela la saludó con afecto y cordialidad, logrando que *Natacha* modificara su semblante duro y distante. El *Coño Aguilar* la invitó a buscar un lugar tranquilo para conversar, lejos de los gendarmes y las miradas curiosas que se agolpaban cerca de las grandes puertas de metal que separaba el mundo de los "libres" y el de los "presos". Tras sentarse en una banca y prender un cigarrillo, la miró y decidió hablar sin mayor introducción o preámbulo.

—Compañera, voy a ir directo al grano. Estamos hablando entre revolucionarios, ¿no? —la miró fijamente buscando enfatizar el grado de confianza—. Hemos recibido información sobre la existencia de

rumores que hablan de que tú estás planificando un atentado en contra del director de Investigaciones, el *Coco* Paredes —Villabela estudió atentamente los movimientos de *Natacha* tras pronunciar el apodo del sujeto en cuestión.

—¿Pero qué clase de estupidez es esa? Yo recién vengo saliendo... —pero *Natacha* no pudo terminar la frase porque Villabela la interrumpió.

—Compañera, no me diga nada a mí. Yo solo cumplo con informarle y recomendarle que siempre esté rodeada de gente que pueda testificar en los lugares donde te encuentras, trabajas, estudias o paseas. Tú sabes que estos tipos harían lo que fuera por volver a encarcelarte y de forma definitiva.

Se produjo un silencio y *Natacha* pensó en las miles de calumnias que podrían ser inventadas con tal de volverla a encerrar. Luego agradeció profundamente la preocupación de los compañeros del MIR por su seguridad, pese a todas las disputas entre ambas organizaciones. Se despidió de Villabela con un gran abrazo y decidió que, a partir de ese momento, mantendría una rutina lo más abierta y pública posible. Procuraría estar siempre acompañada, por sus jefes, clientes y supervisores en el supermercado, por los choferes de la locomoción colectiva durante el trayecto hacia su casa, o por el dueño del almacén y la panadería, el señor del quiosco y los vecinos de la casa de Ñuñoa.

Sin embargo, las sorpresas que debían comenzar a acabarse tras normalizar su vida no solo no decrecieron sino que se multiplicaron fuera de la prisión. Un encuentro en particular quedó grabado en su memoria. Al regresar de una agotadora jornada de trabajo *Natacha* observó a dos jóvenes que deambulaban cerca de la entrada del pasaje donde vivía, por la parte que da hacia Manuel Montt. Por seguridad, hizo como si no se hubiera dado cuenta y siguió su camino pero al llegar al pasaje se le acercaron y uno de ellos le susurró en voz baja:

—Disculpa, tú eres *Natacha*, ¿verdad? —dijo mientras el otro joven vigilaba la calle.

—Sí, soy yo. ¿De qué se trata esto?

—¿Podríamos ir a conversar a algún lugar más tranquilo y no aquí en plena calle?

Sin saber si era lo correcto o no, *Natacha* asintió con un gesto y comenzaron a caminar hacia un parque que quedaba en las cercanías. Hicieron el trayecto en completo silencio, mientras los ojos de la joven escrutaban y medían a los recién llegados. Casi sin darse cuenta llegaron al parque y ubicaron unos bancos aislados para sentarse y conversar.

—Los escucho —Carlota realmente no sabía qué esperar.

—*Natacha*, es un verdadero placer conocerte —dijo el más joven—. Hemos estado haciendo guardia en tu casa desde hace un tiempo. Por favor, no te asustes. Somos estudiantes de Historia en el Pedagógico de la Universidad de Chile.

—¿Así que siguiéndome? ¿Y me lo dices así sin más? —preguntó *Natacha* con curiosidad.

—Sí, es que queríamos contactarnos contigo. Pero no pienses mal, no somos policías, somos alumnos de Juan Rivano. Él es nuestro profesor de filosofía en la universidad y conocía a Arturo y a tu compañero. Cuando murieron los chicos y ustedes fueron detenidos en Coronel Alvarado, el profesor estaba muy afectado. Tuvimos una clase especial para comentar lo sucedido y reflexionar en torno a lo que estaba ocurriendo.

Natacha escuchaba expectante lo que decía el joven desconocido. Recién comenzaba a percibir los ecos de las acciones que le tocó vivir. En ese momento el otro desconocido tomó la palabra para continuar con la narración:

—Ese día reunió a todos sus alumnos en una sala de conferencias. Empezó su charla explicándonos que el mejor homenaje que él como docente podía realizar era contar la vida política de Ronald. Imagínate el contraste. En ese momento los diarios estaban atestados de información que señalaba a los vopistas como "infiltrados de la derecha", "delincuentes" o "agentes de la CIA". El profesor Rivano nos hizo reflexionar sobre la situación política nacional y latinoamericana, como también sobre la entrega y la lucha desinteresada de militantes y grupos revolucionarios que no comulgan con la "vía chilena al socialismo".

Los jóvenes hicieron un relato pormenorizado de lo sucedido durante aquella singular conferencia. Le hablaron sobre las diferentes reflexiones que salieron a la luz ese día y también sobre la propuesta levantada por uno de los presentes de invitar a su hermano, que era cercano a la VOP, para que diera testimonio de lo que sabía sobre esa organización. El relato de los estudiantes era conmovedor. *Natacha* sentía como si estuviera viendo a esa decena de chicos que escuchaban apasionados, hacían reflexiones y se hacían parte de los llamados a la acción revolucionaria y a la necesidad de asumir una responsabilidad histórica. Los jóvenes guardaron silencio, poniendo fin a lo que parecía ser una introducción. Luego le contaron que, tras las distintas alocuciones, el ambiente comenzó a transformarse. De la emoción y el asombro por lo acaecido se pasó a la convicción de que era necesario hacer algo. Así, cuando la conferencia terminó un grupo mayoritario, muchos de ellos con militancia mirista, continuó hablando sobre la consecuencia de los caídos y sobre la posibilidad de levantar sus banderas de lucha. Para ello recurrieron al estudiante cuyo hermano era cercano a la VOP y lograron contactarse directamente con *Julián*, un boina negra panameño que había ayudado a la organización sin ser detectado por la policía.

Según lo que decían los jóvenes, la reorganización de la VOP había surgido de forma casi espontánea. Los nuevos miembros se habían organizado en una célula compuesta

por siete estudiantes del pedagógico y *Pedro*, un obrero textil que se había presentado a sí mismo como "la mano derecha de Ronald". Según sus propias palabras, él había conseguido evadir el cerco de balas y la represión en aquel trágico invierno de 1971.

Este tal *Pedro* era muy locuaz, le gustaba mucho contar sus experiencias a los jóvenes universitarios y era muy tajante en sus afirmaciones: "Él no iba a ninguna parte sin mí. Yo fui el encargado de su seguridad personal. Ronald era un gran amigo". En más de una oportunidad *Pedro* dijo sentirse acongojado y contaba con voz entrecortada: "El día de Coronel Alvarado yo me encontraba cuidando a mi madre enferma, por eso no pude estar ahí junto a los compañeros... Pero ahora, el destino me ha dado una nueva oportunidad de seguir la tarea de Ronald y Arturo. Me siento un afortunado al poder continuar el camino de mis amigos". En otras ocasiones, buscando reafirmar una anécdota, *Pedro* abría su chaqueta y mostraba una sobaquera y, tras acariciarla brevemente, explicaba: "Esta la llevaba Ronald cuando lo asesinaron. Cuando su madre me la entregó me dijo que yo era la persona más indicada para heredarla. Es un orgullo poder llevarla conmigo".

Natacha sabía que el panameño *Julián* nunca tuvo conocimiento pleno de quiénes eran los militantes de la VOP. La mayoría de las conversaciones fueron directamente con Ronald y la compartimentación se usó siempre como una regla estricta en el quehacer político. Nadie sabía más de lo que necesitaba saber y *Julián* sabía que gracias a esa compartimentación él aún estaba en la calle. Sin embargo, la joven no quiso interrumpir el relato, por lo que no hizo ningún comentario y siguió oyendo.

Un día *Pedro* informó al panameño que habían surgido problemas de seguridad en el lugar donde vivía. Aun sabiendo los riesgos que eso significaba, *Julián* no tuvo otra alternativa que darle alojamiento en su hogar.

—Solo por un par de días —había dicho el boina negra con tono seco y cortante.

El pequeño grupo había empezado a tomar forma. La lectura, el análisis de la situación y la discusión política fueron rápidamente complementadas con la preparación militar que el panameño les entregaba. El objetivo a mediano plazo era foguear a esta nueva generación y realizar una expropiación contra algún objetivo donde hubiese intereses norteamericanos. Al mismo tiempo, estaban estableciendo una incipiente infraestructura clandestina. *Julián* hizo tomar fotos de los integrantes del nuevo grupo para hacer pasaportes falsos, ya que existía la posibilidad de organizar un viaje a Panamá y reactivar algunas redes clandestinas. Mientras esperaba el contacto necesario para la falsificación, el boina negra mantuvo las fotografías guardadas bajo llave en el cajón del escritorio de su habitación.

Hasta ahí llegó el relato de los jóvenes, que se quedaron mirando a *Natacha* en medio de la plaza. Ella los había escuchado con atención y los miraba con los ojos muy abiertos.

—Y así llegamos hasta ti, compañera. Estábamos esperando el momento adecuado y estar más organizados para contactarte. Nos interesa saber si te interesa participar, conocernos o al menos conversar con nosotros. En serio, *Natacha*, sería de mucha ayuda y muy gratificante hablar con una compañera que vivió y participó en la organización.

Natacha estaba sorprendida. Enterarse de la existencia de una incipiente nueva VOP y conocer la inmensa voluntad de estos jóvenes, que se atrevían a levantar una alternativa de confrontación aun después de las terribles consecuencias que ya conocían, era algo que nunca se habría podido imaginar. Sin embargo, lo que más la intrigaba era aquel compañero que se hacía llamar *Pedro*, "la mano derecha de Ronald". La curiosidad la invadió y pensó: "hay que conocerlo". Los jóvenes la trataban con mucha consideración, respeto, cariño e incluso con un poco de admiración y ella comprendió que, a través de su persona, los chicos también canalizaban su cariño y respeto hacia Ronald. Así, en medio de gestos

de agradecimiento y fraternidad revolucionaria, fijaron una reunión con todo el grupo para un día después. El asunto no podía esperar más.

Al otro día, tras vigilar con atención lo que ocurría a sus espaldas y realizar uno que otro recorrido para deshacerse de una posible vigilancia policial, *Natacha* se dirigió a una calle donde la esperaban los mismos jóvenes de la víspera. Ellos la llevarían a una casa de seguridad, donde se reunirían con el resto del grupo. Al encuentro asistieron solo siete de los ocho miembros de la nueva VOP. Nadie pudo explicar la ausencia de *Pedro*, pero la reunión comenzó sin mayores problemas, tal como estaba programada. *Natacha* decidió que aquella instancia no sería para conversar o contar su experiencia, sino que se integraría al grupo como una militante más, aunque el objetivo del encuentro obviamente era conocer a los integrantes del grupo y discutir sobre las aspiraciones y posibles tareas a futuro.

Como ya se conocían, tras finalizar la reunión *Natacha* acompañó al panameño *Julián*. En el camino conversaron y se pusieron al día sobre todo lo ocurrido durante los intensos últimos meses.

> —Tengo muchos deseos de conocer a *Pedro*. Tú sabes que siempre tratamos de mantener la compartimentación en el grupo. Pero Ronald era mi compañero. Y realmente me intriga muchísimo la identidad de aquella supuesta "mano derecha" —comentó *Natacha* casi al llegar a la casa.

Julián abrió la puerta y ambos entraron a la habitación. Al verlos llegar, *Pedro*, que estaba recostado en un sillón, se levantó de un salto, visiblemente fuera de control. Tartamudeando y transpirando saludó torpemente a *Natacha*, presentándose con su nombre político. Sin perder un minuto, la joven se volvió a *Julián* y le dijo con certeza incuestionable:

> —No sé quién es este hombre. Nunca lo he visto ni de lejos. ¿Cómo se explica que este sujeto llegue aquí diciendo tamañas mentiras? La única explicación,

compañero, es que este señor sea un infiltrado de la policía.

Tratando de mantener la compostura, *Pedro* intentó defenderse, sabía que estaba en riesgo algo más que su credibilidad.

—¡*Natacha*! No, eso no es verdad. Seguramente no hemos coincidido porque, tú sabes, Ronald no siempre estaba contigo. Muchas veces, y sobre todo en el último tiempo, él llevaba los asuntos de la organización un poco lejos de ti, para cuidarte, por supuesto —*Pedro* mostraba las palmas de las manos como una señal de inocencia.

—Tus palabras te delatan y confirman tu falsedad —dijo *Natacha*—. *Pedro*, o como sea que te llames, tú eres un colaborador de la policía. ¿Sabes por qué? Porque esa fue precisamente la información que yo entregué a Investigaciones.

Julián no podía comprender lo que estaba ocurriendo y no atinaba a nada. Desalentada, *Natacha* se dejó caer en un sillón, estaba agotada por el cúmulo de sensaciones de esos días y frustrada por la situación del momento. Se tomó la cabeza con ambas manos en un gesto de no creer lo que pasaba. Luego se giró para mirar al compañero panameño.

—No puedo entender tu falta de cuidado. ¿Cómo es posible que, con tu experiencia y todo lo que hemos pasado, hayas traído a tu casa a este delator? ¿Cómo puede ser que no hayas podido descubrirlo o siquiera sospechar? —le reprochó con dureza y un poco de tristeza.

Julián agarró de un brazo a *Pedro* y lo puso muy cerca de él.

—¡Ándate de aquí! ¡Ahora mismo! No quiero verte más. Y diles a los tuyos que no se atrevan a meterse con nosotros. Espero que te haya quedado claro.

Luego de que el supuesto revolucionario saliera huyendo como pudo, *Julián* fue corriendo a revisar los cajones de su escritorio para confirmar que las fotos de los compañeros seguían en su lugar. Al corroborar que todo estaba en orden le comentó a *Natacha*:

—Intenté ponerlo a prueba. Le puse algunas trampas para ver si intruseaba en mis cosas. Pensé que solo se trataba de un tipo curioso o algo así. Tú sabes que yo no los conocía a todos ustedes. Más allá de fanfarronear o de planificar cosas, en este nuevo grupo no hemos alcanzado a concretar nada. Es poco lo que puede contarle a la policía —intentaba poner sus pensamientos en frío pero luego admitió con voz trémula—. Me equivoqué, me equivoqué con él y lo siento, *Natacha*.

Capítulo IV

Sobre la tumba de los hermanos Rivera siempre hay velas encendidas. Su muerte no dejó indiferente a nadie y, pese a todo lo dicho por la prensa, es mucha la gente que visita el lugar en que reposan. No faltaron quienes incluso adoptaron sus nichos como animitas milagrosas para solicitar favores. Al cumplirse un año de su muerte el lugar se repletó de banderas, pequeños lienzos y carteles con consignas revolucionarias. Las tumbas se transformaron en un improvisado punto de reunión y en él se mezclaban compañeros que se turnaban para velar el sepulcro con visitantes que se acercaban a mirar qué ocurría. Las conversaciones fluían entre recuerdos y, mientras unos relataban anécdotas de los hermanos Rivera, otros contaban dónde estaban y cómo se habían enterado de su muerte. Todos coincidían en la consecuencia de los caídos.

A unos cuantos kilómetros de ahí, los compañeros presos en la Cárcel Pública también quisieron participar en el homenaje, habían afirmado muchas veces que ni las rejas ni los muros serían un impedimento para continuar en la lucha. Para la ocasión fabricaron afiches con distintas imágenes de Ismael, Ronald, Arturo y Heriberto, los cuatro caídos de la VOP. Arriba y abajo de ellas escribieron consignas para reforzar la combatividad de aquel artefacto artístico, que había sido diseñado y pintado por el *Poeta*. En letras grandes decía "La VOP no ha muerto" y "Los muertos no se lloran, se reemplazan".

El 13 de junio de 1972 a las ocho de la tarde *Natacha* había quedado de reunirse en cierto punto con *Manuel* y *Jorge*, dos estudiantes pertenecientes a la nueva generación de la VOP. A pesar de que habían descubierto la infiltración de *Pedro*, el grupo había decidido seguir sus actividades, pero con mayor cautela. En esta ocasión, para homenajear a los caídos, empapelarían las calles del gran Santiago, por lo que

conformaron un grupo de acción entre los tres. Iniciaron sus labores de agitación cerca del Pedagógico, sabían que muchos estudiantes estaban atentos a lo que ocurría con la VOP y que esperaban acciones en ese sector. Su intención era recorrer la avenida Macul y llegar a las poblaciones Lo Hermida y Nueva La Habana. Como medida de seguridad, *Jorge* y *Manuel* portaban revólveres calibre 22 para defenderse en caso de un asalto o un encuentro con la policía. No eran armas muy impresionantes pero era lo único que habían podido conseguir. Después de todo, no estaban pegando cualquier cosa sino un afiche que reivindicaba aquello que tanto temor había causado entre los poderosos. Cuando tuvieron los afiches listos y el engrudo en su punto, *Jorge* hizo una advertencia a *Natacha* antes de salir.

> —Compañera, si llegamos a encontrarnos con la policía, tú debes desaparecer. No podemos olvidar que aún estás procesada y en libertad bajo fianza. Si nos llegan a sorprender portando armas, créeme que ni Cristo logrará que te vuelvan a dejar en libertad. Nosotros no estamos fichados y eso nos puede ayudar a salir del lío. Así que ya sabes, a la primera señal de peligro te esfumas. Nosotros nos encargaremos de hacerte la contención en caso de ser necesario.

Cerca de la una de la madrugada estaban en la esquina de Macul con Las Torres. Caminaban despreocupados y pegaban afiches entre bromas y risas, por lo que no se percataron de que, al amparo de la oscuridad, había dos carabineros apostados. Al verlos aparecer les ordenaron con voz amenazante:

> —¡Alto ahí! ¡Levanten las manos! Queremos ver lo que llevan en las bolsas —y comenzaron a caminar hacia ellos.

Tal como habían acordado, *Natacha* aprovechó que la policía estaba concentrada inspeccionando las bolsas que portaban *Jorge* y *Manuel* y retrocedió lentamente para buscar una vía de escape, sin perder de vista lo que ocurría con sus

compañeros. Los pocos afiches que quedaban no parecían ser motivo de problemas, pero cuando aparecieron los revólveres la situación cambió radicalmente. Uno de los policías se dio cuenta de que *Natacha* estaba tratando de escapar, por lo que la apuntó con su arma y la miró fijamente.

—¡Tú no te muevas! ¿A dónde crees que vas?

Instintivamente, *Natacha* levantó las manos para protegerse pero, como tenía la bolsa con la lata del engrudo, el policía se puso nervioso.

—¿Qué tienes ahí? ¿Qué tienes ahí? —el uniformado se mostraba cada vez más alterado y comenzó a sospechar que esa bolsa podía contener algo más que material de propaganda.

—¡Responde! ¿Qué tienes ahí? —insistió el otro policía, que se incorporaba al altercado.

—¡Una granada, concha de tu madre! Aquí volaremos todos si no nos dejan ir. ¡Somos de la Vanguardia Organizada del Pueblo y estamos en labores de agitación! Solo estamos pegando afiches, pero si tratan de detenernos... —*Natacha* levantó la bolsa.

Al escuchar esto, uno de los policías comenzó a retroceder asustado mientras trataba de calmar a *Natacha*. El otro carabinero quedó paralizado en un primer momento, luego dejó de revisar las bolsas de *Jorge* y *Manuel* y levantó sus manos lentamente.

—¡Tranquila, Tranquila! No hagas ninguna tontería. Nadie quiere problemas y todos queremos volver a dormir a nuestras casas hoy. Recojan todas sus cosas y váyanse. Nos confundimos. Estamos buscando un grupo de ladrones que ha asaltado varios domicilios por este sector. Contra ustedes no tenemos nada. Dejemos esto hasta acá, ¿de acuerdo?

Rápidamente, *Manuel* y *Jorge* recogieron del suelo los afiches, las brochas y las armas. *Natacha*, por su parte, mantuvo firme la lata de pegamento y no dejó de mirar amenazante a la pareja de policías. Cuando por fin estuvieron fuera de su visibilidad los tres se pusieron a correr a más no poder en dirección a la cordillera. Sin saber qué calles iban cruzando siguieron corriendo hasta que ya no pudieron más. Entonces pararon para darse un respiro. Entre jadeos, suspiros y pequeños vítores *Manuel* y *Jorge* felicitaron a *Natacha* por su actuación.

—Está bien, compañeros, pero esto podría haber sido un gran desastre. Lo que nos salvó fue el miedo que aún les tienen las fuerzas del orden a los miembros de la VOP, no se olviden de eso. Si hasta las armas nos devolvieron —cuando terminó de decir esto, una carcajada resonó en medio de la madrugada santiaguina.

Como medida de seguridad, *Natacha* les pidió que no contaran lo sucedido a los otros miembros del grupo. Era mejor que nadie lo supiera para evitar que la noticia llegara a oídos de la policía. Ya más calmados, continuaron su camino caminando hasta que, desde lejos, divisaron las mediaguas del campamento Nueva La Habana. *Jorge* propuso buscar refugio ahí para pasar la noche, en caso de que los carabineros hubieran pedido refuerzos para detenerlos. Pero *Natacha* estaba dudosa. Tenía un gran sentimiento de culpa por el trato que la policía había dado a los pobladores cuando ellos eran buscados. Ronald y ella habían visto en la prensa las imágenes de los allanamientos, las detenciones y la represión ejercida en cada campamento y temía un rechazo generalizado si ella los visitaba. Sin embargo, volver a sus casas era peligroso, por lo que decidió tomar el riesgo y aceptar la propuesta.

Tras una larga caminata por calles aledañas para evitar las grandes avenidas, el grupo llegó de madrugada a la población. De inmediato fueron recibidos por el comité de pobladores encargado de las labores de vigilancia en Nueva La Habana. En pocos minutos se corrió la voz de que la compañera

de Ronald Rivera estaba ahí y *Natacha* se puso muy inquieta, pero los abrazos y gestos de cariño y solidaridad por parte de los pobladores que comenzaron a llegar la tranquilizaron y disiparon todas sus dudas.

Esa noche el grupo pudo cobijarse en las casas de los pobladores, llenas de afecto y generosidad. A pesar de toda la basura publicada en los diarios y la represión desatada en los distintos campamentos, la consecuencia y lealtad de sus habitantes permanecía intacta, sin confundir las verdades sobre VOP con las infamias periodísticas. Este cariño y preocupación no dejó indiferente a *Natacha*, quien atesoró durante años los gestos incorruptibles de fraternidad revolucionaria entre los oprimidos.

Capítulo V

Dos días después, a eso de las siete de la mañana y mientras *Natacha* calentaba un biberón para su hija, escuchó que golpeaban insistentemente la puerta de la casa de Manuel Montt. Cuando la abrió, ocho hombres armados la miraron desde la acera.

—*Natacha*, venimos a buscarte —dijo con calma el comisario que dirigía la acción.

La mujer sintió que su corazón latía desenfrenadamente y que las piernas le temblaban fuera de control. Pensó en los tormentos en el cuartel de Investigaciones en General Mackenna y repetir aquella experiencia sencillamente la aterraba, aunque consiguió no exteriorizar en ninguna mueca sus pensamientos. Retrocedió y les dejó el paso libre.

—¿Puedo vestirme? —dijo mientras hacía el ademán de coger alguna chaqueta.

—Por supuesto. No sabemos cuánto tiempo estarás como invitada en nuestra casa —respondió el comisario con voz socarrona.

En presencia de los policías se puso la *chaleca* y el abrigo. Luego se acercó a la madre de Ronald, le entregó el biberón aún tibio y se despidió fraternalmente, hablando con melancolía y firmeza:

—No sé cuándo vuelva. Cuide a la niña, por favor.

—¿Estas lista, *Natacha*? No tenemos toda la mañana —el comisario la interrumpió mientras recorría la

estancia, examinándolo todo y recogiendo aquí y allá algún papel que llamaba su atención.

—Sí, vamos.

En la calle había tres vehículos policiales que los esperaban con el motor en marcha. Cuando salieron uno de los reconoció a Nilda, que venía llegando a la casa, y dio la voz de alarma. También a ella la detuvieron en el acto. Las hicieron subir a distintas camionetas y se fueron a toda velocidad. Entre los objetos que los detectives habían incautado en el allanamiento se encontraban la gran cantidad de cartas que Ronald le escribió a *Natacha* durante su viaje a Antofagasta. Los detectives leían en voz alta aquella comunicación epistolar entre risas y burlas a la detenida. Cuando llegaron al cuartel condujeron a *Natacha* a una habitación y la dejaron allí sola. Después de un buen rato se abrió la puerta y apareció el detective Rojas, muy animado.

—¡*Natacha*! ¿Qué has hecho? —simulaba un tono apesadumbrado—. Mi jefe y tu madre me dieron una buena reprimenda por tu culpa, ¿sabes? Fue precisamente tu madre quien se dirigió hasta la propia Dirección de Investigaciones la vez pasada para reclamar por el trato que te habíamos dado. En esa ocasión, la dama se quejó personalmente de mi desempeño al tratarte como "hija de la gran puta". Por favor, *Natacha*, querida muchacha, tú sabes que eso no era un insulto a tu madre, es una forma que tenemos con todos los detenidos, casi una rutina. Discúlpame si te ofendí. —el detective terminó de hablar y sonrió.

La joven no sabía muy bien cómo tomar esas palabras, que se situaban entre la provocación, la ironía y una extraña disculpa. Rio por dentro cuando se enteró de la influencia de su madre y de las consecuencias que tuvo para este uniformado, pero sabía que nadie es de fiar. Pensó que estaba frente a un interlocutor que podía ser válido y decidió aprovechar la situación a su favor.

—Dile a tu jefe que quiero conversar con él, dile que he visto cómo sus detectives se han llevado de mi casa las ropas que llevaba mi compañero cuando lo mataron. ¿Sabes que son la evidencia más clara de que a Ronald lo acribillaron a balazos luego de reducirlo? —el policía se puso serio y el ambiente se tensionó—. Exijo una aclaración por parte de Investigaciones ahora mismo, de lo contrario cuando salga iré a los diarios y contaré toda la verdad.

No pasaron ni diez minutos cuando el jefe de la Brigada de Homicidios abrió la puerta y se sentó frente a ella. Sin presentarse, *Natacha* comenzó a contarle la hipótesis más probable sobre la muerte de Ronald. Acusó que su amado había sido detenido o reducido en los techos de Coronel Alvarado y que luego había sido acribillado desnudo. Durante su relato, las lágrimas rodaban por las mejillas de la detenida, pero increíblemente su voz no denotó quiebre alguno, no porque no sintiera una angustia y pena increíbles, sino porque se encontraba extasiada contando los detalles y las conjeturas que había conseguido armar durante estos meses. El jefe de la Brigada de Homicidios permaneció en silencio y la escuchó atentamente. Luego, tras un breve silencio, acercó su silla hacia la joven y le habló con amabilidad y firmeza.

—*Natacha*, te voy a ser bien sincero. Nosotros no matamos a tu Ronald. Debes saber que nuestra gente usa solo balas calibre 38 y 9 mm. Quienes mataron a Ronald fueron los milicos del regimiento Buin, eso lo sabemos todos quienes estuvimos ese día, hasta el general Pinochet. Conozco tu historia de vida, sé que eres buena chica y te quiero dar un consejo, tú ve si lo tomas o no. Si te quedas en la capital ten por seguro que cada vez que pase algo te vamos a ir a buscar, por tu propio bien y el de tus hijos. Si puedes zafar de esta vuelve a tu ciudad, al norte, comienza una nueva vida y olvídate de toda esta basura que destruye a la juventud. Dale una nueva posibilidad a tu vida.

El inspector no esperó ninguna repuesta. Le dio unas palmaditas en la espalda y abandonó la habitación, dejándola sola con su pena. La joven permaneció en aquel cuarto transformado en celda sin poder sacarse de la cabeza lo ocurrido en los techos de Coronel Alvarado ni la imagen de aquella ropa casi intacta con el cuerpo de su amado destrozado por el plomo. Si de algo había quedado convencida tras las palabras del detective es de que la muerte de Ronald había ocurrido de una forma distinta a lo que había dicho la policía.

Poco después comenzó el interrogatorio propiamente tal. Habían detenido a los panameños y los detectives buscaban justificaciones legales para expulsarlos del país. Las horas pasaban y ella repetía una y otra vez que, con respecto a los extranjeros, su único contacto se limitaba al médico ginecólogo que controlaba su embarazo. A los otros simplemente no los conocía. Parecía que los detectives le creían pero insistían y la presionaban para que les entregara algo, aunque fuera insignificante, que les permitiera inculpar a los panameños. Cuando terminó el interrogatorio Carlota fue sacada de la habitación y dejada en un pasillo. Miró el reloj que colgaba en la pared, eran las cinco de la tarde, intentó aclarar sus pensamientos pero un ruido llamó su atención. Fue entonces cuando vio a *Julián*, muy maltrecho, que intentaba caminar por los pasillos y era socorrido pos dos detectives. Los signos de tortura eran evidentes y, cuando pasó frente a ella, con un pequeño gesto le dio a entender que había guardado completo silencio, por lo que seguía teniendo sentido negar cualquier vínculo. Poco después *Natacha* fue llevada a otra oficina donde, sentado en una silla, estaba el subdirector de Investigaciones y reconocido miembro del Partido Comunista, Carlos Toro.

—¿Vas a seguir mintiéndonos sobre no conocer a los panameños? —le preguntó con autoridad Toro.

—Es la verdad, se lo he repetido a sus compañeros todo el día —*Natacha* solo pensaba en salir luego de esa situación.

El subdirector ordenó a los jóvenes detectives que se retiraran y los dejaran a solas.

—No me mientas, niñita. Te ordeno que de una maldita vez me cuentes la verdad sobre tu relación con ese tal *Julián*. A mí no me tomas el pelo, ¿me entendiste? —dijo el subdirector y golpeó el escritorio.

—No sé quién es *Julián* y el único panameño que he conocido ha sido mi ginecólogo —insistía Carlota.

—Tengo un testigo de peso que dice todo lo contrario, *Natacha* —Toro pronunció su nombre político con un tono de asco y burla.

—¡Tráigame a su testigo estrella y que repita sus acusaciones en mi presencia! De otra forma es su palabra contra la mía —*Natacha* adoptó una actitud altiva y decidida, sabiendo que aquello irritaba sobremanera al disciplinado militante y detective comunista.

La joven comprendió lo que estaba ocurriendo. Cual novela de espías y contraespías, el subdirector había ordenado quedar a solas con ella para poder hacer mención de su testigo estrella. La situación era grave, el infiltrado del grupo que habían conseguido detectar era un topo enviado directamente por Carlos Toro.

—El tipo te tiene terror, mal que mal ustedes son esos terroristas locos de la VOP, ¿no? Sé que aparentas ser una mosquita muerta, Carlota, pero también sé que manejas armas y que ustedes están dispuestos a todo. Él me dijo que lo has amenazado de muerte.

Carlota lo miró desafiante, expectante por averiguar cuáles eran las verdaderas intenciones del detective. Este abrió una carpeta, sacó de ella un papel taquigrafiado y lo puso violentamente sobre la mesa junto a un lápiz.

—¿Quieres salir en libertad, *Natacha*? ¿Quieres volver a ver a tus hijos o acaso quieres que te tratemos como la última vez que estuviste acá? Créeme que contigo nos hemos comportado como unos caballeros, si no pregúntale al resto de los vopistas.

Carlota recordaba los relatos de tortura, corriente y golpizas brutales que comentaban sus compañeros, pero decidió no responder a aquella pregunta.

—Firma este papel, *Natacha*, si quieres salir en libertad.

Leyó con atención el documento. Era una declaración jurada donde se afirmaba que si algo le ocurría a *Pedro*, el infiltrado, ella era la responsable de cualquier accidente sospechoso, heridas o muerte del colaborador de Investigaciones. Evidentemente, se negó a firmar el papel y, como si estuviera esperando esta negativa, Carlos Toro lanzó sobre la mesa varias copias de las fotos que *Julián* mantenía, supuestamente seguras, en su escritorio para fabricar futuros pasaportes falsos. La miró fijamente a los ojos y le habló escupiendo rabia por la boca.

—¿Me vas a seguir diciendo que no conoces a esa gente y que no sabes cómo localizarlos? Entiende, niñata, de la VOP no va a quedar absolutamente nada.

—No conozco a nadie de ahí, no sé quiénes son ni de dónde salieron esas fotos. Al único panameño que conozco es al doctor que controlaba mi embarazo y, ¿sabe algo? Dudo mucho que usted me haga cambiar lo que he repetido durante todo el día.

—Ustedes creen que esto es un juego, ¿no? ¿Que la lucha política son aventuras de pistoleros? Te voy a contar que *Julián* ya declaró en contra tuya, señaló que tú los conoces a todos y estás reorganizando al grupo. Además, ¿sabes? Se jactaba de tener relaciones sexuales con tu cuñada, con la Nilda.

Carlos Toro no pestañeaba, toda su atención estaba puesta en la reacción de *Natacha*. Estaba convencido de estas afirmaciones harían mella en la moral de la joven. Pero ella no cayó en la trampa. Algo raro estaba ocurriendo pero estaba segura de que *Julián* y Nilda nunca se habían conocido. Conservó la calma e intentó inutilizar la estrategia de su interrogador.

—Pues, ¿qué le puedo decir, señor? No veo nada malo en que *Julián*, el panameño del cual me ha hablado toda la mañana, se acueste con mi cuñada Nilda. Mal que mal ambos son solteros y adultos.

El subdirector de Investigaciones se levantó ofuscado y arrojó con fuerza el papel sobre la mesa. Antes de salir de la habitación le gritó a Carlota:

—Esta es la única oportunidad que tienes de que no te procese ni vuelvas a la cárcel, fírmala o comienza a prepararte para el encierro y para separarte de tus hijos —y tras decir las últimas palabras dio un gran portazo.

Las horas pasaban y no parecía haber otra salida, por lo que *Natacha* pensó que tendría que ceder a la demanda del subdirector de Investigaciones, la seguridad del infiltrado era la llave de su libertad. Cuando se hizo de noche Carlota decidió morder su orgullo por unos minutos y firmó el seguro de vida de *Pedro*. Se levantó y golpeó la puerta, y cuando un funcionario la abrió le entregó el documento.

—Entrégueselo al subdirector, él lo está esperando.

Minutos después apareció el mismo funcionario por la puerta, un tanto confundido.

—No sé bien lo que hiciste, *Natacha*, pero parece que estás de suerte y te puedes ir.

Tras una serie de trámites de rigor la dejaron en libertad, sin cargos, y pudo volver a casa en compañía de Nilda. En el camino *Natacha* le relató a su cuñada la discusión con Carlos Toro y también su afirmación de que ella se acostaba con *Julián*.

—Nilda, hasta tú saliste al baile, me decían que te acostabas con *Julián*, el panameño. Toro buscaba provocarme y tratar de sembrar una desconfianza que no logré comprender del todo.

Nilda no se mostró muy sorprendida y le contó a *Natacha* que el actual subdirector de Investigaciones no era un sujeto nuevo en su vida. Lo conocía desde hacía años, cuando ambos militaban en la Juventud Comunista, y él la cortejaba insistentemente, a pesar de las continuas negativas de la muchacha. Se quedó en silencio unos momentos y pensó en sus años de juventud. Luego continuó:

—Yo creo que mi intuición ya me avisaba lo retorcido que era ese tipo. Imagínate que hoy me amenazó con violarme si no le daba información sobre los panameños. Pero, ¿qué se cree este tipo? Yo le contesté con una barbaridad para sacarlo de quicio, le dije que simplemente no sabía nada y que si querían violarme no tenía ningún problema, que pasaran de a uno todos los detectives, ya que al parecer estaban algo insatisfechos.

Natacha la miraba con asombro y se rio al oír la técnica de su cuñada para enfrentar el interrogatorio.

—Te imaginarás la cara que puso. Obviamente mi respuesta no le gustó nada, quedó completamente descolocado y se fue dando un portazo que casi rompió el marco de la puerta.

—Bueno, cuñadita, creo que después de todo lo que hemos sufrido a manos de estos tipos, hoy nos

hemos enterado que la gran debilidad del señor Toro, subdirector de Investigaciones, tiene nombre y apellido: Nilda Rivera —mientras caminaban ambas rieron de buena gana para calmar la tensión del día.

Al día siguiente la prensa tituló con grandes letras la noticia sobre la expulsión del país de un grupo de panameños acusados de ser agentes de la CIA. La mentira se caía en la misma publicación, ya que el grupo se iba a Argelia, país socialista que les había otorgado asilo político. Todos los panameños que *Natacha* conocía estaban en el grupo, excepto el ginecólogo que había llevado su embarazo. Casado con una ciudadana chilena y tras una serie de trámites, había conseguido quedarse en el país bajo continua vigilancia policial.

Capítulo VI

Durante el amanecer del día 5 de agosto de 1972 varias comitivas salieron desde distintos cuarteles con el propósito de allanar las poblaciones Lo Hermida, Asalto al Cuartel Moncada, Lulo Pinochet y Vietnam Heroico. El operativo era de grandes proporciones y no escatimaron en el uso de tácticas represivas. ¿El objetivo? Buscar y detener a miembros del Ejército de Liberación Nacional-Movimiento 16 de Julio, uno de los pocos grupos revolucionarios armados que quedaban activos en ese entonces. Se les acusaba de una serie de expropiaciones, que incluían el asalto a una camioneta pagadora de la Corporación de la Vivienda y otro a los Laboratorios Abbot, cuyos medicamentos fueron repartidos en las poblaciones.

Natacha supo a través de la prensa que habían detenido a militantes del Ejército de Liberación Nacional (ELN), de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y del Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez (MR2). Con mucho pesar reconoció entre los detenidos a su amiga *Juliana* y a su compañero, el *Negro*, quienes habían ayudado en innumerables ocasiones a Ronald y a otros miembros de la VOP. Al igual que al resto de los detenidos, los torturaron duramente en los cuarteles de la policía civil, por lo que llegaron a la cárcel en pésimas condiciones. Desde la prisión, el grupo de detenidos sacó un comunicado que consiguió ser publicado en la revista *Punto Final*. En él denunciaron con detalle las torturas que habían recibido, las que incluían el uso de electricidad en las zonas más sensibles del cuerpo.

> *Compañeros:*
> *Nosotros somos militantes del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y hemos sido tomados presos entre los días 18 y 20 de julio de este año. Al contrario de lo*

que dice la prensa reaccionaria y la misma prensa de gobierno, no somos delincuentes ni mucho menos una banda sediciosa que busca derrocar al gobierno.

Nosotros tenemos muy claro cuáles son nuestros objetivos y nuestros métodos. Conocemos muy bien quiénes son nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos. Nuestros enemigos son los enemigos del pueblo. En el momento actual, en Chile el principal enemigo del pueblo es la burguesía y su poder político. La mantención del poder político burgués significa a la larga –y a pesar de los cambios a nivel económico y social que se puedan hacer– la supervivencia del capitalismo, de la explotación a los obreros y campesinos, y la dependencia al imperialismo (...)

Nuestros amigos son esta mayoría de obreros, campesinos, pobladores, estudiantes. Nuestro principal objetivo es la construcción del poder popular en Chile, así como en toda América Latina, porque pensamos que la revolución socialista es continental.

Nuestra fuerza no se expresa solamente en nuestra organización, en el número de militantes que seamos. Está en la necesidad del mismo objetivo, sentida por millares de chilenos y latinoamericanos, sentida por los militantes de las bases mismas de la UP, sin hablar de las organizaciones hermanas y que también son reprimidas.

Por la Unidad de la izquierda revolucionaria, liberación o muerte.

ELN
Cárcel Pública de Santiago

Los allanamientos en poblaciones y campamentos de la periferia santiaguina se realizaron con una brutalidad desmedida. La policía se mostró satisfecha, ya que

consiguieron detener y desactivar a la mayoría de los militantes revolucionarios que aún se encontraban operando en las calles. La extrema violencia utilizada por Investigaciones cobró la vida del poblador René Fernando Saravia, de 22 años, quien recibió una bala policial cuando iba camino a su trabajo como obrero de la construcción. Ante esto, el MIR y los pobladores en general exigieron públicamente la destitución de los jefes de Investigaciones.

Los funerales de René Saravia demostraron el enorme descontento y la solidaridad de los sectores revolucionarios. Una caravana de pobladores repleta de banderas rojinegras y lienzos marchó desde los distintos campamentos hasta el Cementerio General. Recorrieron las calles de Santiago con un carro que llevaba los restos del joven asesinado, exigiendo justicia y castigo para los culpables, en lo que se consideró una impresionante demostración de fuerza por parte de los pobladores. *Natacha* fue una testigo privilegiada de esta imagen de dolor y rabia en que los gritos y las consignas daban cuenta de la impotencia de los pobladores y de sus ansias por superar las barreras legales e institucionales.

Finalmente, la combatividad de los sectores populares dio sus frutos. Allende, que buscaba aplacar la efervescencia que bullía desde las poblaciones, decidió cesar de sus funciones a los jefes de la institución. Sin embargo, al director Eduardo *Coco* Paredes y al subdirector Carlos Toro se les pidió su renuncia para así evitar una mayor escalada en los enfrentamientos. Luego de esto quedó a cargo de Investigaciones el abogado e intelectual socialista Arsenio *Cheno* Poupin. El *Coco* Paredes se fue de viaje a Europa y cuando regresó se instaló con un puesto en una empresa estatal. Carlos Toro, por su parte, desapareció un tiempo de las primeras planas sin dejar huellas.

El golpe represivo al ingente y precario núcleo de la renacida VOP culminó con la expulsión de los panameños. El día en que *Natacha* y Nilda fueron llevadas a Investigaciones, varios de los estudiantes consiguieron enterarse de la nueva situación represiva. Con la prontitud que ameritaba el caso, sacaron de sus casas y del Pedagógico cualquier elemento que pudiera significar su procesamiento en caso de extenderse

la razzia. Pasado algunos días, los jóvenes se reunieron nuevamente con *Natacha* y le agradecieron su silencio en Investigaciones, sobre todo porque sabían de la delicada situación judicial de la joven. La conversación entre ellos fue afectuosa pero Carlota había tomado una decisión y les dijo que necesitaba un período de tranquilidad. Les explicó que la policía estaba tras ellos y que finalmente el infiltrado había conseguido exponer lo poco y nada que habían construido en términos de infraestructura.

Natacha y *Jorge,* uno de los jóvenes del Pedagógico, visitaron varios campamentos para apoyarlos en tareas abiertas y públicas. A pesar de ser bien recibida en el campamento Nueva La Habana, ella aún se sentía insegura y pensaba que su presencia podía incomodar o incluso molestar a algunos pobladores. Su rostro había aparecido en varias ocasiones en la prensa y era fácil reconocerla, como también era fácil asociarla a conceptos como "miedo", "represión" o "violencia". Por eso, mientras caminaba por las calles de tierra se alegró mucho al ver que de las casas de material ligero iban saliendo personas de distintas edades y la saludaban con amabilidad sincera. Pronto el grupo se transformó en una pequeña multitud y los invitaron a la sede vecinal para recibirlos con un té y algo para comer. Cuando estuvieron allí, la joven se emocionó hasta las lágrimas, le costaba creer que aquellos gestos provenían de personas que, en más de una ocasión, habían sido allanadas y reprimidas por acciones de las cuales no eran responsables, pero estaba ahí y el cariño de esa gente era real. Varios le preguntaron sobre su estadía en la cárcel y su situación legal actual. También se interesaron por los otros muchachos de la VOP que aún estaban presos. El grupo estaba compuesto por un grupo heterogéneo de niños, trabajadores y algunas señoras que comenzaron a hacer pública su admiración por Ronald.

> —Él era un revolucionario, de esos de verdad, mijita, de esos que entregan su vida por el pueblo —dijo una señora y, con aire maternal, tomó las manos de *Natacha.*

—Compañera, usted tiene que contar todo lo que pasó. Tiene que acallar a la prensa burguesa y hablar de lo sucedido. Bien o mal, ustedes son revolucionarios y no cogoteros o de esos gringos infiltrados —le espetó un poblador de gran vozarrón desde el otro extremo de la sede.

Natacha escuchaba muy emocionada, poniendo atención a todas las palabras y comentarios que le hacían. Pensó que estar ahí era como volver a conocer a Ronald pero ahora desde su reflejo en los pobladores.

—Quizás llegará el momento, compañero, donde se pueda escribir todo lo que pasó, pero ahora no es la ocasión —respondió *Natacha* respetuosamente.

—¿Sabe, compañera? Nosotros conocimos al Ronald y al Arturo. Los viejos del sindicato habían visto a Heriberto alguna vez con los socialistas. No eran gente desconocida. Estimada, yo creo que esto es una operación mayor y solo podemos ver los contornos.

La voz era de un joven delgado que llevaba consigo una pala y seguramente estaba trabajando en la población cuando decidió sumarse a la improvisada reunión.

—Me refiero a la acusación de ser ellos los asesinos de Pérez Zujovic. Las muertes durante la cacería encajan demasiado bien en la campaña del sector reformista para arrasar con las organizaciones y los pobladores que levantan una línea más radical, más revolucionaria. ¿Qué vino después? Los allanamientos, las detenciones, la desarticulación de otros grupos similares y hasta las torturas. Parece que todo esto no para, ¿o no, compañeros? —el joven miró alrededor y recibió la aprobación de varios vecinos sobre sus conclusiones.

—Puede ser, compañero. Pueden ser varias cosas. Pero si de algo estoy segura es que bien muerto está ese asesino de los pobladores —dijo otra mujer y recibió una cerrada ovación como respuesta general.

Natacha escuchaba y observaba y prefería no intervenir. Sentía cómo cada palabra, cada debate, cada reflexión era un bálsamo que limpiaba la memoria de los muertos y los presos. Algunos defendían la acción, otros elucubraban sus propias teorías, pero nadie negaba la entrega de los compañeros.

Capítulo VII

El sol comenzaba a despuntar con fuerza. Era diciembre de 1972 y la pequeña Natacha estaba enferma de gravedad. Preocupada, la joven madre buscó entre sus contactos algún médico de calidad que pudiera atenderla. Finalmente, unos pediatras anarquistas que conocían la situación de su complejo embarazo atendieron gratis a la pequeña en una clínica del centro de Santiago. El diagnóstico fue tajante: la pequeña debía ser operada ya que una hernia no le permitía mantener la comida en su estómago.

Natacha decidió viajar de urgencia a Arica con su hija, donde encontró el apoyo suficiente y consiguió operarla. La pequeña salió bien de la intervención y se recuperó rápidamente. La ciudad donde había crecido le transmitía una tranquilidad inmensa, por lo que decidió abandonar Santiago por un tiempo y establecerse en el norte. Enterados de su historia reciente, sus vecinos y amigas la recibieron con mucho cariño. No pocos periodistas habían viajado a su ciudad para molestar con preguntas y comentarios a su familia, compañeras de curso o conocidos, sin embargo nadie le habló del tema y no percibió ningún rechazo. Era como si *Natacha* nunca hubiese estado fuera de Arica.

Antes de partir, *Jorge* se reunió con ella una vez más. Le contó que unos compañeros del MIR le habían propuesto sacarlos del país para recibir instrucción militar. Ella lo animó a dar el paso, le dijo que le parecía necesario entrenarse en distintos ámbitos y que no podían perder una oportunidad así. Hablaron sobre la situación del grupo, cercado por la policía, y de los grupos cercanos, en su mayoría desarticulados, y concordaron en que las alternativas eran pocas y que esta parecía ser una buena opción.

Cuando llegó a Arica tuvo que ponerse a buscar trabajo para solventar su diario vivir y el de sus hijos y, a pesar de

que era conocida en distintos sectores, no fue una tarea fácil. Finalmente, su padre le ofreció un trabajo como asistente de contabilidad en la Cooperativa del Ferrocarril de Arica a La Paz, compartiendo con ella el sueldo que recibía como contador oficial. *Natacha* aceptó agradecida y pensó que era una buena oportunidad para comenzar una vida laboral.

Durante las horas que ella trabajaba dejaba a los pequeños Ronald y Natacha en un jardín infantil ubicado en el sector universitario, donde se había encontrado con la grata sorpresa de que varias de las tías habían sido sus compañeras del liceo. Después de un mes de llevar a los niños a la guardería, *Natacha* fue llamada a una reunión con las parvularias.

—Carlota, hace muchos años que no nos vemos y no hemos podido compartir mucho, pero el motivo de esta cita son tus hijos, Natacha y Ronald. Tenemos algunas preguntas y nos interesa mucho que puedas respondernos —dijo una de las parvularias con tono ceremonial.

—Pues claro, chicas, díganme inmediatamente. ¿Qué sucede con mis hijos? ¿Qué quieren saber? —*Natacha* intuía que las preguntas podían ir direccionadas a sus experiencias en la VOP.

—¿Tú eres jipi? —preguntó otra parvularia en seco.

La sorpresa de *Natacha* fue mayúscula y, tras soltar una espontánea risa, les consultó por el motivo de su interrogante.

—La ropa de los pequeños está bordada con flores por todos lados, toda su ropa. Eso nos generó inquietud y, como te conocemos de hace años, preferimos preguntarte directamente.

La joven rio de buena gana, lo que sorprendió a las parvularias. Cuando se calmó les explicó con una sonrisa humilde:

—Nada de eso. La verdad es que las ropas de los pequeños se han deteriorado con el tiempo y en cada hoyo de sus pantaloncitos, vestidos o chaquetas he bordado unas cuantas flores para que sea más fácil ocultarlos. Nunca pensé que podían prestarse para una confusión como esta.

—Es que sumamos lo de las flores a su alimentación vegetariana y queríamos saber bien qué estaba ocurriendo.

—¿Alimentación vegetariana? Pues a decir la verdad eso no es tan así —*Natacha* se mostró un poco avergonzada—. La verdad es que estoy en una situación económica bastante precaria y solo me alcanza para mandarles sopa de verduras.

—Tranquila, querida Carlota, a tus hijos no les gusta mucho esa comida y acá hemos organizado al resto de los pequeños de tal forma que compartan la comida entre todos. De esta forma las diferencias se notan menos y aprenden desde pequeños la importancia de la solidaridad. Entendemos tu situación, no te preocupes, nosotras nos encargaremos de que la hermosa Natacha y el tierno Ronald almuercen todos los días un buen plato de comida.

Esta fue una de las tantas anécdotas que recordaría después *Natacha* y que daban cuenta de la calidad humana de quienes la rodeaban. En otra ocasión, la falta de dinero la había llevado a pedir agua caliente a sus vecinos para poder bañar a los pequeños. Poco después, un vecino a quien solo conocía como "el señor Ramírez" golpeó suavemente la puerta de su casa. La joven sabía que su madre había tenido innumerables problemas con ese caballero, por lo que se sorprendió al verlo con un balón de gas en la mano y se puso un poco nerviosa.

—Hija, sé que no tienes gas. Por favor acéptalo, es un regalo con mucho cariño, lo mínimo que puedo hacer —el hombre le entregó el cilindro metálico y se despidió con una sonrisa.

Gestos como el del señor Ramírez se repitieron muchas veces, demostrando que la solidaridad y la empatía no eran cualidades de un hecho aislado, sino parte de la cotidianidad. Otro ejemplo de esto lo dio el dueño de la carnicería, apellidado Cuevas, que cada vez que pudo le regaló un paquete de cecinas para sus hijos, aplacando el hambre y los costos de sostener a dos pequeñas criaturas.

Natacha se sentía muy agradecida pero sabía que tenía que lograr más ella misma. Ya no era una niña y su pasado reciente le había puesto más de un obstáculo en la nueva vida que estaba construyendo en el norte. Tras darle algunas vueltas, decidió perfeccionar su desempeño en la cooperativa y se matriculó en el Instituto Comercial de la ciudad para realizar un curso de ayudante de contabilidad en horario vespertino.

Cuando fue a dejar la solicitud, la secretaria le pidió que fuera personalmente a la oficina del rector. Golpeó la puerta del despacho y cuando entró se sorprendió al reconocer al mismo rector que se desempeñaba en el cargo cuando ella cursaba sus estudios. El señor Paniagua la saludó cordialmente pero con distancia, y la invitó a tomar asiento en su elegante oficina, repleta de diplomas y libros.

—Señorita Vallebona, pedí que la llamaran porque creí necesario comunicarle personalmente mi decisión. Lo lamento, Carlota, pero debido a sus antecedentes penales y a todo el revuelo que ha generado en la ciudad, no puedo aceptar que se matricule. Yo no sé si usted sabe o es consciente de todo el impacto que ha tenido acá en el norte su detención. Imagínese, ese día casi no hubo clases porque en cada curso solo se habló de usted y de su hermano.

—Pero señor Paniagua, yo solo quiero... —pero *Natacha* fue interrumpida por el monólogo que el rector ya había ensayado.

—No es contra ti, quiero que te quede claro. A tu madre le di una recomendación donde señalo que tu conducta como estudiante era intachable, es un gesto para tratar de limpiar en parte la imagen que los diarios han dado de ustedes, pero más que eso no puedo hacer.

—Agradezco su gesto, pero encuentro injusto que se me prive del derecho a terminar mi educación —se quejó *Natacha*, buscando obtener otra respuesta o la posibilidad de llegar a un acuerdo.

—Lo lamento, así son las leyes y no hay más vuelta que darle —sentenció el rector y finalizó la conversación con un frío apretón de manos.

Natacha sintió mucha impotencia pero no se desmoronó, continuó trabajando y procuró aprender cada día algo nuevo. Un día, cuando llegaba al trabajo le bloqueó el paso Alfredo Ramírez, gerente de la cooperativa.

—Te estaba esperando, hija. ¿Sabes? Ayer en la noche nos entraron a robar, hicieron un forado por el techo y en cualquier minuto llegará la policía. Carlota, por favor tómate el día libre, no quiero que ningún detective te encuentre por aquí porque quizás qué conjeturas sacará. Es mejor que te evites un mal rato.

Ingenuamente, *Natacha* nunca había pensado que sus antecedentes podían crearle un problema de este tipo en Arica, pero tuvo que admitir la propuesta del gerente era precavida e inteligente. Antes de despedirse le agradeció por pensar en su seguridad y cuidarla.

—Pero, por favor, ¿cómo no me voy a preocupar? Si te conozco desde que eras una guagua. Tomate el día y hablamos mañana sin falta —le respondió el gerente y se fue.

De esta forma, con vaivenes de todo tipo, entre rechazos y gestos solidarios, con alegrías y uno que otro obstáculo transcurría su vida en Arica. El norte la había acogido nuevamente y *Natacha* sentía que estaba en casa.

Capítulo VIII

Llevaba ya unos meses en el norte cuando una noticia remeció por completo la cotidianidad de *Natacha*: su hermano José había sido liberado. Con la emoción de la buena noticia decidió que era el momento de visitar a Carmen, su amiga de la infancia y pareja de Arturo Rivera. Tenían mucho que contarse y compartir, y sintió que ya estaba preparada para hablar lo que hubiera que hablar. En particular, le intrigaban las razones que había tenido para desaparecer de la capital tan repentinamente.

Encontró su dirección en la guía de teléfonos, la casa se encontraba camino a la guardería de sus pequeños hijos. Postergó la visita un par de días hasta que se hizo el ánimo y, tras recoger a los niños, se encaminó a su casa. Aunque estaba en un sector habitacional acomodado, *Natacha* no experimentó ni una gota de resentimiento, por el contrario, se alegró profundamente de que su amiga tuviera una buena situación económica. Al volver al norte se había enterado de que la madre de Carmen se había separado y que su amiga y Guillermo, su hermano y contacto con la gente del ELN, estaban estudiando. Cuando dio con la dirección exacta tocó el timbre y aparecieron Carmen y su madre. Ambas mujeres se mostraron extrañadas y la miraron con evidente desagrado. *Natacha* observó el interior de la casa, llena de comodidades, y pensó instintivamente que el pequeño hijo de Carmen tendría todo lo que un niño puede desear y que estaría bien cuidado. Se dio cuenta de que no era bien recibida y supuso que el día no terminaría con el reencuentro cariñoso que ella esperaba. En un momento la madre de Carmen interrumpió sus pensamientos.

—Quiero que tú y tus hijos se vayan inmediatamente de mi casa. Ya has hecho demasiado daño metiendo a mi

hija en todo este lio tuyo —la voz de la mujer denotaba autoridad y no dejaba espacio a ningún diálogo.

La joven guardó silencio y miró a Carmen para ver su reacción. Los segundos se hicieron eternos y su amiga no se inmutó. Su silencio parecía avalar las acusaciones de su madre y *Natacha* comprendió que no era bienvenida. En defensa de su dignidad no se permitió preguntar ni explicar nada y, tras tomar la mano a sus dos hijos, se dio media vuelta y caminó a paso firme hacia su casa. A las pocas cuadras, sin embargo, la invadieron la tristeza y la decepción. Cansada de escuchar mentiras y de las actitudes de arrepentimiento y de negación de sus vínculos, decidió escribirle una carta a Carmen, ya no quería guardarse nada.

Carmen:

La verdad es que no logro entender lo que pasó ese día cuando tu madre me echó de su casa junto a mis hijos. Yo esperaba que tú le aclararas que yo no tengo la culpa de tus decisiones. Aunque ella te conoce suficientemente y sabe de sobra que tú siempre has hecho tu voluntad y que siempre has tratado de encontrar lo que es mejor para ti.

Lamento mucho tu actitud porque demuestra falta de madurez. Porque te creía capaz de asumir la responsabilidad de la elección que tú libremente tomaste en el pasado. Tú sabes bien que te protegí en Investigaciones. La policía sabía de tu existencia y yo era la única que sabía tu nombre. Y yo guardé silencio, amiga. Si alguien hubiera hecho eso por mí, yo estaría muy agradecida. Y nunca hubiera actuado de la forma en que tú lo has hecho conmigo.

Un abrazo

Atentamente
Natacha

La respuesta no tardó en llegar y sorprendió a *Natacha*, que no esperaba palabras de Carmen.

Querida Amiga:
Por fin puedo dedicarte el tiempo necesario para contestar tu carta, pasadas ya las emociones del primer momento, las alegrías y las tristezas que nos unen y que el tiempo ha vuelto a traer a nosotras.

Primero, quiero aclararte algunas cosas que permitirán que el futuro entre nosotras sea positivo. Nunca pasó por mi mente dejar de agradecerte y valorar lo que hiciste por mí. Y no te quepa duda de que si yo hubiera estado en tu situación habría hecho lo mismo. No sabes lo que pasó en mi casa cuando te fuiste. Ahora, después de tantos años, le mostré a mi madre tu carta y me dijo: "yo defendía a mi hijo", por mi hermano Guillermo. Nos volvimos a pelear, aunque ahora las discusiones son con más diálogo y menos dolorosas.

Bueno, espero que esta te lleve un poco de alegría y amor de quienes desde lejos no hemos cerrado nuestro corazón para ti y los tuyos.

Besos a tus hijos y mi gran abrazo para ti.

Tu hermana,
Carmen

PD: Guille te escribirá, está en Valparaíso.

Natacha leyó la carta una y otra vez, no le terminaba de cuadrar su contenido y su forma, pero sobre todo no entendía los supuestos argumentos de la madre de Carmen para odiarla. ¿"Yo defiendo a mi hijo"? Leía y repetía en voz alta aquella frase sin poder comprenderla. ¿Qué tenía que ver esto con Guille? Indagó en su memoria y recordó que, cumpliendo con la recomendación de Ronald de proteger a las personas y de

olvidar nombres y direcciones, había borrado de su mente los encuentros con Guillermo en la casa de los elenos. El hermano de Carmen era el correo utilizado para hacer llegar el dinero de la VOP a las guerrillas bolivianas, particularmente al ELN. El asunto podía ser complejo por distintos motivos y con dinero de por medio todo se agravaba. Pensó que no era el momento adecuado ni ella la persona indicada para investigar si el dinero había llegado a su destino o si, por el contrario, se le había dado otro uso, pero era algo que ignoraba y que le hubiera gustado saber. Las hermanas de Ronald recibieron el mismo recado por parte de Carmen: "Guillermo les escribirá desde Valparaíso", pero el contacto nunca se produjo, no llegó ninguna carta ni pésame y *Natacha* decidió cerrar este capítulo.

Recomponer sus redes y vínculos no fue tan fácil como ella pensaba, las esquirlas de la explosiva campaña contra la VOP y su posterior detención habían impactado a muchos. Personas más o menos cercanas al grupo habían adoptado muy diversas actitudes: arrepentimiento, culpa, temor, soberbia, victimización o fanfarronería. Este era el escenario en que *Natacha* intentaba rearmar su vida, sin negar sus vínculos ni su historia. Era 1973 y el invierno comenzaba a desaparecer...

Capítulo IX

Para todos quienes, de una u otra manera, vivieron el martes 11 de septiembre de 1973 en Chile, sería prácticamente imposible olvidarlo. Ese día *Natacha* se levantó temprano para llevar a sus hijos a la guardería antes de ir al trabajo. Pese a los continuos rumores de la prensa, las calles parecían normales y no daban ninguna pista a la joven sobre el movimiento que había comenzado a gestarse durante la madrugada al interior de los cuarteles.

Cuando llegó a la cooperativa, las noticias eran transmitidas por la radio y entre todos los presentes se explicaban y comentaban el panorama. En Arica los golpistas también habían empezado a mostrarse y el ambiente estaba enrarecido y confuso, lo único cierto era el peligro latente que envolvía a quienes eran reconocidos miembros de la Unidad Popular. Sobre todo, para los militantes de grupos revolucionarios el riesgo era inminente. Alfredo Ramírez, el gerente de la cooperativa y jefe de *Natacha*, le aconsejó tomarse unos días libres hasta que decantara la situación en el país. Antes de enviarla a casa le compró varias latas de leche para sus hijos y se despidió con una premonitoria frase:

—No vaya a ser que esto se alargue más de la cuenta.

Con ese verdadero tesoro de latas de leche envueltas en un paquete, se dirigió rápidamente a la guardería. Una vez que estuvieron los tres en su casa encendió la radio para seguir la noticia. Fue entonces cuando se enteró de los bandos militares que se estaban movilizando, el bombardeo a La Moneda y la muerte de Allende. La situación parecía ser cada vez más grave. Pasaron los minutos y comenzaron a aparecer en su casa distintos militantes de izquierda del norte, que vestidos de terno y corbata o afeitados buscaban no llamar la atención

de los militares. Nadie sabía bien qué hacer, solo se mantenían atentos a lo que informaba la radio, mientras la tensión y el caos se instalaban por cada rincón del país.

Pocas horas después comenzaron los allanamientos en la norteña ciudad. Puerta por puerta se hicieron registros para dar con el paradero de dirigentes o miembros de partidos políticos. Por lo mismo, en casa de los Vallebona las visitas eran cortas y precisas, verificaban que la familia estuviera bien y buscaban información sobre alguna vía de escape. Era el momento de hacer uso de la ruta abierta por el grupo de Ronald tres años atrás.

Los buenos contactos de su madre Berta con los militantes de la DC permitieron que su casa no fuera allanada, pero esto no fue suficiente para zafar del cerco tendido por la Junta Militar. Willy, el joven hermano de *Natacha*, fue llamado a las filas para realizar el servicio militar, pero cuando llegó al cantón y dijo su nombre llamó la atención de los oficiales y lo arrestaron de inmediato. Los interrogatorios al joven Vallebona se centraron en averiguar el paradero de sus hermanos José y *Natacha* y de un compañero mirista conocido como el *Trosko Fuentes*. Willy ingresó a la cárcel como prisionero de guerra, sin ningún cargo concreto contra él más allá de su apellido.

Natacha tomó todas las precauciones posibles durante un par de días. En el intertanto se enteró de que en Santiago la familia de Ronald había sido allanada y le avisaron por medio de cartas que los militares preguntaban continuamente por ella.

Poco después el embajador de Noruega, Frode Nilsen, facilitó una visa y ayudó a salir a las hermanas Nilda y Gladys Rivera, y a su madre, Alicia Calderón. De un momento a otro las tres se fueron a Oslo, capital de Noruega, mientras que *Natacha* consiguió seguir en la calle gracias a una extensa red de amigos y vecinos que le avisaban sobre las rondas de la policía, las consultas y los allanamientos. Muchas personas demostraron una enorme solidaridad con ella, la esperaban en un almacén o en la parada del bus, jugándose la vida para darle un dato que pudiera contribuir a su seguridad y a la de sus hijos. Mal que mal, la conocían desde pequeña. Los primeros

meses de la dictadura *Natacha* deambuló en el delgado límite entre la clandestinidad y la rutina, protegida por amigos y vecinos que fueron su oxígeno cuando se imponía el horror por todo el país.

Un día la profesora jefa de la escuela primaria, Hilda Gutiérrez, invitó a todas las alumnas de la generación de *Natacha* a una reunión de camaradería. Esa generación había marcado profundamente a Hilda, ya que había sido la primera clase en graduarse como profesoras, y todas ellas pasaron a conformar una especie de gran familia que se juntaba periódicamente, generando lazos de cariño inmenso. La tarjeta de invitación hizo dudar a *Natacha* porque su condición era extremadamente delicada como para hacer vida social. Por otro lado, veía en ellas y en esa instancia un rincón en el cual refugiarse, por lo que decidió asistir pese a no saber qué opinión se habrían formado después de todo lo salido en la prensa.

En los últimos años *Natacha* había aprendido a ocultar sus sentimientos y a construir una coraza que la ayudara a soportar la muerte de su amado, las torturas, la prisión y la persecución. El comienzo de la dictadura no era precisamente un buen momento para desmantelar aquella armadura, pero tras abrir tímidamente la puerta de la sala de reuniones y ver cómo sus compañeras corrieron a abrazarla, sus ojos se llenaron de lágrimas. En medio del oscuro momento que se teñía de uniformes y botas militares, el encuentro con sus compañeras fue un espacio de alegría y aquellas mujeres volvieron a ser las adolescentes de antaño, como si los años no hubiesen pasado. A medida que pasó el rato y sin mediar palabra, todas entendieron que tenían que cuidar a *Natacha*, por lo que Martita Barbosa, excompañera de curso e hija de un oficial, quien portaba un salvoconducto para transitar bajo el toque de queda, decidió llevarla a su casa sin realizar ninguna pregunta que pudiese parecer indiscreta. Considerando que la delación comenzaba a ser una práctica sistemática, este fue para la joven un gesto muy noble y lo atesoró en su corazón. Cuando llegó a su casa vio que sus niños dormían, le dio un beso a cada uno y, después de muchos días, se sintió tranquila.

Capítulo X

El padre de *Natacha* tenía un amigo que trabajaba en la policía manejando un furgón de la institución y a principios de abril de 1974 se acercó a él e hizo todas las gestiones que pudo para conseguir la liberación de Willy, el menor de sus hijos. Cuando la familia se reunió con motivo de la Semana Santa, un vehículo de carabineros se detuvo ante la puerta del hogar y todos pensaron que entraría Willy, sin embargo, al abrir la puerta los hechos se sucedieron de una forma absurdamente rápida y sencilla: los carabineros detuvieron a *Natacha*, que no se lo esperaba pero no opuso resistencia, y la subieron al furgón. Jorge Pohlammer, vecino y amigo de infancia, dio aviso al padre Roberto de lo que estaba ocurriendo y este acudió raudo y escoltó al vehículo policial para saber su paradero y monitorear la situación. Los funcionarios policiales que la ingresaron a la comisaría impidieron el ingreso del sacerdote y este se quedó en la calle y les hizo una advertencia.

—Yo vi que *Natacha* estaba en buenas condiciones físicas y solo quiero verla en las mismas condiciones cuando se la entreguen al juez. Soy un testigo.

Evidentemente molesto, el policía le respondió:

—Váyase a su casa o a la capilla, preocúpese de sus asuntos, que acá usted no va a entrar —luego miró a *Natacha* y le habló a ella—. Lo que sucede es que últimamente han llegado todos esos curas comunistas.

—El padre Roberto es norteamericano, solo es un buen sacerdote que cumple con su deber cristiano. Lleva años acá en la ciudad y de seguro ustedes lo conocen —replicó *Natacha.*

El corto diálogo terminó cuando le ordenaron pasar a la oficina del oficial de guardia, en cuyo escritorio descansaban sus órdenes de detención y el documento de traslado hacia Santiago. El oficial le hizo algunas preguntas de rutina sobre sus antecedentes personales y la joven comenzó a notar que no conocía los motivos exactos de su detención. Al leer ambos apellidos el funcionario policial se sorprendió y se salió del protocolo.

—¿Kalise? ¿Los Kalise? No puede ser. No me digas que... ¿eres familiar de la tía Ema?

—¿La tía Ema? Por supuesto, claro que sí —*Natacha* se sintió insegura pero decidió responder con la verdad.

—La tía Ema me ayudó mucho cuando llegué a Arica —explicó el oficial—. Me trajeron a esta ciudad asignado por la jefatura cuando yo estaba recién egresado y ella me abrió las puertas de su casa y me trató como a un verdadero hijo. Esa mujer se transformó en mi familia acá—sentenció con emoción.

Este hecho azaroso convirtió en "familiares" a *Natacha* y al oficial de la Tercera Comisaria en cosa de segundos y este, haciendo gala de su autoridad, les dijo a todos sus colegas:

—¡Ella es mi sobrina! Hasta que llegue el vehículo que la trasladará a la cárcel no quiero que nadie la moleste, ¿me escucharon? ¡Nadie!

Durante ese día *Natacha* se salvó de los interrogatorios y de las golpizas por diversión que suelen dar los carabineros a los detenidos. Un cruce de vidas y circunstancias le estaban salvando la vida en un contexto en el cual los detenidos desaparecían continuamente. La tan apreciada tía Ema nunca se casó ni tuvo hijos, pero decidió criar a varios sobrinos, entre ellos a Berta, la madre de *Natacha*. Cuando estos hubieron crecido, ella mantuvo abierta la puerta de su casa

para quien lo necesitara, como una suerte de hospedaje. Este desinteresado gesto de la fallecida tía Ema tuvo como una de sus consecuencias que el oficial resguardara la integridad y la vida de su sobrina-nieta.

Natacha fue trasladada directamente a la cárcel de Arica, ubicada en pleno centro de la ciudad, y desde ahí una comisión de servicio realizaría el traslado hacia la capital. Cuando cerraron la puerta de su celda se impresionó al ver las deplorables condiciones en que vivían los detenidos y el estado físico y psicológico en que se encontraban las prisioneras políticas. Entre ellas había de todo: profesoras universitarias, estudiantes, trabajadoras, dueñas de casa. Dentro de esta heterogeneidad, dos mujeres llamaron su atención, estaban totalmente aniquiladas psíquicamente. ¿La tortura? ¿Los golpes? ¿Cuáles serán sus experiencias de vida? *Natacha* nunca llegó a saberlo pero esta imagen le quedó grabada como una pequeña muestra de lo que estaba ocurriendo en cada cárcel del país.

Tras recibir una comida deplorable, a las seis de la tarde las detenidas fueron encerradas en una celda con un balde para realizar sus necesidades. Cuando llegó la noche el frío suelo fue cubierto con insalubres colchones donde intentaban descansar. A *Natacha*, sin embargo, le tocó dormir sobre el suelo a la espera de su traslado a la capital. Dos días después un furgón de gendarmería llegó a la prisión para recoger a todos los detenidos que iban "en comisión" hacia el sur. Cuando abordaron el vehículo tuvieron que ser custodiados por personal fuertemente armando para contener a la enorme cantidad de personas que se congregaron para despedir a los prisioneros. En medio del desorden *Natacha* divisó a Norka Ramírez, una colega de su padre en la Compañía de Teléfonos. Norka corrió y consiguió sobrepasar la línea de gendarmes. Muy emocionada le entregó una bolsa de comida.

—Te lo envía tu padre, él no se encuentra bien ni con la fuerza para verte detenida. Temía quebrarse ante ti.

Natacha respondió con un gran abrazo, enviándole con ella su agradecimiento y cariño a su padre. A la par y en cosa

de segundos, distintos familiares realizaron el mismo ritual con sus familiares, amigos y vecinos.

Una vez dentro del furgón, *Natacha* se dio cuenta de que era la única mujer entre los trasladados. Tal vez por esta razón uno de los gendarmes le ordenó que se sentara al lado de la ventana que daba a la cabina del chofer y los guardias armados. El resto de los detenidos abordó el vehículo con desorden y varios de ellos debieron sentarse en el suelo. Cuando se encendió el motor, el carcelero a cargo del operativo se paró en medio del pasillo, agarró con fuerza su metralleta y amenazó con un fuerte vozarrón:

> —El primero que quiera acercarse a la detenida recibirá un balazo, ¿entendieron? Acá nada de intentar propasarse, créanme que no tendré ningún asco en matar al degenerado que intente algo y al resto también. Y tú, *Natacha*, cualquier cosa, nos golpeas el vidrio, ¿entendido? —y sin esperar respuesta volvió a su asiento de copiloto.

Durante el viaje pudo conversar con varios de ellos y conocer sus historias. La mayoría eran trabajadores de una construcción en Arica que decidieron realizar una huelga durante los primeros meses del régimen militar. Algo avergonzados, los obreros se reían de su ingenuidad al pensar que las formas de reivindicación laboral seguirían siendo vigentes luego del golpe de Estado.

> —A nosotros nos tocó pagar el noviciado, señorita. En serio, nadie había tenido experiencia con regímenes como este y alguien tenía que intentarlo alguna vez, ¿o no? Pero ya sabe cómo están las cosas en este país, el Consejo de Guerra fue una completa farsa.

Otro trabajador continuó la historia, con cierta indignación:

> —No tuvimos la más mínima posibilidad de defendernos. Piense, señorita, que nos acusaron de

ser extremistas y no pudimos ni convencer al fiscal de que nuestras reivindicaciones eran solo salariales. Los patrones nos debían meses de sueldo, era algo que ya no daba para más. Piense que se llegó a decir que las cerraduras de las puertas eran usadas como armas contra los militares... y acá estamos, de viaje por las cárceles.

Natacha se enteró de que el grupo de trabajadores era llevado a Iquique a cumplir condena, lo que constituiría una escala más dentro de un largo recorrido por recintos penitenciarios hasta llegar a Santiago. En el trayecto también conoció las cárceles de Antofagasta y La Serena, además de una serie de pueblos pequeños del interior. Un mes completo duró este viaje de turismo carcelario, y durante él fueron testigos del despliegue del control militar, que transformaba cualquier inmueble en un improvisado centro de detención. En contraste con el horroroso paisaje de represión constante, en cada parada pudo experimentar la solidaridad entre los detenidos, quienes, a través de los gendarmes que la custodiaban, le hacían llegar la comida que habían podido reunir. Sin esos gestos no hubiese tenido qué comer la mayoría de los días que duró el agotador viaje.

Cuando comenzaba a acostumbrarse al vaivén del vehículo y a dormir una o dos noches en un lugar para luego seguir el viaje, la gran capital apareció ante sus ojos. Santiago no era la ciudad que recordaba y, aunque reconocía sus calles y edificios, los enormes lienzos y los bellos murales habían desaparecido.

Capítulo XI

Cuando llegaron a la capital la llevaron de inmediato a la cárcel "Buen Pastor", en Vicuña Mackenna y, tras los papeleos y la burocracia de rigor, fue ingresada al módulo en que ya había estado recluida. No alcanzó a dar dos pasos cuando se encontró con Sonia, que corrió hacia ella y la abrazó durante un largo rato.

La hermana de los Rivera Calderón había permanecido en prisión todo ese tiempo, desde 1971, y no se esperaba la captura de su cuñada en el norte, por lo que se mostró muy sorprendida. En ese minuto *Natacha* se dio cuenta de que la realidad en la prisión había demacrado a Sonia.

Un abanico de rostros conocidos componía la nueva población carcelaria. *Natacha* se encontró con a varias compañeras y conocidas de grupos revolucionarios, así como con gente de izquierda en general. Las nuevas prisioneras de la dictadura tenían profesiones y ocupaciones de una gran variedad: doctoras, profesoras, enfermeras, trabajadoras y costureras, entre otras. En medio de los saludos de camaradería y respeto, reconoció a su amiga *Juliana*, la abrazó y ambas lloraron por la emoción de reencontrarse en un contexto tan hostil. *Juliana* había permanecido detenida por mucho tiempo en una de las más temidas y horribles cárceles secretas que mantenían los organismos de inteligencia del régimen, donde fue violada y torturada por sus captores. A su compañero, el *Negro*, lo habían llevado a un centro de detención en las afueras de Santiago pero él, con ingenio, audacia y tozudez fue el único detenido que consiguió fugarse del campo de prisioneros de Ritoque.

Natacha y sus hijos fueron trasladados a la sección "Sala Cuna", un sector de la cárcel diseñado especialmente para madres encarceladas. Fue ahí donde recibió la visita del embajador Noruego Frode Nilsen, que había acudido

personalmente para informarse de las condiciones en que se encontraba la joven. Tanto el hecho de ser una prisionera política encarcelada con sus dos hijos y alejada de su familia directa, como la particularidad de su proceso, que llevaba la fiscalía militar y que se había iniciado en 1971, le daban un carácter especialmente vulnerable a su situación. El embajador se involucró de lleno en los casos de los vopistas en prisión y utilizó todos sus canales e influencias como diplomático para ayudarlos, ya que la mayoría de los grupos de Derechos Humanos y su apoyo internacional los habían olvidado. Incluso, cuando estas herramientas no eran suficientes, no dudó en usar su encanto personal u otros medios poco formales para forjar una posible liberación.

Nilsen se encariñó con los pequeños Ronald y Natacha y solía sacarlos de paseo al parque. Posteriormente y tras una serie de gestiones, consiguió que los pequeños viajaran a Noruega, donde se reunieron con su abuela paterna Alicia y sus dos tías, Nilda y Gladys. Más allá de la pena de alejarse de sus hijos, este viaje trajo un alivio a *Natacha* porque sabía que en Europa y junto a la familia de Ronald sus hijos estarían mejor. Sin embargo, el quedar sin ellos significó también su traslado a la sección de "Procesadas" al interior de la cárcel.

Allí convivió con Sonia, cuya generosidad se hacía manifiesta al poner en colectivo la comida que le entraba por visita. A pesar de su desinteresada solidaridad, a veces los recursos no alcanzaban para la vida en prisión, por lo que decidieron buscar nuevas alternativas. Sabían que algunas detenidas participaban en trabajos de costura para la empresa de confecciones AS, especializada en la fabricación de bluyines. *Natacha* observó los muchos retazos de tela que quedaban inutilizados en el suelo y comenzó a recogerlos. Luego, con gran imaginación e ingenio, fue confeccionando juguetes con forma de animales, que desatacaban por los detalles que les bordaba con restos de lana que circulaban cerca del taller. Rápidamente, los "bichitos" causaron sensación y se convirtieron en un éxito de ventas al interior de la prisión y entre las visitas. El dinero que obtuvo con las primeras ventas lo invirtió en más lana y otros materiales y con la ayuda de Sonia confeccionó hermosas *chalecas* con detalles a crochet.

Los "bichitos" y la ropa se transformaron así en su sustento y le permitieron adquirir los artículos necesarios para la vida en prisión.

La rutina carcelaria se complementaba con informaciones entrecortadas provenientes de la calle: una nueva detención, algún compañero muerto y muchos conocidos que estaban tratando de sobrevivir a los primeros años de dictadura. Un buen día una asistente social, que se presentó como personal de Naciones Unidas, solicitó una entrevista con *Natacha*.

—Carlota, tu hermano José ha tomado contacto con nosotros.

—¿Sí? —dijo *Natacha* con desconfianza pero también con interés.

—Mira, nos pidió ayuda para sacarlo del país vía refugio o expulsión. La situación no es nada sencilla, José ha estado trabajando en una imprenta y llegó a un acuerdo para poder pasar ahí las noches. De esta forma ha permanecido oculto durante meses.

Natacha había escuchado algunos rumores sobre José, por lo que el relato de la asistente social he hizo sentido.

—La situación económica de la empresa empeoró y trajo muchos despidos, incluido el de tu hermano. Fue entonces cuando acudió a nosotros.

—¿Y ustedes lo han ayudado? —*Natacha* quería entender el motivo real de aquella conversación.

—Fui personalmente a distintas oficinas para averiguar si José podía solicitar pasaporte pero durante estos trámites, personal de Investigaciones me detuvo e interrogó fuertemente. Yo les dije que era de Naciones Unidas pero no les importó nada, solo querían saber dónde estaba tu hermano. Pude salir gracias a las

presiones de mi jefe, un Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.

Natacha comprendió que la represión afuera estaba llegando a todos los sectores.

—La situación ha empeorado, afuera las cosas están muy cambiadas. Piensa la dura represión que enfrentan los comunistas y socialistas, imagínate la gente del MIR... y de ustedes ni hablar.

—Ya me lo imagino —dijo *Natacha* perdida en sus pensamientos y divagaciones.

—Tengo un número de teléfono a través del cual puedes comunicarte con tu hermano. Para nosotros está muy difícil poder ayudarlo, por eso acudo a ti, para que pienses en alguna otra posibilidad, no me perdonaría que fue detenido por un descuido mío. Carlota, José debe abandonar Chile, su vida corre peligro —y el tono de la asistente social produjo escalofríos a la joven.

La despedida fue afectuosa y cordial, pero la imagen de la descarnada persecución y la delicada seguridad de su hermano no salían de su cabeza. Poco después, cuando las monjas obreras que conocían a *Natacha* de Arica fueron a visitarla a la cárcel, ella no dudó en comentarles la situación de José. Les dio el número telefónico, les pidió que lo memorizaran y les imploró que lo ayudaran de alguna forma. La madre Dolores intentó tranquilizarla:

—No te preocupes, mi niña. Esto lo arreglaré yo lo más pronto posible.

Esa semana se hizo eterna para *Natacha*. En la siguiente jornada de visitas, la religiosa apareció con una gran sonrisa dibujada en su cara.

—Tu hermano está asilado en la Nunciatura. Nos pusimos de acuerdo y mientras yo distraía a los guardias y carabineros que estaban custodiando el sector, tu hermano y otros jóvenes escalaron el muro y entraron —la religiosa contaba con fervor la aventura.

—Pero madre, dígame, ¿están todos bien?

—Todo resultó bien, los chicos están tramitando algunos papeles y el Nuncio ya está al tanto de todo.

Natacha saltó de la silla y abrazó con fuerza a la madre Dolores, agradeciéndole con un susurro al oído. Poco después, la dictadura decidió quitarle la nacionalidad a José, por lo que el joven pudo viajar a Roma con un pasaporte italiano que consiguió tras rescatar la hebra de un abuelo italiano.

No siempre la resistencia triunfaba. Todos hacían lo posible por sobrevivir y por ayudar a otros a hacerlo, pero algunas noticias eran desgarradoras y venían cargadas de desesperanza. Una de ellas fue la de *Jorge*, el compañero que pretendía refundar la VOP, quien pasó a engrosar la lista de detenidos desaparecidos. *Natacha* se enteró de que su verdadero nombre era Herbit Ríos y se encontraba militando en el MIR en clandestinidad. Tenía 24 años y dos hijos cuando desapareció a manos de la DINA durante los primeros días de 1975. La noticia la conmovió tanto que años después recurrió a la literatura para rescatar su memoria. *Déjame romper tu silencio* fue el título del libro sobre la vida de Herbit Ríos, *Jorge*, que presentó en el concurso literario de Cuba.

En 1977, tras largos y tediosos trámites, el embajador Frode Nilsen consiguió finalmente una autorización para que *Natacha* abandonara el país bajo la medida de expulsión y pudiera así reunirse con sus hijos.

Fue un vuelo que, aunque planificado, se desarrolló de forma repentina. Los abrazos de despedida con las demás prisioneras, el aeropuerto, la sensación del viento y aquel enorme bólido alado estacionado se sumaron al nerviosismo que ya le provocaban la altura la cordillera de los Andes, las nubes y el rumbo hacia lo desconocido. A este momento de

éxtasis le siguieron una serie de papeleos al llegar, un idioma que parecía que no fuese a entender nunca, los saludos de bienvenida, la confusión y las heladas calles de un país que la joven ni siquiera sabía que existía. Bergen, ubicada en la costa oeste de Noruega, fue el lugar donde *Natacha* pudo reencontrarse con sus hijos. La también conocida como ciudad de las lluvias se convirtió en su nuevo hogar, donde comenzó una nueva etapa de su vida, junto a su familia pero también con los recuerdos y experiencias que habían viajado con ella: Ronald, sus compañeros y amigas, los tiroteos, las expropiaciones, los combates a muerte, el amor, la clandestinidad, las aspiraciones revolucionarias y luego las torturas, la persecución, la cárcel y la nostalgia.

UN EPÍLOGO REPLETO DE MEMORIA PERO TAMBIÉN DE PRESENTE

En Bergen *Natacha* decidió integrarse al MIR. Todos los militantes del grupo en esa ciudad eran hombres, por lo que para ella no fue tan fácil integrarse. No solo tuvo que dar la pelea por tener un espacio igual al de los otros, sino que tuvo que lidiar también con las muchísimas historias y rumores que hasta allá llegaban sobre la VOP. Cuando fue a conversar con ellos intentó aclarar todas las dudas de sus nuevos compañeros. A ellos no les cabía duda de que *Natacha* era una mujer de izquierda pero había quienes sentían ciertas aprensiones con respecto a su incorporación. En medio de las presentaciones, uno de los militantes le habló de forma directa y honesta.

> —No entiendo algunas cosas, *Natacha*. Sabemos que ustedes eran parte de la izquierda revolucionaria y conocemos tu historia. Disculpa la imprudencia, pero, ¿cómo es posible que sigas siendo de izquierda? Mal que mal quienes te torturaron y encarcelaron eran socialistas, comunistas, gente del gobierno de la Unidad Popular. Yo en tu lugar me hubiera olvidado de mi ideología política de izquierda y de seguir luchando —se notaba la curiosidad en la voz del hombre pero también una leve intención de ponerla a prueba.

Natacha lo miró y respondió con una gran sonrisa en su cara:

> —¿Conocen al director Costas-Gavras? ¿Han visto su película *La Confesión*? Pues véanla y lo entenderán perfectamente. ¿Saben, compañeros? Si algo aprendí en los calabozos de Investigaciones y en todo lo que me ha tocado vivir es que la brutalidad de la tortura

no es capaz de cambiar nuestras ideas, y no nos puede quitar la valentía de luchar por el pueblo. ¡Eso nunca, jamás!

Las dudas fueron aclaradas y *Natacha* se incorporó al MIR, donde sentía que podía seguir aportando.

El grupo decidió centrar sus actividades en la agitación callejera, denunciando públicamente la brutalidad de la dictadura. También se dedicaron a buscar apoyo para la resistencia que se gestaba en Chile y para los prisioneros políticos que comenzaban a atestar las cárceles. Se instalaron numerosos puestos de información en las esquinas más concurridas de Bergen y día a día daban un pequeño paso para romper la barrera idiomática. *Natacha* comenzó a manejar la lengua repartiendo panfletos, conversando en público y recibiendo aportes económicos para la lucha en su lejano país de origen.

Pero el trabajo político no se basaba solo en difusión. Se entablaron innumerables reuniones con sindicatos y organizaciones para masificar el rechazo y la condena a la dictadura. Desde antes de la llegada de *Natacha* a Noruega, varias agrupaciones habían apoyado a la distancia a los presos de la VOP, destacando entre ellas el sindicato de orientación anarquista Norsk Syndikalistisk Forbund. Cuando ya estaba en Bergen, otro grupo anárquico se le acercó con la intención de entrevistarla para su periódico, pero ella, aunque les agradeció mucho la invitación, rechazó la propuesta. Lo cierto era que ella no se consideraba anarquista y en ese momento, recién llegada, pensó que no era mucho lo que podía aportar a aquel periódico.

Buscó los mejores espacios e instancias para trabajar y ser un aporte real. El pueblo noruego se había mostrado siempre solidario, tanto con los exiliados como con quienes seguían dando la lucha en las calles de Chile, y lo demostraban con apoyo político, económico y táctico. Fue así como llegó a una organización llamada Chileaksjon ("Acción por Chile"), que se había formado entre distintas agrupaciones partidistas y sindicales. Ahí encontró un espacio y participó activamente.

No fue una transición fácil para *Natacha*, Arica y Bergen son ciudades muy distintas y el clima y la distancia se sentían constantemente. Además, necesitaba una fuente de ingresos para comenzar su nueva vida en aquel nórdico país, por lo que esa búsqueda fue su prioridad. Finalmente consiguió una oportunidad en la Biblioteca Pública de Bergen pero las dificultades que implicaba el idioma aún eran muy grandes y se abrumó. Su compañera de trabajo, Bente Reimers, y otros miembros del personal de la oficina decidieron dedicar sus ratos libres a enseñarle algunas palabras. Al principio, cada vocablo sonaba distinto, irreproducible, duro, pero poco a poco *Natacha* fue incorporándolos y comprendiendo su sentido. Gracias a ellos y a su propio esfuerzo pudo adaptarse a su nuevo país y distinguir los distintos dialectos que contiene su lengua.

Hernán Aguiló era el Secretario General del MIR-Comisión Militar en el período en que *Natacha* participó en el grupo, y mantuvo ese cargo desde 1987 a 1994. El partido de Miguel Enríquez, el MIR de finales de los 60 y principios de los 70, ya no era lo que había sido y la joven dejó constancia de ello en más de una ocasión: "La línea política cada vez es más ambigua, casi no se puede diferenciar de algún partido reformista o socialdemócrata". Las cosas en la izquierda revolucionaria y militante no eran tan claras como algunos hubieran querido y esto se tradujo en las acusaciones de traición que realizaron algunos militantes del MIR contra Hernán Aguiló.

Cuando se produjo este escándalo *Natacha* no observó desde un palco sino que adoptó una postura. Las acusaciones le hacían hervir la sangre ya que, a pesar de tener algunas diferencia con él, Aguiló había trabajado en las peores condiciones de clandestinidad y había procurado mantener la línea revolucionaria del MIR. También argumentó que las diferencias entre revolucionarios deben discutirse pero, según su criterio, no era responsable llegar a este tipo de acusaciones. Para ella era imposible no asociar esta situación con la cantidad de calumnias que se habían dicho sobre la VOP en su momento pero, además, Aguiló conocía a Ronald desde joven, incluso habían sido vecinos. No podía ser

indiferente ante el manto de dudas y desconfianzas políticas con que, según ella, se encubrían diferencias personales o pugnas de poder. Cuando la cineasta Carmen Castillo, pareja de Miguel Enríquez, apoyó públicamente a Aguiló, *Natacha* fue de las primeras en agradecer y saludar su honesto gesto, sin embargo, una paulatina desintegración parecía apoderarse del espectro de los partidos revolucionarios.

La estructura del MIR en el exterior comenzó a deformarse. Varios de sus militantes con cargos de responsabilidad y confianza se adaptaron y acomodaron con la vida europea, y la dirección adoptó una línea cada vez más verticalista, alejándose así del análisis basado en las condiciones reales que se vivían en Chile. *Natacha* era parte del sector que veía en el voluntarismo una actitud loable pero desfasada respecto de las luchas del pueblo y, como ella, muchos fueron tomando distancia. El partido no se derrumbó propiamente tal, pero se fraccionó en innumerables pequeñas partes.

A la hora de evaluar el período que le tocó enfrentar, las apreciaciones de *Natacha* han sido duras. A pesar de la efervescente búsqueda por aportar a la lucha en Chile desde el exterior, nunca hizo la vista gorda a las raíces pequeñoburguesas de la dirigencia y pudo ver cómo, a medida que iba pasando el tiempo, sus intereses propios se anteponían a los de la organización, dejando de lado la herencia y trayectoria que Miguel impuso a la orgánica de la bandera rojinegra.

Hoy ya no es la joven que empezaba a descubrir el mundo cuando salió del norte, sino una mujer con trayectoria y posiciones revolucionarias, que tiene una opinión formada y ejerce una labor activa de solidaridad. Su experiencia y formación le han permitido realizar juicios y análisis propios sobre la situación de la izquierda revolucionaria, independiente de los rumores o calumnias que circulan constantemente. Con una mirada crítica, afirma que los continuos golpes represivos al MIR durante la década de los ochenta tienen como una de sus causas el trabajo demasiado abierto que realizaban y la falta de división de tareas por parte de sus militantes. Cree también que el retorno de algunos compañeros a Chile se gestó muchas veces con una infraestructura mínima y con

precarias e improvisadas redes, lo que no se condecía con el ingreso de militantes para la resistencia y lucha armada en el país. Esto trajo como consecuencia que las vidas de varios revolucionarios quedaran en el camino.

En cuanto a su familia, su madre no ocultó su apoyo al gobierno militar durante el primer período y lo justificó como una salida al desabastecimiento y a la crisis política. Sin embargo, al poco tiempo y tras constatar las detenciones y asesinatos de sacerdotes, su perspectiva cambió drásticamente. Finalmente, cuando murió el padre de *Natacha* en 1978, Berta se abocó de lleno a dirigir las protestas contra la dictadura en las calles de Arica. Cada manifestación convocada por el Partido Demócrata Cristiano fue liderada por ella hasta su fallecimiento en 1989. La juventud democratacristiana veló su féretro toda la noche, con todos los honores que el partido podía darle, y al día siguiente fue despedida en un funeral multitudinario.

El camino del resto de los vopistas fue más o menos similar al de *Natacha*. Varios de ellos ingresaron a Noruega o Bélgica tras largos años de prisión, y nuevamente la ayuda de Frode Nilsen fue clave para conseguir su expulsión de Chile. Ejemplo de esto es el caso del *Poeta*, quien tras más de diez años de cárcel se fue a vivir a Oslo, desde donde participó en el concurso "Casa de las Américas", bajo la categoría de poesía y donde sigue escribiendo.

Para el profesor Juan Rivano el golpe militar significó persecución, destitución de su cargo de profesor de la universidad, encarcelamiento y exilio. Fue detenido por la DINA y encarcelado en agosto de 1975. Pasó por varias prisiones militares en Chile y luego, cuando fue liberado, se fue exiliado a Suecia. Allí trabajó como investigador en la universidad de Våxjø y en la universidad de Lund, donde continuó con su labor como filósofo y escritor. Falleció en dicho país el año 2015.

Tras quince años de durísima dictadura, el escenario político en Chile dio un nuevo giro. La junta militar decidió realizar un plebiscito el año 1988 tras pactar un acuerdo con la coalición de partidos de centro. A cambio de ofrecer a la ciudadanía la posibilidad de elegir si quería la continuidad de

Pinochet en el poder por los siguientes nueve años, entre otras condiciones exigió mantener intacta la Constitución de 1980, lo que implicaba la continuidad de gran parte del andamiaje jurídico, político y económico impuesto por el régimen.

Aquel proceso, marcado por las concesiones a los militares a cambio de una posibilidad democrática, remeció a todos los sectores políticos y significó la desintegración de varios grupos revolucionarios. Al mismo tiempo, para quienes vivían en el exilio o bajo persecución, fue una oportunidad de visibilización y de reencuentro con compañeros y familiares.

En ese contexto *Natacha* pudo retomar el contacto con su querida *Juliana*. Algo nerviosa, desde su casa de Bergen marcó el número telefónico de la casa de su amiga en Santiago. Ella ya no es la joven que participaba activamente en reuniones clandestinas durante los 70 ni la muchacha con que se abrazó emocionada en la cárcel de mujeres, es una mujer adulta, profesora universitaria querida y respetada por sus alumnos, y se ha mantenido siempre activa en las distintas luchas contra la injusticia dictatorial. Cruzando mares y montañas, el reencuentro telefónico estuvo marcado por distintas emociones y las voces, a ratos temblorosas, recorrieron décadas de experiencias. En el fondo, no habían cambiado tanto y *Natacha* sabía lo que tenía que decir.

> —Compañera, necesito decirle que estoy orgullosa de haber compartido contigo y con el resto de las compañeras de lucha. En serio, querida amiga, no puedo estar más feliz de haberte conocido a ti, a las compañeras de la FAR, las hermanas Castro, a todas quienes entregamos lo mejor de nosotras por cambiar este mundo.

Desde el otro lado del mundo, *Juliana* fue contando a *Natacha* todo lo ocurrido durante aquellos largos años. Cuando ella y el *Negro* salieron del país, se establecieron como refugiados en Francia. La inquietud revolucionaria que mantenían intacta llevó a su compañero a integrarse a las Brigadas Rojas y se abocó de lleno a la lucha armada italiana.

Sin embargo, la tortura y la cárcel habían dejado huellas muy profundas en él, así como en tantos otros, y un mal día decidió quitarse la vida.

También hablaron sobre el exdirector de Investigaciones Eduardo *Coco* Paredes, también conocido como el *doctor Linares*. Había sido detenido en La Moneda durante el golpe de Estado tras negarse a abandonar a su amigo personal Salvador Allende. Luego habría sido trasladado al regimiento Tacna y existen testimonios que afirman que lo vieron en muy malas condiciones después de la tortura. Después, silencio, no hay más información sobre él. Actualmente Paredes integra la oscura lista de detenidos desaparecidos y, aunque existe la certeza de que desapareció a manos de los militares, se desconoce su causa de muerte y el paradero de su cuerpo.

La conversación se centró entonces en el otro hombre de Investigaciones, el entonces subdirector de la institución Carlos Toro. *Juliana* le contó a su amiga que se enteró por los diarios que Toro trabajaba como encargado de Derechos Humanos en Chile y que cuando supo que haría una conferencia pública, en un acto impulsivo decidió ir. Ante la curiosidad de *Natacha*, le describió la situación con lujo de detalles: el escenario a un lado y la multitud que escuchaba atentamente al militante del PC. Ella se había anotado con el moderador de la actividad para realizar una pregunta pero Toro, cuando reconoció su nombre, le negó la palabra. Ante la negativa, *Juliana* lo increpó a viva voz:

> —¿No te da vergüenza dar cátedra sobre Derechos Humanos? ¿O acaso ya has olvidado que encarcelaste y torturaste a compañeros de izquierda? Mírame y dímelo a la cara.

El tipo se había puesto muy nervioso y luego furioso. Tras balbucear algunas palabras incomprensibles pidió que la expulsaran de la sala. Esa había sido su forma de responder y su intento por ocultar la historia.

El diálogo entre las compañeras terminó con el mismo cariño con que había empezado y demostró a *Natacha*

lo profundo de aquel lazo a pesar de los años y la distancia. Tiempo después, un sobre la sorprendió cuando revisaba su buzón de correo en Bergen.

Querida Natacha:
Debería antes que nada volver a entrar con la frase cliché de más vale tarde, pero en verdad tenía que hacer una serie de cosas antes de escribirte más largo y no reducirme a una tarjeta postal que, si bien puedo enviarte después de esta, no se justifica por sí misma.

Quiero comenzar por agradecer tu preocupación. Sentí mucha alegría de poder reconocer la voz de una amiga, hace tantos años conocida, aquel día que me llamaste. Cuando gastaste tu dinero y tu tiempo en poder rememorar, añorar las partes, los pedazos encontrados de un pasado que permanece tan encima de cualquier conciencia. Amiga, debo empezar con darte las gracias por llamar y recordarme. Por lo general creo que, en las vaguedades de la memoria, las incongruencias de la historia, los acontecimientos y los rumores, suelen ocurrir muchas cosas.

Tuve además mi propia historia con un compañero, que dejé atrás en el 76, pero desgraciadamente hay cosas que me persiguen y me colocan en el mismo nivel de responsabilidad que tuvo. Al respecto, estoy muy clara de lo que me corresponde y lo que no.

De ahí la alegría de tu llamada tan llena de cariño. Me hace volver al momento de una niña morena sonriente y de ojitos vivos con una niña en brazos y rodeada por una jauría. Tengo de ti los recuerdos claros de tu adolescencia llena de utopías y de amor incondicional.

Para Nilda van mis recuerdos cariñosos de ese temple que tiene, lleno de porfía, tan propio de ustedes. La recuerdo así, buena y comprometida. Quisiera verla y conversar largo con ella, ojalá se haga realidad la posibilidad de ir

por esos lados, todo dependerá de dinero, pero si no es ahora ya vendrá el momento de encontrarnos.

A Sonia solo la puedo recordar con agradecimiento y admiración, como la recuerdan otras personas que la conocieron en momentos de encierro y tristeza. Poco me importa lo que tiene enganchado en su memoria. Solo sé que tuvo conmigo un comportamiento y una actitud que no se olvida, aunque no solo lo hizo conmigo, sino con muchas compañeras.

En lo que a mí respecta, una vez más, saludos cariñosos y agradecidos a ti, a tu familia y a todos aquellos que están junto a ustedes.

Hasta la próxima y hasta siempre.

Juliana

La llegada del siglo XXI seguramente decepcionó a quienes lo habían imaginado repleto de robots, autos voladores y viajes a otros planetas. *Natacha* repartía sus días entre tareas cotidianas y su preocupación por los animales pero siempre se reservaba un tiempo para seguir con atención lo que ocurría en distintas partes del mundo. El sueño revolucionario se ha mantenido intacto en su interior y cree que desde los sesenta y setenta, si es que ha habido algún cambio en el planeta ha sido para peor. Muchos vopistas decidieron volver a Chile pero ese no fue su caso. Encontró en Bergen un lugar para vivir y desarrollarse, aprendió el idioma hasta que se le hizo natural y fluido y echó nuevas raíces, que se expandieron y aferraron en tierra noruega.

Carlos Toro publicó sus memorias bajo el título de *La Guardia muere, pero no se rinde... mierda.* Allí cuenta que conoció a Ronald cuando ambos militaban en el Partido Comunista y que en un congreso del Comité Nacional del partido Ronald fue nombrado encargado del Comité Regional Cordillera con tan solo 18 años. También reconoce que él estaba presente cuando *Antonio* fue herido y detenido en el techo de

Coronel Alvarado. A modo de justificación señala que ellos no sabían que no podían mover el cadáver hasta que llegara el juez de turno, por lo que lo habían llevado a la posta y luego a la morgue pero, tras ser rechazado por falta de autorización judicial, lo habían vuelto a dejar en el techo. El propio Toro confiesa que el cadáver de Ronald pasó varias horas "perdido". Cuando leyó esta información *Natacha* pudo despejar las dudas que tenía sobre la muerte de su amado.

A la distancia, no pocos jóvenes chilenos han intentado tomar contacto con ella a lo largo de los años, ya sea para trabajos universitarios, documentales u otro tipo de investigación histórico-política. Para ella es gratamente sorprendente que una historia que parecía destinada a ser sepultada despierte hora el interés de toda una nueva generación. Algunos ejemplos de esto son expresiones artísticas como obras de teatro, el documental *De mártires y verdugos*, realizado por Jorge Parada y un grupo de amigos, y los libros editados por Memoria Negra, *La VOP: historia de una guerrilla olvidada* y el relato novelado *El cielo por asalto*. Estos trabajos han entregado nuevos matices a una historia que había sido largamente difamada, tanto por la prensa como por algunos historiadores.

José Vallebona, *Vicente*, falleció en Italia el 2017 y, aunque pudo volver del exilio en más de una ocasión, no cumplió su sueño de terminar sus días en su natal Arica. *Natacha* también ha retornado varias veces y la ciudad norteña es destino obligado en su itinerario. Siente que tiene una deuda con esa ciudad y su gente, por lo que cada vez que se reencuentra con algún vecino, madres de amigas, compañeros y conocidos les agradece por el apoyo y la complicidad en tiempos difíciles. Cada visita está llena de abrazos y conversaciones extendidas sobre cómo han ido las cosas en el último tiempo, y se repite la comida con Hilda y sus compañeras de curso, que mantienen su esencia a pesar de los años que cada una va acumulando.

Los hijos de *Natacha* dejaron de ser los niños que se criaban entre lucha y represión y se convirtieron en adultos en Europa. Natacha se recibió de administración en la universidad y se dedica a la política, es concejala de la

socialdemocracia y sindicalista en Bergen, y también trabaja en la seguridad social ayudando a los refugiados sirios. Por su parte, Ronald es asistente social y trabaja con niños y jóvenes drogadictos.

Cada vez que vuelve a Arica, *Natacha* visita la tumba de sus padres, enterrados muy cerca uno del otro en el cementerio. En una de estas ocasiones se percató de que la reja de la tumba de su madre estaba dañada y, tras preguntar en la administración, fue a conversar con un albañil que se encontraba reparando una lápida. Lo saludó con amabilidad y le habló de la tumba en cuestión.

—La reja tiene algunos pequeños daños, ¿cree usted que sea posible repararla?

Anduvieron por caminos repletos de inscripciones y flores y se detuvieron frente al nicho, que solo tenía daños menores. El trabajador guardó silencio un momento y luego releyó en voz alta el nombre inscrito en la lápida. *Natacha* pensó que el hombre buscaba algo entre sus recuerdos.

—Esta señora tenía dos hijos revolucionarios, ¿sabía usted? No crea lo que dice la prensa, acá sabemos muy bien cómo son las cosas. Sus hijos luchaban por el pueblo, revolucionarios de verdad.

Las palabras del trabajador sorprendieron a *Natacha* pero optó por quedarse en silencio para disimular la emoción y no quedar en evidencia. Por dentro su corazón latía con fuerza y se llenó de alegría al ver que no era posible engañar a la gente con burdas mentiras ni adormecerlo con falsas promesas. Una parte de ella volvió a palpitar, como un río que vuelve a su cauce tras años de sequía, al constatar que el pueblo tiene su memoria intacta, que sabe quiénes son sus enemigos y quiénes son capaces de dar la vida en la lucha por la libertad.

En sus recorridos por la costanera ariqueña, la brisa del Pacífico la ayuda a meditar; su aire, tan distinto al nórdico, le lleva mensajes que solo se descifran en los laberintos de su corazón. Camina lentamente hasta llegar a la playa Chinchorro

y al observar las rocas se pregunta: "¿Serán estas las mismas piedras que nos vieron caminar de la mano con Ronald? ¿Las mismas que se transformaron en testigos de nuestros besos, amores, promesas y complicidades revolucionarias?". Sin esperar respuesta su mirada se pierde en el infinito ciclo de las olas y su bravura, y en un suspiro siente el peso de una culpa lejana por no haber acompañado a Ronald a su último viaje. Mira el horizonte e inevitablemente se le viene a la cabeza la imagen que vio desde los techos de Coronel Alvarado, recuerda el cielo, los disparos, la voluntad, el frío... y la dignidad, por sobre todo la dignidad. Frente a una ciudad que parecía muda habían tomado una decisión llena de amor y, aunque sabía que él estaba de acuerdo, no ha podido quitar esa espina culposa a pesar de los años y la reflexión. Se siente inmensamente afortunada de haber cruzado caminos, de ser compañeros, de haberlo amado y haber sido amada por aquel hombre. No tiene dudas, si volviera a nacer lo volvería a amar y recorrería el mismo camino junto a él y, en el fondo, sabe que tarde o temprano volverán a estar juntos para seguir amándose.

Existen sujetos que aman tanto la libertad que llegan a coquetear con la muerte. En su egoísmo por tenerlo otra vez con vida *Natacha* se pierde en conversaciones imaginarias con Ronald y, en un escenario que mezcla pasado, presente y fututo, intenta convencerlo de que sus dotes, elocuencia e integridad le servirían perfectamente para ocupar un sillón en el parlamento o en otro lugar menos expuesto, y que desde ahí podría realizar cambios sin arriesgarse tanto, sin jugarse la vida... Pero conoce su respuesta de sobra. A veces solo lo hace para provocarlo porque cierra los ojos y lo ve, lo escucha, lo siente.

> —Cariño, ¿estás hablando en serio? ¿Me estás pidiendo que viva a costa de los trabajadores, sus esfuerzos y salarios? ¿Que permita que financien mi vida, un cómodo sillón, un café y una secretaria? ¿Qué me paguen por algo que es simplemente mi deber, mi decisión? Usted, compañerita, sabe perfectamente dónde se desarrolla la lucha, ¿no? —Ronald le habla en su imaginación con una sonrisa pícara.

—Pues, ¿por dónde debemos empezar para continuar la lucha? —*Natacha* también sonríe.

—Mi amor, después de todas las batallas que usted ha librado se merece con creces que esta vez sea yo el que esté a su disposición y bajo su dirección, compañera.

Entonces *Natacha* concluye satisfecha:

—Bien, compañero, ¿qué esperamos entonces? ¡Que esta vez la lucha sea hasta la victoria siempre!

¿Arrepentimiento? Si pudiera vivir de nuevo y elegir entre una vida normal o su propio camino, sabiendo su trágico desenlace, no lo pensaría dos veces: "¿Por dónde empezamos?".

Santiago, Chile - Bergen, Noruega
2019

A la izquierda ***Ronald Rivera*** *desempeñándose de jornal bajo el sol de Arica.*

TEMPESTADES
EDITORIAL

COLECCIÓN INVESTIGACIÓN

En los márgenes de la institucionalidad. Los casos de la Vanguardia organizada del Pueblo, el Movimiento de Izquierda Revolucionario y el comando 16 de julio.

Autores:
Felipe Guerra, Pablo Zaldívar, Vivien Valenzuela

Estruendo. La asociación ilícita terrorista en la legislación chilena a la luz del "Caso Bombas", y otros escritos sobre terrorismo y antiterrorismo

Autor: *Julio Cortés Morales*

SI NO APRENDEMOS A LUCHAR JUNTOS, NOS MATARÁN POR SEPARADO

Mi vivencia en la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP)

Carlota *Natacha* V.
Felipe Guerra

COLECCIÓN *Narrativa*

"La intensidad de una relación amorosa, forjada en los vaivenes de un combate revolucionario marcado inevitablemente por situaciones de clandestinidad, muerte, tortura y prisión, es el hilo conductor del relato de Natacha Vallebona, que junto a una necesaria y pertinente contextualización sociopolítica, nos invita a sumergirnos en la compleja cotidianeidad de quienes empuñaron las armas como estrategia política durante el gobierno de la Unidad Popular.

Los proyectos, argumentos y anhelos de una mujer que vivió en carne propia los avatares de un período único en nuestra historia son plasmados en esta obra de tal manera que permite realizar un acercamiento más acabado a los grupos armados que operaron entonces. Su testimonio echa por tierra las especulaciones y estereotipos que recaían –y en algunos casos aún recaen– sobre ellos y que buscaban deslegitimar cualquier opción de lucha que se saliera o se ubicara en los márgenes de la institucionalidad. La calumnia, al parecer, también se instaló como una herramienta represiva".

ISBN: 978-956-09180-2-4
9 789560 918024

TEMPESTADES